@OARECOLETOS

Papa León XIV

100 días

de pontificado

100 días, 100 palabras del Papa León XIV: un pontificado con corazón, ciencia y caridad

Recopilación de discursos de los primeros 100 días del pontificado del Papa León XIV

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana

Editado por la Oficina de Comunicación de la Orden de Agustinos Recoletos

Orden de Agustinos Recoletos
Roma, 2025

ÍNDICE:

100 DÍAS, 100 PALABRAS DEL PAPA LEÓN XIV: UN PONTIFICADO CON CORAZÓN, CIENCIA Y CARIDAD.....1

1. PRIMER SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....3

2. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....4

3. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....8

4. HOMILÍA DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIV.....9

5. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....12

6. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....14

7. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....17

8. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....20

9. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....23

10. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....25

11. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....28

12. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....30

13. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....33

14. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....36

15. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....39

16. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....42

17. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....45

18. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....48

19. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....51

20. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....55

21. REGINA CAELI.....58

22. REGINA CAELI AL FINALIZAR LA MISA.....60

23. REGINA CAELI.....61

23. REGINA CAELI.....64

25. ÁNGELUS.....64

26. ÁNGELUS.....66

27. ÁNGELUS.....68

28. ÁNGELUS.....70

29. ÁNGELUS.....73

30. ÁNGELUS.....75

31. ÁNGELUS.....78

32. ÁNGELUS.....81

33. AUDIENCIA GENERAL.....83

34. AUDIENCIA GENERAL.....86

35. AUDIENCIA GENERAL.....89

36. AUDIENCIA GENERAL.....92

37. AUDIENCIA GENERAL.....95

38. CATEQUESIS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV.....98

39. AUDIENCIA GENERAL.....99

40. AUDIENCIA GENERAL.....102

41. AUDIENCIA GENERAL.....105

42. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL COLEGIO CARDENALICIO.....108

43. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS REPRESENTANTES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.....111

44. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LAS IGLESIAS ORIENTALES.. 114

45. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.....117

46. AUDIENCIA AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE.....120

47. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LA FUNDACIÓN CENTESIMUS ANNUS PRO PONTIFICE.....124

48. DISCURSO A LAS DELEGACIONES ECUMÉNICAS E INTERRELIGIOSAS CONVENIDAS PARA EL INICIO DEL MINISTERIO PETRINO DEL PAPA LEÓN XIV.....127

49. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS.....130

50. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS OFICIALES DE LA CURIA ROMANA Y A LOS EMPLEADOS DE LA SANTA SEDE, DE LA GOBERNACIÓN DEL ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO Y DEL VICARIATO DE ROMA.....133

51. HOMENAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL ALCALDE DE LA CIUDAD DE ROMA.....135

52. CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y TOMA DE POSESIÓN DE LA CATHEDRA ROMANA.....136

53. VISITA A LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR Y VENERACIÓN DEL ICONO DE LA BEATA VIRGEN MARÍA «SALUS POPULI ROMANI».....137

54. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL TÉRMINO DE LA MISA PRESIDIDA POR EL CARD. ARINZE, CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN JUBILAR POR LA PAZ EN ÁFRICA.....137

55. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA SOCIEDAD DEPORTIVA DE FÚTBOL DEL NÁPOLES.....138

56. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES Y ASOCIACIONES QUE HAN DADO VIDA A LA «ARENA DE LA PAZ».....140

57. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL TERMINAR EL ROSARIO EN LOS JARDINES VATICANOS.....142

58. SALUDO DE SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS CICLISTAS DEL GIRO D'ITALIA..... 143

59 DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DEL CARDINALE IULIU HOSSU.....144

60. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS SUPERIORES Y A LOS OFICIALES DE LA SECRETARÍA DE ESTADO.....146

61. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LOS SIGUIENTES CAPITULOS GENERALES....149

62. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MODERADORES DE LAS ASOCIACIONES DE FIELES, DE MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES.....151

63. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL SIMYMPOSIO "NICEA Y LA IGLESIA DEL TERCER MILENIO.....155

64. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO Y EN LA REUNIÓN DE LOS REPRESENTANTES PONTIFICIOS.....158

65. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL CLERO DE LA DIÓCESIS DE ROMA.....161

66. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTIES EN LA ESCUELA DE VERANO DE ASTROFÍSICA PROMOVIDA POR LA SPECULA VATICANA.....164

67. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV A LOS OBISPOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA.....166

68. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL EVENTO PROMOVIDO POR LA FUNDACIÓN CARDENAL DOMENICO BARTOLUCCI.....170

69. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS SACERDOTES DE LA PONTIFICIA ACADEMIA ECLESIÁSTICA QUE REGRESAN TRAS UN AÑO MISIONERO.....171

70. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LOS CAPÍTULOS GENERALES DE LA ORDEN DE LOS FRAILES MENORES CONVENTUALES Y DE LA ORDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y DE LOS CAUTIVOS..... 172

71. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS GOBERNANTES.....174

72. MEDITACIÓN DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS SEMINARISTAS.....178

73. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV A LOS SEMINARISTAS DE LA DIÓCESIS DE TRIVENETO.....182

74. DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS OBISPOS.....184

75. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS OBISPOS REDENTORISTAS SCALABRINIANOS.....188

76. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA "REUNIÓN DE LAS OBRAS PARA LA AYUDA.....189

77. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL DÍA INTERNACIONAL DE LUCHA CONTRA LAS DROGAS.....193

78. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO INTERNACIONAL SACERDOTES FELICES.....195

79. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LA DELEGACIÓN DEL PATRIARCADO ECUMÉNICO.....200

80. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS REPRESENTANTES DE ALGUNOS INSTITUTOS RELIGIOSOS FEMENINOS.....201

81. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULOS GENERALES DE OCHO INSTITUTOS RELIGIOSOS..... 203

82. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS HERMANAS AGUSTINAS SIERVAS DE JESÚS Y MARÍA.....204

83. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULOS GENERALES DE OCHO INSTITUTOS RELIGIOSOS.....205

84. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA DELEGACIÓN DE JÓVENES PERUANOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS JÓVENES.....207

85. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A INFLUENCERS Y MISIONEROS DIGITALES.....209

86. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS JÓVENES REUNIDOS EN LA PLAZA DE SAN PEDRO PARA LA SANTA MISA DE BIENVENIDA AL JUBILEO DE LOS JÓVENES.....211

87. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS ARTISTAS QUE ANIMARON EL ENCUENTRO DE JÓVENES EN TOR VERGATA.....212

88. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS JÓVENES PEREGRINOS EGIPCIOS.....213

89. DIÁLOGO DEL SANTO PADRE CON LOS JÓVENES EN LA VIGILIA DEL JUBILEO.....214

90. CARTA DEL SANTO PADRE AL ENVIADO ESPECIAL A LAS CELEBRACIONES CONCLUSIVAS DEL 350º ANIVERSARIO DE LAS APARICIONES DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS A SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE.....220

91. CARTA DEL SANTO PADRE AL ENVIADO ESPECIAL A LAS CELEBRACIONES DEL 400° ANIVERSARIO DE LAS APARICIONES DE SANTA ANA EN AURAY.....222

92. CARTA DEL SANTO PADRE AL ENVIADO ESPECIAL A LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE RIJEKA.....223

93. CARTA DEL SANTO PADRE AL ENVIADO ESPECIAL A LAS CELEBRACIONES DEL 950º ANIVERSARIO DE LA DIÓCESIS DE PŁOCK.....225

94. A LOS PROFESORES DE ESCUELAS CATÓLICAS DE IRLANDA, INGLATERRA, GALES Y ESCOCIA; Y A LOS JÓVENES DE LA DIÓCESIS DE COPENHAGUE 226

95. A LOS CATECÚMENOS Y NEÓFITOS DE FRANCIA.....228

97. MENSAJE DE SU SANTIDAD PAPA LEÓN XIV PARA LA X JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN 2025.....231

98. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES.....234

99. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA 111.ª JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2025.....237

100. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA IX JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES.....240

100 días, 100 palabras del Papa León XIV: un pontificado con corazón, ciencia y caridad

Cien días. Un centenar de textos breves, pero llenos de pasión, dignos de la pluma de un hijo de san Agustín. En este inicio de pontificado hemos podido ver y conocer mejor a Robert Francis Prevost. A través de estos 100 documentos descubrimos que el espíritu no se rige por números, sino por amor. Vislumbramos ya cómo serán los próximos años de nuestro camino como Iglesia.

Para celebrar estos primeros 100 días de pontificado, los Agustinos Recoletos hemos preparado este documento en el que queremos compartir contigo las primeras palabras del Papa León XIV: lo primero que podemos leer de este "hijo de san Agustín".

Es pronto para sacar conclusiones, pero no para percibir el tono. Y el tono del Papa León XIV ya se ha hecho reconocible: cercano, profundo, agustiniano. Tenemos un Papa con ideas claras: la guerra debe terminar, y el camino es la paz.

Desde su primer saludo —"¡La paz esté con todos ustedes!"— hasta sus palabras a los ordenandos o a las familias del mundo, hay un hilo que lo une todo: el amor. Pero no un amor abstracto o diplomático, sino el amor de Cristo: el amor que se entrega, el que se arrodilla.

Es el amor que construye puentes, no muros. El que se ensucia las manos sin dejar de mirar al cielo. El que da autoridad a Pedro no por poder, sino por servicio. No por control, sino por confianza. Es el amor de un prior, que no es el más importante, sino el primero en velar por el cuidado de los hermanos.

Cuarenta y nueve veces ha citado ya a san Agustín. No es casualidad. León XIV no es agustino solo por historia: lo es por vocación. Su forma de mirar el mundo pasa por el corazón inquieto, por la comunión en la diversidad, por la búsqueda humilde de la verdad.
Habla también con frecuencia del Espíritu. No como una figura decorativa, sino como guía real de una Iglesia en salida. Una Iglesia sinodal, sí,

Volver al índice

pero sobre todo fraterna: que escucha, que no impone, que acompaña.

Habla de los pobres, de los jóvenes, de los pastores, los laicos, los abuelos. Todos aparecen en sus discursos. A nadie se dirige “desde arriba”; a todos les habla con claridad y caridad. Y esa es otra de sus notas: la palabra clara, sin dureza. Firme, sin agresividad. Tierna, sin blandura. Vive desde la lógica del episcopado de san Agustín: “Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano” (San Agustín, Sermón 340).

En estos 100 días se han publicado 35 homilías en la web oficial del Vaticano. Ha mencionado 138 veces a María. Ha pronunciado la palabra “amar” más de 240 veces. No busca titulares: busca sentido. Y lo hace desde una fe profundamente confiada en que el bien es más fuerte que el mal.

Podríamos decir que es un Papa digital, pero no por su presencia en redes, sino porque entiende que todo está conectado. Habla poco de internet, pero mucho de vínculos. Nombra las redes sociales, sí, pero insiste aún más en las redes de misericordia, de escucha, de oración compartida. El Santo Padre insiste en que debemos crear una red que sostenga al mundo y le dé fuerza. No tiene miedo a la complejidad del mundo, pero tampoco se resigna a ella.

De León XIV no sabemos aún hacia dónde nos llevará, pero sí sabemos cómo camina: sin estridencias, sin ansiedad. Sin prisa, pero sin pausa. Como quien sabe que la Iglesia es de Cristo y que lo urgente nunca debe aplastar lo importante.

Cien días bastan para intuir una cosa: este será un pontificado con ciencia y caridad, como el escudo de la Orden de san Agustín. Un pontificado con corazón, que es lo que une a esta familia agustiniana. Lo que nos une como hermanos. Y eso, hoy, no es poco.

Fray Alfonso Dávila, OAR
Oficina de comunicación, Orden de Agustinos Recoletos.

100 días, 100 palabras del Papa Papa León XIV.

1. PRIMER SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Logia central de la Basílica de San Pedro
Jueves, 8 de mayo de 2025
¡La paz esté con todos ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, este es el primer saludo de Cristo resucitado, el Buen Pastor, que ha dado la vida por la grey de Dios. También yo quisiera que este saludo de paz entrara en sus corazones, llegara a sus familias, a todas las personas, dondequiera que estén, a todos los pueblos, a toda la tierra. ¡La paz esté con ustedes!

Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente.

Aún conservamos en nuestros oídos la voz débil pero siempre valiente del Papa Francisco que bendecía Roma, el Papa mientras bendecía Roma daba su bendición al mundo, al mundo entero, esa mañana del día de Pascua. Permítanme continuar esa misma bendición: Dios nos quiere, Dios los ama a todos, y el mal no prevalecerá. Estamos todos en las manos de Dios. Por lo tanto, sin miedo, unidos, tomados de la mano con Dios y entre nosotros sigamos adelante. Somos discípulos de Cristo. Cristo nos precede. El mundo necesita su luz. La humanidad lo necesita como puente para ser alcanzada por Dios y por su amor. Ayúdennos también ustedes, luego ayúdense unos a otros a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz. ¡Gracias al Papa Francisco!

Quiero agradecer también a todos los hermanos cardenales que me han elegido para ser Sucesor de Pedro y caminar junto con ustedes, como Iglesia unida buscando siempre la paz, la justicia, procurando siempre trabajar como hombres y mujeres fieles a Jesucristo, sin miedo, para proclamar el Evangelio, para ser misioneros.

Soy agustino, un hijo de san Agustín, que ha dicho: “Con ustedes soy

Volver al índice

cristiano y para ustedes, obispo". En este sentido podemos caminar todos juntos hacia esa patria que Dios nos ha preparado.

Un saludo especial a la Iglesia de Roma. Debemos buscar juntos cómo ser una Iglesia misionera, una Iglesia que construye puentes dialogando, siempre abierta —como esta plaza— a recibir con los brazos abiertos a todos, a todos aquellos que necesitan nuestra caridad, nuestra presencia, diálogo y amor.

Y si me permiten también una palabra, un saludo a todos y en modo particular a mi querida diócesis de Chiclayo, en el Perú, donde un pueblo fiel ha acompañado a su obispo, ha compartido su fe y ha dado tanto, tanto, para seguir siendo Iglesia fiel de Jesucristo.

A todos ustedes, hermanos y hermanas de Roma, de Italia, de todo el mundo: queremos ser una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina, una Iglesia que busca siempre la paz, que busca siempre la caridad, que busca siempre estar cerca especialmente de aquellos que sufren.

Hoy es el día de la Súplica a la Virgen de Pompeya. Nuestra Madre María siempre quiere caminar con nosotros, estar cerca, ayudarnos con su intercesión y su amor. Quisiera, pues, rezar junto con ustedes. Recemos juntos por esta nueva misión, por toda la Iglesia, por la paz en el mundo y pidamos esta gracia especial a María, nuestra Madre: Ave María...

2. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Capilla Sixtina
Viernes, 9 de mayo de 2025

Comienzo con unas palabras en inglés, y el resto será en italiano. Quisiera repetir la frase del salmo responsorial: «Canten al Señor un canto nuevo, porque Él hizo maravillas» (Sal 98,1). Y en efecto, no sólo conmigo, hermanos míos cardenales, sino con todos nosotros, como lo celebramos esta mañana.

Los invito a reconocer las maravillas que el Señor ha hecho, las bendiciones que el Señor sigue derramando sobre todos nosotros, a través del ministerio de Pedro.

Ustedes me han llamado a cargar esa cruz y a ser bendecido con esa misión. Y sé que puedo contar con todos y cada uno de ustedes para

caminar conmigo, mientras continuamos, como Iglesia, como comunidad de amigos de Jesús, como creyentes, anunciando la Buena Nueva y proclamando el Evangelio.

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Con estas palabras Pedro, interrogado por el Maestro junto con los otros discípulos sobre su fe en Él, expresa en síntesis el patrimonio que desde hace dos mil años la Iglesia, a través de la sucesión apostólica, custodia, profundiza y trasmite.

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es decir, el único Salvador y el que nos revela el rostro del Padre.

En Él Dios, para hacerse cercano a los hombres, se ha revelado a nosotros en los ojos confiados de un niño, en la mente inquieta de un joven, en los rasgos maduros de un hombre (cf. Concilio Vaticano II, Const. pastoral Gaudium et spes, 22), hasta aparecerse a los suyos, después de la resurrección, con su cuerpo glorioso. Nos ha mostrado así un modelo de humanidad santa que todos podemos imitar, junto con la promesa de un destino eterno que, sin embargo, supera todos nuestros límites y capacidades.

Pedro, en su respuesta, asume ambas cosas: el don de Dios y el camino que se debe recorrer para dejarse transformar, dimensiones inseparables de la salvación, confiadas a la Iglesia para que las anuncie por el bien de la humanidad. Nos las confía a nosotros, elegidos por Él antes de que nos formásemos en el vientre materno (cf. Jr 1,5), regenerados en el agua del Bautismo y, más allá de nuestros límites y sin ningún mérito propio, conducidos aquí y desde aquí enviados, para que el Evangelio se anuncie a todas las criaturas (cf. Mc 16,15).

Dios, de forma particular, al llamarme a través del voto de ustedes a suceder al primero de los Apóstoles, me confía este tesoro a mí, para que, con su ayuda, sea su fiel administrador (cf. 1 Co 4,2) en favor de todo el Cuerpo místico de la Iglesia; de modo que esta sea cada vez más la ciudad puesta sobre el monte (cf. Ap 21,10), arca de salvación que navega a través de las mareas de la historia, faro que ilumina las noches del mundo. Y esto no tanto gracias a la magnificencia de sus estructuras y a la grandiosidad de sus construcciones —como los monumentos en los que nos encontramos—, sino por la santidad de sus miembros, de ese «pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz» (1 P 2,9).

Con todo, por encima de la conversación en la que Pedro hace su pro-

fesión de fe, hay otra pregunta: «¿Qué dice la gente —pregunta Jesús— sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt 16,13). No es una cuestión banal, al contrario, concierne a un aspecto importante de nuestro ministerio: la realidad en la que vivimos, con sus límites y sus potencialidades, sus cuestionamientos y sus convicciones.

«¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (Mt 16,13). Pensando en la escena sobre la que estamos reflexionando, podremos encontrar dos posibles respuestas a esta pregunta, que delinean otras tantas actitudes.

En primer lugar, está la respuesta del mundo. Mateo señala que la conversación entre Jesús y los suyos acerca de su identidad sucede en la hermosa ciudad de Cesarea de Filipo, rica de palacios lujosos, engarzada en un paraje natural encantador, a las faldas del Hermón, pero también sede de círculos crueles de poder y teatro de traiciones y de infidelidades. Esta imagen nos habla de un mundo que considera a Jesús una persona que carece totalmente de importancia, al máximo un personaje curioso, que puede suscitar asombro con su modo insólito de hablar y de actuar. Y así, cuando su presencia se vuelva molesta por las instancias de honestidad y las exigencias morales que solicita, este mundo no dudará en rechazarlo y eliminarlo.

Hay también otra posible respuesta a la pregunta de Jesús, la de la gente común. Para ellos el Nazareno no es un charlatán, es un hombre recto, un hombre valiente, que habla bien y que dice cosas justas, como otros grandes profetas de la historia de Israel. Por eso lo siguen, al menos hasta donde pueden hacerlo sin demasiados riesgos e inconvenientes. Pero lo consideran sólo un hombre y, por eso, en el momento del peligro, durante la Pasión, también ellos lo abandonan y se van, desilusionados.

Llama la atención la actualidad de estas dos actitudes. Ambas encarnan ideas que podemos encontrar fácilmente —tal vez expresadas con un lenguaje distinto, pero idénticas en la sustancia— en la boca de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Hoy también son muchos los contextos en los que la fe cristiana se retiene un absurdo, algo para personas débiles y poco inteligentes, contextos en los que se prefieren otras seguridades distintas a la que ella propone, como la tecnología, el dinero, el éxito, el poder o el placer.

Hablamos de ambientes en los que no es fácil testimoniar y anunciar el

Evangelio y donde se ridiculiza a quien cree, se le obstaculiza y desprecia, o, a lo sumo, se le soporta y compadece. Y, sin embargo, precisamente por esto, son lugares en los que la misión es más urgente, porque la falta de fe lleva a menudo consigo dramas como la pérdida del sentido de la vida, el olvido de la misericordia, la violación de la dignidad de la persona en sus formas más dramáticas, la crisis de la familia y tantas heridas más que acarrean no poco sufrimiento a nuestra sociedad.

No faltan tampoco los contextos en los que Jesús, aunque apreciado como hombre, es reducido solamente a una especie de líder carismático o a un superhombre, y esto no sólo entre los no creyentes, sino incluso entre muchos bautizados, que de ese modo terminan viviendo, en este ámbito, un ateísmo de hecho.

Este es el mundo que nos ha sido confiado, y en el que, como enseñó muchas veces el Papa Francisco, estamos llamados a dar testimonio de la fe gozosa en Jesús Salvador. Por esto, también para nosotros, es esencial repetir: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Es fundamental hacerlo antes de nada en nuestra relación personal con Él, en el compromiso con un camino de conversión cotidiano. Pero también, como Iglesia, viviendo juntos nuestra pertenencia al Señor y llevando a todos la Buena Noticia (cf. Concilio Vaticano II, Const. dogmática, Lumen gentium, 1).

Lo digo ante todo por mí, como Sucesor de Pedro, mientras inicio mi misión de Obispo de la Iglesia que está en Roma, llamada a presidir en la caridad la Iglesia universal, según la célebre expresión de S. Ignacio de Antioquía (cf. Carta a los Romanos, Proemio). Él, conducido en cadenas a esta ciudad, lugar de su inminente sacrificio, escribía a los cristianos que allí se encontraban: «en ese momento seré verdaderamente discípulo de Cristo, cuando el mundo ya no verá más mi cuerpo» (Carta a los Romanos, IV, 1). Hacía referencia a ser devorado por las fieras del circo —y así ocurrió—, pero sus palabras evocan en un sentido más general un compromiso irrenunciable para cualquiera que en la Iglesia ejercite un ministerio de autoridad, desaparecer para que permanezca Cristo, hacerse pequeño para que Él sea conocido y glorificado (cf. Jn 3,30), gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocerlo y amarlo.

Que Dios me conceda esta gracia, hoy y siempre, con la ayuda de la tierna intercesión de María, Madre de la Iglesia.

Volver al índice

3. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
EN LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO
Domingo, 11 de mayo de 2025

Comenzaré con una palabra en inglés y luego quizá otra en italiano.

El Evangelio que acabamos de escuchar, en este Domingo del Buen Pastor, dice: «Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco y ellas me siguen» (Jn 10,27).

Pienso en el Buen Pastor, sobre todo en este domingo tan significativo del tiempo pascual. Mientras celebramos el inicio de esta nueva misión, del ministerio al que la Iglesia me ha llamado, no hay mejor ejemplo que Jesucristo mismo, a quien entregamos nuestra vida y de quien dependemos. Jesucristo, a quien seguimos, es el Buen Pastor, y es Él quien nos da la vida: «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Por eso celebramos con alegría este día y apreciamos mucho su presencia aquí.

Hoy es el Día de la Madre. Creo que solo hay una mamá presente: ¡feliz Día de la Madre! Una de las expresiones más bellas del amor de Dios es el amor que derraman las madres, sobre todo a sus hijos y nietos.

Este domingo es especial por varios motivos: uno de los primeros que mencionaría es el de las vocaciones. Durante los recientes trabajos de los cardenales, antes y después de la elección del nuevo Papa, hemos hablado mucho de las vocaciones en la Iglesia y de lo importante que es que todos nos interroguemos juntos. En primer lugar y, sobre todo, dando buen ejemplo con nuestra vida, con alegría, viviendo la alegría del Evangelio, sin desanimar a los demás, sino buscando más bien formas de animar a los jóvenes a escuchar la voz del Señor, a seguirla y a servir en la Iglesia. «Yo soy el Buen Pastor» (Jn 10,11), nos dice Jesús.
[Texto original en inglés]

Ahora añado una palabra también en italiano, porque esta misión que llevamos adelante ya no se dirige a una sola diócesis, sino a toda la Iglesia: este espíritu universal es importante. Y lo encontramos también en la primera lectura que hemos escuchado (cf. Hch 13,14.43-52). Pablo y Bernabé van a Antioquía, primero van a los judíos, pero ellos no quieren

escuchar la voz del Señor, y entonces comienzan a anunciar el Evangelio a todo el mundo, a los paganos. Parten, como sabemos, para esta gran misión. San Pablo llega a Roma, donde finalmente la cumple. Otro ejemplo de testimonio de un buen pastor. Pero en ese ejemplo hay también una invitación muy especial para todos nosotros. Lo digo también de manera muy personal: anunciar el Evangelio a todo el mundo.

¡Ánimo! ¡Sin miedo! Muchas veces Jesús dice en el Evangelio: «¡No tengan miedo!». Hay que ser valientes en el testimonio que damos, con la palabra y sobre todo con la vida: dando la vida, sirviendo, a veces con grandes sacrificios, para vivir precisamente esta misión.

He leído una pequeña reflexión que me hace pensar mucho, porque también aparece en el Evangelio. En este sentido, alguien preguntó: «Cuando piensas en tu vida, ¿cómo explicas dónde has llegado?». La respuesta que dan en esta reflexión es, en cierto sentido, también la mía: con el verbo «escuchar». ¡Cuán importante es escuchar! Jesús dice: «Mis ovejas escuchan mi voz» (Jn 10,27). Y creo que es importante que todos aprendamos cada vez más a escuchar, para entrar en diálogo. En primer lugar, con el Señor: escuchar siempre la Palabra de Dios. Luego, también escuchar a los demás: saber construir puentes, saber escuchar para no juzgar, no cerrar las puertas, pensando que nosotros tenemos toda la verdad y que nadie más puede decirnos nada. Es muy importante escuchar la voz del Señor, escucharnos a nosotros mismos, en este diálogo, y ver hacia dónde nos llama el Señor.

Caminemos juntos en la Iglesia, pidamos al Señor que nos conceda esta gracia: poder escuchar su Palabra para servir a todo su pueblo.

4. HOMILÍA DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIV
Plaza de San Pedro
Domingo 18 de mayo de 2025

Queridos hermanos cardenales,
hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,
Un saludo a los peregrinos que han venido con ocasión del Jubileo de las Cofradías.

Hermanos y hermanas,

Volver al índice

los saludo a todos con el corazón lleno de gratitud, al inicio del ministerio que me ha sido confiado. Escribía san Agustín: «Nos has hecho para ti, [Señor,] y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Confesiones, 1,1.1).

En estos últimos días, hemos vivido un tiempo particularmente intenso. La muerte del Papa Francisco ha llenado de tristeza nuestros corazones y, en esas horas difíciles, nos hemos sentido como esas multitudes que el Evangelio describe «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Precisamente en el día de Pascua recibimos su última bendición y, a la luz de la resurrección, afrontamos ese momento con la certeza de que el Señor nunca abandona a su pueblo, lo reúne cuando está disperso y lo cuida «como un pastor a su rebaño» (Jr 31,10).

Con este espíritu de fe, el Colegio de los cardenales se reunió para el cónclave; llegando con historias personales y caminos diferentes, hemos puesto en las manos de Dios el deseo de elegir al nuevo sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, un pastor capaz de custodiar el rico patrimonio de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de mirar más allá, para saber afrontar los interrogantes, las inquietudes y los desafíos de hoy. Acompañados por sus oraciones, hemos experimentado la obra del Espíritu Santo, que ha sabido armonizar los distintos instrumentos musicales, haciendo vibrar las cuerdas de nuestro corazón en una única melodía.

Fui elegido sin tener ningún mérito y, con temor y trepidación, vengo a ustedes como un hermano que quiere hacerse siervo de su fe y de su alegría, caminando con ustedes por el camino del amor de Dios, que nos quiere a todos unidos en una única familia.

Amor y unidad: estas son las dos dimensiones de la misión que Jesús confió a Pedro.

Nos lo narra ese pasaje del Evangelio que nos conduce al lago de Tiberíades, el mismo donde Jesús había comenzado la misión recibida del Padre: “pescar” a la humanidad para salvarla de las aguas del mal y de la muerte. Pasando por la orilla de ese lago, había llamado a Pedro y a los primeros discípulos a ser como Él “pescadores de hombres”; y ahora, después de la resurrección, les corresponde precisamente a ellos llevar adelante esta misión: no dejar de lanzar la red para sumergir la esperanza del Evangelio en las aguas del mundo; navegar en el mar de la vida para que todos puedan reunirse en el abrazo de Dios.

¿Cómo puede Pedro llevar a cabo esta tarea? El Evangelio nos dice que es posible sólo porque ha experimentado en su propia vida el amor infinito e incondicional de Dios, incluso en la hora del fracaso y la negación. Por eso, cuando es Jesús quien se dirige a Pedro, el Evangelio usa el verbo griego agapao —que se refiere al amor que Dios tiene por nosotros, a su entrega sin reservas ni cálculos—, diferente al verbo usado para la respuesta de Pedro, que en cambio describe el amor de amistad, que intercambiamos entre nosotros.

Cuando Jesús le pregunta a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» (Jn 21,16), indica pues el amor del Padre. Es como si Jesús le dijera: sólo si has conocido y experimentado el amor de Dios, que nunca falla, podrás apacentar a mis corderos; sólo en el amor de Dios Padre podrás amar a tus hermanos "aún más", es decir, hasta ofrecer la vida por ellos.

A Pedro, pues, se le confía la tarea de "amar aún más" y de dar su vida por el rebaño. El ministerio de Pedro está marcado precisamente por este amor oblativo, porque la Iglesia de Roma preside en la caridad y su verdadera autoridad es la caridad de Cristo. No se trata nunca de atrapar a los demás con el sometimiento, con la propaganda religiosa o con los medios del poder, sino que se trata siempre y solamente de amar como lo hizo Jesús.

Él —afirma el mismo apóstol Pedro— «es la piedra que ustedes, los constructores, han rechazado, y ha llegado a ser la piedra angular» (Hch 4,11). Y si la piedra es Cristo, Pedro debe apacentar el rebaño sin ceder nunca a la tentación de ser un líder solitario o un jefe que está por encima de los demás, haciéndose dueño de las personas que le han sido confiadas (cf. 1 P 5,3); por el contrario, a él se le pide servir a la fe de sus hermanos, caminando junto con ellos. Todos, en efecto, hemos sido constituidos «piedras vivas» (1 P 2,5), llamados con nuestro Bautismo a construir el edificio de Dios en la comunión fraterna, en la armonía del Espíritu, en la convivencia de las diferencias. Como afirma san Agustín: «Todos los que viven en concordia con los hermanos y aman a sus prójimos son los que componen la Iglesia» (Sermón 359,9).

Hermanos y hermanas, quisiera que este fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado.

En nuestro tiempo, vemos aún demasiada discordia, demasiadas heridas causadas por el odio, la violencia, los prejuicios, el miedo a lo diferente, por

un paradigma económico que explota los recursos de la tierra y margina a los más pobres. Y nosotros queremos ser, dentro de esta masa, una pequeña levadura de unidad, de comunión y de fraternidad. Nosotros queremos decirle al mundo, con humildad y alegría: ¡miren a Cristo! ¡Acérquense a Él! ¡Acojan su Palabra que ilumina y consuela! Escuchen su propuesta de amor para formar su única familia: en el único Cristo nosotros somos uno. Y esta es la vía que hemos de recorrer juntos, unidos entre nosotros, pero también con las Iglesias cristianas hermanas, con quienes transitan otros caminos religiosos, con aquellos que cultivan la inquietud de la búsqueda de Dios, con todas las mujeres y los hombres de buena voluntad, para construir un mundo nuevo donde reine la paz.

Este es el espíritu misionero que debe animarnos, sin encerrarnos en nuestro pequeño grupo ni sentirnos superiores al mundo; estamos llamados a ofrecer el amor de Dios a todos, para que se realice esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo.

Hermanos, hermanas, ¡esta es la hora del amor! La caridad de Dios, que nos hace hermanos entre nosotros, es el corazón del Evangelio. Con mi predecesor León XIII, hoy podemos preguntarnos: si esta caridad prevaleciera en el mundo, «¿no parece que acabaría por extinguirse bien pronto toda lucha allí donde ella entrara en vigor en la sociedad civil?» (Carta enc. Rerum novarum, 20).

Con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, construyamos una Iglesia fundada en el amor de Dios y signo de unidad, una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra, que se deja cuestionar por la historia, y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad.

Juntos, como un solo pueblo, todos como hermanos, caminemos hacia Dios y amémonos los unos a los otros.

5. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pablo Extramuros
Martes, 20 de mayo de 2025

La lectura bíblica que hemos escuchado es el comienzo de la bellísima carta que san Pablo dirige a los cristianos de Roma, cuyo mensaje

gira en torno a tres grandes temas: la gracia, la fe y la justicia. Mientras encomendamos el inicio de este nuevo pontificado a la intercesión del Apóstol de las gentes, reflexionemos juntos sobre su mensaje.

En primer lugar, san Pablo afirma haber recibido de Dios la gracia de la llamada (cf. Rm 1,5). Es decir, reconoce que su encuentro con Cristo y su ministerio están vinculados al amor con el que Dios lo ha precedido, llamándolo a una vida nueva mientras aún estaba lejos del Evangelio y perseguía a la Iglesia. San Agustín —también él un convertido— habla de la misma experiencia diciendo: «¿Qué vamos a elegir, a no ser que antes seamos elegidos nosotros? De hecho, no amamos si antes no somos amados» (Sermón 34,1.2). En la raíz de toda vocación está Dios, su misericordia, su bondad, generosa como la de una madre (cf. Is 66,12-14), que naturalmente, a través de su mismo cuerpo, nutre a su niño cuando todavía es incapaz de alimentarse por sí solo (cf. S. Agustín, Comentario al salmo 130,9).

Pero Pablo, en el mismo versículo, habla también de «la obediencia de la fe» (Rm 1,5), y además en él comparte lo que ha vivido. El Señor, en efecto, apareciéndosele en el camino de Damasco (cf. Hch 9,1-30), no le quito su libertad, sino que dio la posibilidad de decidir, de obedecer como fruto de un esfuerzo, de luchas interiores y exteriores, que él aceptó afrontar. La salvación no aparece por encanto, sino por un misterio de gracia y de fe, del amor de Dios que nos precede, y de la adhesión confiada y libre por parte del hombre (cf. 2 Tm 1,12).

Mientras agradecemos al Señor la llamada con la que transformó la vida de Saulo, le pedimos que también nosotros sepamos responder del mismo modo a sus invitaciones, haciéndonos testigos del amor que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5). Le pedimos que sepamos cultivar y difundir su caridad, haciéndonos prójimos los unos de los otros (cf. Francisco, Homilía de las II Vísperas de la Solemnidad de la Conversión de san Pablo, 25 enero 2024), en la misma carrera de afectos que, desde el encuentro con Cristo, impulsó al antiguo perseguidor a hacerse «todo para todos» (1 Co 9,22), hasta el martirio. De ese modo, para nosotros como para él, en la debilidad de la carne se revela la potencia de la fe en Dios que justifica (cf. Rm 5,1-5).

Esta basílica desde hace siglos está encomendada al cuidado de una comunidad benedictina. ¿Cómo no recordar, entonces, hablando del amor como fuente y motor del anuncio del Evangelio, las insistentes exhorta-

ciones de san Benito, en su regla, a la caridad fraterna en el cenobio y a la hospitalidad para con todos (cf. Regla, cap. LIII, LXIII)?

Quisiera concluir evocando las palabras que, más de mil años después, otro Benedicto, el Papa Benedicto XVI, dirigía a los jóvenes: «Queridos amigos —decía—, Dios nos ama. Ésta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. [...] En el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios», y la fe nos lleva a «abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios» (Homilía en la Vigilia de oración con los jóvenes, Madrid, 20 agosto 2011).

Aquí está la raíz, simple y única, de toda misión, incluso de la mía, como sucesor de Pedro y heredero del celo apostólico de Pablo. Que el Señor me conceda la gracia de responder fielmente a su llamada.

6. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Juan de Letrán
VI Domingo de Pascua, 25 de mayo de 2025

Dirijo un atento saludo a los señores cardenales que están aquí presentes, en particular al cardenal vicario, también a los obispos auxiliares y a todos los obispos, a los queridos sacerdotes —párrocos, vicarios parroquiales y a todos aquellos que de distintas maneras colaboran en el cuidado pastoral de nuestras comunidades—; asimismo a los diáconos, a los religiosos, a las religiosas, a las autoridades y a todos ustedes, amados fieles.

La Iglesia de Roma es heredera de una gran historia, consolidada en el testimonio de Pedro, de Pablo y de innumerables mártires, y tiene una misión única, perfectamente indicada por lo que está escrito en la fachada de esta catedral: ser Mater ómnium Ecclesiarum, Madre de todas las Iglesias.

Frecuentemente el Papa Francisco nos invitaba a reflexionar sobre la dimensión materna de la Iglesia (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 46-49.139-141; Catequesis, 13 enero 2016) y sobre las características que le son propias: la ternura, la disponibilidad al sacrificio y esa capacidad de escucha que permite no sólo socorrer, sino a menudo prever las necesidades y las expectativas, antes incluso de que se formulen. Son ras-

gos que deseamos que vayan creciendo en el Pueblo de Dios en todas partes, también aquí, en nuestra gran familia diocesana: en los fieles, en los pastores y, antes que nadie, en mí mismo. Las lecturas que hemos escuchado nos pueden ayudar a reflexionar sobre estos atributos.

En los Hechos de los Apóstoles (cf. 15,1-2.22-29), en particular, se narra cómo la comunidad de los orígenes afrontó el desafío de la apertura al mundo pagano para el anuncio del Evangelio. No fue un proceso fácil, requirió mucha paciencia y escucha recíproca; esto se verificó en primer lugar dentro de la comunidad de Antioquía, donde los hermanos, dialogando —incluso discutiendo— llegaron a solucionar juntos la cuestión que los ocupaba. Después, Pablo y Bernabé subieron a Jerusalén. No decidieron por su cuenta, sino que buscaron la comunión con la Iglesia madre y fueron a ella con humildad.

Allí encontraron a Pedro y a los Apóstoles, que les escucharon. Se entabló un diálogo que finalmente llevó a la decisión adecuada: reconociendo y teniendo en cuenta el esfuerzo de los neófitos, convenía no imponerles pesos excesivos, sino limitarse a pedir lo esencial (cf. Hch 15,28-29). De ese modo, lo que podía parecer un problema, se convirtió en una ocasión en la que todos pudieron reflexionar y crecer.

El texto bíblico, sin embargo, nos dice algo más, superando la ya rica e interesante dinámica humana del evento.

Nos lo revelan las palabras que los hermanos de Jerusalén dirigen, en una carta, a los de Antioquía, comunicándoles la decisión que han tomado. Ellos escriben: «El Espíritu Santo, y nosotros mismos, hemos decidido» (cf. Hch 15,28). Precisando que, en todo el proceso, la escucha más importante que hizo posible todo lo demás fue la de la voz de Dios. De ese modo, nos recuerdan que la comunión se construye ante todo “de rodillas”, en la oración y en un continuo compromiso de conversión. Sólo en esa tensión, en efecto, cada uno puede sentir dentro de sí la voz del Espíritu que grita: “Abba, Padre” (cf. Gal 4,6) y consecuentemente escuchar y comprender a los demás como hermanos.

También el Evangelio nos reitera este mensaje (cf. Jn 14,23-29), diciéndonos que, en las decisiones de la vida no estamos solos. El Espíritu nos sostiene y nos indica el camino a seguir, “enseñándonos” y “recordándonos” todo lo que Jesús dijo (cf. Jn 14,26).

En primer lugar, el Espíritu nos enseña las palabras del Señor grabándolas profundamente en nosotros, según la imagen bíblica de la ley que

Volver al índice

ya no está escrita en tablas de piedra, sino en nuestros corazones (cf. Jr 31,33); don que nos ayuda a crecer hasta transformarnos en "una carta de Cristo" (2 Co 3,3) los unos para los otros. Y es efectivamente así: nosotros somos tanto más capaces de anunciar el Evangelio cuanto más nos dejamos conquistar y transformar por Él, permitiendo a la potencia del Espíritu purificarnos en lo más íntimo, haciendo que nuestras palabras sean simples y sin doblez, nuestros deseos honestos y limpios, nuestras acciones generosas.

Y aquí entra en juego el otro verbo, "recordar", es decir volver a dirigir la atención del corazón a lo que hemos vivido y aprendido, para penetrar más profundamente en el significado y saborear su belleza.

Pienso, a este respecto, en el comprometido camino que la diócesis de Roma está recorriendo en estos años, estructurado sobre varios niveles de escucha: hacia el mundo que le rodea —para acoger los desafíos—, y al interno de la comunidad —para comprender las necesidades y promover sabias y proféticas iniciativas de evangelización y de caridad—. Es un camino difícil, aún en curso, que intenta abrazar una realidad muy rica, pero también muy compleja. Es, sin embargo, un camino digno de la historia de esta Iglesia, que muchas veces ha demostrado que sabe pensar "a lo grande", entregándose sin reservas en proyectos valientes, y arriesgándose incluso frente a escenarios nuevos y complejos.

De esto es signo el gran trabajo con el que toda la diócesis, precisamente en estos días, se ha prodigado para el Jubileo, en la acogida y en el cuidado de los peregrinos y en tantas otras iniciativas. Gracias a muchos esfuerzos, la ciudad le parece a quien viene —a veces desde muy lejos— como una gran casa abierta y acogedora, y sobre todo como un hogar de fe.

Por mi parte, expreso el deseo y el compromiso de entrar en este vasto proyecto poniéndome, en la medida de lo posible, a la escucha de todos, para aprender, comprender y decidir juntos: "cristiano con ustedes y Obispo para ustedes", como decía san Agustín (cf. Sermón 340,1). Les pido que me ayuden a realizarlo mediante un esfuerzo común de oración y de caridad, recordando las palabras de san León Magno: «que en todas las cosas que hacemos rectamente, Cristo es quien realiza la obra de nuestro ministerio. No nos gloriamos en nosotros, que nada podemos sin Él, sino en Aquel que es nuestro poder» (Serm. 5, de natali ipsius, 4).

A estas palabras quisiera agregar, para concluir, las del beato Juan Pablo I, que el 23 de septiembre de 1978, con el rostro radiante y sereno que ya le había valido el apelativo de "el Papa de la sonrisa", saludaba así a su nueva familia diocesana: «San Pío X, al entrar como Patriarca en Venecia, exclamó en San Marcos: "¿Qué sería de mí, venecianos, si no os amase?" Algo parecido digo yo a los romanos: puedo aseguraros que os amo, que solamente deseo serviros y poner a disposición de todos mis pobres fuerzas, todo lo poco que tengo y que soy» (Homilía en la toma de posesión de la cátedra de Roma, 23 septiembre 1978).

También yo quisiera expresarles todo mi afecto, con el deseo de compartir con ustedes, en el camino común, alegrías y dolores, fatigas y esperanzas. Del mismo modo, les ofrezco "todo lo poco que tengo y que soy", y eso, lo confío a la intercesión de los santos Pedro y Pablo y a la de tantos otros hermanos y hermanas cuya santidad ha iluminado la historia de esta Iglesia y las calles de esta ciudad. La Virgen María nos acompañe e interceda por nosotros.

7. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pedro
Fiesta de la Visitación de la Virgen María -
Sábado, 31 de mayo de 2025

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy es un día de gran alegría para la Iglesia y para cada uno de ustedes, futuros sacerdotes, junto con sus familiares, amigos y compañeros de camino durante los años de formación. Como destaca el Rito de la Ordenación en varios pasajes, es fundamental la relación entre lo que hoy celebramos y el pueblo de Dios. La profundidad, la amplitud e incluso la duración de la alegría divina que ahora compartimos es directamente proporcional a los lazos que existen y crecerán entre ustedes, los ordenandos, y el pueblo del que proceden, del que siguen formando parte y al que son enviados. Me detendré en este aspecto, teniendo siempre presente que la identidad del sacerdote depende de la unión con Cristo, sumo y eterno sacerdote. Somos pueblo de Dios. El Concilio Vaticano II hizo más viva esta conciencia, casi anticipando un tiempo en el que las pertenencias se debilitarían y el sentido de Dios se volvería más difícil de percibir. Ustedes son testimonio de que Dios no se ha cansado de reunir a sus hijos, aunque sean diferentes, y de constituirlos en una unidad dinámica. No se trata de una acción impetuosa, sino de esa brisa suave

Volver al índice

que devuelve la esperanza al profeta Elías en el momento del desánimo (cf. 1 Re 19,1; 11). La alegría de Dios no es ruidosa, pero cambia realmente la historia y nos acerca unos a otros. Es icono de ello el misterio de la Visitación, que la Iglesia contempla en el último día de mayo. Del encuentro entre la Virgen María y su prima Isabel surge el Magníficat, el canto de un pueblo visitado por la gracia.

Las lecturas que acabamos de escuchar nos ayudan a interpretar lo que también está sucediendo entre ustedes. Jesús, en primer lugar, en el Evangelio no nos aparece abatido por la muerte inminente, ni por la decepción por los lazos rotos o incompletos. El Espíritu Santo, por el contrario, intensifica esos vínculos amenazados. En la oración se vuelven más fuertes que la muerte. En lugar de pensar en su destino personal, Jesús pone en manos del Padre los vínculos que ha construido aquí abajo. ¡Nosotros formamos parte de ellos! El Evangelio, de hecho, ha llegado hasta nosotros a través de vínculos que el mundo puede desgastar, pero no destruir.

Queridos ordenandos, ¡concíbanse entonces a sí mismos a la manera de Jesús! Ser de Dios —siervos de Dios, pueblo de Dios— nos une a la tierra: no a un mundo ideal, sino al mundo real. Como Jesús, son personas de carne y hueso las que el Padre pone en su camino. Conságrense a ellas, sin separarse de ellas, sin aislarse, sin hacer del don recibido una especie de privilegio. El papa Francisco nos ha advertido muchas veces de esto, porque la autorreferencialidad apaga el fuego del espíritu misionero.

La Iglesia es constitutivamente extrovertida, como extrovertidos son la vida, la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Harán suyas sus palabras en cada Eucaristía: es «por ustedes y por todos». Nadie ha visto nunca a Dios. Él se ha dirigido a nosotros, ha salido de sí mismo. El Hijo se ha convertido en su exégesis, en su relato vivo. Y nos ha dado el poder de convertirnos en hijos de Dios.

¡No busquen, no busquemos otro poder!

El gesto de la imposición de las manos, con el que Jesús acogía a los niños y curaba a los enfermos, renueve en ustedes el poder liberador de su ministerio mesiánico. En los Hechos de los Apóstoles, ese gesto que repetiremos dentro de poco es transmisión del Espíritu creador. Así, el Reino de Dios pone ahora en comunión sus libertades personales, dispuestas a salir de sí mismas, injertando su inteligencia y sus fuerzas

jóvenes en la misión jubilar que Jesús ha transmitido a su Iglesia.

En su saludo a los ancianos de la comunidad de Éfeso, del que hemos escuchado algunos fragmentos en la primera lectura, Pablo les transmite el secreto de toda misión: «El Espíritu Santo os ha constituido guardianes» (Hch 20,2). No amos, sino guardianes. La misión es de Jesús. Él ha resucitado, por lo tanto, está vivo y nos precede. Ninguno de nosotros está llamado a sustituirlo. El día de la Ascensión nos educa en su presencia invisible. Él confía en nosotros, nos hace espacio; ha llegado incluso a decir: «Es bueno para ustedes que yo me vaya» (Jn 16,7). También nosotros, queridos ordenandos, al involucrarles en la misión hoy, les hacemos espacio. Y ustedes hagan espacio a los fieles y a toda criatura, a quienes el Resucitado está cerca y en quienes ama visitarnos y sorprendernos. El pueblo de Dios es más numeroso de lo que vemos. No definamos sus límites.

De san Pablo, de su conmovedor discurso de despedida, quisiera subrayar una segunda palabra. En realidad, precede a todas las demás. Él puede decir: «Ustedes saben cómo me he comportado con ustedes durante todo este tiempo» (Hch 20,18). ¡Guardemos en nuestro corazón y en nuestra mente, bien grabada, esta expresión! «Ustedes saben cómo me he comportado»: la transparencia de la vida. ¡Vidas conocidas, vidas legibles, vidas creíbles! Permanecemos dentro del pueblo de Dios, para poder estar ante él con un testimonio creíble.

Juntos, entonces, reconstruiremos la credibilidad de una Iglesia herida, enviada a una humanidad herida, dentro de una creación herida. Todavía no somos perfectos, pero es necesario ser creíbles.

Jesús Resucitado nos muestra sus heridas y, a pesar de que son signo del rechazo por parte de la humanidad, nos perdona y nos envía.

¡No lo olvidemos! Él sopla también hoy sobre nosotros (cf. Jn 20,22) y nos hace ministros de la esperanza. «De modo que ya no consideramos a nadie según criterios humanos» (2 Cor 5,16): todo lo que a nuestros ojos se presenta roto y perdido, se nos aparece ahora bajo el signo de la reconciliación.

«Porque el amor de Cristo nos ha conquistado», queridos hermanos y hermanas. Es una posesión que libera y nos capacita para no poseer a nadie. Liberar, no poseer. Somos de Dios: no hay mayor riqueza que apreciar y compartir. Es la única riqueza que, compartida, se multiplica.

Volver al índice

Queremos llevarla juntos al mundo que Dios ha amado tanto que ha dado a su Hijo único (cf. Jn 3,16).

Así, la vida entregada por estos hermanos, que dentro de poco serán ordenados presbíteros, está llena de sentido. Les damos las gracias y damos gracias a Dios que los ha llamado al servicio de un pueblo totalmente sacerdotal. Juntos, en efecto, unimos el cielo y la tierra. En María, Madre de la Iglesia, brilla este sacerdocio común que eleva a los humildes, une a las generaciones y nos hace llamar bienaventurados (cf. Lc 1,48.52). Ella, Virgen de la Confianza y Madre de la Esperanza, interceda por nosotros.

8. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Plaza de San Pedro
VII Domingo de Pascua - Domingo, 1 de junio de 2025

El Evangelio que acabamos de proclamar nos muestra a Jesús que, en la Última Cena, ora por nosotros (cf. Jn 17,20). El Verbo de Dios hecho hombre, ya cercano al final de su vida terrena, piensa en nosotros, sus hermanos, y se convierte en bendición, súplica y alabanza al Padre, con la fuerza del Espíritu Santo. También nosotros, al entrar con asombro y confianza dentro de la oración de Jesús, nos vemos envueltos, por su amor, en un gran proyecto que abarca a toda la humanidad.

Cristo pide, en efecto, que todos seamos “una sola cosa”
(cf. v. 21). Este es el mayor bien que se puede desear, porque esta unión universal realiza entre las criaturas la comunión eterna de amor que es Dios mismo: el Padre que da la vida, el Hijo que la recibe y el Espíritu que la comparte.

El Señor quiere que, para unirnos, no nos agreguemos a una masa indistinta como un bloque anónimo, sino que seamos uno: «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (v. 21). La unidad por la que Jesús ora es, por tanto, una comunión fundada en el mismo amor con que Dios ama, de donde provienen la vida y la salvación. Y como tal, es ante todo un don que Jesús trae consigo. Es, desde su corazón humano, que el Hijo de Dios se dirige al Padre diciendo: «Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que yo los amé cómo tú me amaste» (v. 23).

Escuchamos con conmoción estas palabras: Jesús nos está revelando que Dios nos ama como se ama a sí mismo. El Padre no nos ama menos que a su Hijo unigénito, o sea de manera infinita. Dios no ama menos, porque ama antes de nada, ¡ama antes que nadie! Así lo atestigua Cristo cuando dice al Padre: «Ya me amabas antes de la creación del mundo» (v. 24). Y es así: en su misericordia, Dios desde siempre quiere acoger a todos los hombres en su abrazo; y es su vida, la que se nos entrega por medio de Cristo, la que nos hace uno, la que nos une entre nosotros.

Oír hoy este Evangelio, durante el Jubileo de las Familias y de los Niños, de los Abuelos y de los Ancianos, nos llena de alegría.

Queridos amigos, hemos recibido la vida antes incluso de haberla deseado. Como enseñaba el Papa Francisco: «Todos los hombres somos hijos, pero ninguno de nosotros eligió nacer» (Ángelus, 1 enero 2025). Y no sólo eso. Apenas nacemos, necesitamos de los demás para vivir; solos no lo hubiéramos logrado. Se lo debemos a alguien más, que nos salvó, se hizo cargo de nosotros, de nuestro cuerpo y también de nuestro espíritu. Todos nosotros vivimos gracias a una relación, es decir, a un vínculo libre y liberador de humanidad y cuidado mutuo.

Es cierto que, a veces, esta humanidad se ve traicionada. Por ejemplo, cuando se invoca la libertad no para dar vida, sino para quitarla; no para proteger, sino para herir. Sin embargo, incluso frente al mal que divide y mata, Jesús sigue orando al Padre por nosotros, y su oración actúa como un bálsamo sobre nuestras heridas, convirtiéndose en anuncio de perdón y reconciliación para todos. Esa oración del Señor da sentido pleno a los momentos luminosos de nuestro amor mutuo como padres, abuelos, hijos e hijas. Y esto es lo que queremos anunciar al mundo: estamos aquí para ser “uno” tal y como el Señor quiere que seamos “uno”, en nuestras familias y en los lugares donde vivimos, trabajamos y estudiamos: distintos, pero uno; muchos, pero uno, siempre uno, en cualquier circunstancia y edad de la vida.

Hermanos, si nos amamos así, sobre el fundamento de Cristo, que es «el Alfa y la Omega», «el principio y el fin» (cf. Ap 22,13), seremos un signo de paz para todos, en la sociedad y en el mundo. No hay que olvidarlo: del seno de las familias nace el futuro de los pueblos.

En las últimas décadas hemos recibido un signo que llena de gozo y, al mismo tiempo, invita a reflexionar: me refiero al hecho de que fueron proclamados beatos y santos algunos esposos, no por separado,

Volver al índice

sino juntos, como pareja de esposos. Pienso en Luis y Celia Martin, los padres de santa Teresa del Niño Jesús; y recuerdo también a los beatos Luis y María Beltrame Quattrocchi, cuya vida familiar transcurrió en Roma, el siglo pasado. Y no olvidemos a la familia polaca Ulma, padres e hijos unidos en el amor y en el martirio. Decía que es un signo que da que pensar. Sí, al proponernos como testigos ejemplares a matrimonios santos, la Iglesia nos dice que el mundo de hoy necesita la alianza conyugal para conocer y acoger el amor de Dios, y para superar, con su fuerza que une y reconcilia, las fuerzas que destruyen las relaciones y las sociedades.

Por eso, con el corazón lleno de gratitud y esperanza, a ustedes esposos les digo: el matrimonio no es un ideal, sino el modelo del verdadero amor entre el hombre y la mujer: amor total, fiel y fecundo (cf. S. Pablo VI, Carta enc. Humanae vitae, 9). Este amor, al hacerlos "una sola carne", los capacita para dar vida, a imagen de Dios.

Por tanto, los animo a que sean para sus hijos ejemplos de coherencia, comportándose como desean que ellos se comporten, educándolos en la libertad mediante la obediencia, buscando siempre su propio bien y los medios para acrecentarlo. Y ustedes, hijos, sean agradecidos con sus padres: decir "gracias" por el don de la vida y por todo lo que con ella se nos da cada día es la primera forma de honrar al padre y a la madre (cf. Ex 20,12). Por último, a ustedes, queridos abuelos y ancianos, les recomiendo que velen, con sabiduría y ternura, por quienes aman, con la humildad y paciencia que se aprenden con los años.

En la familia, la fe se transmite junto con la vida, de generación en generación: se comparte como el pan de la mesa y los afectos del corazón. Esto la convierte en un lugar privilegiado para encontrar a Jesús, que nos ama y siempre quiere nuestro bien.

Y quisiera añadir una última cosa. La oración del Hijo de Dios, que nos infunde esperanza en el camino, también nos recuerda que un día seremos todos uno unum (cf. S. AGUSTÍN, Sermo super Ps. 127): una sola cosa en el único Salvador, abrazados por el amor eterno de Dios. No sólo nosotros, sino también los padres y las madres; los abuelos y abuelas; los hermanos, hermanas e hijos que ya nos han precedido en la luz de su Pascua eterna, y que hoy sentimos presentes, aquí, con nosotros, en este momento de fiesta.

9. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Plaza de San Pedro
Sábado, 7 de junio de 2025

Queridas hermanas y hermanos,

El Espíritu creador, que hemos invocado con el canto —Veni creator Spiritus—, es el Espíritu que descendió sobre Jesús, el protagonista silencioso de su misión: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4,18). Pidiéndole que visite nuestras mentes, multiplique los lenguajes, encienda los sentidos, infunda el amor, reconforte los cuerpos y done la paz, nos hemos abierto a acoger el Reino de Dios. Es esta la conversión según el Evangelio: encaminarnos hacia el Reino que ya está cerca.

En Jesús vemos y de Jesús escuchamos que todo se transforma, porque Dios reina, porque Dios está cerca. En esta vigilia de Pentecostés nos encontramos íntimamente vinculados por la proximidad de Dios, por su Espíritu que une nuestras historias a la de Jesús. Estamos involucrados en las cosas nuevas que Dios hace, para que su voluntad de vida se cumpla y prevalezca sobre la voluntad de muerte.

«Me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). Percibimos aquí el perfume del crisma con el que fue marcada nuestra frente. El Bautismo y la Confirmación, queridos hermanos y hermanas, nos han unido a la misión transformadora de Jesús, al Reino de Dios. Como el amor nos hace familiar el olor de una persona querida, así reconocemos esta noche los unos en los otros el perfume de Cristo. Es un misterio que sorprende y nos hace pensar.

En Pentecostés María, los Apóstoles, las discípulas y los discípulos que con ellos fueron colmados con un Espíritu de unidad, que radicaba para siempre sus diversidades en el único Señor Jesucristo. No muchas misiones, sino una única misión. No introvertidos y belicosos, sino extrovertidos y luminosos. Esta Plaza de San Pedro, que es como un abrazo abierto y acogedor, expresa magníficamente la comunión de la Iglesia, experimentada por cada uno de ustedes en las distintas experiencias asociativas y comunitarias, muchas de las cuales representan frutos del Concilio Vaticano II.

La tarde de mi elección, mirando con conmoción al pueblo de Dios aquí

Volver al índice

reunido, recordé la palabra “sinodalidad”, que expresa felizmente el modo en el cual el Espíritu modela la Iglesia. En esta palabra resuena el syn —que quiere decir con— que constituye el secreto de la vida de Dios. Dios no es soledad. Dios es “con” en sí mismo —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y es Dios con nosotros. Al mismo tiempo, sinodalidad nos recuerda el camino —odós— porque donde está el Espíritu hay movimiento, hay camino. Somos un pueblo en camino. Esta conciencia no nos aleja, sino que nos sumerge en la humanidad, como levadura en la masa, que la fermenta toda. El año de gracia del Señor, del que es expresión el Jubileo, tiene en sí este fermento. En un mundo quebrantado y sin paz el Espíritu Santo nos educa a caminar juntos. La tierra descasará, la justicia se afirmará, los pobres se alegrarán y la paz volverá si dejamos de movernos como predadores y comenzamos a hacerlo como peregrinos. Ya no cada uno por su cuenta, sino armonizando nuestros pasos con los pasos de los demás. No consumiendo el mundo con voracidad, sino cultivándolo y custodiándolo, como nos enseña la Encíclica Laudato si’.

Queridos hermanos y hermanas, Dios ha creado el mundo para que nosotros estuviésemos juntos. “Sinodalidad” es el nombre eclesial de esta conciencia. Es el camino que pide a cada uno reconocer la propia deuda y el propio tesoro, sintiéndose parte de una totalidad, fuera de la cual todo se marchita, incluso el más original de los carismas. Miren: toda la creación existe sólo en la modalidad del existir juntos, a veces peligroso, pero aun así juntos siempre (cf. Carta enc., Laudato si’ 16; 117). Y esto que nosotros llamamos “historia” toma forma sólo en la modalidad de reunirse, de una convivencia, frecuentemente en medio de disensos, pero aun así una convivencia. Lo contrario es mortal y desgraciadamente está ante nuestros ojos cada día. Que sus agregaciones y comunidades sean entonces lugares donde se practique la fraternidad y la participación, no sólo en cuanto lugares de encuentro, sino en cuanto lugares de espiritualidad. El Espíritu de Jesús cambia al mundo, porque cambia los corazones. Inspira, en efecto, esa dimensión contemplativa de la vida que aleja la autoafirmación, la murmuración, el espíritu de controversia, el dominio de las conciencias y de los recursos. El Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor hay libertad (cf. 2 Co 3,17). La auténtica espiritualidad nos compromete, por tanto, al desarrollo humano integral, actualizando entre nosotros la palabra de Jesús. Donde esto sucede hay alegría. Alegría y esperanza.

La evangelización, queridos hermanos y hermanas, no es una conquista humana del mundo, sino la infinita gracia que se difunde a través de

vidas transformadas por el Reino de Dios. Es el camino de las bienaventuranzas, un itinerario que recorremos juntos, en continua tensión entre el "ya" y el "todavía no", hambrientos y sedientos de justicia, pobres de espíritu, misericordiosos, mansos, puros de corazón, que trabajan por la paz. Para seguir a Jesús en este camino que Él ha elegido no sirven poderosos protectores, compromisos mundanos o estrategias emocionales. La evangelización es obra de Dios y, si a veces pasa a través de nuestras personas, es por los vínculos que hace posible. Estén por tanto profundamente ligados a cada una de las Iglesias particulares y a las comunidades parroquiales donde alimentan y gastan sus carismas. Cerca de sus obispos y en sinergia con todos los otros miembros del Cuerpo de Cristo actuaremos, entonces, en armoniosa sintonía. Los desafíos que la humanidad enfrenta serán menos espantosos, el futuro será menos oscuro, el discernimiento menos difícil, si juntos obedeciéramos al Espíritu.

Que María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, interceda por nosotros.

10. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Plaza de San Pedro
Domingo, 8 de junio de 2025

Hermanos y hermanas:

«Brilla para nosotros, hermanos, el día grato en que [...] Jesucristo, el Señor, después de resucitado y glorificado por su ascensión, envió al Espíritu Santo» (S. Agustín, Sermo 271, 1). Y también hoy se reaviva lo que sucedió en el cenáculo; desciende sobre nosotros el don del Espíritu Santo como un viento impetuoso que sacude, como un fragor que nos despierta, como un fuego que nos ilumina (cf. Hch 2,1-11).

Como hemos escuchado en la primera lectura, el Espíritu lleva a cabo algo extraordinario en la vida de los Apóstoles. Ellos, después de la muerte de Jesús, se habían encerrado en el miedo y en la tristeza, pero ahora reciben finalmente una mirada nueva y una inteligencia del corazón que les ayuda a interpretar los eventos que han sucedido y a tener una íntima experiencia de la presencia del Resucitado: el Espíritu Santo vence su miedo, rompe las cadenas interiores, alivia las heridas, los unge con fortaleza y les da el valor de salir al encuentro de todos para anunciar las obras de Dios.

Volver al índice

El texto de los Hechos de los Apóstoles nos dice que, en Jerusalén, en ese momento, había una multitud de las más variadas procedencias, y, aun así, «cada uno los oía hablar en su propia lengua» (v. 6). Y entonces, es así que en Pentecostés las puertas del cenáculo se abren porque el Espíritu abre las fronteras. Como afirma Benedicto XVI: «El Espíritu Santo da el don de comprender. Supera la ruptura iniciada en Babel —la confusión de los corazones, que nos enfrenta unos a otros», y abre las fronteras. [...] La Iglesia debe llegar a ser siempre nuevamente lo que ya es: debe abrir las fronteras entre los pueblos y derribar las barreras entre las clases y las razas. En ella no puede haber ni olvidados ni despreciados. En la Iglesia hay sólo hermanos y hermanas de Jesucristo libres (Homilía de Pentecostés, 15 mayo 2005).

Esta es una imagen elocuente de Pentecostés sobre la que quisiera detenerme con ustedes para meditarla.

El Espíritu abre las fronteras, ante todo, dentro de nosotros. Es el Don que abre nuestra vida al amor. Y esta presencia del Señor disuelve nuestras durezas, nuestras cerrazones, los egoísmos, los miedos que nos paralizan, los narcisismos que nos hacen girar sólo en torno a nosotros mismos. El Espíritu Santo viene a desafiar, en nuestro interior, el riesgo de una vida que se atrofia, absorbida por el individualismo. Es triste observar como en un mundo donde se multiplican las ocasiones para socializar, corremos el riesgo de estar paradójicamente más solos, siempre conectados y sin embargo incapaces de “establecer vínculos”, siempre inmersos en la multitud, pero restando viajeros desorientados y solitarios.

El Espíritu de Dios, en cambio, nos hace descubrir un nuevo modo de ver y de vivir la vida. Nos abre al encuentro con nosotros mismos, más allá de las máscaras que llevamos puestas; nos conduce al encuentro con el Señor enseñándonos a experimentar su alegría; nos convence —según las mismas palabras de Jesús apenas proclamadas— de que sólo si permanecemos en el amor recibimos también la fuerza de observar su Palabra y, por tanto, de ser transformados por ella. Abre las fronteras en nuestro interior, para que nuestra vida se convierta en un espacio hospitalario.

El Espíritu abre también las fronteras en nuestras relaciones. En efecto, Jesús dice que este Don es el amor entre Él y el Padre que viene a habitar en nosotros. Y cuando el amor de Dios mora en nosotros, somos capaces de abrirnos a los hermanos, de vencer nuestras rigideces, de

superar el miedo hacia el que es distinto, de educar las pasiones que se sublevan dentro de nosotros. Pero el Espíritu transforma también aquellos peligros más ocultos que contaminan nuestras relaciones, como los malentendidos, los prejuicios, las instrumentalizaciones. Pienso también —con mucho dolor— en los casos en que una relación se intoxica por la voluntad de dominar al otro, una actitud que frecuentemente desemboca en violencia, como desgraciadamente demuestran los numerosos y recientes casos de feminicidio.

El Espíritu Santo, en cambio, hace madurar en nosotros los frutos que ayudan a vivir relaciones auténticas y sanas: «amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza» (Gal 5,22). De este modo, el Espíritu expande las fronteras de nuestras relaciones con los demás y nos abre a la alegría de la fraternidad. Y este es un criterio decisivo también para la Iglesia; somos verdaderamente la Iglesia del Resucitado y los discípulos de Pentecostés sólo si entre nosotros no hay ni fronteras ni divisiones, si en la Iglesia sabemos dialogar y acogernos mutuamente integrando nuestras diferencias, si como Iglesia nos convertimos en un espacio acogedor y hospitalario para todos.

Para concluir, el Espíritu abre las fronteras también entre los pueblos. En Pentecostés los Apóstoles hablan las leguas de aquellos que encuentran y el caos de Babel es finalmente apaciguado por la armonía generada por el Espíritu. Las diferencias, cuando el Soplo divino une nuestros corazones y nos hace ver en el otro el rostro de un hermano, no son ocasión de división y de conflicto, sino un patrimonio común del que todos podemos beneficiarnos, y que nos pone a todos en camino, juntos, en la fraternidad.

El Espíritu rompe las fronteras y abate los muros de la indiferencia y del odio, porque “nos enseña todo” y nos “recuerda las palabras de Jesús” (cf. Jn 14,26); y, por eso, lo primero que enseña, recuerda e imprime en nuestros corazones es el mandamiento del amor, que el Señor ha puesto en el centro y en la cima de todo. Y donde hay amor no hay espacio para los prejuicios, para las distancias de seguridad que nos alejan del prójimo, para la lógica de la exclusión que vemos surgir desgraciadamente también en los nacionalismos políticos.

Precisamente celebrando Pentecostés, el Papa Francisco observaba que «Hoy en el mundo hay mucha discordia, mucha división. Estamos todos conectados y, sin embargo, nos encontramos desconectados entre nosotros, anestesiados por la indiferencia y oprimidos por la soledad» (Ho-

milía, 28 mayo 2023). Y de todo esto son una trágica señal las guerras que agitan nuestro planeta. Invoquemos el Espíritu de amor y de paz, para que abra las fronteras, abata los muros, disuelva el odio y nos ayude a vivir como hijos del único Padre que está en el cielo.

Hermanos y hermanas: ¡Por Pentecostés se renueva la Iglesia y el mundo! Que el viento vigoroso del Espíritu venga sobre nosotros y dentro de nosotros, abra las fronteras del corazón, nos dé la gracia del encuentro con Dios, amplíe los horizontes del amor y sostenga nuestros esfuerzos para la construcción de un mundo donde reine la paz.

Que María Santísima, Mujer de Pentecostés, Virgen visitada por el Espíritu, Madre llena de gracia, nos acompañe e interceda por nosotros.

11. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pedro
Bienaventurada Virgen María Madre de la Iglesia -
Lunes, 9 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy tenemos la alegría y la gracia de celebrar el jubileo de la Santa Sede en la memoria litúrgica de María, Madre de la Iglesia. Esta feliz coincidencia es fuente de luz y de inspiración interior en el Espíritu Santo, que ayer, Pentecostés, se ha derramado en abundancia sobre el Pueblo de Dios. Y en este clima espiritual nosotros hoy gozamos de una jornada especial, en primer lugar, con la meditación que hemos escuchado y ahora, aquí, en la Mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

La Palabra de Dios en esta celebración nos hace comprender el misterio de la Iglesia, y en ella el de la Santa Sede, a la luz de dos iconos bíblicos escritos por el Espíritu en la página de los Hechos de los Apóstoles (1,12-14) y en la del Evangelio de san Juan (19,25-34).

Partimos de la más fundamental, que es el relato de la muerte de Jesús. Juan, de los Doce el único presente en el Calvario, vio y dio testimonio de que, al pie de la cruz, junto a otras mujeres, estaba la madre de Jesús (v. 25). Y escuchó con sus propios oídos las últimas palabras del Maestro, entre la cuales, estas: «Mujer, aquí tienes a tu hijo», y después, dirigiéndose a él: «Aquí tienes a tu madre» (vv. 26-27).

La maternidad de María, a través del misterio de la cruz, dio un salto impensable. La Madre de Jesús se convirtió en la nueva Eva, porque el Hijo la asoció a su muerte redentora, fuente de vida nueva y eterna para todo ser humano que viene a este mundo. El tema de la fecundidad está muy presente en esta liturgia. La oración "colecta" lo pone de manifiesto al hacernos pedir al Padre que la Iglesia, sostenida por el amor de Cristo, sea «cada día más fecunda en el Espíritu» (Misal italiano, colecta de la memoria).

La fecundidad de la Iglesia es la misma fecundidad de María; y se realiza en la existencia de sus miembros en la medida en que estos reviven, "en pequeño", lo que vivió la Madre, es decir, que aman con el amor de Jesús. Toda la fecundidad de la Iglesia y de la Santa Sede depende de la cruz de Cristo. De lo contrario, es apariencia, si no es que algo peor. Un gran teólogo contemporáneo escribió: «Si ella [la Iglesia] es el árbol que sale del granito de mostaza, este árbol está a su vez destinado a llevar granos de mostaza; frutos, por tanto, que repiten la forma de la cruz, porque se deben a ella» (H.U. Von Balthasar, La seriedad de las cosas, Salamanca 1967, 44).

En la colecta también pedimos que la Iglesia «se regocije por la santidad de sus hijos». De hecho, esta fecundidad de María y de la Iglesia está inseparablemente vinculada a su santidad, es decir, a su conformación con Cristo. La Santa Sede es santa como lo es la Iglesia, en su núcleo originario, en la fibra de la que está tejida. Así, la Sede Apostólica custodia la santidad de sus raíces mientras es custodiada por ella. Pero no es menos cierto que también vive de la santidad de cada uno de sus miembros. Por ello, la mejor manera de servir a la Santa Sede es procurar ser santos, cada uno según su estado de vida y la tarea que se le ha confiado.

Por ejemplo, un sacerdote que personalmente lleva una cruz pesada a causa de su ministerio, y sin embargo cada día va a la oficina y trata de hacer su trabajo lo mejor posible, con amor y con fe, ese sacerdote participa y contribuye a la fecundidad de la Iglesia. Y lo mismo un padre o una madre de familia, que en casa vive una situación difícil —un hijo que da preocupaciones, un padre enfermo— y lleva adelante su trabajo con empeño: ese hombre y esa mujer son fecundos con la fecundidad de María y de la Iglesia.

Pasemos ahora al segundo icono, el que escribe san Lucas al inicio de los Hechos de los Apóstoles, donde representa a la Madre de Jesús junto a los Apóstoles y discípulos en el Cenáculo (1,12-14). Nos muestra la ma-

ternidad de María para con la Iglesia naciente, una maternidad "arquetípica", que permanece actual en todo tiempo y lugar. Y, sobre todo, es siempre fruto del Misterio pascual, del don del Señor crucificado y resucitado.

El Espíritu Santo, que desciende con poder sobre la primera comunidad, es el mismo que Jesús entregó con su último aliento (cf. Jn 19,30). Este icono bíblico es inseparable del primero: la fecundidad de la Iglesia está siempre ligada a la gracia que brota del Corazón traspasado de Jesús, junto con la sangre y el agua, símbolo de los Sacramentos (cf. Jn 19,34).

María, en el Cenáculo, gracias a la misión materna que recibió al pie de la cruz, está al servicio de la comunidad naciente: es la memoria viviente de Jesús y, en cuanto tal, es el polo de atracción, por así decirlo, que armoniza las diferencias y hace que la oración de los discípulos sea unánime.

Los Apóstoles, también en este texto, son enumerados por nombre, y como siempre, el primero es Pedro (cf. v. 13). Pero él mismo, de hecho, en primer lugar, es sostenido por María en su ministerio. De manera análoga, la Madre Iglesia sostiene el ministerio de los Sucesores de Pedro con el carisma mariano. La Santa Sede vive de manera muy particular la co-presencia de ambos polos: el mariano y el petrino. Y es el polo mariano el que asegura la fecundidad y la santidad del petrino, con su maternidad, don de Cristo y del Espíritu.

Queridos amigos, alabemos a Dios por su Palabra, lámpara que ilumina nuestros pasos y también nuestra vida cotidiana al servicio de la Santa Sede. Así, iluminados por esta Palabra, renovemos nuestra oración: "Concede, oh Padre, que tu Iglesia, sostenida por el amor de Cristo, sea cada vez más fecunda en el Espíritu, se regocije por la santidad de sus hijos y acoja en su seno a toda la familia humana" (Misal italiano, colecta de la memoria). Amén.

12. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pedro
Domingo, 15 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

En la primera Lectura hemos escuchado estas palabras: «Así habla la Sabiduría de Dios: "El Señor me creó como primicia de sus caminos, antes de sus obras, desde siempre. [...] Cuando él afianzaba el cielo, yo estaba allí; [...] yo estaba a su lado como un hijo querido y lo deleitaba día tras día, recreándome delante de él en todo tiempo, recreándome sobre la faz de la tierra, y mi delicia era estar con los hijos de los hombres» (Pr 8,22.27.30-31). Para san Agustín, la Trinidad y la sabiduría están íntimamente relacionadas. La sabiduría divina se revela en la Santísima Trinidad, y la sabiduría nos lleva siempre a la verdad.

Y hoy, mientras celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad, estamos viviendo el Jubileo del Deporte. El binomio Trinidad-deporte no es precisamente habitual, sin embargo, la asociación no es absurda. De hecho, toda buena actividad humana lleva consigo un reflejo de la belleza de Dios, y sin duda el deporte es una de ellas. Después de todo, Dios no es estático, no está cerrado en sí mismo. Es comunión, relación viva entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se abre a la humanidad y al mundo. La teología llama a esta realidad pericoresis, es decir, "danza": una danza de amor recíproco.

Es de este dinamismo divino de donde brota la vida. Hemos sido creados por un Dios que se complace y se regocija en dar la existencia a sus criaturas, que "juega", como nos ha recordado la primera lectura (cf. Pr 8,30-31). Algunos Padres de la Iglesia hablan incluso, con audacia, de un Deus ludens, de un Dios que se divierte (cf. S. Salonio de Ginebra, in Expositio Mystica in Parabolas Salomonis et Ecclesiasten; S. Gregorio Nacianceno, Carmina, I, 2, 589). Es por eso que el deporte puede ayudarnos a encontrar a Dios Trinidad: porque requiere un movimiento del yo hacia el otro, ciertamente exterior, pero también y sobre todo interior. Sin esto, se reduce a una estéril competencia de egoísmos.

Pensemos en una expresión que, en italiano, se utiliza habitualmente para animar a los atletas durante las competiciones: los espectadores gritan: "Dai!" [en español "¡Dale!"]. Quizás no nos damos cuenta, pero es un imperativo precioso; es el imperativo del verbo "dar". Y esto nos puede hacer reflexionar: no se trata solo de dar una prestación física, quizá extraordinaria, sino de darse uno mismo, de «jugársela». Se trata de entregarse por los demás —por el propio crecimiento, por los aficionados, por los seres queridos, por los entrenadores, por los colaboradores, por el público, incluso por los adversarios— y, si se es verdaderamente deportista, esto vale independientemente del resultado. San Juan Pablo II —un deportista, como sabemos— hablaba así de ello: "El deporte es

Volver al índice

alegría de vivir, juego, fiesta, y como tal debe valorarse [...] mediante la recuperación de su gratuidad, de su capacidad para estrechar lazos de amistad, para favorecer el diálogo y la apertura de unos hacia otros, [...] por encima de las duras leyes de la producción y el consumo y de cualquier otra consideración puramente utilitaria y hedonista de la vida" (cf. Homilía para el Jubileo de los Deportistas, 12 abril 1984).

Desde este punto de vista, mencionamos en particular tres aspectos que hacen del deporte, hoy en día, un medio valioso para la formación humana y cristiana.

En primer lugar, en una sociedad marcada por la soledad, en la que el individualismo exagerado ha desplazado el centro de gravedad del "nosotros" al "yo", terminando por ignorar al otro, el deporte —especialmente cuando se practica en equipo— enseña el valor de la colaboración, de caminar juntos, de ese compartir que, como hemos dicho, está en el corazón mismo de la vida de Dios (cf. Jn 16, 14-15). De este modo, puede convertirse en un importante instrumento de recomposición y encuentro, entre los pueblos, en las comunidades, en los entornos escolares y laborales, en las familias.

En segundo lugar, en una sociedad cada vez más digital, en la que las tecnologías, aunque acercan a personas lejanas, a menudo alejan a quienes están cerca, el deporte valora la concreción de estar juntos, el sentido del cuerpo, del espacio, del esfuerzo, del tiempo real. Así, frente a la tentación de huir a mundos virtuales, ayuda a mantener un contacto saludable con la naturaleza y con la vida concreta, único lugar en el que se ejerce el amor (cf. 1 Jn 3,18).

En tercer lugar, en una sociedad competitiva, donde parece que sólo los fuertes y los ganadores merecen vivir, el deporte también enseña a perder, poniendo a prueba al hombre, en el arte de la derrota, con una de las verdades más profundas de su condición: la fragilidad, el límite, la imperfección. Esto es importante, porque es a partir de la experiencia de esta fragilidad que nos abrimos a la esperanza. El atleta que nunca se equivoca, que no pierde jamás, no existe. Los campeones no son máquinas infalibles, sino hombres y mujeres que, incluso cuando caen, encuentran el valor para levantarse. Recordemos una vez más, a este respecto, las palabras de san Juan Pablo II, quien decía que Jesús es "el verdadero atleta de Dios", porque venció al mundo no con la fuerza, sino con la fidelidad del amor (cf. Homilía en la Misa por el Jubileo de los deportistas, 29 octubre 2000).

No es casualidad que, en la vida de muchos santos de nuestro tiempo, el deporte haya tenido un papel significativo, tanto como práctica personal que como vía de evangelización. Pensemos en el beato Pier Giorgio Frassati, patrono de los deportistas, que será proclamado santo el próximo 7 de septiembre. Su vida, sencilla y luminosa, nos recuerda que, así como nadie nace campeón, tampoco nadie nace santo. Es el entrenamiento diario del amor lo que nos acerca a la victoria definitiva (cf. Rm 5,3-5) y nos hace capaces de trabajar en la construcción de un mundo nuevo. Así lo afirmaba también san Pablo VI, veinte años después del final de la Segunda Guerra Mundial, recordando a los miembros de una asociación deportiva católica lo mucho que el deporte había contribuido a devolver la paz y la esperanza a una sociedad devastada por las consecuencias de la guerra (cf. Discurso a los miembros del C.S.I., 20 marzo 1965). Decía, "es la formación de una sociedad nueva a la que se dirigen vuestros esfuerzos: [...] conscientes de que el deporte, en los sanos elementos formativos que valora, puede ser un instrumento muy útil para la elevación espiritual de la persona humana, condición primera e indispensable de una sociedad ordenada, serena y constructiva" (cf. ibíd).

Queridos deportistas, la Iglesia les confía una misión maravillosa: ser, en las actividades que realizan, reflejo del amor de Dios Trinidad para bien de ustedes y sus hermanos. Comprométanse con entusiasmo en esta misión: como atletas, como formadores, como sociedad, como grupos, como familias. El Papa Francisco solía subrayar que María, en el Evangelio, se nos presenta activa, en movimiento, incluso "corriendo" (cf. Lc 1,39), dispuesta, como saben hacer las madres, ponerse en movimiento ante la señal de Dios, para socorrer a sus hijos (cf. Discurso a los voluntarios de la JMJ, 6 agosto 2023). Le pedimos que acompañe nuestros esfuerzos y nuestros impulsos, y que los oriente siempre hacia lo mejor, hasta la victoria más grande: la de la eternidad, el «campo infinito» donde el juego no tendrá fin y la alegría será plena (cf. 1 Co 9,24-25; 2 Tim 4,7-8).

13. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Plaza de San Juan de Letrán
Domingo, 22 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, es hermoso estar con Jesús. El Evangelio que acabamos de escuchar lo atestigua, narrando que las multitudes permanecían horas y horas con Él, que hablaba del Reino de Dios y curaba a los enfermos (cf. Lc 9,11). La compasión de Jesús por quienes sufren

Volver al índice

manifiesta la amorosa cercanía de Dios, que viene al mundo para salvarnos. Cuando Dios reina, el hombre es liberado de todo mal. Sin embargo, incluso para aquellos que reciben la buena nueva de Jesús, llega la hora de la prueba. En aquel lugar desierto, donde las multitudes han escuchado al Maestro, cae la tarde y no hay nada para comer (cf. v. 12). El hambre del pueblo y la puesta del sol son signos de un límite que se cierne sobre el mundo, sobre cada criatura: el día termina, al igual que la vida de los hombres. Es en esta hora, en el tiempo de la indigencia y de las sombras, cuando Jesús permanece entre nosotros.

Justo cuando el sol se pone y el hambre crece, mientras los propios apóstoles piden despedir a la gente, Cristo nos sorprende con su misericordia. Él tiene compasión del pueblo hambriento e invita a sus discípulos a que se ocupen de él, porque el hambre no es una necesidad que no tenga que ver con el anuncio del Reino y el testimonio de la salvación. Al contrario, esta hambre está vinculada con nuestra relación con Dios. Sin embargo, cinco panes y dos peces no parecen suficientes para alimentar al pueblo, porque los cálculos de los discípulos, aparentemente razonables revelan, en cambio, su poca fe. Ya que, en realidad, con Jesús contamos con todo lo necesario para dar fuerza y sentido a nuestra vida.

En efecto, a la urgencia del hambre, Él responde con el signo del compartir: levanta los ojos, pronuncia la bendición, parte el pan y da de comer a todos los presentes (cf. v. 16). Los gestos del Señor no inauguran un complejo ritual mágico, sino que manifiestan con sencillez el agradecimiento hacia el Padre, la oración filial de Cristo y la comunión fraterna que sostiene el Espíritu Santo. Para multiplicar los panes y los peces, Jesús divide los que hay: sólo así hay suficiente para todos, es más, sobran. Después de haber comido —hasta saciarse—, con lo que sobró, llenaron doce canastos (cf. v. 17).

Esta es la lógica que salva al pueblo hambriento: Jesús actúa según el estilo de Dios, enseñando a hacer lo mismo. Hoy, en lugar de las multitudes que aparecen en el Evangelio, hay pueblos enteros, humillados por la codicia ajena aún más que por el hambre misma. Ante la miseria de muchos, la acumulación de unos pocos es signo de una soberbia indiferente, que produce dolor e injusticia. En lugar de compartir, la opulencia desperdicia los frutos de la tierra y del trabajo del hombre. Especialmente en este año jubilar, el ejemplo del Señor sigue siendo para nosotros un criterio urgente de acción y servicio: compartir el pan, para multiplicar la esperanza, proclama la venida del Reino de Dios.

Al salvar del hambre a las multitudes, Jesús anuncia que salvará a todos de la muerte. Este es el misterio de la fe, que celebramos en el sacramento de la Eucaristía. Así como el hambre es señal de nuestra radical indigencia vital, así también el partir el pan es signo del don divino de la salvación.

Queridos amigos, Cristo es la respuesta de Dios al hambre del hombre, porque su cuerpo es el pan de la vida eterna: ¡tomen y coman todos de él! La invitación de Jesús abarca nuestra experiencia cotidiana: para vivir, necesitamos alimentarnos de la vida, quitándosela a las plantas y a los animales. Sin embargo, comer algo exánime nos recuerda que también nosotros, por mucho que comamos, moriremos. En cambio, cuando nos alimentamos de Jesús, pan vivo y verdadero, vivimos para Él. Ofreciéndose sin reservas, el Crucificado Resucitado se entrega a nosotros, y de este modo descubrimos que hemos sido hechos para nutrirnos de Dios. Nuestra naturaleza hambrienta lleva la marca de una indigencia que es saciada por la gracia de la Eucaristía. Como escribe san Agustín, Cristo es, de verdad, «panis qui reficit, et non deficit; panis qui sumi potest, consumi non potest» (Sermo 130, 2), es decir, un pan que nutre y nunca falta; un pan que se puede comer pero que nunca se agota. La Eucaristía, en efecto, es la presencia verdadera, real y sustancial del Salvador (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1413), que transforma el pan en sí mismo, para transformarnos en Él. Vivo y vivificante, el Corpus Domini hace de nosotros, o sea, de la Iglesia misma, el cuerpo del Señor.

Por eso, según las palabras del apóstol Pablo (cf. 1 Cor 10,17), el Concilio Vaticano II enseña que «la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico [...]. Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos» (Const. dogm. Lumen gentium, 3). La procesión que comenzaremos dentro de poco es un signo de ese camino. Juntos, pastores y rebaño, nos alimentamos del Santísimo Sacramento, lo adoramos y lo llevamos por las calles. Al hacerlo, lo ofrecemos a la mirada, a la conciencia y al corazón de la gente. Al corazón de quien cree, para que crea más firmemente, y al corazón de quien no cree, para que se cuestione sobre el hambre que tenemos en el alma y sobre el pan que puede saciarla.

Fortalecidos por el alimento que Dios nos da, llevemos a Jesús al corazón de todos, porque Jesús incluye a todos en la obra de la salvación,

Volver al índice

invitando a cada uno a participar en su mesa. ¡Dichosos los invitados, que se convierten en testigos de este amor!

14. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica Vaticana, Altar de la Confesión
Viernes, 27 de junio de 2025

Hoy, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada para la santificación sacerdotal, celebramos con alegría esta Eucaristía en el Jubileo de los Sacerdotes.

Me dirijo, por tanto, en primer lugar, a ustedes, queridos hermanos presbíteros, que han venido a la tumba del apóstol Pedro para entrar por la Puerta Santa, para volver a sumergir sus vestiduras bautismales y sacerdotales en el Corazón del Salvador. Para algunos de los aquí presentes, este gesto se realiza en un día muy especial de su vida: el de la ordenación.

Hablar del Corazón de Cristo en este contexto es hablar de todo el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Señor, confiado de manera especial a nosotros para que lo hagamos presente en el mundo. Por eso, a la luz de las lecturas que hemos escuchado, reflexionemos juntos sobre cómo podemos contribuir a esta obra de salvación.

En la primera, el profeta Ezequiel nos habla de Dios como un pastor que guarda su rebaño, contando sus ovejas una por una: va en busca de las perdidas, cura a las heridas, sostiene a las débiles y enfermas (cf. Ez 34,11-16). Nos recuerda así, en un tiempo de grandes y terribles conflictos, que el amor del Señor, del cual estamos llamados a dejarnos abrazar y moldear, es universal, y que a sus ojos —y por tanto también a los nuestros— no hay lugar para divisiones ni odios de ningún tipo.

En la segunda lectura (cf. Rm 5,5-11), san Pablo, recordándonos que Dios nos reconcilió «cuando todavía éramos débiles» (v. 6) y «pecadores» (v. 8), nos invita a abandonarnos a la acción transformadora de su Espíritu que habita en nosotros, en un camino diario de conversión. Nuestra esperanza se basa en la conciencia de que el Señor nunca nos abandona; nos acompaña siempre. Sin embargo, estamos llamados a cooperar con Él, ante todo, poniendo en el centro de nuestra existencia la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 11); luego «por la fructuosa recepción

de los sacramentos, sobre todo en la frecuente acción sacramental de la Penitencia» (Íd., Decr. Presbiterorum ordinis, 18); y, por último, con la oración, la meditación de la Palabra y el ejercicio de la caridad, conformando cada vez más nuestro corazón al del «Padre de las misericordias» (ibíd.).

Y esto nos lleva al Evangelio que hemos escuchado (cf. Lc 15,3-7), en el que se habla de la alegría de Dios —y de todo pastor que ama según su Corazón— por el regreso al redil de una sola de sus ovejas. Es una invitación a vivir la caridad pastoral con el mismo espíritu generoso del Padre, cultivando en nosotros su deseo: que nadie se pierda (cf. Jn 6,39), sino que todos, también a través de nosotros, conozcan a Cristo y tengan en Él la vida eterna (cf. Jn 6,40). Es una invitación a unirnos íntimamente a Jesús (cf. Presbiterorum ordinis, 14), semilla de concordia entre los hermanos, cargando sobre nuestros hombros a los que se han perdido, perdonando a los que han errado, yendo en busca de los que se han alejado o han quedado excluidos, cuidando a los que sufren en el cuerpo y en el espíritu, en un gran intercambio de amor que, naciendo del costado traspasado del Crucificado, circunda a todos los hombres e impregna al mundo. El Papa Francisco escribía al respecto: «De la herida del costado de Cristo sigue brotando ese río que jamás se agota, que no pasa, que se ofrece una y otra vez para quien quiera amar. Sólo su amor hará posible una humanidad nueva» (Carta enc. Dilexit nos, 219).

El ministerio sacerdotal es un ministerio de santificación y reconciliación para la unidad del Cuerpo de Cristo (cf. Lumen gentium, 7). Por eso, el Concilio Vaticano II pide a los presbíteros que hagan todo lo posible por «conducirlos a todos a la unidad de la caridad» (Presbiterorum ordinis, 9), armonizando las diferencias para que «nadie se sienta extraño» (ibíd.). Y les recomienda que estén unidos al obispo y al presbiterio (cf. ibíd., 7-8). En efecto, cuanto mayor sea la unidad entre nosotros, tanto más sabremos llevar también a los demás al redil del Buen Pastor, para vivir como hermanos en la única casa del Padre.

San Agustín, a este propósito, en un sermón pronunciado con ocasión del aniversario de su ordenación, hablaba de un fruto gozoso de comunión que une a los fieles, a los presbíteros y a los obispos, y que tiene su raíz en el sentirse todos rescatados y salvados por la misma gracia y por la misma misericordia. Pronunciaba, precisamente en ese contexto, la famosa frase: «Con ustedes soy cristiano y para ustedes, obispo» (Sermón 340,1).

Volver al índice

En la misa solemne del inicio de mi pontificado, he expresado ante el Pueblo de Dios un gran deseo: «una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado» (18 mayo 2025). Hoy vuelvo a compartirlo con todos ustedes: reconciliados, unidos y transformados por el amor que brota abundantemente del Corazón de Cristo, caminemos juntos tras sus huellas, humildes y decididos, firmes en la fe y abiertos a todos en la caridad, llevemos al mundo la paz del Resucitado, con esa libertad que nace de sabernos amados, elegidos y enviados por el Padre.

Y ahora, antes de concluir, me dirijo a ustedes, queridos ordenandos, que dentro de poco, por la imposición de las manos del Obispo y con una renovada efusión del Espíritu Santo, se convertirán en sacerdotes. Les digo algunas cosas simples, pero que considero importantes para su futuro y para el de las almas que les serán confiadas. Amen a Dios y a los hermanos, sean generosos, fervorosos en la celebración de los sacramentos, en la oración —especialmente en la adoración— y en el ministerio; sean cercanos a su grey, donen su tiempo y sus energías a todos, sin escatimarse, sin hacer diferencias, como nos enseñan el costado abierto del Crucificado y el ejemplo de los santos. Y a este propósito, recuerden que la Iglesia, en su historia milenaria, ha tenido —y tiene todavía hoy— figuras maravillosas de santidad sacerdotal. A partir de la comunidad de los orígenes, la Iglesia ha generado y conocido, entre sus sacerdotes, mártires, apóstoles incansables, misioneros y campeones de la caridad. Atesoren tanta riqueza: interésense por sus historias, estudien sus vidas y sus obras, imiten sus virtudes, déjense encender por su celo e invoquen con frecuencia y con insistencia su intercesión. Nuestro mundo propone muchas veces modelos de éxito y prestigio discutibles e inconsistentes. No se dejen embaucar por ellos. Miren más bien el sólido ejemplo y los frutos del apostolado, muchas veces escondido y humilde, de quien en la vida ha servido al Señor y a los hermanos con fe y dedicación, y mantengan su memoria con su fidelidad.

Encomendémonos finalmente todos a la maternal protección de la Bienaventurada Virgen María, Madre de los sacerdotes y Madre de la esperanza, que sea ella quien acompañe y sostenga nuestros pasos, para que podamos configurar cada vez más nuestro corazón con el de Cristo, sumo y eterno Pastor.

15. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pedro
Domingo, 29 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos a dos hermanos en la fe, Pedro y Pablo, que reconocemos como pilares de la Iglesia y veneramos como patronos de la diócesis y de la ciudad de Roma.

La historia de estos dos apóstoles nos interpela de cerca también a nosotros, que somos la comunidad peregrina de los discípulos del Señor en nuestro tiempo. En particular, viendo sus testimonios, quisiera subrayar dos aspectos: la comunión eclesial y la vitalidad de la fe.

En primer lugar, la comunión eclesial. La liturgia de esta solemnidad, de hecho, nos hace ver cómo Pedro y Pablo fueron llamados a vivir un único destino, el del martirio, que los asoció definitivamente a Cristo. En la primera lectura encontramos a Pedro que, en la cárcel, espera que se ejecute la sentencia (cf. Hch 12,1-11); en la segunda encontramos al apóstol Pablo, también él con cadenas, afirmando, en una especie de testamento, que su sangre está por ser derramada y ofrecida a Dios (cf. 2 Tm 4,6-8.17-18). Tanto Pedro como Pablo, por tanto, dan su vida por la causa del Evangelio.

Sin embargo, esta comunión en la única confesión de la fe no es una conquista pacífica. Los dos apóstoles la alcanzan como una meta a la que llegan después de un largo camino, en el cual cada uno ha abrazado la fe y ha vivido el apostolado de manera diversa. Su fraternidad en el Espíritu no borra la diversidad de sus orígenes: Simón era un pescador de Galilea, Saulo en cambio un riguroso intelectual perteneciente al partido de los fariseos; el primero deja todo inmediatamente para seguir al Señor; el segundo persigue a los cristianos hasta que es transformado por Cristo Resucitado; Pedro predica sobre todo a los judíos; Pablo es impulsado a llevar la Buena Noticia a los gentiles.

Entre ambos, como sabemos, no faltaron conflictos respecto a la relación con los paganos, al punto que Pablo afirma: «Cuando Cefas llegó a Antioquía, yo le hice frente porque su conducta era reprensible» (Ga 2,11). Y de dicha cuestión, como sabemos, se ocupará el Concilio de Jerusalén, en el que los dos apóstoles seguirán debatiendo.

Volver al índice

Queridos hermanos, la historia de Pedro y Pablo nos enseña que la comunión a la que el Señor nos llama es una armonía de voces y rostros, no anula la libertad de cada uno. Nuestros patronos han recorrido caminos diferentes, han tenido ideas diferentes, a veces se enfrentaron y discutieron con franqueza evangélica. Sin embargo, eso no les impidió vivir la concordia apostolorum, es decir, una viva comunión en el Espíritu, una fecunda sintonía en la diversidad. Como afirma san Agustín: «En un solo día celebramos la pasión de ambos apóstoles. Pero ellos dos eran también una unidad; aunque padeciesen en distintas fechas, eran una unidad» (Sermón 295, 7).

Todo esto nos interroga sobre el camino de la comunión eclesial. Esta nace del impulso del Espíritu, une las diversidades y crea puentes de unidad en la variedad de los carismas, de los dones y de los ministerios. Es importante aprender a vivir la comunión de ese modo, como unidad en la diversidad, para que la variedad de los dones, articulada en la confesión de la única fe, contribuya al anuncio del Evangelio. Estamos llamados a seguir este caminando por esta senda, mirando precisamente a Pedro y Pablo, porque todos necesitamos de esa fraternidad. Lo necesita la Iglesia, lo necesitan las relaciones entre los laicos y los presbíteros, entre los presbíteros y los obispos, entre los obispos y el Papa, así como lo necesitan la vida pastoral, el diálogo ecuménico y la relación de amistad que la Iglesia desea mantener con el mundo. Comprometámonos a hacer de nuestras diversidades un taller de unidad y comunión, de fraternidad y reconciliación para que cada uno en la Iglesia, con la propia historia personal, aprenda a caminar junto con los demás.

Los santos Pedro y Pablo nos interpelan también sobre la vitalidad de nuestra fe. En la experiencia del discipulado, de hecho, siempre existe el riesgo de caer en la rutina, en el ritualismo, en esquemas pastorales que se repiten sin renovarse y sin captar los desafíos del presente. En la historia de los dos apóstoles, en cambio, nos inspira su voluntad de abrirse a los cambios, de dejarnos interrogar por los acontecimientos, los encuentros y las situaciones concretas de las comunidades, de buscar caminos nuevos para la evangelización partiendo de los problemas y las preguntas planteados por los hermanos y hermanas en la fe.

Y en el centro del Evangelio que hemos escuchado está precisamente la pregunta que Jesús hace a sus discípulos, y que también nos dirige hoy a nosotros, para que podamos discernir si el camino de nuestra fe conserva dinamismo y vitalidad, si aún está encendida la llama de la relación con el Señor: «Y ustedes, [...] ¿quién dicen que soy?» (Mt 16,15).

Cada día, en cada momento de la historia, siempre debemos prestar atención a esta pregunta. Si no queremos que nuestro ser cristiano se reduzca a una herencia del pasado, como tantas veces nos ha advertido el Papa Francisco, es importante salir del peligro de una fe cansada y estática, para preguntarnos: ¿quién es hoy para nosotros Jesucristo? ¿Qué lugar ocupa en nuestra vida y en la acción de la Iglesia? ¿Cómo podemos testimoniar esta esperanza en la vida cotidiana y anunciarla a aquellos con quienes nos encontramos?

Hermanos y hermanas, el ejercicio del discernimiento, que nace de estos interrogantes, le permite a nuestra fe y a la Iglesia que se renueven continuamente y que experimenten nuevos caminos y nuevas prácticas para el anuncio del Evangelio. Esto, junto a la comunión, debe ser nuestro primer deseo. En particular, hoy quisiera dirigirme a la Iglesia que peregrina en Roma, porque ella está llamada más que todas a ser signo de unidad y de comunión, Iglesia ardiente de una fe viva, comunidad de discípulos que testimonian la alegría y el consuelo del Evangelio en todas las situaciones humanas.

En la alegría de esta comunión, que el camino de los santos Pedro y Pablo nos invita a cultivar, saludo a los hermanos arzobispos que hoy reciben el palio. Queridos hermanos, este signo, al mismo tiempo que recuerda la tarea pastoral que les ha sido confiada, expresa la comunión con el obispo de Roma, para que, en la unidad de la fe católica, cada uno de ustedes pueda alimentarla en las Iglesias locales confiadas a ustedes.

Deseo además saludar a los miembros del Sínodo de la Iglesia greco-católica ucraniana: gracias por su presencia aquí y por su celo pastoral. Que el Señor le conceda la paz a su pueblo.

Y con viva gratitud saludo a la Delegación del Patriarcado Ecuménico, que ha sido enviada por el querido hermano Su Santidad Bartolomé.

Queridos hermanos y hermanas, edificados por el testimonio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, caminemos juntos en la fe y en la comunión, e invoquemos su intercesión sobre todos nosotros, sobre la ciudad de Roma, sobre la Iglesia y sobre el mundo entero.

Volver al índice

16. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Borgo Laudato si' (Castel Gandolfo)
Miércoles, 9 de julio de 2025

En este hermoso día, antes que nada, quisiera invitar a todos, incluyéndome, a vivir lo que estamos celebrando en la belleza de una catedral, que podríamos describir como "natural", por las plantas y demás elementos de la creación que nos hacen de marco para la Eucaristía, palabra que significa "dar gracias al Señor".

Y en ella, son muchos los motivos por los que queremos dar gracias al Señor: ésta podría ser la primera celebración en la que usamos el formulario y las lecturas bíblicas para la Misa por la custodia de la creación, que es fruto de la colaboración de trabajo entre varios Dicasterios del Vaticano.

Personalmente, me gustaría agradecer a muchos de los aquí presentes por su contribución a la realización de esta liturgia. Como bien saben, la liturgia representa la vida, y ustedes son la vida de este Centro Laudato si'. Quisiera también agradecerles a ustedes, en este momento y en esta ocasión, todo lo que hacen siguiendo la bellísima inspiración del Papa Francisco, que dio esta pequeña porción de los jardines precisamente para continuar con la misión tan importante —la necesidad de cuidar la creación, nuestra casa común—, que seguimos profundizando, tras diez años de la publicación de la Laudato si'.

Como en las iglesias de los primeros siglos, en las que para entrar se tenía que pasar antes por la pila bautismal, aquí también hay una fuente. No quisiera tener que entrar en estas aguas y "ser bautizado" en ellas. Sin embargo, el signo de pasar por el agua para ser lavados de nuestros pecados, de nuestras debilidades y, de este modo, poder entrar en el gran misterio de la Iglesia, es algo que vivimos también hoy. Al principio de la Misa hemos pedido por la conversión, por nuestra conversión. Quisiera agregar que tenemos que pedir por la conversión de muchas personas, tanto dentro como fuera de la Iglesia, que aún no reconocen la urgencia de cuidar nuestra casa común.

Tantos de los desastres naturales que vemos en el mundo, en varios lugares y países, son producidos, en parte, por los excesos del ser humano, a causa de su estilo de vida. Por eso debemos preguntarnos a nosotros mismos si estamos viviendo o no esa conversión que es tan necesaria.

Después de estas palabras, tengo también una homilía que había preparado para esta ocasión y que quisiera compartir con ustedes. Les pido un poco de paciencia, pues contiene algunos elementos que realmente nos ayudan a continuar esta mañana con nuestra reflexión, durante este momento familiar y sereno, si bien en un mundo que arde, tanto por el calentamiento global como por los conflictos armados, que hacen tan actual el mensaje del Papa Francisco en las encíclicas Laudato si' y Fratelli tutti. Podemos vernos reflejados en el Evangelio que hemos escuchado, en el miedo de los discípulos en la tormenta, que es el miedo de gran parte de la humanidad. No obstante, en el corazón del Jubileo confesamos que ¡hay esperanza! La hemos encontrado en Jesús, el Salvador del mundo. Él sigue calmando soberanamente la tormenta. Su poder no perturba, sino que crea; no destruye, sino que llama a la existencia, dando nueva vida. Y nos preguntamos: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?»(Mt 8,27).

El asombro que expresa esta pregunta es el primer paso que nos aparta del miedo. Jesús había vivido y rezado alrededor del lago de Galilea. Allí había llamado a sus primeros discípulos en sus lugares de vida y de trabajo. Las parábolas con las que anunciaba el Reino de Dios revelan un profundo vínculo con esa tierra y esas aguas, con el ritmo de las estaciones y la vida de las criaturas.

El evangelista Mateo describe la tormenta como un "estremecimiento de la tierra" (seismos); utilizará el mismo término para referirse al terremoto que se produjo en el momento de la muerte de Jesús y al amanecer de su resurrección. Sobre este estremecimiento, Cristo se eleva, erguido: ya aquí el Evangelio nos permite vislumbrar al Resucitado, presente en nuestra enrevesada historia. La reprimenda que Jesús dirige al viento y al mar manifiesta su poder de vida y salvación, que se impone a aquellas fuerzas ante las cuales las criaturas se sienten perdidas.

Volvamos entonces a preguntarnos: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mt 8,27). El himno de la carta a los Colosenses que hemos escuchado parece responder precisamente a esta pregunta: «Él es la Imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas» (Col 1,15-16). Sus discípulos, ese día, a merced de la tormenta, aterrorizados, aún no podían profesar esta cognición sobre Jesús. Nosotros hoy, en la fe que nos ha sido transmitida, podemos en cambio continuar diciendo: «Él es también la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia. Él es el Principio, el Primero

Volver al índice

que resucitó de entre los muertos, a fin de que él tuviera la primacía en todo» (v. 18). Son palabras que nos comprometen a lo largo de la historia, que nos convierten en un cuerpo vivo, cuya cabeza es Cristo. Nuestra misión de custodiar la creación, de llevarle paz y reconciliación, es su misma misión: la misión que el Señor nos ha confiado. Nosotros escuchamos el clamor de la tierra y de los pobres, porque este clamor ha llegado al corazón de Dios. Nuestra indignación es su indignación, nuestro trabajo es su trabajo.

A este propósito, el canto del salmista nos inspira: «¡La voz del Señor sobre las aguas! El Dios de la gloria hace oír su trueno: el Señor está sobre las aguas torrenciales. ¡La voz del Señor es potente, la voz del Señor es majestuosa!» (Sal 29,3-4). Esta voz obliga a la Iglesia a ser profética, incluso cuando exige la audacia de oponernos al poder destructivo de los príncipes de este mundo. La alianza indestructible entre el Creador y las criaturas, de hecho, moviliza nuestra inteligencia y nuestros esfuerzos para que el mal se convierta en bien, la injusticia en justicia y la codicia en comunión.

Con infinito amor, el único Dios creó todas las cosas, dándonos la vida; por eso san Francisco de Asís llamaba a las criaturas hermano, hermana, madre. Sólo una mirada contemplativa puede cambiar nuestra relación con las cosas creadas y sacarnos de la crisis ecológica que tiene como causa la ruptura de las relaciones con Dios, con el prójimo y con la tierra, a causa del pecado (cf. Papa Francisco, Carta enc. Laudato si', 66).

Queridos amigos, el Borgo Laudato si', en el que nos encontramos, quiere ser, por intuición del Papa Francisco, un "laboratorio" en el cual vivir esa armonía con la creación que es para nosotros sanación y reconciliación, elaborando formas nuevas y eficaces de custodiar la naturaleza que se nos ha confiado. A ustedes, que se dedican con diligencia a realizar este proyecto, les aseguro por tanto mi oración y mi aliento.

La Eucaristía que estamos celebrando da sentido y sustenta nuestro trabajo. Como escribió el Papa Francisco, de hecho, «en la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a

él» (Papa Francisco, Carta enc. Laudato si', 236). Desde este lugar, deseo concluir mis reflexiones confiándoles las palabras con las que san Agustín, en las últimas páginas de sus Confesiones, asocia a las cosas creadas y al hombre en una alabanza cósmica: oh Señor, «te alaban tus obras para que te amemos, y te amamos para que te alaben tus obras» (San Agustín, Confesiones, XIII, 33,48). Que esta sea la armonía que difundimos en el mundo.

17. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Parroquia Pontificia de San Tomás de Villanueva (Castel Gandolfo)
Domingo, 13 de julio de 2025

Hermanos y hermanas:

Comparto con ustedes la alegría de celebrar esta Eucaristía y deseo saludar a todos los presentes, a la comunidad parroquial, a los sacerdotes, al Obispo de la diócesis, a Su Eminencia, a las autoridades civiles y militares.

El Evangelio de este domingo, que hemos escuchado, es una de las más hermosas y sugestivas parábolas narradas por Jesús. Todos conocemos la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37).

Este relato sigue desafiándonos también hoy, interpela nuestra vida, sacude la tranquilidad de nuestras conciencias adormecidas o distraídas y nos provoca contra el riesgo de una fe acomodada, ordenada en la observancia exterior de la ley, pero incapaz de sentir y actuar con las mismas entrañas compasivas de Dios.

La compasión, en efecto, está en el centro de la parábola. Y si consideramos que en el relato evangélico esta compasión se describe por medio de las acciones del samaritano, lo primero que el pasaje subraya es la mirada. De hecho, frente a un hombre herido que está al borde del camino después de haber sido despojado por unos bandidos, del sacerdote y del levita se dice: «lo vio y siguió su camino» (v. 32); del samaritano, en cambio, el Evangelio afirma: «lo vio y se conmovió» (v. 33).

Queridos hermanos y hermanas, la mirada hace la diferencia, porque expresa lo que tenemos en el corazón: se puede ver y pasar de largo o bien ver y sentir compasión. Hay un modo de ver exterior, distraído y apresurado, un modo de mirar fingiendo que no se ve, es decir, sin dejarnos

Volver al índice

afectar ni interpelar por la situación; y hay un modo de ver, en cambio, con los ojos del corazón, con una mirada más profunda, con una empatía que nos hace entrar en la situación del otro, nos hace participar interiormente, nos toca, nos sacude, interroga nuestra vida y nuestra responsabilidad.

La primera mirada de la que quiere hablarnos la parábola es de aquella que Dios ha tenido hacia nosotros, para que también nosotros aprendamos a tener sus mismos ojos, llenos de amor y compasión hacia los demás. El buen samaritano, en efecto, es sobre todo imagen de Jesús, el Hijo eterno que el Padre envió en la historia precisamente porque ha mirado a la humanidad sin pasar de largo; con ojos, con corazón, con entrañas de conmoción y compasión. Así como aquel hombre del Evangelio bajaba de Jerusalén a Jericó, la humanidad descendía a los abismos de la muerte y, aún hoy, a menudo debe lidiar con la oscuridad del mal, con el sufrimiento, con la pobreza y con la absurdidad de la muerte. Pero Dios nos ha mirado con compasión, Él mismo ha querido recorrer nuestro camino, descendió en medio de nosotros y, en Jesús, buen samaritano, ha venido a sanar nuestras heridas, derramando sobre nosotros el aceite de su amor y de su misericordia.

El Papa Francisco muchas veces nos ha recordado que Dios es misericordia y compasión, y ha afirmado que Jesús «es la compasión del Padre hacia nosotros» (Ángelus, 14 julio 2019). Él es el buen samaritano que vino a nuestro encuentro. Dice san Agustín que «el mismo Señor y Dios nuestro quiso llamarse nuestro prójimo, pues Jesucristo nuestro Señor se simbolizó en el que socorrió al hombre tendido en el camino, herido, semivivo y abandonado por los ladrones» (La Doctrina cristiana, I, 33).

Comprendemos, entonces, por qué la parábola nos desafía también a cada uno de nosotros, por el hecho de que Cristo es manifestación de un Dios compasivo. Creer en Él y seguirlo como sus discípulos significa dejarse transformar para que también nosotros podamos tener sus mismos sentimientos; un corazón que se conmueve, una mirada que ve y no pasa de largo, dos manos que socorren y alivian las heridas, los hombros fuertes que se hacen cargo de quien tiene necesidad.

La primera lectura de hoy, haciéndonos escuchar las palabras de Moisés, nos dice que obedecer a los mandamientos del Señor y convertirse a Él no significa multiplicar actos exteriores, sino, al contrario, se trata de volver al propio corazón para descubrir que precisamente allí Dios

ha escrito su ley del amor. Si en lo íntimo de nuestra vida descubrimos que Cristo, como buen samaritano, nos ama y se hace cargo de nosotros, también nosotros somos impulsados a amar del mismo modo y seremos compasivos como Él. Sanados y amados por Cristo, nos convertimos también nosotros en signos de su amor y de su compasión en el mundo.

Hermanos y hermanas, hoy se necesita esta revolución del amor. Hoy, ese camino que desciende de Jerusalén a Jericó —una ciudad que se encuentra bajo el nivel del mar— es el camino que recorren todos aquellos que se hunden en el mal, en el sufrimiento y en la pobreza; es el camino de tantas personas agobiadas por las dificultades o heridas por las circunstancias de la vida; es el camino de todos aquellos que "se derrumban" hasta perderse y tocar fondo; es el camino de tantos pueblos despojados, estafados y arrasados, víctimas de sistemas políticos opresivos, de una economía que los obliga a la pobreza, de la guerra que mata sus sueños y sus vidas.

¿Y qué hacemos nosotros? ¿Vemos y pasamos de largo, o nos dejamos traspasar el corazón como el samaritano? A veces nos contentamos solamente con hacer nuestro deber o consideramos como nuestro prójimo sólo a quien es de nuestro círculo, a quien piensa como nosotros, a quien tiene la misma nacionalidad o religión; pero Jesús invierte la perspectiva presentándonos un samaritano, un extranjero y herético que se hace prójimo de aquel hombre herido. Y nos pide que hagamos lo mismo.

El samaritano —escribía Benedicto XVI— «no se pregunta hasta dónde llega su obligación de solidaridad ni tampoco cuáles son los méritos necesarios para alcanzar la vida eterna. Ocurre algo muy diferente: se le rompe el corazón [...]. Si la pregunta hubiera sido: "¿Es también el samaritano mi prójimo?", dada la situación, la respuesta habría sido un "no" más bien rotundo. Pero Jesús da la vuelta a la pregunta: el samaritano, el forastero, se hace él mismo prójimo y me muestra que yo, en lo íntimo de mí mismo, debo aprender desde dentro a ser prójimo y que la respuesta se encuentra ya dentro de mí. Tengo que llegar a ser una persona que ama, una persona de corazón abierto que se conmueve ante la necesidad del otro» (Jesús de Nazaret, 237-238).

Ver sin pasar de largo, detener nuestras carreras ajetreadas, dejar que la vida del otro, sea quien sea, con sus necesidades y sufrimientos, me rompan el corazón. Esto nos hace prójimos los unos de los otros, genera

una auténtica fraternidad, derriba muros y vallas. Y finalmente el amor se abre camino, volviéndose más fuerte que el mal y que la muerte.

Queridos amigos, contemplemos a Cristo buen Samaritano y sigamos escuchando hoy su voz que nos dice a cada uno de nosotros: «Ve y haz tú lo mismo» (v. 37).

_____

Palabras del Santo Padre al final de la Santa Misa

En este momento, me gustaría entregar un pequeño obsequio al párroco de esta parroquia pontificia, recordando así nuestra celebración de hoy [aplausos]. La patena y el cáliz con los que celebramos la Eucaristía son instrumentos de comunión, y pueden ser una invitación para todos nosotros a vivir en comunión, a promover verdaderamente esta fraternidad, esta comunión que vivimos en Jesucristo».

18. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Parroquia Pontificia de San Tomás de Villanueva (Castel Gandolfo)
Domingo, 13 de julio de 2025

Hermanos y hermanas:

Comparto con ustedes la alegría de celebrar esta Eucaristía y deseo saludar a todos los presentes, a la comunidad parroquial, a los sacerdotes, al Obispo de la diócesis, a Su Eminencia, a las autoridades civiles y militares.

El Evangelio de este domingo, que hemos escuchado, es una de las más hermosas y sugestivas parábolas narradas por Jesús. Todos conocemos la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37).

Este relato sigue desafiándonos también hoy, interpela nuestra vida, sacude la tranquilidad de nuestras conciencias adormecidas o distraídas y nos provoca contra el riesgo de una fe acomodada, ordenada en la observancia exterior de la ley, pero incapaz de sentir y actuar con las mismas entrañas compasivas de Dios.

La compasión, en efecto, está en el centro de la parábola. Y si consideramos que en el relato evangélico esta compasión se describe por medio de las acciones del samaritano, lo primero que el pasaje subraya

es la mirada. De hecho, frente a un hombre herido que está al borde del camino después de haber sido despojado por unos bandidos, del sacerdote y del levita se dice: «lo vio y siguió su camino» (v. 32); del samaritano, en cambio, el Evangelio afirma: «lo vio y se conmovió» (v. 33).

Queridos hermanos y hermanas, la mirada hace la diferencia, porque expresa lo que tenemos en el corazón: se puede ver y pasar de largo o bien ver y sentir compasión. Hay un modo de ver exterior, distraído y apresurado, un modo de mirar fingiendo que no se ve, es decir, sin dejarnos afectar ni interpelar por la situación; y hay un modo de ver, en cambio, con los ojos del corazón, con una mirada más profunda, con una empatía que nos hace entrar en la situación del otro, nos hace participar interiormente, nos toca, nos sacude, interroga nuestra vida y nuestra responsabilidad.

La primera mirada de la que quiere hablarnos la parábola es de aquella que Dios ha tenido hacia nosotros, para que también nosotros aprendamos a tener sus mismos ojos, llenos de amor y compasión hacia los demás. El buen samaritano, en efecto, es sobre todo imagen de Jesús, el Hijo eterno que el Padre envió en la historia precisamente porque ha mirado a la humanidad sin pasar de largo; con ojos, con corazón, con entrañas de conmoción y compasión. Así como aquel hombre del Evangelio bajaba de Jerusalén a Jericó, la humanidad descendía a los abismos de la muerte y, aún hoy, a menudo debe lidiar con la oscuridad del mal, con el sufrimiento, con la pobreza y con la absurdidad de la muerte. Pero Dios nos ha mirado con compasión, Él mismo ha querido recorrer nuestro camino, descendió en medio de nosotros y, en Jesús, buen samaritano, ha venido a sanar nuestras heridas, derramando sobre nosotros el aceite de su amor y de su misericordia.

El Papa Francisco muchas veces nos ha recordado que Dios es misericordia y compasión, y ha afirmado que Jesús «es la compasión del Padre hacia nosotros» (Ángelus, 14 julio 2019). Él es el buen samaritano que vino a nuestro encuentro. Dice san Agustín que «el mismo Señor y Dios nuestro quiso llamarse nuestro prójimo, pues Jesucristo nuestro Señor se simbolizó en el que socorrió al hombre tendido en el camino, herido, semivivo y abandonado por los ladrones» (La Doctrina cristiana, I, 33).

Comprendemos, entonces, por qué la parábola nos desafía también a cada uno de nosotros, por el hecho de que Cristo es manifestación de un Dios compasivo. Creer en Él y seguirlo como sus discípulos significa dejarse transformar para que también nosotros podamos tener sus mis-

mos sentimientos; un corazón que se conmueve, una mirada que ve y no pasa de largo, dos manos que socorren y alivian las heridas, los hombros fuertes que se hacen cargo de quien tiene necesidad.

La primera lectura de hoy, haciéndonos escuchar las palabras de Moisés, nos dice que obedecer a los mandamientos del Señor y convertirse a Él no significa multiplicar actos exteriores, sino, al contrario, se trata de volver al propio corazón para descubrir que precisamente allí Dios ha escrito su ley del amor. Si en lo íntimo de nuestra vida descubrimos que Cristo, como buen samaritano, nos ama y se hace cargo de nosotros, también nosotros somos impulsados a amar del mismo modo y seremos compasivos como Él. Sanados y amados por Cristo, nos convertimos también nosotros en signos de su amor y de su compasión en el mundo.

Hermanos y hermanas, hoy se necesita esta revolución del amor. Hoy, ese camino que desciende de Jerusalén a Jericó —una ciudad que se encuentra bajo el nivel del mar— es el camino que recorren todos aquellos que se hunden en el mal, en el sufrimiento y en la pobreza; es el camino de tantas personas agobiadas por las dificultades o heridas por las circunstancias de la vida; es el camino de todos aquellos que "se derrumban" hasta perderse y tocar fondo; es el camino de tantos pueblos despojados, estafados y arrasados, víctimas de sistemas políticos opresivos, de una economía que los obliga a la pobreza, de la guerra que mata sus sueños y sus vidas.

¿Y qué hacemos nosotros? ¿Vemos y pasamos de largo, o nos dejamos traspasar el corazón como el samaritano? A veces nos contentamos solamente con hacer nuestro deber o consideramos como nuestro prójimo sólo a quien es de nuestro círculo, a quien piensa como nosotros, a quien tiene la misma nacionalidad o religión; pero Jesús invierte la perspectiva presentándonos un samaritano, un extranjero y herético que se hace prójimo de aquel hombre herido. Y nos pide que hagamos lo mismo.

El samaritano —escribía Benedicto XVI— «no se pregunta hasta dónde llega su obligación de solidaridad ni tampoco cuáles son los méritos necesarios para alcanzar la vida eterna. Ocurre algo muy diferente: se le rompe el corazón [...]. Si la pregunta hubiera sido: "¿Es también el samaritano mi prójimo?", dada la situación, la respuesta habría sido un "no" más bien rotundo. Pero Jesús da la vuelta a la pregunta: el samaritano, el forastero, se hace él mismo prójimo y me muestra que yo, en lo

íntimo de mí mismo, debo aprender desde dentro a ser prójimo y que la respuesta se encuentra ya dentro de mí. Tengo que llegar a ser una persona que ama, una persona de corazón abierto que se conmueve ante la necesidad del otro» (Jesús de Nazaret, 237-238).

Ver sin pasar de largo, detener nuestras carreras ajetreadas, dejar que la vida del otro, sea quien sea, con sus necesidades y sufrimientos, me rompan el corazón. Esto nos hace prójimos los unos de los otros, genera una auténtica fraternidad, derriba muros y vallas. Y finalmente el amor se abre camino, volviéndose más fuerte que el mal y que la muerte.

Queridos amigos, contemplemos a Cristo buen Samaritano y sigamos escuchando hoy su voz que nos dice a cada uno de nosotros: «Ve y haz tú lo mismo» (v. 37).

Palabras del Santo Padre al final de la Santa Misa

En este momento, me gustaría entregar un pequeño obsequio al párroco de esta parroquia pontificia, recordando así nuestra celebración de hoy [aplausos]. La patena y el cáliz con los que celebramos la Eucaristía son instrumentos de comunión, y pueden ser una invitación para todos nosotros a vivir en comunión, a promover verdaderamente esta fraternidad, esta comunión que vivimos en Jesucristo».

19. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Catedral de San Pancracio (Albano)
XVI Domingo del Tiempo Ordinario, 20 de julio de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy muy contento de encontrarme hoy aquí, celebrando la Eucaristía dominical en esta hermosa catedral. Como saben, tenía que venir el 12 de mayo, pero el Espíritu Santo lo predispuso de otra forma. ¡Estoy verdaderamente feliz! Con esta fraternidad y alegría cristiana, saludo a todos los presentes, al obispo de la Diócesis, a las autoridades y a todos ustedes.

En la liturgia de este domingo, la primera lectura y el Evangelio nos hablan de hospitalidad, de servicio y de escucha (cf. Gn 18,1-10; Lc 10,38-42).

Volver al índice

En el primer caso, Dios visita a Abraham en la persona de “tres hombres” que llegan a su tienda “a la hora más calurosa” (cf. Gn 18,1-2). Podemos imaginar la escena: el sol abrasador, la calma inmutable del desierto, el calor intenso y los tres desconocidos que buscan resguardo. Abraham, sentado “a la entrada de su carpa”, está en la posición del dueño de casa, y es muy hermoso ver cómo ejercita su papel: habiendo reconocido en los visitantes la presencia de Dios, se pone en pie, corre a su encuentro, se inclina hasta el suelo y les ruega que se detengan. Así se anima toda la escena. La inmovilidad de la tarde se llena de gestos de amor que involucran no sólo al Patriarca, sino también a Sara, su mujer, y a los siervos. Abraham ya no está sentado, sino «de pie al lado de ellos, debajo del árbol» (Gn 18,8), y allí Dios le comunica la noticia más hermosa que podría esperar: “Sara, tu mujer, tendrá un hijo” (cf. Gn 18,9-10).

La dinámica de este encuentro puede hacernos reflexionar: Dios elige la vía de la hospitalidad para encontrarse con Sara y Abraham y darles el anuncio de la fecundidad, que tanto habían deseado y que ya habían dejado de esperar. Después de tantos momentos de gracia en los que los había visitado, vuelve a llamar a su puerta, pidiéndoles acogida y confianza. Y los dos ancianos esposos responden positivamente, sin saber aún qué iba a suceder. Reconocen en los visitantes misteriosos su bendición, su misma presencia. Les ofrecen lo que tienen: la comida, la compañía, el servicio, la sombra de un árbol; y reciben la promesa de una vida nueva y de una descendencia.
Aunque en circunstancias diferentes, también el Evangelio nos habla del mismo modo de obrar de Dios. También aquí, en efecto, Jesús se presenta como huésped en la casa de Marta y María. No es un desconocido; está en casa de amigos y el clima es de fiesta. Una de las hermanas lo acoge con infinidad de atenciones, mientras la otra lo escucha sentada a sus pies, con la típica actitud del discípulo hacia el maestro. Como sabemos, ante las quejas de la primera, que quisiera recibir un poco de ayuda en las tareas domésticas, Jesús le responde invitándola a apreciar el valor de la escucha (cf. Lc 10,41-42).

Pero sería erróneo ver estas dos actitudes como opuestas, así como hacer comparaciones de méritos entre las dos mujeres. El servicio y la escucha, de hecho, son dos dimensiones gemelas de la acogida.

En primer lugar, en nuestra relación con Dios. Si bien es importante que vivamos nuestra fe en las acciones concretas y en la fidelidad a nuestros deberes, según el estado y la vocación de cada uno, también es fundamental que lo hagamos partiendo de la meditación de la Palabra

de Dios y de la atención a lo que el Espíritu sugiere a nuestro corazón, reservando, para tal fin, momentos de silencio, momentos de oración, tiempos en los que, acallando ruidos y distracciones, nos pongamos ante Él y logremos unidad en nuestro interior. Esta es una dimensión de la vida cristiana que hoy necesitamos recuperar particularmente, tanto como valor personal y comunitario, que como signo profético para nuestros tiempos: dar espacio al silencio, a la escucha del Padre que habla y «ve en lo secreto» (Mt 6,6). Para ello, los días de verano pueden ser un momento providencial para experimentar qué hermosa e importante es la intimidad con Dios, y cuánto puede ayudarnos también a ser más abiertos, más acogedores los unos con los otros.

Son días en los que tenemos más tiempo libre, tanto para el recogimiento y la meditación, como para el encuentro con los demás, los viajes y las visitas. Aprovechemos todo eso para disfrutar —saliendo del torbellino de compromisos y preocupaciones— de algún momento de tranquilidad y recogimiento, como también para compartir, yendo a algún lugar, la alegría de vernos —como lo es para mí estar hoy aquí—. Propiciemos las ocasiones para cuidarnos unos a otros, para intercambiar experiencias e ideas, para ofrecernos comprensión y consejos mutuamente; esto nos hace sentirnos amados, y todos lo necesitamos. Hagámoslo con valentía. De este modo, siendo solidarios y compartiendo la fe y la vida, promoveremos una cultura de paz, ayudando también a quienes nos rodean a superar rupturas y hostilidades, y a construir comunión entre las personas, entre los pueblos y entre las religiones.

El Papa Francisco decía que «si queremos disfrutar de la vida con alegría, debemos aunar estas dos actitudes: por un lado, el “estar a los pies” de Jesús, para escucharlo mientras nos revela el secreto de cada cosa; por otro, ser diligentes y estar listos para la hospitalidad, cuando Él pasa y llama a nuestra puerta, con el rostro de un amigo que necesita un momento de descanso y fraternidad» (Ángelus, 21 julio 2019). Por cierto, decía estas palabras poco antes de que empezara la pandemia, y cuánto nos ha enseñado, en este sentido, esa larga y dura experiencia, que aún recordamos.

Ciertamente, todo esto cuesta esfuerzo. Ni el servicio ni la escucha son siempre fáciles; requieren tenacidad y capacidad de renuncia. Cuesta esfuerzo, por ejemplo, en la escucha y en el servicio, la fidelidad y el amor con los que un padre y una madre llevan adelante a su familia; como también cuesta esfuerzo el tesón con el que los hijos, en casa y en la escuela, corresponden a sus sacrificios; cuesta esfuerzo compren-

Volver al índice

derse cuando se tienen opiniones diferentes, perdonarse cuando uno se equivoca, ayudarse cuando uno está enfermo, sostenerse cuando uno está triste. Pero es sólo así, con estos esfuerzos, como es posible construir algo bueno en la vida; sólo así pueden nacer y crecer entre las personas relaciones auténticas y fuertes, y, desde abajo, desde la cotidianidad, puede crecer, difundirse y experimentarse el Reino de Dios (cf. Lc 7,18-22).

San Agustín, en uno de sus discursos, reflexionando sobre el episodio de Marta y María, comentaba: «en estas dos mujeres están figuradas dos vidas, la presente y la futura; una laboriosa y otra descansada; una calamitosa y otra dichosa; una temporal y otra eterna» (Sermón 104, 4). Y pensando en el trabajo de Marta Agustín decía: «¿Quién está libre del servicio de socorrer a otros? ¿Quién respira libre de estos cuidados? Hagámoslo santamente, hagámoslo con caridad [...]. Pasará la fatiga y llegará el descanso; pero al descanso no se llega sino a través de la fatiga. Pasa la nave y llega a la patria, pero a la patria no se llega si no es con la nave» (ibíd., 6-7).

Abraham, Marta y María hoy nos recuerdan precisamente esto: que la escucha y el servicio son dos actitudes complementarias que nos ayudan, en nuestra vida, a estar abiertos a la presencia providente del Señor. Su ejemplo nos invita a conciliar, en nuestras jornadas, contemplación y acción, descanso y fatiga, silencio y laboriosidad, con sabiduría y equilibrio, teniendo siempre como medida la caridad de Jesús, como luz su Palabra y como fuente de fortaleza su gracia, que nos sostiene más allá de nuestras posibilidades (cf. Flp 4,13).

Palabras pronunciadas por el Santo Padre León XIV al término de la Santa Misa en la Catedral de Albano, antes de la bendición, mientras entrega una casulla como regalo a Su Excelencia Reverendísima Monseñor Vincenzo Viva, Obispo de la Diócesis.

Excelencia, le presentamos este regalo, expresión de nuestra cercanía a su Iglesia Diocesana, con el deseo de que la bendición del Señor le acompañe siempre. Gracias por su servicio y gracias a su pueblo.

20. HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Tor Vergata
XVIII domingo del Tiempo Ordinario, 3 de agosto de 2025

Primeras palabras antes de la celebración:

Buenos días y feliz domingo:

Espero que todos hayan descansado un poco. En breve comenzaremos la mayor celebración que Cristo nos dejó, su presencia misma en la Eucaristía. Que Dios los bendiga a todos. Y que esta sea una ocasión verdaderamente memorable para todos y cada uno de nosotros cuando, juntos, como Iglesia de Cristo, lo seguimos, caminamos juntos y vivimos con Jesucristo.

Queridos jóvenes:

Después de la Vigilia que vivimos juntos ayer por la tarde, volvemos a encontrarnos hoy para celebrar la Eucaristía, Sacramento del don total de sí que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos imaginar que recorremos, en esta experiencia, el camino realizado la tarde de Pascua por los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Primero se alejaban de Jerusalén atemorizados y desilusionados; se iban convencidos de que, después de la muerte de Jesús, ya no había nada más que hacer, nada que esperar. Y, en cambio, se encontraron precisamente con Él, lo acogieron como compañero de viaje, lo escucharon mientras les explicaba las Escrituras, y finalmente lo reconocieron al partir el pan. Entonces, sus ojos se abrieron y el gozoso anuncio de la Pascua encontró lugar en sus corazones.

La liturgia de hoy no nos habla directamente de este episodio, pero nos ayuda a reflexionar sobre aquello que allí se narra: el encuentro con el Cristo resucitado que cambia nuestra existencia, que ilumina nuestros afectos, deseos y pensamientos.

La primera lectura, del Libro de Qohélet, nos invita a tomar contacto, como los dos discípulos de los que hemos hablado, con la experiencia de nuestros límites, de la finitud de las cosas que pasan (cf. Qo 1,2;2,21-23); y el Salmo responsorial, que le hace eco, nos propone la imagen de «la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita» (Sal 90,5-6). Son dos referencias fuertes, qui-

Volver al índice

zá un poco impactantes, pero que no deben asustarnos, como si fueran argumentos "tabú", que se deben evitar. La fragilidad de la que hablan, en efecto, forma parte de la maravilla que somos. Pensemos en el símbolo de la hierba: ¿no es hermosísimo un prado florecido? Ciertamente, es delicado, hecho con tallos delgados, vulnerables, propensos a secarse, doblarse, quebrarse; pero, al mismo tiempo, son reemplazados rápidamente por otros que florecen después de ellos; y los primeros se vuelven generosamente para estos alimento y abono, al consumirse en el terreno. Así vive el campo, renovándose continuamente, e incluso durante los meses fríos del invierno, cuando todo parece callar, su energía vibra bajo tierra y se prepara para explotar en miles de colores durante la primavera.

También nosotros, queridos amigos, somos así; hemos sido hechos para esto. No para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor. Y por eso aspiramos continuamente a un "más" que ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. No engañemos nuestro corazón ante esta sed, buscando satisfacerla con sucedáneos ineficaces. Más bien, escuchémosla. Hagámonos de ella un taburete para subir y asomarnos, como niños, de puntillas, a la ventana del encuentro con Dios. Nos encontraremos ante Él, que nos espera; más bien, que llama amablemente a la puerta de nuestra alma (cf. Ap 3,20). Y es hermoso, también con veinte años, abrirle de par en par el corazón, permitirle entrar, para después aventurarnos con Él hacia espacios eternos del infinito.

San Agustín, hablando de su intensa búsqueda de Dios, se preguntaba: «¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada [...]? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? [...] Todas estas cosas causan deleite, son hermosas, son buenas» (Sermón 313/F, 3). Y concluía: «Busca a quien las hizo: él es tu esperanza» (ibíd.). Pensando, luego, en el camino que había recorrido, rezaba diciendo: «Y he aquí que tú [Señor] estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...]. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (Confesiones, 10, 27).

Hermanas y hermanos, son palabras muy hermosas, que nos recuerdan lo que decía el Papa Francisco en Lisboa, durante la Jornada Mundial

de la Juventud, a otros jóvenes como ustedes: «Cada uno está llamado a confrontarse con grandes preguntas que no tienen [...] una respuesta simplista o inmediata, sino que invitan a emprender un viaje, a superarse a sí mismos, a ir más allá [...], a un despegue sin el cual no hay vuelo.No nos alarmemos, entonces, si nos encontramos interiormente sedientos, inquietos, incompletos, deseosos de sentido y de futuro [...]. ¡No estamos enfermos, estamos vivos!» (Discurso en el encuentro con los jóvenes universitarios, 3 agosto 2023).

Hay una inquietud importante en nuestro corazón, una necesidad de verdad que no podemos ignorar, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es realmente la felicidad? ¿Cuál es el verdadero sabor de la vida? ¿Qué es lo que nos libera de los pantanos del sinsentido, del aburrimiento y de la mediocridad?

Durante los días pasados ustedes han tenido muchas experiencias hermosas. Se han encontrado entre coetáneos provenientes de diferentes partes del mundo, pertenecientes a culturas distintas. Han intercambiado conocimientos, han compartido expectativas, han dialogado con la ciudad a través del arte, la música, la informática y el deporte. Después, en el Circo Máximo, acercándose al Sacramento de la Penitencia, han recibido el perdón de Dios y le han pedido su ayuda para una vida buena.

De todo esto se puede deducir una respuesta importante: la plenitud de nuestra existencia no depende de lo que acumulamos ni de lo que poseemos, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Lc 12,13-21); más bien, está unida a aquello que sabemos acoger y compartir con alegría (cf. Mt 10,8-10; Jn 6,1-13). Comprar, acumular, consumir no es suficiente. Necesitamos alzar los ojos, mirar a lo alto, a las «cosas celestiales» (Col 3,2), para darnos cuenta de que todo tiene sentido, entre las realidades del mundo, sólo en la medida en que sirve para unirnos a Dios y a los hermanos en la caridad, haciendo crecer en nosotros “sentimientos de profunda compasión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia” (cf. Col 3,12), de perdón (cf. ibíd., v. 13) y de paz (cf. Jn 14,27), como los de Cristo (cf. Flp 2,5). Y en este horizonte comprenderemos cada vez mejor lo que significa que «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Muy queridos jóvenes, nuestra esperanza es Jesús. Es Él, como decía san Juan Pablo II, «el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, [...] para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad,

haciéndola más humana y fraterna» (XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de oración, 19 agosto 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que próximamente serán proclamados santos. Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor.

Los encomiendo a María, la Virgen de la esperanza. Con su ayuda, al regresar a sus países en los próximos días, en cada parte del mundo, sigan caminando con alegría tras las huellas del Salvador, y contagien a los que encuentren con el entusiasmo y el testimonio de su fe. ¡Buen camino!

21. REGINA CAELI
Logia Central de la Basílica de San Pedro
Domingo, 11 de mayo de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Considero un don de Dios el hecho de que el primer domingo de mi servicio como Obispo de Roma sea el del Buen Pastor, el cuarto del tiempo de Pascua. En este domingo, en la misa, siempre se proclama la lectura del capítulo décimo del Evangelio de Juan, en la que Jesús se revela como el verdadero Pastor, que conoce, ama y da la vida por sus ovejas.

En este domingo, desde hace sesenta y dos años, se celebra la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Y, además, Roma acoge hoy el Jubileo de las Bandas musicales y de los Espectáculos populares. Saludo con afecto a todos los peregrinos y les doy las gracias porque con su música y sus representaciones alegran la fiesta, la fiesta de Cristo Buen Pastor: sí, es Él quien guía a la Iglesia mediante su Espíritu Santo.

Jesús en el Evangelio afirma que conoce a sus ovejas, y que ellas escuchan su voz y le siguen (cf. Jn 10,27). En efecto, como enseña el Papa san Gregorio Magno, las personas “corresponden al amor de quien les ama” (cf. Homilía 14,3).

Hoy pues, hermanos y hermanas, tengo la alegría de rezar con ustedes y con todo el Pueblo de Dios por las vocaciones, especialmente al sacerdocio y a la vida religiosa. ¡La Iglesia los necesita! Y es importante que los jóvenes encuentren en nuestras comunidades: acogida, escucha, estímulo en su camino vocacional, y que puedan contar con modelos creíbles de entrega generosa a Dios y a sus hermanos.

Hagamos nuestra la invitación que el Papa Francisco nos dejó en su Mensaje para esta Jornada en la que nos pedía acoger y acompañar a los jóvenes. Roguemos al Padre celestial el ser, los unos para los otros, cada uno según su estado, pastores "según su corazón" (cf. Jr 3,15), capaces de ayudarnos mutuamente a caminar en el amor y en la verdad. Y a los jóvenes les digo: "¡No tengan miedo! ¡Acepten la invitación de la Iglesia y de Cristo Señor!"

La Virgen María, cuya vida fue toda una respuesta a la llamada del Señor, nos acompañe siempre en el seguimiento de Jesús.

Después del Regina Caeli

Hermanos y hermanas,

la gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial, terminó hace 80 años, el 8 de mayo, después de haber causado 60 millones de víctimas. En el dramático escenario actual de una tercera guerra mundial por partes, como afirmó el Papa Francisco en más de una ocasión, también yo me dirijo a los grandes del mundo, repitiendo el llamamiento siempre actual: "¡Nunca más la guerra!"

Llevo en mi corazón los sufrimientos del amado pueblo ucraniano. Se haga lo posible para alcanzar cuanto antes un paz auténtica, justa y duradera. Sean liberados todos los prisioneros y los niños puedan regresar con sus familias.

Me entristece profundamente lo que sucede en la Franja de Gaza. ¡Cese inmediatamente el fuego! Se preste ayuda humanitaria a la exhausta población civil y se liberen a todos los rehenes.

He acogido con satisfacción el anuncio del alto el fuego entre India y Pakistán, y deseo que a través de las próximas negociaciones se pueda

Volver al índice

alcanzar pronto un acuerdo duradero.

¡Pero cuántos otros conflictos hay en el mundo! Encomiendo a la Reina de la paz este sentido llamamiento para que sea Ella quien se lo presente al Señor Jesús para obtener el milagro de la paz.

Y ahora os saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países. Saludo a los miembros de la British and Foreign Bible Society, el grupo de médicos de Granada (España), los fieles de Malta, Panamá, Dallas (Texas), Valladolid, Torrelodones (Madrid), Montesilvano y Cinisi (Palermo).

Saludo a los participantes en la manifestación "Elegimos la vida" y a los jóvenes de la Fraternidad Santa María Inmaculada y San Francisco de Asís de Reggio Emilia.

Hoy en Italia y en otros países se celebra la fiesta de la madre. Mando un afectuoso saludo a todas las madres, con una oración por ellas y por las que están ya en el Cielo.

¡Feliz día a todas las madres!
¡Gracias a todos vosotros! ¡Feliz domingo a todos!

22. Regina Caeli al finalizar la Misa
Plaza de San Pedro
Domingo 18 de mayo de 2025

Al final de esta celebración, los saludo y les doy las gracias a todos ustedes, romanos y fieles de tantas partes del mundo, que han querido participar.

Expreso mi gratitud en particular a las Delegaciones oficiales de numerosos países, así como a los representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales y de otras religiones.

Dirijo un cordial saludo a los miles de peregrinos que han acudido de todos los continentes con ocasión del Jubileo de las Cofradías. Queridos hermanos, les agradezco que mantengan vivo el gran patrimonio de la piedad popular.

Durante la Misa sentí fuertemente la presencia espiritual del Papa Fran-

cisco, que desde el cielo nos acompaña. En esta dimensión de comunión de los santos recuerdo que ayer en Chambéry, Francia, fue beatificado el sacerdote Camille Costa de Beauregard, que vivió entre finales del siglo XIX y principios del XX, testigo de una gran caridad pastoral.

En la alegría de la fe y de la comunión no podemos olvidarnos de los hermanos y hermanas que sufren a causa de las guerras. En Gaza, los niños, las familias y los ancianos supervivientes están pasando hambre. En Myanmar, nuevas hostilidades han destruido vidas inocentes. La atormentada Ucrania espera por fin negociaciones para una paz justa y duradera.

Por eso, mientras encomendamos a María el servicio del Obispo de Roma, Pastor de la Iglesia universal, desde la "barca de Pedro" contemplémosla a ella, Estrella del mar, Madre del Buen Consejo, como signo de esperanza. Imploremos por su intercesión el don de la paz, el auxilio y el consuelo para los que sufren y, para todos nosotros, la gracia de ser testigos del Señor Resucitado.

23. REGINA CAELI
Plaza de San Pedro
Domingo, 25 de mayo de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Estoy todavía en los inicios de mi ministerio entre ustedes y deseo agradecerles ante todo el afecto que me están manifestando, al mismo tiempo les pido que me sostengan con su oración y cercanía.

En todo aquello a lo que el Señor nos llama, tanto en el camino de la vida como en el de la fe, nos sentimos a veces insuficientes. Sin embargo, el Evangelio de este domingo (cf. Jn 14,23-29) justamente nos dice que no debemos fijarnos en nuestras fuerzas, sino en la misericordia del Señor que nos ha elegido, seguros de que el Espíritu Santo nos guía y nos enseña todo.

A los Apóstoles que, en la víspera de la muerte del Maestro, se encontraban turbados desconcertados y afligidos, preguntándose cómo podrían ser continuadores y testigos del Reino de Dios, Jesús les anuncia el don del Espíritu Santo, con esta promesa maravillosa: «El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él»

Volver al índice

(v. 23).

De este modo, Jesús libera a los discípulos de toda angustia y preocupación y puede decirles: «¡No se inquieten ni teman!» (v. 27). Si permanecemos en su amor, en efecto, Él mismo hace morada en nosotros, nuestra vida se convierte en templo de Dios, y ese amor nos ilumina, y va entrando en nuestra forma de pensar y en nuestras decisiones, hasta alcanzar también a los demás, iluminando todos los ámbitos de nuestra existencia.

Sí, hermanos y hermanas, este morar de Dios en nosotros es precisamente el don del Espíritu Santo, que quien nos toma de la mano y nos hace experimentar, incluso en la vida cotidiana, la presencia y la cercanía de Dios, convirtiéndonos en morada suya.

Es hermoso que cuando al mirar a nuestro llamado, a las realidades y personas que nos han sido confiadas, a los compromisos que llevamos adelante y a nuestro servicio en la Iglesia, cada uno de nosotros pueda decir con confianza: aunque soy frágil, el Señor no se avergüenza de mi humanidad, al contrario, viene a habitar dentro de mí. Él me acompaña con su Espíritu, me ilumina y me transforma en instrumento de su amor para los demás, para la sociedad y para el mundo.

Queridos amigos, sobre el fundamento de esta promesa, caminemos en la alegría de la fe, para ser templo santo del Señor. Comprometámonos a llevar su amor a todas partes, recordando que cada hermana y cada hermano es morada de Dios; y que su presencia se revela especialmente en los pequeños, en los pobres y en quienes sufren, y nos pide ser cristianos atentos y compasivos.

Encomendémonos todos a la intercesión de María Santísima. Por obra del Espíritu, ella se convirtió en la “Morada consagrada a Dios”. Junto con ella, también nosotros podemos experimentar la alegría de acoger al Señor y ser signo e instrumento de su amor.

Después del Regina Caeli

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer en Poznan (Polonia) fue beatificado Stanislaus Kostka Streich, sa-

cerdote diocesano asesinado por odio a la fe en 1938, porque su labor en favor de los pobres y de los trabajadores irritaba a los seguidores de la ideología comunista. Que su ejemplo anime especialmente a los sacerdotes a gastarse generosamente por el Evangelio y por los hermanos.

También ayer se celebró la memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María, Auxilio de los cristianos, Jornada de oración por la Iglesia en China, instituida por el Papa Benedicto XVI. En las iglesias y santuarios de China y de todo el mundo se han elevado oraciones a Dios como signo de preocupación y afecto por los católicos chinos y su comunión con la Iglesia universal. Que la intercesión de María Santísima obtenga para ellos y para nosotros la gracia de ser testigos fuertes y alegres del Evangelio, incluso en medio de las pruebas, para promover siempre la paz y la concordia.

Con estos sentimientos, nuestra oración abraza a todos los pueblos que sufren a causa de la guerra; y suplicamos al Señor que conceda valentía y perseverancia a cuantos están comprometidos en el diálogo y en la búsqueda sincera de la paz.

Hace diez años, el Papa Francisco firmó la Encíclica Laudato si', dedicada al cuidado de nuestra casa común, y que ha tenido una difusión extraordinaria, inspirando innumerables iniciativas y enseñando a todos a escuchar el doble grito de la Tierra y de los pobres. Saludo y animo al Movimiento Laudato si' y a todos aquellos que llevan adelante este compromiso.

Saludo a todos los peregrinos que llegan desde Italia y de muchas otras partes del mundo, especialmente a los peregrinos de Valencia y de Polonia, envío una particular bendición a cuantos participan en la gran peregrinación al Santuario mariano de Piekary Śląskie en Polonia. Saludo a los fieles de Pescara, Sortino, Paternò, Caltagirone, Massarosa Nord, Malnate, Palagonia y Cerello, y a los de la parroquia de los Sagrados Corazones de Jesús y María en Roma. Saludo con afecto a los niños de la Confirmación de la Arquidiócesis de Génova, a los confirmandos de San Teodoro, en la diócesis de Tempio-Ampurias, a los ciclistas de Paderno Dugnano y a los Bersaglieri de Palermo.

¡Les deseo a todos un feliz domingo!

Volver al índice

24. REGINA CAELI
Plaza de San Pedro
Domingo, 8 de junio de 2025

Antes de concluir esta celebración, dirijo un afectuoso saludo a todos ustedes que han participado y también a cuantos se han conectado a través de los medios de comunicación.

Mi agradecimiento va a los señores cardenales y obispos presentes y a todos los representantes de las asociaciones y movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. Queridas hermanas y queridos hermanos, con la fuerza del Espíritu Santo, partan renovados de este Jubileo dedicado a ustedes. ¡Vayan y lleven a todos la esperanza del Señor Jesús!

Italia y otros países concluyen en estos días el año escolar. Deseo saludar a los jóvenes y a todos los estudiantes y profesores, especialmente a los estudiantes que en los próximos días realizarán los exámenes al final del ciclo de estudios.

Y ahora, por intercesión de la Virgen María, supliquemos al Espíritu Santo el don de la paz. Ante todo, la paz en los corazones: sólo un corazón pacífico puede difundir la paz en la familia, en la sociedad, en las relaciones internacionales. Que el Espíritu de Cristo resucitado abra caminos de reconciliación dondequiera que haya guerra; ilumine a los gobernantes y les dé el valor de realizar gestos de distensión y diálogo.

25. ÁNGELUS
Plaza de San Pedro
Domingo, 15 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!:
Acabamos de concluir la celebración eucarística por el Jubileo del Deporte, y ahora con alegría dirijo mi saludo a todos ustedes, deportistas de diversas las edades y procedencias. Les exhorto a vivir la actividad deportiva, incluso a nivel competitivo, siempre con espíritu de gratuidad, con espíritu “lúdico” en el sentido noble de este término, porque en el juego y en la sana diversión el ser humano se asemeja a su Creador.

Quiero subrayar que el deporte es un camino para construir la paz, por-

que es una escuela de respeto y lealtad, que hace crecer la cultura del encuentro y la fraternidad. Hermanas y hermanos, los animo a practicar este estilo de manera consciente, oponiéndose a toda forma de violencia y opresión.

¡El mundo actual lo necesita tanto! De hecho, hay muchos conflictos armados. En Myanmar, a pesar del cese del fuego, continúan los combates, con daños incluso a las infraestructuras civiles. Invito a todas las partes a emprender el camino del diálogo inclusivo, el único que puede conducir a una solución pacífica y estable.

En la noche del 13 al 14 de junio, en la ciudad de Yelwata, en el área administrativa local de Gouma, en el estado de Benue, Nigeria, se produjo una terrible masacre en la que unas doscientas personas fueron asesinadas con extrema crueldad, la mayoría de ellas desplazados internos acogidos por la misión católica local. Rezo para que la seguridad, la justicia y la paz prevalezcan en Nigeria, un país querido y tan afectado por diversas formas de violencia. Y rezo especialmente por las comunidades cristianas rurales del estado de Benue, que son víctimas incesantes de la violencia.

Pienso también en la República de Sudán, devastada por la violencia desde hace ya más de dos años. Me ha llegado la triste noticia de la muerte del sacerdote Luke Jumu, párroco de El Fasher, víctima de un bombardeo. Mientras aseguro mis oraciones por él y por todas las víctimas, renuevo el llamamiento a los combatientes para que se detengan, protejan a los civiles y emprendan un diálogo por la paz. Exhorto a la comunidad internacional a intensificar sus esfuerzos para proporcionar al menos la asistencia esencial a la población, gravemente afectada por la crisis humanitaria.

Seguimos rezando por la paz en Oriente Medio, en Ucrania y en todo el mundo.

Esta tarde, en la Basílica de San Pablo Extramuros, será beatificado Floribert Bwana Chui, joven mártir congoleño. Fue asesinado a los veintiséis años porque, como cristiano, se oponía a la injusticia y defendía a los pequeños y a los pobres. ¡Que su testimonio dé valor y esperanza a los jóvenes de la República Democrática del Congo y de toda África!

¡Feliz domingo a todos! Y a ustedes, jóvenes, les digo: ¡los espero dentro de un mes para el Jubileo de los jóvenes! Que la Virgen María, Reina de

Volver al índice

la Paz, interceda por nosotros.

Angelus Domini…

26. ÁNGELUS
Plaza de San Pedro
Domingo, 22 de juio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Hoy, en muchos países, se celebra la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el Corpus Domini, y el Evangelio narra el milagro de los panes y los peces (cf. Lc 9,11-17).

Para dar de comer a las miles de personas que acudieron a escucharlo y a pedirle curación, Jesús invita a los Apóstoles a que le presenten lo poco que tienen, bendice los panes y los peces y les ordena que los distribuyan entre todos. El resultado es sorprendente, no sólo cada uno recibe comida suficiente, sino que sobra en abundancia (cf. Lc 9,17).

El milagro, más allá del prodigio, es un "signo" y nos recuerda que los dones de Dios, incluso los más pequeños, crecen cuanto más se comparten.

Sin embargo, al leer todo esto en el día del Corpus Domini, reflexionamos sobre una realidad aún más profunda. Sabemos, en efecto, que en la raíz de todo compartir humano hay uno más grande que lo precede: el de Dios hacia nosotros. Él, el Creador, que nos dio la vida, para salvarnos pidió a una de sus criaturas que fuera su Madre, para asumir un cuerpo frágil, limitado, mortal, como el nuestro, poniéndose en sus manos como un niño. Así compartió hasta sus últimas consecuencias nuestra pobreza, eligiendo valerse, para redimirnos, precisamente de lo poco que podíamos ofrecerle (cf. Nicolás Cabásilas, La vida en Cristo, IV, 3).
Pensemos en lo bonito que es, cuando hacemos un regalo —quizás pequeño, acorde con nuestras posibilidades— ver que es apreciado por quien lo recibe; lo contentos que nos sentimos cuando comprobamos que, a pesar de su sencillez, ese regalo nos une aún más a quienes amamos. Pues bien, en la Eucaristía, entre nosotros y Dios, sucede precisamente esto, el Señor acoge, santifica y bendice el pan y el vino que ponemos en el altar, junto con la ofrenda de nuestra vida, y los transforma en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sacrificio de amor para la salva-

ción del mundo. Dios se une a nosotros acogiendo con alegría lo que le presentamos y nos invita a unirnos a Él recibiendo y compartiendo con igual alegría su don de amor. De este modo —dice san Agustín—, como el "conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan, así en la concordia de la caridad se forma un solo cuerpo de Cristo" (cf. Sermón 229/A, 2).

Queridos hermanos, esta noche haremos la Procesión Eucarística. Celebraremos juntos la Santa Misa y luego nos pondremos en camino, llevando el Santísimo Sacramento por las calles de nuestra ciudad. Cantaremos, rezaremos y, finalmente, nos reuniremos en la Basílica de Santa María la Mayor para implorar la bendición del Señor sobre nuestros hogares, nuestras familias y toda la humanidad. Partiendo desde el altar y el sagrario, que esta celebración sea un signo luminoso de nuestro compromiso de ser cada día portadores de comunión y paz los unos para los otros, en el compartir y en la caridad.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Continúan llegando noticias alarmantes desde Oriente Medio, sobre todo desde Irán. En este escenario dramático, que incluye a Israel y Palestina, corre el riesgo de caer en el olvido el sufrimiento diario de la población, especialmente de Gaza y los demás territorios, donde la necesidad de una ayuda humanitaria adecuada es cada vez más urgente.

Hoy más que nunca, la humanidad clama y pide la paz. Es un grito que exige responsabilidad y razón, y no debe ser sofocado por el estruendo de las armas ni por las palabras retóricas que incitan al conflicto. Todo miembro de la comunidad internacional tiene la responsabilidad moral de detener la tragedia de la guerra, antes de que se convierta en una vorágine irreparable. No existen conflictos "lejanos" cuando está en juego la dignidad humana.

La guerra no resuelve los problemas, sino que los amplifica y produce heridas profundas en la historia de los pueblos, que tardan generaciones en cicatrizar. Ninguna victoria armada podrá compensar el dolor de las madres, el miedo de los niños, el futuro robado.

Volver al índice

¡Que la diplomacia haga callar las armas! ¡Que las naciones tracen su futuro con obras de paz, no con la violencia ni conflictos sangrientos!

Saludo a todos ustedes, romanos y peregrinos. Me complace saludar a los Parlamentarios y a los Alcaldes aquí presentes con ocasión del Jubileo de los Gobernantes y de los Administradores.

Saludo particularmente a los fieles de Bogotá y Samupués, Colombia; también a aquellos venidos de Polonia, en especial a los alumnos y profesores de un Instituto técnico de Cracovia; a la banda musical de Strengberg, Austria, a los fieles de Hannover, Alemania; a los jóvenes de Confirmación de Gioia Tauro y a los chicos de Tempio Pausania.

A todos les deseo que pasen un feliz domingo. Y bendigo a aquellos que hoy participan activamente en la fiesta del Corpus Domini, ya sea con el canto, la música, los homenajes floreales, las artesanías y, sobre todo, con la oración y la procesión.

Muchas gracias a todos y feliz domingo.

27. ÁNGELUS
Plaza de San Pedro
Domingo, 22 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Hoy es la gran fiesta de la Iglesia de Roma, nacida del testimonio de los apóstoles Pedro y Pablo y fecundada por su sangre y por la de muchos mártires. Todavía hoy hay cristianos en todo el mundo a los que el Evangelio vuelve generosos y audaces incluso a costa de la vida. Existe de ese modo un ecumenismo de la sangre, una invisible y profunda unidad entre las Iglesias cristianas, que a pesar de ello no viven todavía la comunión plena y visible. Quiero por lo tanto confirmar en esta fiesta solemne que mi servicio episcopal es servicio a la unidad y que la Iglesia de Roma está comprometida por la sangre de los santos Pedro y Pablo a servir, en el amor, a la comunión entre todas las Iglesias.

La piedra, de la que Pedro recibe también su propio nombre, es Cristo. Una piedra desechada por los hombres y que Dios ha hecho piedra angular. Esta plaza y las basílicas papales de san Pedro y de san Pablo nos cuentan cómo esa lógica aún se mantiene. Ellas se encuentran

en lo que eran entonces los límites de la ciudad, “extramuros”, como se dice hasta hoy. Lo que a nosotros nos parece grande y glorioso antes fue descartado y excluido, porque contrastaba con la mentalidad mundana. Quien sigue a Jesús se encuentra recorriendo el camino de las bienaventuranzas, en el que la pobreza de espíritu, la mansedumbre, la misericordia, el hambre y la sed de justicia, y el trabajo por la paz encuentran oposición e incluso persecución. Y, sin embargo, la gloria de Dios brilla en sus amigos y a lo largo del camino los va modelando, cada vez que se convierten.

Queridos hermanos y hermanas, sobre las tumbas de los apóstoles, meta milenaria de peregrinaje, también nosotros descubrimos que podemos vivir en esta continua conversión. El Nuevo Testamento no esconde los errores, las contradicciones, los pecados de aquellos que veneramos como los más grandes apóstoles. Su grandeza, en efecto, ha sido modelada por el perdón. El Resucitado los fue a buscar, más de una vez, para traerlos de nuevo a su camino. Jesús no llama una sola vez. Es por esto que todos podemos esperar siempre, como también nos recuerda el Jubileo.

La unidad de la Iglesia y entre las Iglesias, hermanas y hermanos, se nutre del perdón y de la confianza recíproca, que comienza por nuestras familias y nuestras comunidades. En efecto, si Jesús confía en nosotros, también nosotros podemos fiarnos los unos de los otros, en su Nombre. Los apóstoles Pedro y Pablo, junto con la Virgen María, intercedan por nosotros, de modo que, en este mundo herido, la Iglesia sea casa y escuela de comunión.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Les aseguro mis oraciones por la comunidad del Liceo “Barthélémy Boganda” de Bangui, en la República Centroafricana, que está de luto por el trágico accidente que ha causado numerosos muertos y heridos entre los estudiantes. Que el Señor consuele a las familias y a toda la comunidad.

Saludo hoy de manera especial a todos los fieles de Roma, en la fiesta de los santos patronos, y con gran afecto a los párrocos y a todos los sacer-

dotes que trabajan en las parroquias romanas, con gratitud y alentándolos en su servicio.

En esta fiesta se celebra también la Jornada dedicada al Óbolo de San Pedro, que es un signo de comunión con el Papa y de participación en su ministerio apostólico. Agradezco de corazón a todos los que con su donación sostienen mis primeros pasos como Sucesor de Pedro.

Bendigo a quienes participan en el evento denominado "Quo Vadis?", peregrinando por los lugares romanos de la memoria de los santos Pedro y Pablo. Agradezco a todos los que han organizado con dedicación esta iniciativa que ayuda a conocer y honrar a los santos patronos de Roma.

Saludo a los fieles de varios países que han venido para acompañar a sus Arzobispos Metropolitanos, que hoy han recibido el Palio. Saludo a los peregrinos de Ucrania —siempre rezo por su pueblo—, de México, Croacia, Polonia, Estados Unidos de América, Venezuela, Brasil, al Coro Santos Pedro y Pablo, de Indonesia, así como a numerosos fieles eritreos que viven en Europa; a los grupos de Martina Franca, Pontedera, San Vendemiano y Corbetta; a los monaguillos de Santa Giustina in Colle y a los jóvenes de Sommariva del Bosco.

Doy las gracias a la "Pro Loco" de Roma Capital y a los artistas que han realizado la "Infiorata" en Via della Conciliazione y Piazza Pio XII. ¡Gracias!

Saludo a los Cooperadores Guanellianos del centro-sur de Italia, a la Asociación de Voluntarios de Chiari, a los ciclistas de Fermo y de Varese, al grupo deportivo Aniene 80 y a los peregrinos de "Connessione Spirituale".

Hermanas y hermanos, sigamos rezando para que en todas partes se silencien las armas y se trabaje por la paz a través del diálogo.

¡Feliz domingo a todos!

28. ÁNGELUS
Plaza de San Pedro
Domingo, 6 de julio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de hoy (Lc 10,1-12.17-20) nos recuerda la importancia de la misión, a la que todos estamos llamados, cada uno según su vocación y en las situaciones concretas en las que el Señor lo ha puesto.

Jesús envía a setenta y dos discípulos (v. 1). Este número simbólico indica que la esperanza del Evangelio está destinada a todos los pueblos. Tal es la amplitud del corazón de Dios: su abundante cosecha, es decir, la obra que Él realiza en el mundo para que todos sus hijos sean alcanzados por su amor y sean salvados.

Al mismo tiempo, Jesús dice: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha» (v. 2).

Por un lado, Dios, como un sembrador, ha salido generosamente al mundo a sembrar y ha puesto en el corazón del hombre y de la historia el deseo de infinito, de una vida plena, de una salvación que lo libere. Por eso la mies es mucha, el Reino de Dios germina como una semilla en la tierra y los hombres y mujeres de hoy, incluso cuando parecen abrumados por tantas otras cosas, esperan una verdad más grande, buscan un sentido más pleno para su vida, desean justicia y llevan en su interior un anhelo de vida eterna.

Por otra parte, son pocos los obreros que van a trabajar al campo sembrado por el Señor y que, antes aún, son capaces de reconocer, con los ojos de Jesús, el buen grano listo para la cosecha (cf. Jn 4,35-38). Hay algo grande que el Señor quiere hacer en nuestra vida y en la historia de la humanidad, pero son pocos los que se dan cuenta, los que se detienen para acoger el don, los que lo anuncian y lo llevan a los demás.

Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia y el mundo no necesitan personas que cumplen con sus deberes religiosos mostrando su fe como una etiqueta exterior; necesitan, en cambio, obreros deseosos de trabajar en el campo de la misión, discípulos enamorados que den testimonio del Reino de Dios dondequiera que se encuentren. Quizás no falten los “cristianos de ocasión”, que de vez en cuando dan cabida a algún buen sentimiento religioso o participan en algún evento; pero son pocos los que están dispuestos a trabajar cada día en el campo de Dios, cultivando en su corazón la semilla del Evangelio para luego llevarla a la vida cotidiana, a la familia, a los lugares de trabajo y de estudio, a los diversos entornos sociales y a quienes se encuentran en necesidad.

Volver al índice

Para hacer esto no se necesitan demasiadas ideas teóricas sobre conceptos pastorales; se necesita, sobre todo, rezar al dueño de la mies. En primer lugar, pues, está la relación con el Señor, cultivar el diálogo con Él. Entonces Él nos convertirá en sus obreros y nos enviará al campo del mundo como testigos de su Reino.

Pidamos a la Virgen María, que se entregó generosamente diciendo «Yo soy la servidora del Señor», y participando de esta forma en la obra de la salvación, que interceda por nosotros y nos acompañe en el camino del seguimiento del Señor, para que también nosotros podamos convertirnos en alegres trabajadores del Reino de Dios.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas,

Saludo con afecto a todos ustedes, fieles de Roma, peregrinos de Italia y de diversos países. Con el gran calor de este período, su camino para atravesar las Puertas Santas es aún más valiente y admirable.

En particular, saludo a las Hermanas Franciscanas Misioneras del Sagrado Corazón; a los alumnos y padres de la Escuela de Strzyzow y a los fieles de Legnica, en Polonia; al grupo greco-católico de Ucrania.

Saludo también a los peregrinos de Romano di Lombardia, Melìa (Reggio Calabria), Sassari y a la comunidad latinoamericana de la diócesis de Florencia.

Quisiera expresar mi más sincero pésame a todas las familias que han perdido a sus seres queridos, en particular por las niñas que se encontraban en el campamento estivo, durante la catástrofe causada por las inundaciones del río Guadalupe en Texas, Estados Unidos. Recemos por ellos.

Queridos hermanos, la paz es un deseo de todos los pueblos y es el grito doloroso de los que están desgarrados por la guerra. Pidamos al Señor que toque los corazones e inspire las mentes de los gobernantes, para que sustituyan la violencia de las armas por la búsqueda del diálogo.

Esta tarde me trasladaré a Castel Gandolfo, donde pienso permanecer para un breve período de descanso. Deseo a todos que puedan disfrutar de un tiempo de vacaciones para reponer fuerzas físicas y espirituales.

¡Feliz domingo a todos!

29. ÁNGELUS
Plaza de la Libertad (Castel Gandolfo)
Domingo, 13 de julio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de hoy comienza con una hermosa pregunta dirigida a Jesús: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida eterna?» (Lc 10,25). Estas palabras expresan un deseo constante en nuestra vida, el deseo de salvación, es decir, de una existencia libre del fracaso, del mal y de la muerte.

Lo que el corazón del hombre espera se describe como un bien que se "hereda". No se trata de conquistarlo por la fuerza, ni de implorarlo como siervos, ni de obtenerlo por contrato. La vida eterna, que sólo Dios puede dar, se transmite al hombre en herencia como de padre a hijo.

Por eso, a nuestra pregunta, Jesús responde que para recibir el don de Dios hay que acoger su voluntad. Como está escrito en la Ley, «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón [...] y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10,27; cf. Dt 6,5; Lv 19,18). Al hacerlo, correspondemos al amor del Padre: la voluntad de Dios es, de hecho, esa ley de vida que Dios practica primero con nosotros, amándonos con todo su ser en su Hijo Jesús.

Hermanos y hermanas, ¡mirémoslo a Él! Jesús es la revelación del verdadero amor hacia Dios y hacia el hombre. Amor que se da y no posee, amor que perdona y no exige, amor que socorre y nunca abandona. En Cristo, Dios se ha hecho prójimo de cada hombre y cada mujer; por eso, cada uno de nosotros puede y debe convertirse en prójimo de quienes encuentra en el camino. Siguiendo el ejemplo de Jesús, Salvador del mundo, también nosotros estamos llamados a llevar consuelo y esperanza, especialmente a quienes están desanimados y decepcionados.

Por lo tanto, para vivir eternamente no es necesario engañar a la muerte, sino servir a la vida, es decir, cuidar de la existencia de los demás en el

Volver al índice

tiempo que compartimos. Esta es la ley suprema, que está por encima de cualquier norma social y le da sentido.

Pidamos a la Virgen María, Madre de misericordia, que nos ayude a acoger en nuestro corazón la voluntad de Dios, que siempre es voluntad de amor y de salvación, para que seamos cada día artífices de paz.

Palabras después de la oración del Angelus

Queridos hermanos y hermanas:

Me siento contento de estar aquí con ustedes, en Castel Gandolfo, para disfrutar de unos días de descanso. Saludo a las autoridades civiles y militares presentes y les agradezco a todos ustedes su cálida bienvenida.

Ayer, en Barcelona, fue beatificado Licarione May (cuyo nombre de pila era Francesco Beniamino), fraile del Instituto de los Hermanos Maristas de las Escuelas, asesinado en 1909 por odio a la fe. En medio de circunstancias hostiles, vivió con dedicación y valentía su misión educativa y pastoral. El testimonio heroico de este mártir sea un estímulo para todos, en particular para quienes trabajan en la educación de los jóvenes.

Saludo a los participantes del curso de verano de la Academia Litúrgica provenientes de Polonia; mi pensamiento se dirige también a los peregrinos polacos, que hoy participan en la Peregrinación Anual al Santuario de Częstochowa.

Hoy finaliza la peregrinación jubilar de la diócesis de Bérgamo. Saludo a los peregrinos que, junto con su obispo, han ido a Roma para atravesar la Puerta Santa.

Saludo a la comunidad pastoral Beato Agustín de Tarano del Colegio San Agustín de Chiclayo, Perú, también en Roma para celebrar el Jubileo. Saludo a los peregrinos de la Parroquia de San Pedro Apóstol de la diócesis de Alcalá de Henares, que celebran los 400 años de fundación de la parroquia; a las Legionarias de María, procedentes de Uribia-La Guajira, en Colombia; a los miembros de la Familia del Amor Misericordioso; al Grupo Scout Agesci Alcamo 1; y, por último, a las monjas agustinas en formación aquí presentes.

Doy la bienvenida al coro de chicos de la Académie Musicale de Liesse, de Francia. Gracias por su presencia y por el compromiso que mantienen con el canto y la música.

Entre nosotros se encuentran 100 alumnos del curso de la Escuela de Carabineros de Velletri, dedicada al venerable Salvo D'Acquisto. Saludo al comandante, junto con los oficiales y suboficiales, y los animo a continuar su preparación al servicio de la patria y de la sociedad civil. ¡Gracias! ¡Un fuerte aplauso para estos servidores!

Durante los meses de verano se llevan a cabo numerosas iniciativas con niños y jóvenes, y me gustaría dar las gracias a los educadores y animadores que se dedican a este servicio. En este contexto, deseo recordar la importante iniciativa del Giffoni Film festival, que reúne a jóvenes de todo el mundo y que este año estará dedicado al tema «Volverse humanos».

Hermanos y hermanas, no olvidemos rezar por la paz y por todos aquellos que, debido a la violencia y la guerra, se encuentran en una situación de sufrimiento y necesidad.

¡Les deseo un buen domingo a todos!

30. ÁNGELUS
Plaza de la Libertad (Castel Gandolfo)
Domingo, 20 de julio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

La Liturgia de hoy nos recuerda la hospitalidad de Abraham y de su esposa Sara, y luego la de las hermanas Marta y María, amigas de Jesús (cf. Gn 18,1-10; Lc 10,38-42). Cada vez que aceptamos la invitación a la Cena del Señor y participamos en la mesa eucarística, es Dios mismo quien "pasa a servirnos" (cf. Lc 12,37). Sin embargo, nuestro Dios supo hacerse huésped primero, y también hoy está a nuestra puerta y llama (cf. Ap 3,20). Es sugerente que en la lengua italiana el huésped sea tanto el que acoge como el que es acogido. Así, en este domingo de verano podemos contemplar el juego de la acogida recíproca, fuera del cual nuestra vida se empobrece.

Volver al índice

Es necesaria la humildad tanto para acoger como para ser acogido. Requiere delicadeza, atención, apertura. En el Evangelio, Marta corre el riesgo de no entrar plenamente en la alegría de este intercambio. Está tan concentrada en lo que tiene que hacer para acoger a Jesús, que corre el riesgo de arruinar un momento de encuentro inolvidable. Marta es una persona generosa, pero Dios la llama a algo aún más hermoso que la propia generosidad. La llama a salir de sí misma.

Queridos hermanos y hermanas, sólo esto hace florecer nuestra vida: abrirnos a algo que nos aparte de nosotros mismos y al mismo tiempo nos plenificque. Mientras que Marta se queja de que su hermana la ha dejado sola para servir (cf. v. 40), pareciera que María ha perdido el sentido del tiempo, conquistada por la palabra de Jesús. No es que sea menos concreta que su hermana, ni menos generosa, sino que ha aprovechado la oportunidad. Por eso Jesús reprende a Marta: porque se ha quedado fuera de una intimidad que también a ella le daría una gran alegría (cf. vv. 41-42).

El tiempo de verano puede ayudarnos a "bajar el ritmo" y a parecernos más a María que a Marta. A veces no nos permitimos los mejores momentos. Necesitamos gozar de tener un poco de descanso, con el deseo de aprender más sobre el arte de la hospitalidad. La industria de las vacaciones quiere vendernos todo tipo de experiencias, pero quizá no lo que buscamos. En efecto, todo encuentro verdadero no se puede comprar, es gratuito: sea el que se tiene con Dios, como el que se tiene con los demás, o incluso con la naturaleza. Se necesita solamente hacerse huésped: hacer espacio y también pedirlo; acoger y dejarse acoger. Tenemos mucho que recibir y no sólo que dar. Abraham y Sara, aunque eran ancianos, se encontraron fecundos cuando acogieron discretamente al Señor mismo en tres viajeros. También para nosotros, aún hay tanta vida por acoger.

Oremos a María Santísima, la Madre hospitalaria, que acogió al Señor en su seno y junto con José le dio un hogar. En ella resplandece nuestra vocación, la vocación de la Iglesia de seguir siendo una casa abierta a todos, para continuar acogiendo a su Señor, que pide permiso para entrar.

_____

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana celebré la Eucaristía en la Catedral de Albano. Fue un momento significativo de comunión eclesial y encuentro con la comunidad diocesana.

Agradezco a Su Excelencia Mons. Viva que está aquí presente y a todos los que han trabajado para organizar esta hermosa celebración. Gracias a toda la comunidad diocesana.

En estos días también continúan llegando noticias dramáticas de Oriente Medio, en particular de Gaza.

Expreso mi profundo pesar por el ataque del ejército israelí contra la parroquia católica de la Sagrada Familia en la ciudad de Gaza, que como saben del jueves pasado, causó la muerte de tres cristianos y heridas graves a otros. Rezo por las víctimas, Saad Issa Kostandi Salameh, Foumia Issa Latif Ayyad y Najwa Ibrahim Latif Abu Daoud, y estoy especialmente cerca de sus familias y de todos los feligreses. Lamentablemente, este acto se suma a los continuos ataques militares contra la población civil y los lugares de culto en Gaza.

Pido una vez más el fin inmediato de la barbarie de la guerra y que se llegue a una resolución pacífica del conflicto.

Apelo a la comunidad internacional a que respete el derecho humanitario y la obligación de proteger a los civiles, así como la prohibición de los castigos colectivos, el uso indiscriminado de la fuerza y el desplazamiento forzado de la población.

A nuestros queridos cristianos de Oriente Medio les digo: comparto su sentimiento de lo poco que se puede hacer en esta situación tan dramática. Están en el corazón del Papa y de toda la Iglesia. Gracias por su testimonio de fe. Que la Virgen María, mujer de Oriente, aurora del nuevo Sol que ha surgido en la historia, los proteja siempre y acompañe al mundo hacia el amanecer de la paz.

Saludo a todos ustedes, fieles de Castel Gandolfo y a todos los peregrinos aquí presentes.

Extiendo mi saludo a los jóvenes participantes en la peregrinación organizada por la Catholic Worldview Fellowship, que visitan Roma tras varias semanas de oración y formación.

Volver al índice

Agradezco al Foro Internacional de Acción Católica por patrocinar el "Maratón de Oración por los Gobernantes". Cada uno de nosotros, desde las 10:00 a las 22:00 hs. de esta noche, está invitado a detenerse un minuto para orar, pidiendo al Señor que ilumine a nuestros gobernantes y les inspire proyectos de paz.

En las últimas semanas, varias familias del Movimiento de los Focolares han estado en Loppiano para la "Escuela Internacional de Familias Nuevas". Ruego para que esta experiencia de espiritualidad y fraternidad los fortalezca en su fe y los llene de alegría al acompañar espiritualmente a otras familias.

Saludo a los estudiantes, profesores y personal del Instituto Católico de Tecnología, ubicado aquí mismo en Castel Gandolfo; saludo al Grupo Scout Agesci Gela 3, que participa en la peregrinación jubilar que concluirá ante la tumba del beato Carlo Acutis; saludo asimismo a los jóvenes de Castello di Godego, que participan en una experiencia de servicio con Cáritas Roma; saludo a los fieles de Palermo y Sarsina.

También están presentes los miembros del Grupo Folklórico "'O Stazzo", así como la Banda de Música de Alba de Tormes.

Dentro de unos días, regresaré al Vaticano después de estas dos semanas aquí en Castel Gandolfo. Les agradezco su acogida y les deseo a todos un feliz domingo.

31. ÁNGELUS
Plaza de San Pedro
Domingo, 27 lde julio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Hoy el Evangelio nos presenta a Jesús que enseña a sus discípulos el Padrenuestro (cf. Lc 11,1-13), la oración que une a todos los cristianos. En ella, el Señor nos invita a dirigirnos a Dios llamándolo "abbá", "papá", como niños, con «simplicidad [...], conciencia filial [...], audacia humilde, certeza de ser amados» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2778).

Con una expresión muy hermosa, el Catecismo de la Iglesia Católica dice al respecto que «por la Oración del Señor, hemos sido revelados a nosotros mismos al mismo tiempo que nos ha sido revelado el Padre»

(ibíd., 2783). Y es verdad, cuanto más rezamos con confianza al Padre de los cielos, más nos descubrimos hijos amados y más conocemos la grandeza de su amor (cf. Rm 8,14-17).

El Evangelio de este día, pues, describe los rasgos de la paternidad de Dios por medio de algunas imágenes sugestivas: la de un hombre que se levanta, en el corazón de la noche, para ayudar a un amigo que debe acoger a un visitante inesperado; y también la de un padre que se preocupa por darles cosas buenas a sus hijos.

Estas figuras nos recuerdan que Dios nunca nos vuelve la espalda cuando acudimos a Él, ni siquiera cuando llegamos tarde a llamar a su puerta, quizá después de haber cometido errores, omisiones, fracasos; ni siquiera cuando, para acogernos, debe "despertar" a sus hijos que duermen en la casa (cf. Lc 11,7). Es más, en la gran familia de la Iglesia, el Padre no duda en hacernos a todos partícipes de cada uno de sus gestos de amor. El Señor nos escucha siempre cuando rezamos, y si a veces nos responde con tiempos y modos difíciles de comprender, es porque obra con una sabiduría y una providencia mayores, que van más allá de nuestra comprensión. Por eso, aun en esos momentos, no dejemos de rezar con confianza, en Él encontraremos siempre luz y fortaleza.

Recitando el Padrenuestro, además de celebrar la gracia de la filiación divina, expresamos también el compromiso de corresponder a ese don, amándonos como hermanos en Cristo. Uno de los Padres de la Iglesia, reflexionando sobre esto, escribe: «Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios "Padre nuestro", de que debemos comportarnos como hijos de Dios» (S. Cipriano de Cartago, De dominica Oratione, 11), y otro agrega: «No podéis llamar Padre vuestro al Dios de toda bondad si mantenéis un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad del Padre celestial» (S. Juan Crisóstomo, De angusta porta et in Orationem dominicam, 3). No se puede rezar a Dios como "Padre" y después ser duros e insensibles con los demás, sino que es importante dejarse transformar por su bondad, por su paciencia, por su misericordia, para reflejar como en un espejo su rostro en el nuestro.

Queridos hermanos y hermanas, la liturgia de hoy nos invita, en la oración y en la caridad, a sentirnos amados y a amar como Dios nos ama: con disponibilidad, discreción, cuidado mutuo, sin hacer cálculos. Pidamos a María que sepamos responder a la llamada, para manifestar la dulzura del rostro del Padre.

Volver al índice

Palabras después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la V jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, que tiene como tema “Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza”. Veamos a los abuelos y a los mayores como testigos de esperanza, capaces de iluminar el camino de las nuevas generaciones. No los dejemos solos, sino que unámonos a ellos en una alianza de amor y oración.

Mi corazón está con todos aquellos que sufren a causa de los conflictos y la violencia en el mundo. En particular, rezo por las personas involucradas en los enfrentamientos en la frontera entre Tailandia y Camboya, especialmente por los niños y las familias desplazadas. Que el Príncipe de la Paz inspire a todos a buscar el diálogo y la reconciliación.

Rezo por las víctimas de la violencia en el sur de Siria.

Sigo con gran preocupación la gravísima situación humanitaria en Gaza, donde la población civil está aniquilada por el hambre y sigue expuesta a la violencia y la muerte. Renuevo mi sincero llamamiento al alto el fuego, a la liberación de los rehenes y al pleno respeto del derecho humanitario.

Toda persona humana tiene una dignidad intrínseca que le ha sido conferida por Dios mismo: exhorto a las partes implicadas en todos los conflictos a reconocerla y a poner fin a las acciones contraria a ella. Exhorto a negociar un futuro de paz para todos los pueblos y a rechazar todo lo que pueda perjudicarlo.

Encomiendo a María, Reina de la paz, las víctimas inocentes de los conflictos y los gobernantes que tienen el poder de ponerles fin.

Saludo a Radio Vaticana/Vatican News que, para estar más cercana a los fieles y peregrinos durante el Jubileo, ha inaugurado junto con L’Osservatore Romano, una pequeña sede bajo la columnata de Bernini. Gracias por el servicio en tantos idiomas, que lleva la voz del Papa al mundo. Y gracias a todos los periodistas que contribuyen a una comunicación de paz y de verdad.

Saludo a todos ustedes, provenientes de Italia y de muchas partes del mundo, en particular a los abuelos y abuelas de San Cataldo, a los frai-

les capuchinos jóvenes de Europa, a los chicos de la Confirmación de la Unidad pastoral Grantorto-Carturo, a los jóvenes de Montecarlo di Lucca y a los scouts de Licata.

I greet the faithful from Kearny (New Jersey), the Catholic Music Award group and the EWTN Summer Academy. I also greet with particular affection the young people from various countries who have gathered in Rome for the Jubilee of Youth, which begins tomorrow. I hope that this will be an opportunity for each of you to encounter Christ, and to be strengthened by him in your faith and in your commitment to following him with integrity of life.

Saludo con especial afecto a los jóvenes provenientes de diferentes países, reunidos en Roma para el "Jubileo de los Jóvenes. Espero que sea para cada uno ocasión para encontrar a Cristo y ser fortalecidos por Él en la fe y en el compromiso de seguirlo con coherencia.

Esta noche tendrá lugar la procesión de la Virgen "Fiumarola" por el río Tíber: ¡que los participantes en esta hermosa tradición mariana aprendan de la Madre de Jesús a practicar el Evangelio en la vida cotidiana!

¡A todos les deseo un feliz domingo!

32. ÁNGELUS
Tor Vergata
Domingo, 3 de agosto de 2025

Queridos hermanosy hermanas:

El Señor Jesús está presente en medio de nosotros y en nosotros, todo en todos en la Eucaristía. Unidos a Él queremos elevar un inmenso "gracias" al Padre por el don de estos días de su Jubileo. Ha sido una cascada de gracia para la Iglesia y para el mundo entero. Y lo ha sido a través de la participación de cada uno de ustedes. Por esto se lo quiero agradecer uno por uno, de todo corazón. Un particular recuerdo, mientras las encomendamos al Señor, para María y Pascale, las dos jóvenes peregrinas, una española y la otra egipcia, que nos han dejado en estos días. Agradezco a los obispos, a los sacerdotes, a las religiosas y a los religiosos, a los educadores que les han acompañado a ustedes; y también a todos aquellos que han rezado por este evento y han participado espiritualmente en él.

Volver al índice

En comunión con Cristo nuestra paz, esperanza para el mundo, estamos más que nunca unidos a los jóvenes que sufren el mayor de los males, el que es producido por otros hombres. Estamos con los jóvenes de Gaza, estamos con los jóvenes de Ucrania, con todos aquellos cuya tierra está ensangrentada por las guerras. Mis jóvenes hermanos y hermanas, ustedes son el signo que un mundo distinto es posible, un mundo de fraternidad y amistad, donde los conflictos se afrontan no con las armas sino con el diálogo.

Sí, ¡con Cristo es posible! Con su amor, con su perdón, con la fuerza de su Espíritu. Mis queridos amigos, unidos a Jesús como los sarmientos a la vid, ustedes darán mucho fruto; serán sal de la tierra, luz del mundo; serán semillas de esperanza allí donde viven: en la familia, con sus amigos, en la escuela, en el trabajo, en el deporte. Semillas de esperanza con Cristo nuestra esperanza.

Después de este Jubileo, el "peregrinaje de esperanza" de los jóvenes continúa y nos llevará a Asia. Les renuevo la invitación que el Papa Francisco hizo en Lisboa hace dos años: los jóvenes de todo el mundo se volverán a encontrar junto al Sucesor de Pedro para celebrar la Jornada Mundial de la Juventud en Seúl, Corea, del 3 al 8 de agosto de 2027. Esta Jornada tendrá como tema: «Tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Precisamente la esperanza que habita en nuestros corazones nos da la fuerza de anunciar la victoria de Cristo Resucitado sobre el mal y sobre la muerte; y de esto ustedes, jóvenes peregrinos de esperanza, serán testigos hasta los confines de la tierra. Nos vemos en Seúl; continuemos a soñar juntos, a esperar juntos.

Encomendémonos a la materna protección de la Virgen María.

Últimas palabras después de la celebración:

Bueno, chicos y chicas, un saludo final.

Gracias de nuevo a todos ustedes. Gracias por la música, gracias a todos aquellos que han trabajado para preparar tantas cosas durante esta semana, durante este Jubileo.

Ya hemos dicho que la próxima cita será en Corea. Un aplauso a los numerosos coreanos presentes.

También les pido que lleven un saludo a todos aquellos jóvenes que no han podido acudir para estar con nosotros, [sobre todo] de aquellos países de los que les ha sido imposible salir. Hay muchos lugares donde los jóvenes no han podido [venir] por las razones que conocemos.

Lleven esta alegría, este entusiasmo a todo el mundo. Ustedes son la sal de la tierra, la luz del mundo. Lleven este saludo a todos sus amigos, a todos los jóvenes que tienen necesidad de un mensaje de esperanza.

Gracias de nuevo a todos ustedes. Y buen viaje.

33. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 21 de mayo de 2025

Catequesis - Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II La vida de Jesús. Las parábolas 6.«El sembrador. Entonces él les habló extensamente por medio de parábolas»(Mt 13).

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra darles la bienvenida en mi primera audiencia general. Hoy retomo el ciclo de catequesis jubilares sobre el tema «Jesucristo, nuestra esperanza», iniciado por el Papa Francisco.

Hoy seguiremos meditando sobre las parábolas de Jesús, que nos ayudan a recuperar la esperanza, porque nos muestran cómo obra Dios en la historia. Hoy me gustaría detenerme en una parábola un poco particular, porque es una especie de introducción a todas las parábolas. Me refiero a la del sembrador (cf. Mt 13,1-17). En cierto sentido, en este relato podemos reconocer la forma de comunicarse de Jesús, que tiene mucho que enseñarnos para el anuncio del Evangelio hoy.

Cada parábola cuenta una historia tomada de la vida cotidiana, pero quiere decirnos algo más, nos remite a un significado más profundo. La parábola suscita en nosotros interrogantes, nos invita a no quedarnos en las apariencias. Ante la historia que se cuenta o la imagen que se me presenta, puedo preguntarme: ¿dónde estoy yo en esta historia? ¿Qué dice esta imagen a mi vida? El término parábola proviene, de hecho, del verbo griego paraballein, que significa lanzar delante. La parábola me lanza delante una palabra que me provoca y me empuja a interrogarme.

Volver al índice

La parábola del sembrador habla precisamente de la dinámica de la palabra de Dios y de los efectos que produce. De hecho, cada palabra del Evangelio es como una semilla que se arroja al terreno de nuestra vida. Muchas veces Jesús utiliza la imagen de la semilla, con diferentes significados. En el capítulo 13 del Evangelio de Mateo, la parábola del sembrador introduce una serie de otras pequeñas parábolas, algunas de las cuales hablan precisamente de lo que ocurre en el terreno: el trigo y la cizaña, el grano de mostaza, el tesoro escondido en el campo. ¿Qué es, entonces, este terreno? Es nuestro corazón, pero también es el mundo, la comunidad, la Iglesia. La palabra de Dios, de hecho, fecunda y provoca toda realidad.

Al principio, vemos a Jesús que sale de su casa; una gran multitud se reúne a su alrededor (cf. Mt 13,1). Su palabra fascina y despierta la curiosidad. Entre la gente hay, evidentemente, muchas situaciones diferentes. La palabra de Jesús es para todos, pero actúa en cada uno de manera diferente. Este contexto nos permite comprender mejor el sentido de la parábola.

Un sembrador, bastante original, sale a sembrar, pero no se preocupa de dónde cae la semilla. La arroja incluso donde es improbable que dé fruto: en el camino, entre las piedras, entre los espinos. Esta actitud sorprende a los oyentes y los lleva a preguntarse: ¿por qué?

Estamos acostumbrados a calcular las cosas —y a veces es necesario—, ¡pero esto no vale en el amor! La forma en que este sembrador «derrochador» arroja la semilla es una imagen de la forma en que Dios nos ama. Es cierto que el destino de la semilla depende también de la forma en que la acoge el terreno y de la situación en que se encuentra, pero ante todo, con esta parábola, Jesús nos dice que Dios arroja la semilla de su palabra sobre todo tipo de terreno, es decir, en cualquier situación en la que nos encontremos: a veces somos más superficiales y distraídos, a veces nos dejamos llevar por el entusiasmo, a veces estamos agobiados por las preocupaciones de la vida, pero también hay momentos en los que estamos disponibles y acogedores. Dios confía y espera que tarde o temprano la semilla florezca. Él nos ama así: no espera a que seamos el mejor terreno, siempre nos da generosamente su palabra. Quizás precisamente al ver que Él confía en nosotros, nazca en nosotros el deseo de ser un terreno mejor. Esta es la esperanza, fundada sobre la roca de la generosidad y la misericordia de Dios.

Al contar cómo la semilla da fruto, Jesús también está hablando de su vida. Jesús es la Palabra, es la Semilla. Y la semilla, para dar fruto, debe morir. Entonces, esta parábola nos dice que Dios está dispuesto a «desperdiciarse» por nosotros y que Jesús está dispuesto a morir para transformar nuestra vida.

Tengo en mente ese hermoso cuadro de Van Gogh: El sembrador al atardecer. Esa imagen del sembrador bajo el sol abrasador me habla también del esfuerzo del campesino. Y me llama la atención que, detrás del sembrador, Van Gogh haya representado el trigo ya maduro. Me parece una imagen de esperanza: de una forma u otra, la semilla ha dado fruto. No sabemos muy bien cómo, pero es así. En el centro de la escena, sin embargo, no está el sembrador, que está a un lado, sino que todo el cuadro está dominado por la imagen del sol, tal vez para recordarnos que es Dios quien mueve la historia, aunque a veces nos parezca ausente o lejano. Es el sol que calienta la tierra y hace madurar la semilla.Queridos hermanos y hermanas, ¿en qué situación de la vida nos alcanza hoy la palabra de Dios? Pidamos al Señor la gracia de acoger siempre esta semilla que es su palabra. Y si nos damos cuenta de que no somos terreno fértil, no nos desanimemos, sino pidámosle que siga trabajando en nosotros para convertirnos en terreno mejor.

Saludos
Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y América Latina. Los animo a contemplar con esperanza esta maravillosa imagen del Señor derramando su amor en nuestro corazón. Pidámosle, sin desanimarnos, que sea Él quien lo transforme en tierra fecunda, que da fruto sin que nosotros sepamos cómo. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra recibirlos hoy en esta primera catequesis, en la que seguimos reflexionando sobre el tema de la esperanza, con ayuda de la parábola del sembrador. Las parábolas son un modo en el que el Señor nos comunica su Palabra para que esta nos cuestione e interpele, provocando en nosotros una respuesta al interrogante que subyace en la narración que nos cuenta: ¿Dónde me ubico yo en este relato? ¿Qué le dice a mi vida?

Volver al índice

Con la imagen de la semilla, que el Señor usa muchas veces, la parábola del sembrador nos anima a reflexionar sobre esa disposición a acoger la Palabra de Dios en nuestra vida, sabiendo que a veces estaremos distraídos, otras, nos dejaremos llevar por el entusiasmo, o bien nos sentiremos agobiados por las preocupaciones, y esto nos impedirá ser ese terreno fértil que Jesús busca. Pero Dios es generoso en su amor, literalmente lo derrocha, sin cansarse jamás de sembrar, hasta que su semilla germine y dé fruto.

34. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 28 de mayo de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las parábolas 7. El samaritano. «Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió»(Lc 10).

Queridos hermanos y hermanas:

Continuamos meditando sobre algunas parábolas del Evangelio que nos ofrecen la oportunidad de cambiar de perspectiva y abrirnos a la esperanza. La falta de esperanza, a veces, se debe a que nos quedamos atrapados en una cierta forma rígida y cerrada de ver las cosas, y las parábolas nos ayudan a mirarlas desde otro punto de vista.

Hoy me gustaría hablarles de una persona experta, preparada, un doctor en la Ley, que sin embargo necesita cambiar de perspectiva, porque está concentrado en sí mismo y no se da cuenta de los demás (cf. Lc 10,25-37). De hecho, le pregunta a Jesús cómo se «hereda» la vida eterna, utilizando una expresión que la considera como un derecho inequívoco. Pero detrás de esta pregunta, quizás se esconde precisamente una necesidad de atención: la única palabra sobre la que pide explicaciones a Jesús es el término «prójimo», que literalmente significa «el que está cerca».
Por eso, Jesús cuenta una parábola que es un camino para transformar esa pregunta, para pasar del «¿quién me quiere?» al «¿quién ha querido?». La primera es una pregunta inmadura, la segunda es la pregunta del adulto que ha comprendido el sentido de su vida. La primera pregunta es la que pronunciamos cuando nos situamos en un rincón y esperamos, la segunda es la que nos impulsa a ponernos en camino.

La parábola que cuenta Jesús tiene, de hecho, como escenario un ca-

mino, y es un camino difícil y áspero, como la vida. Es el camino que recorre un hombre que baja de Jerusalén, la ciudad en la montaña, a Jericó, la ciudad bajo el nivel del mar. Es una imagen que ya presagia lo que podría ocurrir: efectivamente, sucede que ese hombre es asaltado, golpeado, despojado y abandonado medio muerto. Es la experiencia que se vive cuando las situaciones, las personas, a veces incluso aquellos en quienes hemos confiado, nos quitan todo y nos dejan tirados.

Pero la vida está hecha de encuentros, y en estos encuentros nos revelamos tal y como somos. Nos encontramos frente al otro, frente a su fragilidad y su debilidad, y podemos decidir qué hacer: cuidar de él o hacer como si nada. Un sacerdote y un levita bajan por ese mismo camino. Son personas que prestan servicio en el Templo de Jerusalén, que viven en el espacio sagrado. Sin embargo, la práctica del culto no lleva automáticamente a ser compasivos. De hecho, antes que una cuestión religiosa, ¡la compasión es una cuestión de humanidad! Antes de ser creyentes, estamos llamados a ser humanos.

Podemos imaginar que, después de haber permanecido mucho tiempo en Jerusalén, aquel sacerdote y aquel levita tienen prisa por volver a casa. Es precisamente la prisa, tan presente en nuestra vida, la que muchas veces nos impide sentir compasión. Quien piensa que su viaje debe tener la prioridad, no está dispuesto a detenerse por otro.

Pero he aquí que llega alguien que sí es capaz de detenerse: es un samaritano, es decir, alguien que pertenece a un pueblo despreciado (cf. 2 Re 17). En su caso, el texto no precisa la dirección, sino que solo dice que estaba de viaje. La religiosidad aquí no tiene nada que ver. Este samaritano se detiene simplemente porque es un hombre ante otro hombre que necesita ayuda.

La compasión se expresa a través de gestos concretos. El evangelista Lucas se detiene en las acciones del samaritano, al que llamamos «bueno», pero que en el texto es simplemente una persona: el samaritano se acerca, porque si quieres ayudar a alguien, no puedes pensar en mantenerte a distancia, tienes que implicarte, ensuciarte, quizás contaminarte; le venda las heridas después de limpiarlas con aceite y vino; lo carga en su montura, es decir, se hace cargo de él, porque solo se ayuda de verdad si se está dispuesto a sentir el peso del dolor del otro; lo lleva a una posada donde gasta su dinero, «dos denarios», más o menos dos días de trabajo; y se compromete a volver y, si es necesario, a pagar más, porque el otro no es un paquete que hay que entregar, sino alguien que hay que cui-

Volver al índice

dar.

Queridos hermanos y hermanas, ¿cuándo seremos capaces nosotros también de interrumpir nuestro viaje y tener compasión? Cuando hayamos comprendido que ese hombre herido en el camino nos representa a cada uno de nosotros. Y entonces, el recuerdo de todas las veces que Jesús se detuvo para cuidar de nosotros nos hará más capaces de compasión.

Recemos, pues, para que podamos crecer en humanidad, de modo que nuestras relaciones sean más verdaderas y más ricas en compasión. Pidamos al Corazón de Cristo la gracia de tener cada vez más sus mismos sentimientos.

En estos días, mi pensamiento se dirige a menudo al pueblo ucraniano, afectado por nuevos y graves ataques contra civiles e infraestructuras. Les aseguro mi cercanía y mi oración por todas las víctimas, en particular por los niños y las familias. Renuevo con fuerza el llamamiento a detener la guerra y a apoyar toda iniciativa de diálogo y paz. Pido a todos que se unan en la oración por la paz en Ucrania y en todos los lugares donde se sufre por la guerra. Desde la Franja de Gaza se elevan cada vez más intensos al cielo los llantos de las madres y los padres, que abrazan los cuerpos sin vida de sus hijos y se ven obligados a desplazarse continuamente en busca de un poco de comida y de un refugio más seguro contra los bombardeos. Renuevo mi llamamiento a los responsables: ¡que cese el fuego, que sean liberados todos los rehenes, que se respete íntegramente el derecho humanitario!

María, Reina de la Paz, ¡ruega por nosotros!

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis releemos la parábola del buen samaritano. El Señor la dirige a un hombre que, a pesar de conocer las Escrituras, considera la salvación como un derecho que le es debido, algo que se puede adquirir. La parábola le ayuda a cambiar de perspectiva, y a pasar de centrarse en sí mismo a ser capaz de acoger a los otros, sintiéndose llamado a hacerse prójimo de los demás, sin importar quienes sean, y no sólo juzgar cercanas a las personas que lo aprecian.

La parábola gira en torno al camino que hace cada personaje, al modo de aproximarse a los demás y a cómo se comporta cada uno cuando ve

al prójimo en dificultad. En definitiva, la parábola nos habla de compasión, de comprender que antes de ser creyentes debemos ser humanos. El texto nos pide reflexionar sobre nuestra capacidad de detenernos en el camino de la vida, de poner al otro por encima de nuestra prisa, de nuestro proyecto de viaje. Nos pide estar dispuestos a reducir las distancias, a implicarnos, a ensuciarnos si es necesario, a hacernos cargo del dolor del otro y gastar de lo nuestro, volviendo a su encuentro, porque el prójimo es para nosotros alguien cercano.

35. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 4 de junio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las parábolas 8. Los obreros en la viña «Y les dijo: "Vayan ustedes también a mi viña» (Lc 10).

Queridos hermanos y hermanas,

deseo detenerme una vez más en una parábola de Jesús. También en este caso, se trata de un relato que alimenta nuestra esperanza. A veces, en efecto, tenemos la impresión de que no encontramos sentido a nuestra vida: nos sentimos inútiles, inadecuados, como los obreros que esperan en la plaza del mercado a que alguien los contrate para trabajar. Pero a veces el tiempo pasa, la vida transcurre y no nos sentimos reconocidos ni apreciados. Quizás no hemos llegado a tiempo, otros se han presentado antes que nosotros, o las preocupaciones nos han retenido en otro lugar.

La metáfora de la plaza del mercado es muy adecuada también para nuestros tiempos, porque el mercado es el lugar de los negocios, donde, lamentablemente, también se compran y se venden el afecto y la dignidad, tratando de ganar algo. Y cuando no nos sentimos apreciados, reconocidos, corremos el riesgo de vendernos al mejor postor. El Señor, en cambio, nos recuerda que nuestra vida vale, y su deseo es ayudarnos a descubrirlo.

En la parábola que comentamos hoy, unos jornaleros esperan a que alguien los contrate para ese día. Estamos en el capítulo 20 del Evangelio de Mateo, y también aquí encontramos un personaje que se comporta de manera insólita, que asombra e interpela. Es el dueño de una viña,

Volver al índice

que sale personalmente a buscar a sus obreros. Evidentemente quiere establecer con ellos una relación personal.

Como decía, se trata de una parábola que da esperanza, porque nos dice que este amo sale varias veces a buscar a quienes esperan dar sentido a sus vidas. El amo sale al amanecer, y, luego, cada tres horas, vuelve a buscar obreros para enviarlos a su viña. Siguiendo este ritmo, después de salir a las tres de la tarde, ya no habría razón para salir de nuevo, porque la jornada laboral terminaba a las seis.

Mas este amo incansable, que quiere a toda costa dar valor a la vida de cada uno de nosotros, sale también a las cinco. Los jornaleros que se habían quedado en la plaza del mercado probablemente habían perdido toda esperanza. Ese día había sido en vano. Pero alguien siguió creyendo en ellos. ¿Qué sentido tiene contratar trabajadores solo para la última hora de la jornada laboral? ¿Qué sentido tiene ir a trabajar solo por una hora? Sin embargo, incluso cuando nos parece que podemos hacer poco en la vida, siempre vale la pena. Siempre existe la posibilidad de encontrar un sentido, porque Dios ama nuestra vida.

Y aquí es donde se ve la originalidad de este amo, al final del día, a la hora de pagar. Con los primeros trabajadores, los que van a la viña al amanecer, el amo había acordado una paga de un denario, que era el coste habitual de una jornada de trabajo. A los demás les dice que les dará lo que sea justo. Y aquí es donde la parábola vuelve a provocarnos: ¿qué es justo? Para el dueño de la viña, es decir, para Dios, es justo que cada uno tenga lo necesario para vivir. Él ha llamado personalmente a los trabajadores, conoce su dignidad y, en función de ella, quiere pagarles. Y da a todos un denario.

El relato dice que los trabajadores de la primera hora se sienten decepcionados: no logran ver la belleza del gesto del amo, que no ha sido injusto, sino simplemente generoso; que no ha mirado solo el mérito, sino también la necesidad. Dios quiere dar a todos su Reino, es decir, la vida plena, eterna y feliz. Y así hace Jesús con nosotros: no establece un ranking, sino se dona enteramente a quien le abre su corazón.

A la luz de esta parábola, el cristiano de hoy podría caer en la tentación de pensar: «¿Por qué empezar a trabajar enseguida? Si la remuneración es la misma, ¿por qué trabajar más?». A estas dudas san Agustín respondía así: «¿Por qué tardas en seguir a quien te llama, cuando estás seguro de la recompensa, pero incierto del día? Cuida de no privarte,

por tu dilación, de lo que Él te dará según su promesa». [1]

Quisiera decir, especialmente a los jóvenes, que no esperen, sino que respondan con entusiasmo al Señor que nos llama a trabajar en su viña. ¡No lo pospongas, arremángate, porque el Señor es generoso y no te decepcionará! Trabajando en su viña, encontrarás una respuesta a esa pregunta profunda que llevas dentro: ¿qué sentido tiene mi vida?

Queridos hermanos y hermanas, ¡no nos desanimemos! Incluso en los momentos oscuros de la vida, cuando el tiempo pasa sin darnos las respuestas que buscamos, pidamos al Señor que salga de nuevo y nos alcance allí donde lo estamos esperando. ¡El Señor es generoso y vendrá pronto!

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España, México, República Dominicana, Guatemala, Perú y Colombia. Los animo a todos a pedir con insistencia al Señor que salga a su encuentro, en especial roguemos por los jóvenes y por los que se encuentran en un momento oscuro de su vida, desanimados y sin ver claro el futuro. Que el Amo de la viña les haga sentir su voz y les dé la fuerza de responderle con entusiasmo, les puedo decir por experiencia que Dios les sorprenderá. Muchas gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis reflexionamos sobre el sentido de la parábola del Amo de la viña en referencia a la virtud de la esperanza. El texto nos habla de personas que no encuentran sentido a su vida, que se sienten fracasadas o no tenidos en cuenta y que, en esta situación, pueden estar expuestos a vender en la plaza su afecto o su dignidad.

Ante ellos aparece el Amo de la viña, que sale desde muy temprano a buscar a los obreros personalmente, mirando su necesidad más que su posible rendimiento. Incluso a la última hora, a pesar de nuestra fragilidad, este Amo está dispuesto a ofrecernos como paga una vida plena, que es prenda de su Reino. La parábola nos pide responder con entusiasmo, evitando procrastinar peligrosamente nuestra adhesión a Dios y a su llamada, conscientes de que trabajando junto a Él encontraremos sentido a nuestra vida y no quedaremos defraudados.

Volver al índice

36. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 11 de junio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las curaciones. 9. Bartimeo. «¡Animo, levántate! El te llama!» (Mc 10,49)

Queridos hermanos y hermanas:

con esta catequesis quisiera dirigir nuestras miradas a otro aspecto esencial de la vida de Jesús, esto es, a sus curaciones. Por eso, los invito a presentar ante el Corazón de Cristo las partes más doloridas o frágiles de ustedes, aquellos lugares de su vida en los que se sienten paralizados y bloqueados. ¡Pidamos al Señor con confianza que escuche nuestro grito y nos cure!

El personaje que nos acompaña en esta reflexión nos ayuda a comprender que nunca hay que abandonar la esperanza, incluso cuando nos sentimos perdidos. Se trata de Bartimeo, un hombre ciego y mendigo, que Jesús encontró en Jericó (cf. Mc 10,40-52). El lugar es significativo: Jesús se dirige a Jerusalén, pero comienza su viaje, por así decirlo, desde los «infiernos» de Jericó, ciudad que se encuentra por bajo del nivel del mar. De hecho, Jesús, con su muerte, fue a recuperar a ese Adán que cayó y que nos representa a cada uno de nosotros.

Bartimeo significa «hijo de Timeo»: describe a ese hombre a través de una relación; sin embargo, él está dramáticamente solo. Pero este nombre también podría significar «hijo del honor» o «de la admiración», exactamente lo contrario de la situación en la que se encuentra [1]. Y dado que el nombre es tan importante en la cultura judía, significa que Bartimeo no consigue vivir lo que está llamado a ser.

Además, a diferencia del gran movimiento de personas que camina detrás de Jesús, Bartimeo permanece inmóvil. El evangelista dice que está sentado al borde del camino, por lo que necesita que alguien lo levante y lo ayude a seguir caminando.

¿Qué podemos hacer cuando nos encontramos en una situación que parece sin salida? Bartimeo nos enseña a apelar a los recursos que llevamos dentro y que forman parte de nosotros. Él es un mendigo, sabe

pedir, es más, ¡puede gritar! Si realmente deseas algo, haz todo lo posible por conseguirlo, incluso cuando los demás te reprenden, te humillan y te dicen que lo dejes. Si realmente lo deseas, ¡sigue gritando!

El grito de Bartimeo, relatado en el Evangelio de Marcos —«¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!» (v. 47)— se ha convertido en una oración muy conocida en la tradición oriental, que también nosotros podemos utilizar: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, que soy pecador».

Bartimeo es ciego, ¡pero paradójicamente ve mejor que los demás y reconoce quién es Jesús! Ante su grito, Jesús se detiene y lo llama (cf. v. 49), porque no hay ningún grito que Dios no escuche, incluso cuando no somos conscientes de dirigirnos a Él (cf. Éx 2,23). Parece extraño que, ante un ciego, Jesús no se acerque inmediatamente a él; pero, si lo pensamos bien, es la forma de reactivar la vida de Bartimeo: lo empuja a levantarse, confía en su posibilidad de caminar. Ese hombre puede ponerse de pie, puede resucitar de sus situaciones de muerte. Pero para hacer esto debe realizar un gesto muy significativo: ¡debe arrojar su manto! (cf. v. 50)

Para un mendigo, el manto lo es todo: es la seguridad, es la casa, es la defensa que lo protege. Incluso la ley tutelaba el manto del mendigo y obligaba a devolverlo por la tarde, si había sido tomado en prenda (cf. Ex 22,25). Sin embargo, muchas veces lo que nos bloquea son precisamente nuestras aparentes seguridades, lo que nos hemos puesto para defendernos y que, en cambio, nos impide caminar. Para ir a Jesús y dejarse curar, Bartimeo debe exponerse a Él en toda su vulnerabilidad. Este es el paso fundamental para todo camino de curación.

Incluso la pregunta que Jesús le hace parece extraña: «¿Qué quieres que haga por ti?». Pero, en realidad, no es obvio que queramos curarnos de nuestras enfermedades; a veces preferimos quedarnos quietos para no asumir responsabilidades. La respuesta de Bartimeo es profunda: utiliza el verbo anablepein, que puede significar «ver de nuevo», pero que también podríamos traducir como «levantar la mirada». Bartimeo, de hecho, no solo quiere volver a ver, ¡también quiere recuperar su dignidad! Para mirar hacia arriba, hay que levantar la cabeza. A veces las personas se bloquean porque la vida las ha humillado y solo desean recuperar su propio valor.

Lo que salva a Bartimeo, y a cada uno de nosotros, es la fe. Jesús nos cura

Volver al índice

para que podamos ser libres. Él no invita a Bartimeo a seguirlo, sino le dice que se vaya, que se ponga en camino (cf. v. 52). Marcos, sin embargo, concluye el relato refiriendo que Bartimeo se puso a seguir a Jesús: ¡ha elegido libremente seguir a Aquel que es el Camino!

Queridos hermanos y hermanas, llevemos con confianza ante Jesús nuestras enfermedades, y también las de nuestros seres queridos, llevemos el dolor de quienes se sienten perdidos y sin salida. Clamemos también por ellos, y estemos seguros de que el Señor nos escuchará y se detendrá.

[1] Es la interpretación que da también Agustín en El consenso de los evangelistas, 2, 65, 125: PL 34, 1138.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España, México, Ecuador y Venezuela. Los invito a llevar con confianza ante Jesús nuestras enfermedades y las de nuestros seres queridos; a no ser indiferentes al dolor de los hermanos que se sienten perdidos y sin salida, sino a darles voz; seguros de que el Señor nos escuchará y actuará. Pidamos a Dios, por intercesión de María Santísima, que nos conceda la gracia de seguir a Aquel que es el Camino, Jesucristo nuestro Señor. Muchas gracias.

Deseo asegurar mis oraciones por las víctimas de la tragedia ocurrida en la escuela de Graz. Estoy cercano a las familias, a los profesores y a los compañeros de escuela. Que el Señor acoja en su paz a estos hijos suyos.

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy reflexionamos sobre el pasaje evangélico del ciego Bartimeo, que nos sitúa frente a un aspecto esencial de la vida de Jesús: su capacidad de curar. Bartimeo, solo y tirado al borde del camino, cuando oye pasar a Jesús grita, sabe pedir, abandona su manto, corre hacia el Señor y recibe lo que ansiaba, recobrar la vista.

La actitud de Bartimeo ante Jesús nos ayuda a no perder nunca la esperanza, aun cuando nos sintamos solos y caídos, porque Dios siempre escucha. Como él, todos tenemos necesidad de que Jesús nos cure, nos levante y nos ayude a retomar el camino. Para ser sanados por el Señor, pongamos también nosotros ante la mirada de Cristo, con fe y sinceridad, toda nuestra vulnerabilidad, sufrimientos y debilidades; sea-

mos capaces además de no aferrarnos a nuestras aparentes seguridades, que muchas veces nos impiden caminar, y tengamos el valor de levantar la cabeza para recobrar nuestra dignidad.

37. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 11 de junio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las curaciones. 9. Bartimeo. «¡Animo, levántate! El te llama!» (Mc 10,49)

Queridos hermanos y hermanas:

con esta catequesis quisiera dirigir nuestras miradas a otro aspecto esencial de la vida de Jesús, esto es, a sus curaciones. Por eso, los invito a presentar ante el Corazón de Cristo las partes más doloridas o frágiles de ustedes, aquellos lugares de su vida en los que se sienten paralizados y bloqueados. ¡Pidamos al Señor con confianza que escuche nuestro grito y nos cure!

El personaje que nos acompaña en esta reflexión nos ayuda a comprender que nunca hay que abandonar la esperanza, incluso cuando nos sentimos perdidos. Se trata de Bartimeo, un hombre ciego y mendigo, que Jesús encontró en Jericó (cf. Mc 10,40-52). El lugar es significativo: Jesús se dirige a Jerusalén, pero comienza su viaje, por así decirlo, desde los «infiernos» de Jericó, ciudad que se encuentra por bajo del nivel del mar. De hecho, Jesús, con su muerte, fue a recuperar a ese Adán que cayó y que nos representa a cada uno de nosotros.

Bartimeo significa «hijo de Timeo»: describe a ese hombre a través de una relación; sin embargo, él está dramáticamente solo. Pero este nombre también podría significar «hijo del honor» o «de la admiración», exactamente lo contrario de la situación en la que se encuentra [1]. Y dado que el nombre es tan importante en la cultura judía, significa que Bartimeo no consigue vivir lo que está llamado a ser.

Además, a diferencia del gran movimiento de personas que camina detrás de Jesús, Bartimeo permanece inmóvil. El evangelista dice que está sentado al borde del camino, por lo que necesita que alguien lo levante y lo ayude a seguir caminando.

Volver al índice

¿Qué podemos hacer cuando nos encontramos en una situación que parece sin salida? Bartimeo nos enseña a apelar a los recursos que llevamos dentro y que forman parte de nosotros. Él es un mendigo, sabe pedir, es más, ¡puede gritar! Si realmente deseas algo, haz todo lo posible por conseguirlo, incluso cuando los demás te reprenden, te humillan y te dicen que lo dejes. Si realmente lo deseas, ¡sigue gritando!

El grito de Bartimeo, relatado en el Evangelio de Marcos —«¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!» (v. 47)— se ha convertido en una oración muy conocida en la tradición oriental, que también nosotros podemos utilizar: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, que soy pecador».

Bartimeo es ciego, ¡pero paradójicamente ve mejor que los demás y reconoce quién es Jesús! Ante su grito, Jesús se detiene y lo llama (cf. v. 49), porque no hay ningún grito que Dios no escuche, incluso cuando no somos conscientes de dirigirnos a Él (cf. Éx 2,23). Parece extraño que, ante un ciego, Jesús no se acerque inmediatamente a él; pero, si lo pensamos bien, es la forma de reactivar la vida de Bartimeo: lo empuja a levantarse, confía en su posibilidad de caminar. Ese hombre puede ponerse de pie, puede resucitar de sus situaciones de muerte. Pero para hacer esto debe realizar un gesto muy significativo: ¡debe arrojar su manto! (cf. v. 50)

Para un mendigo, el manto lo es todo: es la seguridad, es la casa, es la defensa que lo protege. Incluso la ley tutelaba el manto del mendigo y obligaba a devolverlo por la tarde, si había sido tomado en prenda (cf. Ex 22,25). Sin embargo, muchas veces lo que nos bloquea son precisamente nuestras aparentes seguridades, lo que nos hemos puesto para defendernos y que, en cambio, nos impide caminar. Para ir a Jesús y dejarse curar, Bartimeo debe exponerse a Él en toda su vulnerabilidad. Este es el paso fundamental para todo camino de curación.

Incluso la pregunta que Jesús le hace parece extraña: «¿Qué quieres que haga por ti?». Pero, en realidad, no es obvio que queramos curarnos de nuestras enfermedades; a veces preferimos quedarnos quietos para no asumir responsabilidades. La respuesta de Bartimeo es profunda: utiliza el verbo anablepein, que puede significar «ver de nuevo», pero que también podríamos traducir como «levantar la mirada». Bartimeo, de hecho, no solo quiere volver a ver, ¡también quiere recuperar su dignidad! Para mirar hacia arriba, hay que levantar la cabeza. A veces

las personas se bloquean porque la vida las ha humillado y solo desean recuperar su propio valor.

Lo que salva a Bartimeo, y a cada uno de nosotros, es la fe. Jesús nos cura para que podamos ser libres. Él no invita a Bartimeo a seguirlo, sino le dice que se vaya, que se ponga en camino (cf. v. 52). Marcos, sin embargo, concluye el relato refiriendo que Bartimeo se puso a seguir a Jesús: ¡ha elegido libremente seguir a Aquel que es el Camino!

Queridos hermanos y hermanas, llevemos con confianza ante Jesús nuestras enfermedades, y también las de nuestros seres queridos, llevemos el dolor de quienes se sienten perdidos y sin salida. Clamemos también por ellos, y estemos seguros de que el Señor nos escuchará y se detendrá.

[1] Es la interpretación que da también Agustín en El consenso de los evangelistas, 2, 65, 125: PL 34, 1138.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España, México, Ecuador y Venezuela. Los invito a llevar con confianza ante Jesús nuestras enfermedades y las de nuestros seres queridos; a no ser indiferentes al dolor de los hermanos que se sienten perdidos y sin salida, sino a darles voz; seguros de que el Señor nos escuchará y actuará. Pidamos a Dios, por intercesión de María Santísima, que nos conceda la gracia de seguir a Aquel que es el Camino, Jesucristo nuestro Señor. Muchas gracias.

Llamamiento
Deseo asegurar mis oraciones por las víctimas de la tragedia ocurrida en la escuela de Graz. Estoy cercano a las familias, a los profesores y a los compañeros de escuela. Que el Señor acoja en su paz a estos hijos suyos.

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy reflexionamos sobre el pasaje evangélico del ciego Bartimeo, que nos sitúa frente a un aspecto esencial de la vida de Jesús: su capacidad de curar. Bartimeo, solo y tirado al borde del camino, cuando oye pasar a Jesús grita, sabe pedir, abandona su manto, corre hacia el Señor y recibe lo que ansiaba, recobrar la vista.

La actitud de Bartimeo ante Jesús nos ayuda a no perder nunca la esperanza, aun cuando nos sintamos solos y caídos, porque Dios siempre

Volver al índice

escucha. Como él, todos tenemos necesidad de que Jesús nos cure, nos levante y nos ayude a retomar el camino. Para ser sanados por el Señor, pongamos también nosotros ante la mirada de Cristo, con fe y sinceridad, toda nuestra vulnerabilidad, sufrimientos y debilidades; seamos capaces además de no aferrarnos a nuestras aparentes seguridades, que muchas veces nos impiden caminar, y tengamos el valor de levantar la cabeza para recobrar nuestra dignidad.

38. CATEQUESIS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Basílica de San Pedro
Sábado, 14 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis reanudamos las audiencias extraordinarias que el Papa Francisco comenzó en enero con motivo del Jubileo, en las que se resaltaba un aspecto de la virtud teologal de la esperanza. Continuando en esa línea, quisiera que hoy, como los apóstoles que vieron en Jesús la tierra unida al cielo, nosotros tomemos en serio lo que a diario rezamos en el padrenuestro: "Así en la tierra como en el cielo". Y de este modo, seamos conscientes de que esperar es conectar.

Deseo proponerles la figura de un gran teólogo cristiano: san Ireneo de Lyon. Él, movido por la esperanza, unió el Oriente con el Occidente, llevando a este último la fe que aprendió y cultivo en el primero. Pero eso no es todo; en una época dividida por discrepancias doctrinales, conflictos internos entre la comunidad cristiana y persecuciones externas, lejos de desanimarse, profundizó su fe en Jesús, hasta el punto de comprender que, en el Señor, en su propia carne, se une lo que aparentemente es irreconciliable. De san Ireneo podemos aprender que la carne de Jesús debe ser acogida y contemplada en todo hermano y recordarnos que, sólo en Cristo se realiza la comunión.

* * *

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España y de América Latina. Los animo a contemplar la humanidad de Jesús como posibilidad de comunión entre nosotros, y entre las demás criaturas para que, permaneciendo en Cristo, acrecentemos nuestra esperanza. Muchas gracias.

39. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 18 de junio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las curaciones. 10. Al verlo tendido, y sabiendo que hacía tanto tiempo que estaba así, Jesús le preguntó: «¿Quieres curarte?» (Jn 5,6)

Queridos hermanos y hermanas,

seguimos contemplando a Jesús que sana. Hoy quisiera invitarlos de manera particular a pensar en las situaciones en las que nos sentimos "bloqueados" y encerrados en un camino sin salida. A veces de hecho nos parece que sea inútil continuar a esperar; nos resignamos y no tenemos más ganas de luchar. Esta situación es descrita en los Evangelios con la imagen de la parálisis. Por esta razón desearía detenerme hoy sobre la sanación de un paralítico, narrada en el quinto capítulo del Evangelio de san Juan (5,1-9).

Jesús va Jerusalén para una fiesta de los judíos. No va directamente al Templo; se detiene ante una puerta, donde seguramente se lavaban a las ovejas que luego eran ofrecidas en sacrificio. Cerca a esta puerta, se ubicaban también tantos enfermos, que, a diferencia de las ovejas, ¡eran excluidos del Templo porque eran considerados impuros! Es entonces Jesús mismo quien los alcanza en su dolor. Estas personas esperaban un prodigio que pudiese cambiar su destino; de hecho, junto a la puerta se encontraba una piscina, cuyas aguas eran consideradas taumatúrgicas, o sea capaces de sanar: en algún momento cuando el agua se agitaba, según la creencia del tiempo, quien primero se zambullía, se curaba.

De esta forma se creaba una especie de "guerra de los pobres": podemos imaginar la triste escena de estos enfermos que se arrastraban con fatiga para tratar de entrar en la piscina. Aquella piscina se llamaba Betzatá, que significa "casa de la misericordia": podría ser una imagen de la Iglesia, en donde los enfermos y los pobres se juntan y hasta donde el Señor llega para sanar y donar esperanza.

Jesús se dirige específicamente a un hombre que está paralizado desde hace treinta y ocho años. Ya está resignado, porque no logra sumergirse en la piscina cuando el agua se agita (cfr v. 7). En efecto, aquello que

Volver al índice

muchas veces nos paraliza es precisamente la desilusión. Nos sentimos desanimados y corremos el riesgo de caer en la dejadez.

Jesús dirige a este paralítico una pregunta que puede parecer superficial: «¿Quieres curarte?» (v. 6). En cambio, es una pregunta necesaria, porque, cuando uno se encuentra bloqueado desde hace tantos años, puede también faltarle la voluntad de sanarse. A veces preferimos permanecer en condición de enfermos, obligando a los otros a ocuparse de nosotros. Es a veces también un pretexto para no decidir qué cosa hacer con nuestra vida. Jesús en cambio reconduce a este hombre a su deseo veraz y profundo.

Este hombre de hecho responde de manera más articulada a la pregunta de Jesús, revelando su visión de la vida. Ante todo, dice que no ha tenido nadie que lo sumerja en la piscina : entonces no es suya la culpa, sino de los otros que no se preocupan por él. Esta actitud se convierte en el pretexto para evitar asumirse las propias responsabilidades. ¿Pero es verdad que no había nadie que lo ayudase? He aquí la respuesta iluminadora de San Agustín: «Si, para ser sanado tenía absolutamente necesidad de un hombre, pero de un hombre que fuese también Dios. [...] Ha venido por lo tanto el hombre que era necesario; ¿por qué postergar de nuevo la sanación?». [1]

El paralítico agrega que cuando trata de sumergirse en la piscina hay siempre alguien que llega antes que él. Este hombre está expresando una visión fatalista de la vida. Pensamos que las cosas nos pasan porque no somos afortunados, porque el destino nos es adverso. Este hombre está desanimado. Se siente derrotado en la lucha de la vida.

Jesús en cambio lo ayuda a descubrir que su vida también está en sus manos. Le invita a levantarse, a alzarse de su situación crónica, y a recoger su camilla (cfr v. 8). Ese camastro no se deja o se echa: representa su pasado de enfermedad, es su historia. Hasta aquel momento el pasado lo ha bloqueado; lo ha obligado a yacer como un muerto. Ahora es él que puede cargar aquella camilla y llevarla a donde quiera: ¡puede decidir qué cosa hacer con su historia! Se trata de caminar, asumiéndose la responsabilidad de escoger cual camino recorrer. ¡Y esto gracias a Jesús!

Queridos hermanos y hermanas, pidamos al Señor el don de entender dónde se ha bloqueado nuestra vida. Intentemos dar voz a nuestro deseo de sanar. Y recemos por todos aquellos que se sienten paralizados,

que no ven una salida. ¡Pidamos regresar a vivir en el Corazón de Cristo que es la verdadera casa de la misericordia!

[1] Omelia 17, 7.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los grupos provenientes de España, México, Honduras, Chile y Argentina. Jesús nos pregunta también a nosotros: «¿Quieres curarte?». No tengamos miedo de reconocer nuestras parálisis interiores, ni de presentar al Señor nuestros desánimos. Pidamos a María Santísima que nos ayude a responder con fe al llamado de Jesús, que nos invita a levantarnos y caminar con esperanza hacia la vida nueva que Él nos ofrece. Muchas gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

El corazón de la Iglesia está desgarrado por los gritos que se elevan desde los lugares en guerra, en particular desde Ucrania, Irán, Israel y Gaza. ¡No debemos acostumbrarnos a la guerra! Al contrario, hay que rechazar como una tentación el encanto de las armas poderosas y sofisticadas. En realidad, ya que en la guerra actual «al emplear en la guerra armas científicas de todo género, su crueldad intrínseca amenaza llevar a los que luchan a tal barbarie, que supere, enormemente la de los tiempos pasados» (Concilio Vaticano II, Const. Past. Gaudium et spes, 79). Por tanto, en nombre de la dignidad humana y del derecho internacional, repito a los responsables lo que solía decir el papa Francisco: ¡la guerra es siempre una derrota! Y con Pío XII: «Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra».

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy nos detenemos en el relato del paralítico de la piscina de Betsata que nos revela a Jesús como Aquel que sana. La actitud de este hombre, paralizado desde hacía 38 años, nos hace pensar cómo, a veces, también nosotros nos resignamos, perdemos la esperanza y dejamos de luchar. A su parálisis física se agregaba una peor: la parálisis de la desesperanza. El Señor va a Jerusalén, pero su primer destino no es el templo, sino que se dirige a los excluidos que yacen cerca de la puerta. Y, al notar la situación de ese hombre, le hace una pregunta que, a simple vista, podría parecer superflua, pero con la cual busca hacerlo volver a su deseo más profundo y verdadero: «¿Quieres curarte?». El enfermo responde culpando a otros y mostrando una visión

fatalista: «Señor, no tengo a nadie que me sumerja, [...] mientras yo voy, otro desciende antes». Jesús lo ayuda a descubrir que el presente está en sus manos. Lo invita a levantarse, a tomar su camilla —símbolo de su pasado— y a caminar. Así, el pasado ya no lo detiene y su presente se transforma porque ahora camina junto al mismo Dios que vino a su encuentro.

40. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 25 de junio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las curaciones. 11. La mujer hemorroísa y la hija de Jairo. «No temas, solo ten fe» (Mc 5,36)

Queridos hermanos y hermanas,

hoy también meditamos sobre las curaciones de Jesús como señal de esperanza. En Él hay una fuerza que nosotros también podemos experimentar cuando entramos en relación con su Persona.

Una enfermedad muy difundida en nuestro tiempo es el cansancio de vivir: la realidad nos parece demasiado compleja, pesada, difícil de afrontar. Y entonces nos apagamos, nos adormecemos, con la ilusión que al despertarnos las cosas serán diferentes. Pero la realidad va afrontada, y junto con Jesús podemos hacerlo bien. A veces nos sentimos bloqueados por el juicio de aquellos que pretenden colocar etiquetas a los demás.

Me parece que estas situaciones puedan cotejarse con un pasaje del Evangelio de Marcos, donde se entrelazan dos historias: aquella de una niña de doce años, que yace en su lecho enferma a punto de morir; y aquella de una mujer, que, precisamente desde hace doce años, tiene perdidas de sangre y busca a Jesús para sanarse (cfr Mc 5,21-43).

Entre estas dos figuras femeninas, el Evangelista coloca al personaje del padre de la muchacha: él no se queda en casa lamentándose por la enfermedad de la hija, sino sale y pide ayuda. Si bien sea el jefe de la sinagoga, no pone pretensiones argumentando su posición social. Cuando hay que esperar no pierde la paciencia y espera. Y cuando le vienen a decir que su hija ha muerto y es inútil disturbar al Maestro, él sigue teniendo fe y continúa esperando.

El coloquio de este padre con Jesús es interrumpido por la mujer que padecía flujo de sangre, que logra acercarse a Jesús y tocar su manto (v. 27). Con gran valentía esta mujer ha tomado la decisión que cambia su vida: todos seguían diciéndole que permanezca a distancia, que no se deje ver. La habían condenado a quedarse escondida y aislada. A veces también nosotros podemos ser víctimas del juicio de los demás, que pretenden colocarnos un vestido que no es el nuestro. Y entonces estamos mal y no logramos salir de eso.

Aquella mujer emboca el camino de la salvación cuando germina en ella la fe que Jesús puede sanarla: entonces encuentra la fuerza para salir e ir a buscarlo. Al menos quiere llegar a tocar sus vestidos.

Alrededor de Jesús había una muchedumbre, muchas personas lo tocaban, pero a ellos no les pasó nada. En cambio, cuando esta mujer toca a Jesús, se sana. ¿Dónde está la diferencia? Comentando este punto del texto, San Agustín dice – en nombre de Jesús –: «La multitud apretuja, la fe toca» (Sermones 243, 2, 2). Y así: cada vez que realizamos un acto de fe dirigido a Jesús, se establece un contacto con Él e inmediatamente su gracia sale de Él. A veces no nos damos cuenta, pero de una forma secreta y real la gracia nos alcanza y lentamente trasforma la vida desde dentro.

Quizás también hoy tantas personas se acercan a Jesús de manera superficial, sin creer de verdad en su potencia. ¡Caminamos la superficie de nuestra iglesia, pero quizás el corazón está en otra parte! Esta mujer, silenciosa y anónima, derrota a sus temores, tocando el corazón de Jesús con sus manos consideradas impuras a causa de la enfermedad. Y he aquí que inmediatamente se siente curada. Jesús le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz» (Mc 5,34).

Mientras tanto, llevaron a aquel padre la noticia que su hija había muerto. Jesús le dice: «¡No temas, basta que creas!» (v. 36). Luego fue a su casa y, viendo que todos lloraban y gritaban, dijo: «La niña no está muerta, sino que duerme» (v. 39). Luego entra donde está la niña, le toma la mano y le dice: «Talitá kum», "¡Niña, levántate!". La muchacha se levanta y se pone a caminar (cfr vv. 41-42). Aquel gesto de Jesús nos muestra que Él no solo sana toda enfermedad, sino que también despierta de la muerte. Para Dios, que es Vida eterna, la muerte del cuerpo es como un sueño. La muerte verdadera es aquella del alma: ¡de esta debemos tener miedo!

Volver al índice

Un último detalle: Jesús, luego de haber resucitado a la niña, dice a los padres que le den de comer (cfr v. 43). Esta es otra señal muy concreta de la cercanía de Jesús a nuestra humanidad. Podemos también entenderlo en sentido más profundo y preguntarnos: ¿cuándo nuestros muchachos se encuentran en crisis y tienen necesidad de nutrición espiritual, sabemos dársela? ¿Y cómo podemos hacerlo si nosotros mismos no nos nutrimos del Evangelio?

Queridos hermanos y hermanas, en la vida hay momentos de desilusión y de desánimo, y hay también la experiencia de la muerte. Aprendamos de aquella mujer, de aquel padre: vamos hacia Jesús: Él puede sanarnos, puede hacernos renacer. ¡Jesús es nuestra esperanza!

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en modo particular a los sacerdotes y seminaristas provenientes de España, México, Puerto Rico, Ecuador, Colombia, El Salvador, Venezuela. En la vida hay momentos de desilusión, de desaliento e incluso de muerte. Aprendamos de aquella mujer y de aquel padre: vayamos a Jesús. Él puede sanarnos, puede devolvernos la vida. ¡Él es nuestra esperanza! Muchas gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy meditamos sobre las curaciones que Jesús realizó como signo de esperanza. El Evangelio que hemos escuchado nos presenta dos historias: la de una mujer enferma desde hace doce años y la de una niña que está por morir.

La mujer, considerada impura y condenada al aislamiento, se atreve a acercarse a Jesús en silencio, convencida de que basta tocar su manto para sanar. Aunque muchos tocaban a Cristo entre la muchedumbre, sólo ella fue curada. ¿Por qué? Porque lo tocó con fe. Quizás también hoy muchos se acercan a Jesús de manera superficial. Entramos en nuestras iglesias, pero nuestro corazón se queda afuera. Esta mujer, silenciosa y anónima, venció sus miedos y tocó el corazón de Jesús con manos que todos juzgaban impuras. Y el Señor la sanó a causa de su fe.

El padre de la niña tampoco se rinde ante la noticia de la muerte. Jesús le dice: «No temas, sólo ten fe». Entra en la casa, toma a la niña de la mano y la vida vuelve. Es inmensa la fuerza de una fe sincera, que toca a Jesús con confianza —aun desde la debilidad— porque deja que sus

benditas manos actúen. Cuando la fe es verdadera, se confirma nuestra esperanza. La gracia de Cristo actúa y nos es devuelta la vida.

41. AUDIENCIA GENERAL
Plaza de San Pedro
Miércoles, 30 de julio de 2025

Ciclo de catequesis - Jubileo 2025. Jesucristo, nuestra esperanza. II. La vida de Jesús. Las curaciones. 12. El sordomudo. «Y, en el colmo de la admiración, decían: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,32-37)

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta catequesis terminamos nuestro recorrido por la vida pública de Jesús, hecha de encuentros, parábolas y curaciones.

También este tiempo que estamos viviendo necesita curación. Nuestro mundo está atravesado por un clima de violencia y odio que mortifica la dignidad humana. Vivimos en una sociedad que se está enfermando a causa de una «bulimia» de conexiones en las redes sociales: estamos hiperconectados, bombardeados por imágenes, a veces incluso falsas o distorsionadas. Somos arrollados por múltiples mensajes que suscitan en nosotros una tormenta de emociones contradictorias.

En este escenario, es posible que surja en nosotros el deseo de apagar todo. Podemos llegar a preferir no sentir nada. Nuestras palabras también corren el riesgo de ser malinterpretadas, y podemos sentir la tentación de encerrarnos en el silencio, en una incomunicación en la que, por muy cercanos que estemos, ya no somos capaces de decirnos las cosas más simples y profundas.

A este respecto, me gustaría detenerme hoy en un texto del Evangelio de Marcos que nos presenta a un hombre que no habla ni oye (cf. Mc 7, 31-37). Precisamente como nos podría pasar a nosotros hoy, este hombre quizá decidió no hablar más porque no se sentía comprendido, y apagar toda voz porque se sentía decepcionado y herido por lo que había oído. De hecho, no es él quien acude a Jesús para ser sanado, sino que lo llevan otras personas. Se podría pensar que quienes lo conducen al Maestro son los que están preocupados por su aislamiento. Sin embargo, la comunidad cristiana ha visto en estas personas también la imagen de

Volver al índice

la Iglesia, que acompaña a cada ser humano hasta Jesús para que escuche su palabra. El episodio tiene lugar en un territorio pagano, por lo que nos encontramos en un contexto en el que otras voces tienden a cubrir la voz de Dios.

El comportamiento de Jesús puede parecer extraño al principio, porque toma consigo a esta persona y la lleva aparte (v. 33a). Parece así acentuar su aislamiento; pero, mirándolo bien, este gesto nos ayuda a comprender lo que se esconde detrás del silencio y la cerrazón de este hombre, como si hubiera captado su necesidad de intimidad y cercanía.

Jesús le ofrece ante todo una proximidad silenciosa, a través de gestos que hablan de un encuentro profundo: toca los oídos y la lengua de este hombre (cf. v. 33b). Jesús no usa muchas palabras, dice lo único que es necesario en este momento: «¡Ábrete!» (v. 34). Marcos reproduce la palabra en arameo, "efatà", casi para hacernos sentir «en vivo» el sonido y el soplo. Esta palabra, sencilla y hermosa, contiene la invitación que Jesús dirige a este hombre que ha dejado de escuchar y de hablar. Es como si Jesús le dijera: «¡Ábrete a este mundo que te asusta! ¡Ábrete a las relaciones que te han decepcionado! ¡Ábrete a la vida que has renunciado a afrontar!». Cerrarse, de hecho, nunca es una solución.

Después del encuentro con Jesús, esa persona no solo vuelve a hablar, sino que lo hace «normalmente» (v. 35). Este adverbio insertado por el evangelista parece querer decirnos algo más sobre los motivos de su silencio. Quizás este hombre dejó de hablar porque le parecía que decía las cosas mal, quizás no se sentía adecuado. Todos experimentamos que se nos malinterpreta y que no nos sentimos comprendidos. Todos necesitamos pedirle al Señor que sane nuestra forma de comunicarnos, no solo para ser más eficaces, sino también para evitar herir a los demás con nuestras palabras.

Volver a hablar "normalmente" es el comienzo de un camino, no es todavía el punto de llegada. De hecho, Jesús prohíbe a ese hombre contar lo que le ha sucedido (cf. v. 36). Para conocer verdaderamente a Jesús hay que recorrer un camino, hay que estar con Él y atravesar también su Pasión. Cuando lo hayamos visto humillado y sufriendo, cuando experimentemos el poder salvífico de su Cruz, entonces podremos decir que lo hemos conocido verdaderamente. No hay atajos para convertirse en discípulos de Jesús.
Queridos hermanos y hermanas, pidamos al Señor que podamos

aprender a comunicarnos con honestidad y prudencia. Oremos por todos aquellos que han sido heridos por las palabras de los demás. Oremos por la Iglesia, para que nunca falte en su tarea de llevar a las personas a Jesús, para que puedan escuchar
su Palabra, ser sanadas por ella y convertirse, a su vez, en portadoras de su anuncio de salvación.

Queridos hermanos y hermanas:

En esta última catequesis dedicada a la vida pública de Jesús, reflexionamos sobre el texto evangélico de la curación del sordomudo. Aquella persona enferma, que no podía hablar ni oír, fue llevada por otros a la presencia de Jesús. En este gesto de fraternidad podemos ver la imagen de la Iglesia, que acompaña a todos al encuentro del Señor.

Vemos en este relato que Jesús le ofrece al sordomudo una proximidad silenciosa, realiza gestos significativos y pronuncia una sola palabra: "Efatá", que significa "Ábrete". Esta palabra es una invitación a no encerrarse ni aislarse, sino a comunicarse y relacionarse con los demás de un modo nuevo.

En el mundo de hoy, donde estamos "hiperconectados", tantas veces bombardeados de imágenes y mensajes que nos provocan emociones contradictorias, y podemos tener la tentación de cerrarnos en nosotros mismos, el Evangelio nos invita a una comunicación profunda con Dios y con los hermanos.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los numerosos grupos de jóvenes aquí reunidos para el Jubileo de los Jóvenes. Pidamos hoy de manera especial por la Iglesia, para que nunca deje de llevar a las personas al encuentro con el Señor, para que escuchen su Palabra, curen sus heridas y sean asimismo mensajeras de la Buena Noticia. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Renuevo mi profundo dolor por el brutal ataque terrorista perpetrado en la noche del 26 al 27 de julio pasado en Komanda, en la parte oriental de la República Democrática del Congo, donde más de cuarenta cristianos fueron asesinados en una iglesia durante una vigilia de oración y en sus propias casas. Mientras encomiendo a las víctimas a la amorosa misericordia de Dios, rezo por los heridos y por los cristianos que en todo el mundo siguen sufriendo violencia y persecución, y exhorto a quienes tienen responsabilidad a nivel local e internacional a que colaboren para

Volver al índice

prevenir similares tragedias.

El 1 de agosto se cumplirá el 50.º aniversario de la firma del Acta Final de Helsinki. Animados por el deseo de garantizar la seguridad en el contexto de la Guerra Fría, 35 países inauguraron una nueva etapa geopolítica, favoreciendo un acercamiento entre Oriente y Occidente. Ese acontecimiento marcó también un renovado interés por los derechos humanos, con especial atención a la libertad religiosa, considerada uno de los fundamentos de la entonces naciente arquitectura de cooperación «de Vancouver a Vladivostok». La participación activa de la Santa Sede en la Conferencia de Helsinki, representada por el arzobispo Agostino Casaroli, contribuyó a fomentar el compromiso político y moral por la paz. Hoy, más que nunca, es indispensable custodiar el espíritu de Helsinki: perseverar en el diálogo, reforzar la cooperación y hacer de la diplomacia la vía privilegiada para prevenir y resolver los conflictos.

42. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL COLEGIO CARDENALICIO Sábado, 10 de mayo de 2025

Muchas gracias, Eminencia:

Antes de sentarnos comencemos con una oración, pidiendo que el Señor siga acompañando el Colegio y a toda la Iglesia con este espíritu y entusiasmo, que es sin embargo de profunda fe. Recemos juntos en latín: Pater noster... Ave María...

En la primera parte del encuentro hay un pequeño discurso con las reflexiones que quisiera compartir con ustedes. Pero después habrá una segunda parte, que muchos han solicitado, será una especie de diálogo con el Colegio Cardenalicio en el cual poder escuchar los consejos, las sugerencias, las propuestas concretas, de las cuales que ya se ha hablado en los días anteriores al cónclave.

Hermanos cardenales:

Los saludo y les agradezco a todos por este encuentro y por los días que lo han precedido, dolorosos por la pérdida del Santo Padre Francisco, arduos por las responsabilidades afrontadas juntos y, al mismo tiempo, según la promesa que Jesús mismo nos ha hecho, ricos de gracia y de consolación en el Espíritu (cf. Jn 14,25-27).

Ustedes, queridos cardenales, son los más estrechos colaboradores del Papa, y esto me sirve de consuelo al aceptar un yugo que claramente supera no sólo mis fuerzas, sino a las de cualquier otro. Su presencia me recuerda que el Señor, que me ha confiado esta misión, no me deja solo con la carga de esta responsabilidad. Ante todo, sé que cuento siempre, siempre, con su auxilio, el auxilio del Señor, y, por su Gracia y Providencia, con la cercanía de ustedes y de tantos hermanos y hermanas que en el mundo entero creen en Dios, aman a la Iglesia y sostienen con la oración y las buenas obras al Vicario de Cristo.

Mi agradecimiento al Decano del Colegio Cardenalicio, el cardenal Giovanni Battista Re —merece un aplauso, al menos uno, si no más— que, con su sabiduría, fruto de una larga vida y de muchos años de fiel servicio a la Sede Apostólica, nos ha ayudado mucho en este tiempo. También agradezco al Camarlengo de la santa Iglesia romana, el cardenal Kevin Joseph Farrell —creo que está aquí presente—, por el valioso y difícil papel que ha desempeñado durante el tiempo de la Sede Vacante y la convocación del cónclave. Dirijo también mi pensamiento a los hermanos cardenales que, por razones de salud, no han podido estar presentes y, junto con ustedes, me uno a ellos en comunión de afecto y oración.

En este momento, a la vez triste y alegre, envuelto providencialmente en la luz de la Pascua, quisiera que contempláramos juntos el tránsito del recordado Santo Padre Francisco y el cónclave como un acontecimiento pascual, una etapa del largo éxodo a través del cual el Señor sigue guiándonos hacia la plenitud de la vida. En esta perspectiva, confiamos al «Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo» (2 Co 1,3) el alma del Pontífice difunto y también el futuro de la Iglesia.

El Papa, desde san Pedro hasta mí, su indigno sucesor, es un humilde siervo de Dios y de los hermanos, y nada más que esto. Lo han demostrado bien los ejemplos de muchos de mis predecesores, como el del Papa Francisco mismo, con su estilo de total dedicación al servicio y de sobria esencialidad de vida, de abandono en Dios durante el tiempo de la misión y de serena confianza en el momento del retorno a la Casa del Padre. Recojamos esta valiosa herencia y retomemos el camino, animados por la misma esperanza que nos viene de la fe.

Es el Resucitado, presente en medio de nosotros, quien protege y guía a la Iglesia, y continúa a reavivarla en la esperanza, a través del amor que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,5). A nosotros nos toca ser dóciles oyentes de su voz

Volver al índice

y ministros fieles de sus designios de salvación, recordando que Dios ama comunicarse, más que en el fragor del trueno o del terremoto, en «el rumor de una brisa suave» (1 R 19,12) o, como lo traducen algunos, en una "sutil voz de silencio". Este es el encuentro importante, que no hay que perder, y hacia el cual hay que educar y acompañar a todo el santo Pueblo de Dios que nos ha sido confiado.

En los días pasados hemos podido ver la belleza y sentir la fuerza de esta inmensa comunidad que, con tanto afecto y devoción, ha despedido y llorado a su Pastor, acompañándolo con la fe y la oración hasta su encuentro definitivo con el Señor. Hemos visto cuál es la verdadera grandeza de la Iglesia, que vive en la variedad de sus miembros, unidos a su única Cabeza, Cristo «Pastor y Guardián» (1 P 2,25) de nuestras almas. Ella es el vientre en el que también nosotros fuimos generados y, al mismo tiempo, la grey (cf. Jn 21,15-17), el campo (cf. Mc 4, 1-20) que se nos ha entregado para que lo cuidemos y lo cultivemos, lo alimentemos con los Sacramentos de salvación y lo fecundemos con la semilla de la Palabra, de manera que, sólido en la concordia y entusiasta en la misión, camine, como una vez los israelitas en el desierto, a la sombra de la nube y a la luz del fuego de Dios (cf. Ex 13,21).

Y a este propósito, quisiera que renováramos juntos, hoy, nuestra plena adhesión a ese camino, a la vía que desde hace ya decenios la Iglesia universal está recorriendo tras las huellas del Concilio Vaticano II. El Papa Francisco ha recordado y actualizado magistralmente su contenido en la Exhortación apostólica Evangelii gaudium, de la que me gustaría destacar algunas notas fundamentales: el regreso al primado de Cristo en el anuncio (cf. n. 11); la conversión misionera de toda la comunidad cristiana (cf. n. 9); el crecimiento en la colegialidad y en sinodalidad (cf. n. 33); la atención al sensus fidei (cf. nn. 119-120), especialmente en sus formas más propias e inclusivas, como la piedad popular (cf. 123); el cuidado amoroso de los débiles y descartados (cf.n. 53); el diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo en sus diferentes componentes y realidades (cf. n. 84, Concilio Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes, 1-2).

Se trata de los principios del Evangelio que animan e inspiran, desde siempre, la vida y la obra de la Familia de Dios; de los valores a través de los cuales el rostro misericordioso del Padre se ha revelado y continúa a revelarse en el Hijo hecho hombre, esperanza última de todos los que busquen con ánimo sincero la verdad, la justicia, la paz y la fraternidad (cf. Benedicto XVI, Carta enc. Spe salvi, 2; Francisco, Bulla Spes non con-

fundit, 3).

Precisamente, al sentirme llamado a proseguir este camino, pensé tomar el nombre de León XIV. Hay varias razones, pero la principal es porque el Papa León XIII, con la histórica Encíclica Rerum novarum, afrontó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial y hoy la Iglesia ofrece a todos, su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los desarrollos de la inteligencia artificial, que comportan nuevos desafíos en la defensa de la dignidad humana, de la justicia y el trabajo.

Queridos hermanos, quisiera terminar esta primera parte de nuestro encuentro haciendo mío —y proponiéndoselo también a ustedes— el deseo que san pablo VI, en 1963, expresó en el inicio de su ministerio petrino: «Que sobre el mundo entero pase una gran llama de fe y de amor que ilumine a todos los hombres de buena voluntad, allanando los caminos de la colaboración recíproca y que atraiga sobre la humanidad, la abundancia de la benevolencia divina, la fuerza misma de Dios, sin cuya ayuda nada vale ni nada es santo» (Primer Mensaje al mundo entero Qui fausto die, 22 junio 1963).

Que sean también estos nuestros sentimientos y, con la ayuda del Señor, los traduzcamos en oración y compromiso. Gracias.

43. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS REPRESENTANTES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Aula Pablo VI
Lunes, 12 de mayo de 2025

Buenos días, y muchas gracias por esta maravillosa acogida. Dicen que cuando se aplaude al comenzar, no tiene mucha importancia. Pero, si están todavía despiertos al finalizar y aún quieren aplaudir, se lo agradezco mucho.

Hermanos y hermanas:

Les doy la bienvenida a ustedes, representantes de los medios de comunicación de todo el mundo. Les agradezco el trabajo que han hecho y están haciendo en este tiempo, que para la Iglesia es esencialmente un tiempo de gracia.

Volver al índice

En el “Sermón de la montaña” Jesús proclamó: «Felices los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Se trata de una bienaventuranza que nos desafía a todos y que nos toca de cerca, llamando a cada uno a comprometerse en la realización de un tipo de comunicación diferente, que no busca el consenso a cualquier coste, no se reviste de palabras agresivas, no asume el modelo de la competición, no separa nunca la investigación de la verdad del amor con el que humildemente debemos buscarla. La paz comienza por cada uno de nosotros, por el modo en el que miramos a los demás, escuchamos a los demás, hablamos de los demás; y, en este sentido, el modo en que comunicamos tiene una importancia fundamental; debemos decir “no” a la guerra de las palabras y de las imágenes, debemos rechazar el paradigma de la guerra.

Permítanme entonces reiterar hoy la solidaridad de la Iglesia con los periodistas encarcelados por haber intentado contar la verdad, y por medio de estas palabras también pedir la liberación de los mismos. La Iglesia reconoce en estos testigos —pienso en aquellos que informan sobre la guerra incluso a costa de la vida— la valentía de quien defiende la dignidad, la justicia y el derecho de los pueblos a estar informados, porque sólo los pueblos informados pueden tomar decisiones con libertad. El sufrimiento de estos periodistas detenidos interpela la conciencia de las naciones y de la comunidad internacional, pidiéndonos a todos que custodiemos el bien precioso de la libertad de expresión y de prensa.

Gracias, queridos amigos, por su servicio a la verdad. Ustedes han estado en Roma durante estas semanas para informar sobre la Iglesia, su diversidad y, junto a ella, su unidad. Han acompañado los ritos de la Semana Santa, después han trasmitido el dolor por la muerte del Papa Francisco, acaecida sin embargo a la luz de la Pascua. Esa misma fe pascual nos ha introducido en el espíritu del cónclave, que les ha visto particularmente comprometidos en jornadas fatigosas y, también en esta ocasión, han conseguido comunicar la belleza del amor de Cristo que nos une a todos y nos hace ser un único pueblo, guiado por el Buen Pastor.

Vivimos tiempos difíciles de atravesar y describir, que representan un desafío para todos nosotros, de los que no debemos escapar. Por el contrario, nos piden a cada uno que, en nuestras distintas responsabilidades y servicios, no cedamos nunca a la mediocridad. La Iglesia debe aceptar el desafío del tiempo y, del mismo modo, no pueden existir una comunicación y un periodismo fuera del tiempo y de la historia. Como

nos recuerda san Agustín, que decía: «Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros» (Sermón 80,8).

Gracias, por todo lo que han hecho para abandonar los estereotipos y los lugares comunes, a través de los cuales leemos frecuentemente la vida cristiana y la misma vida de la Iglesia. Gracias, porque han conseguido percibir lo esencial de lo que somos y trasmitirlo al mundo entero gracias a los distintos medios de comunicación.

Hoy, uno de los desafíos más importantes es el de promover una comunicación capaz de hacernos salir de la "torre de Babel" en la que a veces nos encontramos, de la confusión de lenguajes sin amor, frecuentemente ideológicos y facciosos. Por eso, su servicio, con las palabras que usan y el estilo que adoptan, es importante. La comunicación, de hecho, no es sólo trasmisión de informaciones, sino creación de una cultura, de ambientes humanos y digitales que sean espacios de diálogo y de contraste. Y, considerando la evolución tecnológica, esta misión se hace más necesaria aún. Pienso, particularmente, en la inteligencia artificial con su potencial inmenso, que requiere, sin embargo, responsabilidad y discernimiento para orientar los instrumentos al bien de todos, de modo que puedan producir beneficios para la humanidad. Y esta responsabilidad nos concierne a todos, de acuerdo a la edad y a los roles sociales.

Queridos amigos, aprenderemos con el tiempo a conocernos mejor. Hemos vivido —podemos decir juntos— días verdaderamente especiales. Los hemos, los han compartido a través de los distintos medios de comunicación: la televisión, la radio, la web y las redes sociales. Quisiera que cada uno de nosotros pudiera decir que ellos nos han desvelado una pizca del misterio de nuestra humanidad, y que nos han dejado un deseo de amor y de paz. Por eso, hoy les repito a ustedes la invitación que hizo el Papa Francisco en su último mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Desarmemos la comunicación de cualquier prejuicio, rencor, fanatismo y odio; purifiquémosla de la agresividad. No sirve una comunicación estridente, de fuerza, sino más bien una comunicación capaz de escucha, de recoger la voz de los débiles que no tienen voz. Desarmemos las palabras y contribuiremos a desarmar la tierra. Una comunicación desarmada y desarmante nos permite compartir una mirada distinta sobre el mundo y actuar de modo coherente con nuestra dignidad humana.

Ustedes están en primera línea para describir los conflictos y las esperanzas de paz, las situaciones de injusticia y de pobreza, así como el trabajo

silencioso de muchos en favor de un mundo mejor. Por eso les pido que elijan de forma juiciosa y valiente el camino de una comunicación para la paz.

Gracias a todos. Que Dios los bendiga.

44. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LAS IGLESIAS ORIENTALES
Aula Pablo VI
Miércoles, 14 de mayo de 2025

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ¡la paz esté con ustedes!

Beatitudes, Eminencias, Excelencias,
queridos sacerdotes, consagradas y consagrados,
hermanos y hermanas,

Cristo ha resucitado. ¡Ha resucitado verdaderamente! Los saludo con las palabras que, en muchas regiones, el Oriente cristiano no se cansa de repetir en este tiempo pascual, profesando el núcleo central de la fe y de la esperanza. Y es hermoso verlos aquí precisamente con motivo del Jubileo de la esperanza, de la que la resurrección de Jesús es el fundamento indestructible. ¡Bienvenidos a Roma! Me alegra encontrarme con ustedes y dedicar a los fieles orientales uno de los primeros encuentros de mi pontificado.

Ustedes son valiosos. Al mirarlos, pienso en la variedad de sus procedencias, en la historia gloriosa y en los duros sufrimientos que muchas de sus comunidades han padecido o padecen. Y quisiera reiterar lo que dijo el papa Francisco sobre las Iglesias orientales: «Son Iglesias que deben ser amadas: custodian tradiciones espirituales y sapienciales únicas, y tienen tanto que decirnos sobre la vida cristiana, la sinodalidad y la liturgia; piensen en los Padres antiguos, en los Concilios, en el monacato: tesoros inestimables para la Iglesia» (Discurso a los participantes en la Asamblea de la ROACO, 27 de junio de 2024).

Deseo citar también al Papa León XIII, que fue el primero en dedicar un documento específico a la dignidad de sus Iglesias, dada ante todo por el hecho de que «la obra de la redención humana comenzó en Orien-

te» (cf. Lett. ap. Orientalium dignitas, 30 de noviembre de 1894). Sí, ustedes tienen «un papel único y privilegiado, por ser el marco originario de la Iglesia primitiva» (San Juan Pablo II, Carta. ap. Orientale Lumen, 5). Es significativo que algunas de sus liturgias —que estos días están celebrando solemnemente en Roma según las diversas tradiciones— sigan utilizando la lengua del Señor Jesús. Pero el papa León XIII hizo un sentido llamamiento para que «la legítima variedad de la liturgia y la disciplina oriental [...] redunde en [...] gran decoro y utilidad de la Iglesia» (Lett. ap. Orientalium dignitas). Su preocupación de entonces es muy actual, porque en nuestros días muchos hermanos y hermanas orientales, entre los que se encuentran varios de ustedes, obligados a huir de sus territorios de origen a causa de la guerra y las persecuciones, de la inestabilidad y de la pobreza, corren el riesgo, al llegar a Occidente, de perder, además de su patria, también su identidad religiosa. Así, con el paso de las generaciones, se pierde el patrimonio inestimable de las Iglesias orientales.

Hace más de un siglo, León XIII señaló que «la conservación de los ritos orientales es más importante de lo que se cree» y, con este fin, prescribió incluso que «cualquier misionero latino, del clero secular o regular, que con consejos o ayudas atraiga a algún oriental al rito latino» sea «destituido y excluido de su cargo» (ibíd.). Acogemos el llamamiento a custodiar y promover el Oriente cristiano, sobre todo en la diáspora; aquí, además de erigir, donde sea posible y oportuno, circunscripciones orientales, es necesario sensibilizar a los latinos. En este sentido, pido al Dicasterio para las Iglesias Orientales, al que agradezco su trabajo, que me ayude a definir principios, normas, y directrices a través de los cuales los pastores latinos puedan apoyar concretamente a los católicos orientales de la diáspora, y a preservar sus tradiciones vivas y a enriquecer con su especificidad el contexto en el que viven.

La Iglesia los necesita. ¡Cuán grande es la contribución que el Oriente cristiano puede darnos hoy! ¡Cuánta necesidad tenemos de recuperar el sentido del misterio, tan vivo en sus liturgias, que involucran a la persona humana en su totalidad, cantan la belleza de la salvación y suscitan asombro por la grandeza divina que abraza la pequeñez humana! ¡Y cuán importante es redescubrir, también en el Occidente cristiano, el sentido del primado de Dios, el valor de la mistagogia, de la intercesión incesante, de la penitencia, del ayuno, del llanto por los propios pecados y de toda la humanidad (penthos), tan típicos de las espiritualidades orientales! Por eso es fundamental custodiar sus tradiciones sin diluirlas, tal vez por practicidad y comodidad, para que no se corrompan por un

Volver al índice

espíritu consumista y utilitarista.

Sus espiritualidades, antiguas y siempre nuevas, son medicinales. En ellas, el sentido dramático de la miseria humana se funde con el asombro por la misericordia divina, de modo que nuestras bajezas no provocan desesperación, sino que invitan a acoger la gracia de ser criaturas sanadas, divinizadas y elevadas a las alturas celestiales. Necesitamos alabar y dar gracias sin cesar al Señor por esto. Con ustedes podemos rezar las palabras de San Efrén el sirio y decir a Jesús: «Gloria a ti, que hiciste de tu cruz un puente sobre la muerte. [...] Gloria a ti, que te revestiste del cuerpo mortal y lo transformaste en fuente de vida para todos los mortales» (Discurso sobre el Señor, 9). Es un don que hay que pedir: saber ver la certeza de la Pascua en cada tribulación de la vida y no desanimarnos recordando, como escribía otro gran padre oriental, que «el mayor pecado es no creer en las energías de la Resurrección» (San Isaac de Nínive, Sermones ascéticos, I, 5).

¿Quién, pues, más que ustedes, puede cantar palabras de esperanza en el abismo de la violencia? ¿Quién más que ustedes, que conocen de cerca los horrores de la guerra, hasta el punto de que el Papa Francisco llamó a sus Iglesias «martiriales» (Discurso a la ROACO, cit.)? Es cierto: desde Tierra Santa hasta Ucrania, desde el Líbano hasta Siria, desde Oriente Medio hasta Tigray y el Cáucaso, ¡cuánta violencia! Y sobre todo este horror, sobre la masacre de tantas vidas jóvenes, que deberían provocar indignación, porque, en nombre de la conquista militar, son personas las que mueren, se alza un llamamiento: no tanto el del Papa, sino el de Cristo, que repite: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21.26). Y especifica: «Les dejo la paz, les doy mi paz. No como la da el mundo, yo se la doy a ustedes» (Jn 14,27). La paz de Cristo no es el silencio sepulcral después del conflicto, no es el resultado de la opresión, sino un don que mira a las personas y reactiva su vida. Recemos por esta paz, que es reconciliación, perdón, valentía para pasar página y volver a comenzar.

Para que esta paz se difunda, yo emplearé todos mis esfuerzos. La Santa Sede está a disposición para que los enemigos se encuentren y se miren a los ojos, para que a los pueblos se les devuelva la esperanza y se les restituya la dignidad que merecen, la dignidad de la paz. Los pueblos quieren la paz y yo, con el corazón en la mano, digo a los responsables de los pueblos: ¡encontremos, dialoguemos, negociemos! La guerra nunca es inevitable, las armas pueden y deben callar, porque no resuelven los problemas, sino que los aumentan; porque pasarán a la historia quienes siembran la paz, no quienes cosechan víctimas;

porque los demás no son ante todo enemigos, sino seres humanos: no son malos a quienes odiar, sino personas con quienes hablar. Rechacemos las visiones maniqueas típicas de los relatos violentos, que dividen el mundo entre buenos y malos.

La Iglesia no se cansará de repetirlo: que callen las armas. Y quiero dar gracias a Dios por todos aquellos que, en el silencio, en la oración, en la entrega, tejen tramas de paz; y a los cristianos —orientales y latinos— que, especialmente en Oriente Medio, perseveran y resisten en sus tierras, más fuertes que la tentación de abandonarlas. A los cristianos hay que darles la posibilidad, no solo con palabras, de permanecer en sus tierras con todos los derechos necesarios para una existencia segura. ¡Les ruego que se comprometan por esto!

Y gracias, gracias a ustedes, queridos hermanos y hermanas de Oriente, de donde surgió Jesús, el Sol de justicia, por ser «luces del mundo» (cf. Mt 5,14). Sigan brillando por la fe, la esperanza y la caridad, y por nada más. Que sus Iglesias sean un ejemplo, y que los pastores promuevan con rectitud la comunión, sobre todo en los Sínodos de los Obispos, para que sean lugares de colegialidad y de auténtica corresponsabilidad. Cuiden la transparencia en la gestión de los bienes, den testimonio de una dedicación humilde y total al santo pueblo de Dios, sin apegos a los honores, a los poderes del mundo y a la propia imagen. San Simeón el Nuevo Teólogo daba un bello ejemplo: «Como quien, echando polvo sobre la llama de un horno encendido, la apaga, del mismo modo las preocupaciones de esta vida y todo tipo de apego a cosas mezquinas y sin valor destruyen el calor del corazón encendido al principio» (Capítulos prácticos y teológicos, 63). El esplendor del Oriente cristiano pide, hoy más que nunca, libertad de toda dependencia mundana y de toda tendencia contraria a la comunión, para ser fieles en la obediencia y en el testimonio evangélicos.

Les doy las gracias por esto y les bendigo de corazón, pidiéndoles que recen por la Iglesia y que eleven sus poderosas oraciones de intercesión por mi ministerio. ¡Gracias!

45. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
Jueves, 15 de mayo de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¡la paz esté con

ustedes!

Eminencia,
queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos!

Me alegra mucho recibirlos en el tercer centenario de la promulgación de la bula In apostolicae dignitatis solio, con la que el Papa Benedicto XIII aprobó su Instituto y su Regla (26 de enero de 1725). Coincide también con el 75° aniversario de la proclamación, por parte del Papa Pío XII, de San Juan Bautista de La Salle como «Patrono celestial de todos los educadores» (cf. Lett. Ap. Quod ait, 15 de mayo de 1950: AAS 12, 1950, 631-632).

Después de tres siglos, es hermoso constatar cómo su presencia sigue trayendo consigo la frescura de una rica y vasta realidad educativa, con la que aún hoy, en diversas partes del mundo, con entusiasmo, fidelidad y espíritu de sacrificio, se dedican a la formación de los jóvenes.

Precisamente a la luz de estas conmemoraciones, quisiera detenerme a reflexionar con ustedes sobre dos aspectos de su historia que considero importantes para todos nosotros: la atención a la actualidad y la dimensión ministerial y misionera de la enseñanza en la comunidad.

Los inicios de su obra hablan mucho de «actualidad». San Juan Bautista de La Salle comenzó respondiendo a la petición de ayuda de un laico, Adriano Nyel, que luchaba por mantener en pie sus «escuelas para pobres». Su fundador reconoció en su petición de ayuda una señal de Dios, aceptó el reto y se puso manos a la obra. Así, más allá de sus propias intenciones y expectativas, dio vida a un nuevo sistema de enseñanza: el de las Escuelas Cristianas, gratuitas y abiertas a todos. Entre los elementos innovadores que introdujo en esta revolución pedagógica, recordamos la enseñanza dirigida a las clases y no a los alumnos individuales; la adopción, como lengua de enseñanza, en lugar del latín, del francés, accesible a todos; las clases dominicales, a las que también podían asistir los jóvenes obligados a trabajar entre semana; la participación de las familias en los itinerarios escolares, según el principio del «triángulo educativo», válido aún hoy. Así, los problemas, a medida que se presentaban, en lugar de desanimarlo, lo estimulaban a buscar respuestas creativas y a adentrarse en caminos nuevos y a menudo inexplorados.

Todo esto no puede sino hacernos pensar y suscitar en nosotros pre-

guntas útiles. ¿Cuáles son, en el mundo juvenil de nuestros días, los retos más urgentes que hay que afrontar? ¿Qué valores hay que promover? ¿Con qué recursos se puede contar?

Los jóvenes de nuestro tiempo, como los de todas las épocas, son volcanes de vida, de energía, de sentimientos, de ideas. Lo vemos en las cosas maravillosas que saben hacer en tantos campos. Pero también necesitan ayuda para hacer crecer en armonía tanta riqueza y para superar lo que, aunque de manera diferente al pasado, todavía puede impedir su sano desarrollo.

Si, por ejemplo, en el siglo XVII el uso de la lengua latina era para muchos una barrera comunicativa insuperable, hoy hay otros obstáculos que afrontar. Pensemos en el aislamiento que provocan los modelos relacionales cada vez más extendidos, basados en la superficialidad, el individualismo y la inestabilidad afectiva; en la difusión de esquemas de pensamiento debilitados por el relativismo; en el predominio de ritmos y estilos de vida en los que no hay suficiente espacio para la escucha, la reflexión y el diálogo, en la escuela, en la familia, a veces entre los propios compañeros, con la soledad que ello conlleva.

Se trata de retos exigentes, de los que, sin embargo, también nosotros, como San Juan Bautista de La Salle, podemos hacer trampolines para explorar caminos, elaborar instrumentos y adoptar lenguajes nuevos, con los que seguir tocando el corazón de los alumnos, animándolos y estimulándolos a afrontar con valentía todos los obstáculos para dar lo mejor de sí mismos en la vida, según los designios de Dios. En este sentido, es loable la atención que prestan en sus escuelas a la formación de los docentes y a la creación de comunidades educativas en las que el esfuerzo didáctico se enriquece con la aportación de todos. Los animo a continuar por este camino.

Pero antes de concluir, quisiera mencionar otro aspecto de la realidad lasaliana que considero importante: la docencia vivida como ministerio y misión, como consagración en la Iglesia. San Juan Bautista de La Salle no quería que entre los maestros de las Escuelas Cristianas hubiera sacerdotes, sino solo «hermanos», para que todos sus esfuerzos se dirigieran, con la ayuda de Dios, a la educación de los alumnos. Le gustaba decir: «Su altar es la cátedra», promoviendo así en la Iglesia de su tiempo una realidad hasta entonces desconocida: la de los maestros y catequistas laicos investidos, en la comunidad, de un verdadero «ministerio», según el principio de evangelizar educando y educar evangelizando (cf.

Francisco, Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, 21 de mayo de 2022).

Así, el carisma de la escuela, que ustedes abrazan con el cuarto voto de la enseñanza, además de un servicio a la sociedad y una valiosa obra de caridad, aparece aún hoy como una de las expresiones más bellas y elocuentes de ese munus sacerdotal, profético y real que todos hemos recibido en el Bautismo, como subrayan los documentos del Concilio Vaticano II. En sus realidades educativas, así, los religiosos hacen proféticamente visible, a través de su consagración, el ministerio bautismal que impulsa a todos (cf. Const. dogm. Lumen gentium, 44), cada uno según su estado y sus tareas, sin diferencias, a «contribuir como miembros vivos [...] al crecimiento de la Iglesia y a su santificación permanente» (ibídem, 33).

Por este motivo, deseo que las vocaciones a la consagración religiosa lasaliana crezcan, sean alentadas y promovidas, en sus escuelas y fuera de ellas, y que, en sinergia con todos los demás componentes formativos, contribuyan a suscitar entre los jóvenes que las frecuentan caminos alegres y fecundos de santidad.

¡Gracias por lo que hacen! Rezo por ustedes y les imparto la Bendición Apostólica, que de muy buen grado extiendo a toda la Familia Lasaliana.

46. AUDIENCIA AL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV Sala Clementina Viernes, 16 de mayo de 2025

Eminencia,
Excelencias,
señoras y señores,
la paz esté con ustedes:

Doy gracias a S.E. el Sr. George Poulides, Embajador de la República de Chipre y Decano del Cuerpo Diplomático, por las cordiales palabras que me ha dirigido en nombre de todos ustedes y por su trabajo incansable, que lleva adelante con la fuerza, la pasión y la simpatía que lo caracterizan, dotes por los que ha merecido la estima de todos mis Predecesores, que ha conocido en estos años de misión ante la Santa Sede y, en

particular, del recordado Papa Francisco.

Deseo además expresarles mi gratitud por los numerosos mensajes de felicitación enviados luego de mi elección, así como por las precedentes condolencias que han llegado al fallecer el Papa Francisco, incluso de países con los que la Santa Sede no mantiene relaciones diplomáticas. Se trata de una significativa manifestación de estima, que alienta a profundizar las mutuas relaciones.

En nuestro diálogo, quisiera que predominase siempre el sentido de ser familia —la comunidad diplomática representa, en efecto, la entera familia de los pueblos—, que comparte las alegrías y los dolores de la vida junto con los valores humanos y espirituales que la animan. La diplomacia pontificia es, de hecho, una expresión de la misma catolicidad de la Iglesia y, en su acción diplomática, la Santa Sede está animada por una urgencia pastoral que la impulsa no a buscar privilegios sino a intensificar su misión evangélica al servicio de la humanidad. Ésta combate la indiferencia y apela continuamente a las conciencias, como ha hecho incansablemente mi venerado Predecesor, siempre atento al clamor de los pobres, los necesitados y los marginados, como también a los desafíos que caracterizan nuestro tiempo, desde la protección de la creación hasta la inteligencia artificial.

Además de ser un signo concreto de la atención que sus países reservan a la Sede Apostólica, su presencia hoy es para mí un don, que permite renovar la aspiración de la Iglesia —y mía personal— de alcanzar y abrazar a cada pueblo y a cada persona de esta tierra, deseosa y necesitada de verdad, de justicia y de paz. En cierto sentido, mi propia experiencia de vida, desplegada entre América del Norte, América del Sur y Europa, pone de manifiesto esta aspiración de traspasar los confines para encontrarse con personas y culturas diferentes.

Por medio del constante y paciente trabajo de la Secretaría de Estado, intento consolidar el conocimiento y el diálogo con ustedes y con sus países, muchos de los cuales he tenido ya la gracia de visitar a lo largo de mi vida, especialmente cuando fui Prior General de los Agustinos. Confío en que la Divina Providencia me conceda tener en el futuro ocasión de encontrarme con las realidades de las que ustedes provienen, permitiéndome acoger las oportunidades que se presenten para confirmar en la fe a tantos hermanos y hermanas dispersos por el mundo y construir nuevos puentes con todas las personas de buena voluntad.

Volver al índice

En nuestro diálogo, quisiera que tuviéramos presente las tres palabras clave que constituyen los pilares de la acción misionera de la Iglesia y de la labor de la diplomacia de la Santa Sede.

La primera palabra es paz. Muchas veces la consideramos una palabra "negativa", o sea, como mera ausencia de guerra o de conflicto, porque la contraposición es parte de la naturaleza humana y nos acompaña siempre, impulsándonos en demasiadas ocasiones a vivir en un constante "estado de conflicto"; en casa, en el trabajo, en la sociedad. La paz entonces pareciera una simple tregua, una pausa de descanso entre una discordia y otra, porque, aunque uno se esfuerce, las tensiones están siempre presentes, un poco como las brasas que arden bajo las cenizas, prontas a reavivarse en cualquier momento.

En la perspectiva cristiana —como también en la de otras experiencias religiosas— la paz es ante todo un don, el primer don de Cristo: «Les doy mi paz» (Jn 14,27). Pero es un don activo, apasionante, que nos afecta y compromete a cada uno de nosotros, independientemente de la procedencia cultural y de la pertenencia religiosa, y que exige en primer lugar un trabajo sobre uno mismo. La paz se construye en el corazón y a partir del corazón, arrancando el orgullo y las reivindicaciones, y midiendo el lenguaje, porque también se puede herir y matar con las palabras, no sólo con las armas.

En esta óptica, considero fundamental el aporte que las religiones y el diálogo interreligioso pueden brindar para favorecer contextos de paz. Eso, naturalmente, exige el pleno respeto de la libertad religiosa en cada país, porque la experiencia religiosa es una dimensión fundamental de la persona humana, sin la cual es difícil —si no imposible— realizar esa purificación del corazón necesaria para construir relaciones de paz.

A partir de este trabajo, que todos estamos llamados a realizar, se pueden extirpar las premisas de cualquier conflicto y de cualquier destructiva voluntad de conquista. Esto exige también una sincera voluntad de diálogo, animada por el deseo de encontrarse más que de confrontarse. En esta perspectiva es necesario revitalizar la diplomacia multilateral y esas instituciones internacionales que han sido queridas y pensadas en primer lugar para poner remedio a los conflictos que pudiesen surgir en el seno de la comunidad internacional. Ciertamente, es necesaria también la voluntad de dejar de producir instrumentos de destrucción y de muerte, porque, como recordaba el Papa Francisco en su último Mensaje Urbi et Orbi, «la paz tampoco es posible sin un verdadero desarme [

y] la exigencia que cada pueblo tiene de proveer a su propia defensa no puede transformarse en una carrera general al rearme» (Mensaje «Urbi et Orbi» (20 abril 2025).).

La segunda palabra es justicia. Procurar la paz exige practicar la justicia. Como ya he tenido modo de señalar, he elegido mi nombre pensando principalmente en León XIII, el Papa de la primera gran encíclica social, la Rerum novarum. En el cambio de época que estamos viviendo, la Santa Sede no puede eximirse de hacer sentir su propia voz ante los numerosos desequilibrios y las injusticias que conducen, entre otras cosas, a condiciones indignas de trabajo y a sociedades cada vez más fragmentadas y conflictivas. Es necesario, además, esforzarse por remediar las desigualdades globales, que trazan surcos profundos de opulencia e indigencia entre continentes, países e, incluso, dentro de las mismas sociedades.

Es tarea de quien tiene responsabilidad de gobierno aplicarse para construir sociedades civiles armónicas y pacíficas. Esto puede realizarse sobre todo invirtiendo en la familia, fundada sobre la unión estable entre el hombre y la mujer, «bien pequeña, es cierto, pero verdadera sociedad y más antigua que cualquiera otra» (León XIII, Carta enc. Rerum novarum (15 mayo 1891), 9.). Además, nadie puede eximirse de favorecer contextos en los que se tutele la dignidad de cada persona, especialmente de aquellas más frágiles e indefensas, desde el niño por nacer hasta el anciano, desde el enfermo al desocupado, sean estos ciudadanos o inmigrantes.

Mi propia historia es la de un ciudadano, descendiente de inmigrantes, que a su vez ha emigrado. Cada uno de nosotros, en el curso de la vida, se puede encontrar sano o enfermo, ocupado o desocupado, en su patria o en tierra extranjera. Su dignidad, sin embargo, es siempre la misma, la de una creatura querida y amada por Dios.

La tercera palabra es verdad. No se pueden construir relaciones verdaderamente pacíficas, incluso dentro de la comunidad internacional, sin verdad. Allí donde las palabras asumen connotaciones ambiguas y ambivalentes, y el mundo virtual, con su percepción distorsionada de la realidad, prevalece sin control; es difícil construir relaciones auténticas, porque decaen las premisas objetivas y reales de la comunicación.

Por su parte, la Iglesia no puede nunca eximirse de decir la verdad sobre el hombre y sobre el mundo, recurriendo a lo que sea necesario, incluso a un lenguaje franco, que inicialmente puede suscitar alguna incom-

prensión. La verdad, sin embargo, no se separa nunca de la caridad, que siempre tiene radicada la preocupación por la vida y el bien de cada hombre y mujer. Por otra parte, en la perspectiva cristiana, la verdad no es la afirmación de principios abstractos y desencarnados, sino el encuentro con la persona misma de Cristo, que vive en la comunidad de los creyentes. De ese modo, la verdad no nos aleja; por el contrario, nos permite afrontar con mayor vigor los desafíos de nuestro tiempo, como las migraciones, el uso ético de la inteligencia artificial y la protección de nuestra amada tierra. Son desafíos que requieren el compromiso y la colaboración de todos, porque nadie puede pensar en afrontarlos solo.

Queridos embajadores:

Mi ministerio comienza en el corazón del Año jubilar, dedicado de manera particular a la esperanza. Es un tiempo de conversión y de renovación, y sobre todo la ocasión para dejar atrás las contiendas y comenzar un camino nuevo, animados por la esperanza de poder construir, trabajando juntos, cada uno según sus propias sensibilidades y responsabilidades, un mundo en el que cada uno de nosotros pueda realizar la propia humanidad en la verdad, en la justicia y en la paz. Espero que esto pueda suceder en todos los contextos, empezando por los más que más sufren, como Ucrania y Tierra Santa.

Les agradezco todo el trabajo que hacen para construir puentes entre sus países y la Santa Sede, y de todo corazón los bendigo, bendigo a sus familias y a sus pueblos. Gracias.

Y gracias por todo el trabajo que hacen.

47. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LA FUNDACIÓN CENTESIMUS ANNUS PRO PONTIFICE 17 de mayo de 2025

¡Good morning everyone! ¡Buongiorno!

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos!

Agradezco al presidente y a los miembros de la Fundación Centesimus Annus Pro Pontifice y saludo a todos los que participan en la Conferen-

cia Internacional y Asamblea General anual.

El tema de su Conferencia de este año —«Superar las polarizaciones y reconstruir la gobernanza global: las bases éticas»— va al corazón del significado y del papel de la doctrina social de la Iglesia, instrumento de paz y diálogo para construir puentes de fraternidad universal. Especialmente en este tiempo pascual, reconocemos que el Resucitado nos precede incluso allí donde parece que la injusticia y la muerte han vencido. Ayudémonos los unos a los otros, como exhorté la noche de mi elección, «a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz». Esto no se improvisa: es un entrelazamiento dinámico y continuo de gracia y libertad que, también ahora, al encontrarnos, reforzamos.

Ya el Papa León XIII, que vivió un período histórico de transformaciones trascendentales y disruptivas, se propuso contribuir a la paz estimulando el diálogo social, entre el capital y el trabajo, entre las tecnologías y la inteligencia humana, entre las diferentes culturas políticas, entre las naciones. El Papa Francisco ha utilizado el término «policrisis» para evocar la dramaticidad de la coyuntura histórica que estamos viviendo, en la que convergen guerras, cambios climáticos, crecientes desigualdades, migraciones forzadas y conflictivas, pobreza estigmatizada, innovaciones tecnológicas disruptivas, precariedad del trabajo y de los derechos (Mensaje a los participantes en la Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida, 3 de marzo de 2025). Sobre cuestiones de tanto relieve, la doctrina social de la Iglesia está llamada a proporcionar claves interpretativas que pongan en diálogo la ciencia y la conciencia, dando así una contribución fundamental al conocimiento, a la esperanza y a la paz.

La doctrina social, de hecho, nos educa a reconocer que más importante que los problemas, o las respuestas a ellos, es la manera en que los afrontamos, con criterios de evaluación y principios éticos y con apertura a la gracia de Dios.

Ustedes tienen la oportunidad de mostrar que la doctrina social de la Iglesia, con su propia mirada antropológica, pretende favorecer un verdadero acceso a las cuestiones sociales: no quiere levantar la bandera de la posesión de la verdad, ni en el análisis de los problemas, ni en su resolución. En estas cuestiones es más importante saber acercarse que dar una respuesta apresurada sobre por qué ha sucedido algo o cómo superarlo. El objetivo es aprender a afrontar los problemas, que son siempre

Volver al índice

diferentes, porque cada generación es nueva, con nuevos retos, nuevos sueños, nuevas preguntas.

Tenemos aquí un aspecto fundamental para la construcción de la «cultura del encuentro» a través del diálogo y la amistad social. Para la sensibilidad de muchos de nuestros contemporáneos, las palabras «diálogo» y «doctrina» suenan opuestas, incompatibles. Quizás cuando escuchamos la palabra «doctrina» nos viene a la mente la definición clásica: un conjunto de ideas propias de una religión. Y con esta definición nos sentimos poco libres para reflexionar, cuestionar o buscar nuevas alternativas.

Se hace urgente, pues, la tarea de mostrar a través de la doctrina social de la Iglesia que existe otro significado, prometedor, de la expresión «doctrina», sin el cual también el diálogo se vacía. Sus sinónimos pueden ser «ciencia», «disciplina» o «conocimiento». Entendida así, toda doctrina se reconoce como fruto de la investigación y, por lo tanto, de hipótesis, de voces, de avances y fracasos, a través de los cuales trata de transmitir un conocimiento fiable, ordenado y sistemático sobre una cuestión determinada. De este modo, una doctrina no equivale a una opinión, sino a un camino común, coral e incluso multidisciplinar hacia la verdad.

El adoctrinamiento es inmoral, impide el juicio crítico, atenta a la sagrada libertad de la propia conciencia —aunque sea errónea— y se cierra a nuevas reflexiones porque rechaza el movimiento, el cambio o la evolución de las ideas ante nuevos problemas. Por el contrario, la doctrina, como reflexión seria, serena y rigurosa, pretende enseñarnos, en primer lugar, a saber acercarnos a las situaciones y, antes aún, a las personas. Además, nos ayuda a formular un juicio prudente frente a los desafíos. La seriedad, el rigor y la serenidad son lo que debemos aprender de toda doctrina, incluso de la doctrina social de la Iglesia.

En el contexto de la revolución digital en curso, debemos redescubrir, destacar y cultivar nuestro deber de formar a los demás en el pensamiento crítico, contrarrestando las tentaciones contrarias, que incluso pueden encontrarse en los círculos eclesiales. Hay muy poco diálogo a nuestro alrededor, con frecuencia el griterío lo viene a reemplazar, no pocas veces en forma de noticias falsas y argumentos irracionales propuestos por algunas voces estrepitosas. Una reflexión y un estudio más profundos son esenciales, así como el compromiso de encontrar y escuchar a los pobres, quienes constituyen un tesoro para la Iglesia y

para la humanidad. Sus puntos de vista, aunque a menudo ignorados, son vitales si queremos ver el mundo a través de los ojos de Dios. No basta con enseñarles la doctrina social de la Iglesia a los nacidos y criados lejos de los centros de poder; también deben ser reconocidos como aquellos que la portan y que son capaces de ponerla en práctica. Las personas comprometidas con la mejora de la sociedad, los movimientos populares y los diversos grupos obreros católicos son una expresión de esas periferias existenciales donde perdura y brota de nuevo la esperanza. Los insto a dejar que la voz de los pobres sea escuchada.

Queridos hermanos, como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas» (Const. past. Gaudium et spes, 4).

Por lo tanto, los invito a participar activa y creativamente en este ejercicio de discernimiento, contribuyendo a desarrollar la Doctrina Social de la Iglesia junto con el pueblo de Dios, en este período histórico de grandes cambios sociales, escuchando y dialogando con todos.

Hoy existe una necesidad generalizada de justicia, una exigencia de paternidad y maternidad, un profundo deseo de espiritualidad, sobre todo por parte de los jóvenes y los marginados, que no siempre encuentran canales eficaces para expresarse. Hay una creciente demanda de la Doctrina Social de la Iglesia a la que tenemos que dar respuesta.

Les agradezco su compromiso y sus oraciones por mi ministerio, y los bendigo de corazón a todos ustedes, a sus familias y a su trabajo. ¡Gracias!

48. DISCURSO A LAS DELEGACIONES ECUMÉNICAS E INTERRELIGIOSAS CONVENIDAS PARA EL INICIO DEL MINISTERIO PETRINO DEL PAPA LEÓN XIV

Sala Clementina
Lunes, 19 de mayo de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría les dirijo mi cordial saludo a todos ustedes, representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como también a

los de otras religiones, que han querido participar en la celebración inaugural de mi ministerio como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro. Mientras expreso mi afecto fraterno a Su Santidad Bartolomé, a Su Beatitud Teófilo III y a Su Santidad Mar Awa III, les hago llegar también mi más sentido agradecimiento a cada uno de ustedes. Su presencia y su oración me sirven de gran consuelo y aliento.

Uno de los puntos clave del pontificado del Papa Francisco ha sido el de la fraternidad universal. En este tema, de verdad que el Espíritu Santo lo ha "impulsado" a dar grandes pasos hacia adelante en las aperturas e iniciativas que ya habían comenzado a asumir los Pontífices precedentes, sobre todo desde san Juan XXIII. El Papa de la Fratelli tutti promovió tanto el camino ecuménico como el diálogo interreligioso, y lo hizo sobre todo cultivando las relaciones interpersonales de modo que, salvaguardando los vínculos eclesiales, se valorizara siempre el aspecto humano del encuentro. Que Dios nos ayude a atesorar su testimonio.

Mi elección ha tenido lugar mientras se conmemora el 1700 aniversario del Primer Concilio Ecuménico de Nicea. Ese Concilio representa una etapa fundamental para la elaboración del credo compartido por todas las Iglesias y Comunidades eclesiales. Conforme estamos caminando hacia el restablecimiento de la plena comunión entre todos los cristianos, reconocemos que esta unidad debe ser unidad en la fe. En cuanto Obispo de Roma, considero uno de mis deberes prioritarios la búsqueda del restablecimiento de la plena y visible comunión entre todos aquellos que profesan la misma fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En realidad, la preocupación por la unidad ha sido siempre una constante en mí, como atestigua el lema que he elegido para mi ministerio episcopal: In Illo uno unum, una expresión de san Agustín de Hipona que recuerda que también nosotros, aun siendo muchos, «en Aquel uno —o sea en Cristo—, somos uno» (Enarr. in Ps., 127,3). Nuestra comunión se realiza, en efecto, en la medida que convergemos en el Señor Jesús. Cuanto más le somos fieles y obedientes, más unidos estamos entre nosotros. Por eso, como cristianos, estamos llamados a orar y trabajar juntos para alcanzar paso a paso esta meta, que es y será siempre obra del Espíritu Santo.

Consciente, además, de que sinodalidad y ecumenismo están estrechamente relacionados, deseo asegurar mi intención de proseguir el compromiso del Papa Francisco en la promoción del carácter sinodal de la Iglesia Católica y en el desarrollo de formas nuevas y concretas

para una sinodalidad cada vez más intensa en el ámbito ecuménico.

Nuestro camino común puede y debe entenderse también en un sentido amplio, que involucra a todos, según el espíritu de fraternidad humana al que me refería antes. Hoy es tiempo de dialogar y de construir puentes. Y por eso me alegra y agradezco la presencia de los representantes de otras tradiciones religiosas, que comparten la búsqueda de Dios y de su voluntad, que es siempre y únicamente voluntad de amor y de vida para los hombres y mujeres y para todas las criaturas.

Ustedes han sido testigos de los notables esfuerzos realizados por el Papa Francisco en favor del diálogo interreligioso. A través de sus palabras y acciones, ha abierto nuevas perspectivas de encuentro, para promover «la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio» (Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, Abu Dabi, 4 de febrero de 2019). Y agradezco al Dicasterio para el Diálogo Interreligioso por el papel esencial que desempeña en esta labor paciente de alentar los encuentros y los intercambios concretos, orientados a construir relaciones basadas en la fraternidad humana.

Deseo dirigir un saludo especial a los hermanos y hermanas judíos y musulmanes. Debido a las raíces judías del cristianismo, todos los cristianos tienen una relación particular con el judaísmo. La Declaración conciliar Nostra aetate (cf. n. 4) subraya la grandeza del patrimonio espiritual común entre cristianos y judíos, alentando al conocimiento y la estima mutuos. El diálogo teológico entre cristianos y judíos sigue siendo siempre importante y es muy valioso para mí. Incluso en estos tiempos difíciles, marcados por conflictos y malentendidos, es necesario continuar con entusiasmo este diálogo tan valioso.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y los musulmanes han estado marcadas por un compromiso creciente con el diálogo y la fraternidad, favorecido por el aprecio hacia estos hermanos y hermanas «que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres» (íbid., 3). Este enfoque, basado en el respeto mutuo y en la libertad de conciencia, representa una base sólida para construir puentes entre nuestras comunidades.

A todos ustedes, representantes de las demás tradiciones religiosas, les expreso mi gratitud por su participación en este encuentro y por su con-

Volver al índice

tribución a la paz. En un mundo herido por la violencia y los conflictos, cada una de las comunidades aquí representadas aporta su sabiduría, su compasión y su compromiso con el bien de la humanidad y el cuidado de la casa común. Estoy convencido de que, si estamos unidos y libres de condicionamientos ideológicos y políticos, podremos ser eficaces al decir "no" a la guerra y "sí" a la paz, "no" a la carrera armamentista y "sí" al desarme, "no" a una economía que empobrece a los pueblos y a la tierra y "sí" al desarrollo integral.

El testimonio de nuestra fraternidad, que espero podamos manifestar con gestos concretos, sin duda contribuirá a construir un mundo más pacífico, como lo desean en lo más profundo de su corazón todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Queridos amigos, gracias nuevamente por su cercanía. Invoquemos en nuestros corazones la bendición de Dios: que su infinita bondad y sabiduría nos ayude a vivir como hijos suyos y como hermanos y hermanas entre nosotros, para que crezca la esperanza en el mundo. Les agradezco de corazón.

49. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS
Sala Clementina
Jueves, 22 de mayo de 2025

Eminencia, Excelencias,
Secretarios Generales, Directores Nacionales y Personal
de la Obras Misionales Pontificias,
Queridos hermanos y hermanas.

Les doy la más cordial bienvenida a todos ustedes, que se han reunido desde más de ciento veinte países, para participar en la Asamblea General anual de las Obras Misionales Pontificias. Quisiera comenzar agradeciendo a ustedes y a sus colaboradores por su servicio comprometido, el cual es indispensable para la misión evangelizadora de la Iglesia, como yo mismo lo he podido constatar en los años de mi ministerio en Perú.

Las Obras Misionales Pontificias son efectivamente el «principal medio» para avivar la responsabilidad misionera entre todos los bautizados y sostener a las comunidades eclesiales en las zonas donde la Iglesia es joven (cf. Decreto Ad gentes, 38). Esto lo vemos en la Obra para la Propa-

gación de la Fe, que proporciona apoyo para los programas pastorales y catequéticos, la construcción de nuevas iglesias, asistencia sanitaria y necesidades educativas en los territorios de misión. La Obra de la Santa Infancia, del mismo modo, sostiene programas de formación cristiana para niños, además de atender sus necesidades básicas y velar por su protección. Asimismo, la Obra de San Pedro Apóstol ayuda a cultivar las vocaciones misioneras, tanto sacerdotales como religiosas, mientras que la Unión Misionera se encarga de la formación de sacerdotes, religiosos y religiosas, y de todo el pueblo de Dios en la actividad misionera de la Iglesia.

La promoción del celo apostólico en el Pueblo de Dios sigue siendo un aspecto esencial de la renovación de la Iglesia, tal como la concibió el Concilio Vaticano II, y es aún más urgente en nuestros días. Nuestro mundo, herido por la guerra, la violencia y la injusticia, necesita escuchar el mensaje evangélico del amor de Dios y experimentar el poder reconciliador de la gracia de Cristo. En este sentido, la Iglesia misma, en todos sus miembros, está llamada cada vez más a ser «una Iglesia misionera, que abre los brazos al mundo, que anuncia la Palabra [...] y que se convierte en fermento de concordia para la humanidad» (Homilía de la Misa de inicio de Pontificado, 18 mayo 2025). Estamos llamados a llevar a todos los pueblos, más aún, a todas las criaturas, la promesa evangélica de una paz verdadera y duradera, que es posible porque, en palabras del Papa Francisco, «el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente "haciendo la paz mediante la sangre de su cruz"» (Evangelii gaudium, 229).

Es por eso que vemos la importancia de fomentar un espíritu de discipulado misionero en todos los bautizados y un sentido de urgencia en llevar a Cristo a todos los pueblos. A este respecto, quisiera agradecerles a ustedes y a sus colaboradores el esfuerzo que realizan cada año para promover la Jornada Mundial de las Misiones el penúltimo domingo de octubre, que me es de gran ayuda en mi solicitud por las Iglesias que están en zonas confiadas al Dicasterio para la Evangelización.

Hoy, como en los días posteriores a Pentecostés, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, prosigue su camino a lo largo de la historia con confianza, alegría y valentía, mientras proclama el nombre de Jesús y la salvación que nace de la fe en la verdad salvífica del Evangelio. Las Obras Misionales Pontificias son una parte importante de este gran esfuerzo. En su labor de coordinar la formación misionera y animar un espíritu misionero a nivel local, quisiera pedir a los directores nacionales que den prioridad

a las visitas de las diócesis, parroquias y comunidades, y que de este modo ayuden a los fieles a reconocer la importancia fundamental de las misiones y de apoyar a nuestros hermanos y hermanas que están en aquellas áreas de nuestro mundo donde la Iglesia es joven y está creciendo.

Antes de concluir el discurso de esta mañana, quisiera reflexionar con ustedes sobre dos elementos distintivos de la identidad de las Obras Misionales Pontificias. Que pueden ser descritas como comunión y universalidad. Como Obras encargadas de participar en el mandato misionero del Papa y del Colegio episcopal, ustedes están llamados a cultivar y promover en sus miembros la visión de la Iglesia como comunión de creyentes, animada por el Espíritu Santo, que nos hace entrar en la perfecta comunión y armonía de la Santísima Trinidad. En efecto, es en la Trinidad en quien todas las cosas encuentran su unidad. Esta dimensión cristiana de nuestra vida y misión la llevo en mi corazón, y se refleja en las palabras de san Agustín que elegí para mi servicio episcopal y ahora para mi ministerio pontificio: In Illo uno unum. Cristo es nuestro Salvador y en Él somos uno, la familia de Dios, más allá de la rica variedad de nuestras lenguas, culturas y experiencias.

El tomar conciencia de nuestra comunión como miembros del Cuerpo de Cristo nos abre naturalmente a la dimensión universal de la misión evangelizadora de la Iglesia, y nos inspira a ir más allá de los confines de nuestras propias parroquias, diócesis y naciones, para compartir con toda nación y pueblo la sobreabundante riqueza del conocimiento de Jesucristo (cf. Flp 3, 8).

Un enfoque renovado en la unidad y universalidad de la Iglesia corresponde precisamente al carisma auténtico de las Obras Misionales Pontificias. Como tal, debe inspirar el proceso de renovación de los estatutos que ustedes han iniciado. A este respecto, expreso mi confianza en que este proceso confirmará en su vocación de ser fermento de celo misionero dentro del Pueblo de Dios a los miembros de las Obras en todo el mundo.

Queridos amigos, nuestra celebración de este Año Santo nos interpela a todos a ser “peregrinos de esperanza”. Retomando las palabras que el Papa Francisco eligió como lema para esta Jornada Mundial de las Misiones, quisiera concluir animándolos a seguir siendo “misioneros de esperanza entre todos los pueblos”. Mientras los encomiendo a us-

tedes, a sus bienhechores y a todos los que están asociados a su importante labor a la amorosa intercesión de María, la Madre de la Iglesia, les imparto con afecto la Bendición Apostólica como prenda de alegría y paz duraderas en el Señor.

50. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS OFICIALES DE LA CURIA ROMANA Y A LOS EMPLEADOS DE LA SANTA SEDE, DE LA GOBERNACIÓN DEL ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO Y DEL VICARIATO DE ROMA

Aula Pablo VI
Sábado, 24 de mayo de 2025

¡Gracias! Cuando los aplausos duran más que el discurso, significa que tendré que hacer un discurso más largo... Por eso, ¡mejor estén atentos!

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra poder saludarlos a todos ustedes, que forman parte de las comunidades de trabajo de la Curia Romana, de la Gobernación y del Vicariato de Roma.

Saludo a los jefes de dicasterio y los demás superiores, a los jefes de sección y todos los oficiales; así como a las autoridades del Estado de la Ciudad del Vaticano, los dirigentes y el personal. Me da mucho gusto que estén presentes muchos miembros de sus familias, aprovechando que hoy es sábado.

Este primer encuentro entre nosotros no es el momento para pronunciar discursos programáticos, sino para expresarles mi agradecimiento por el servicio que llevan adelante; servicio que yo, por así decirlo, "heredo" de mis predecesores. Muchísimas gracias. Como ustedes bien saben, llegué hace sólo dos años, cuando el amado Papa Francisco me nombró Prefecto del Dicasterio para los Obispos. Tuve que dejar la Diócesis de Chiclayo, en Perú, y venir a trabajar aquí. ¡Qué cambio tan grande! Y ahora, ¿qué puedo decir? Sólo aquello que Simón Pedro le dijo a Jesús en el Lago de Tiberíades: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero» (Jn 21,17).

Los Papas, pasan; la Curia, permanece. Esto vale para todas las Curias episcopales en cada Iglesia particular. Y vale también para la Curia del Obispo de Roma. La Curia es una institución que custodia y trasmite la memoria histórica de una Iglesia, del ministerio de sus obispos. Y esto es

Volver al índice

muy importante. La memoria es un elemento esencial en un organismo vivo; no está enfocada sólo al pasado, sino que nutre el presente y orienta al futuro. Sin memoria se pierde el rumbo, se pierde el sentido del camino.

Queridos amigos, este es el primer pensamiento que quisiera compartir con ustedes: trabajar en la Curia romana significa contribuir a mantener viva la memoria de la Sede Apostólica, en el sentido vital que he apenas mencionado, de modo que el ministerio del Papa pueda realizarse de la mejor manera. Y por analogía, se puede aplicarse igualmente a los servicios del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Hay otro aspecto, complementario al de la memoria, que también me gustaría recordar; a saber, la dimensión misionera de la Iglesia, de la Curia y de toda institución vinculada con el ministerio petrino. Sobre esto insistió mucho el Papa Francisco que, en coherencia con el proyecto enunciado en la Exhortación apostólica Evangelii gaudium, reformó la Curia romana con la Constitución apostólica Praedicate Evangelium, en la perspectiva de la evangelización. Y lo hizo siguiendo los pasos de sus predecesores, especialmente de san Pablo VI y san Juan Pablo II.

Pienso que sabrán que la experiencia de la misión forma parte de mi vida, no sólo en cuanto bautizado —como para todos nosotros, los cristianos—, sino también porque siendo religioso agustino, me enviaron como misionero a Perú, y fue en medio del pueblo peruano que maduró mi vocación pastoral. Nunca podré agradecerle lo suficiente al Señor por este don. Después, la llamada a servir a la Iglesia aquí, en la Curia romana, fue una nueva misión que he compartido con ustedes durante estos últimos dos años. Y, en este nuevo servicio que me ha sido confiado, la continúo y la continuaré hasta que Dios quiera.

Por esta razón, le repito lo que dije en mi primer saludo, la tarde del 8 de mayo: «Debemos buscar juntos cómo ser una Iglesia misionera, una Iglesia que construye puentes dialogando, siempre abierta a recibir [...] con los brazos abiertos a todos, a todos aquellos que necesitan nuestra caridad, nuestra presencia, diálogo y amor». Estas palabras estaban dirigidas a la Iglesia de Roma. Y ahora las repito pensando en la misión de esta Iglesia hacia las demás Iglesias y el mundo entero, para servir a la comunión, a la unidad, en la caridad y en la verdad. El Señor ha conferido a Pedro y a sus sucesores esta misión; y todos ustedes, de diferentes maneras, colaboran en esta gran obra. Cada uno ofrece su propia contribución desempeñando el propio trabajo cotidiano con diligencia y

también con fe, porque la fe y la oración, como la sal para los alimentos, dan sabor.

Por lo tanto, si todos estamos llamados a cooperar en la gran causa de la unidad y del amor, tratemos de hacerlo, ante todo, con nuestro comportamiento en las circunstancias de cada día, comenzando con el ambiente laboral. Cada uno puede ser constructor de unidad con sus actitudes hacia los colegas, superando las inevitables incomprensiones con paciencia, con humildad, poniéndose en el lugar del otro, evitando los prejuicios y también con una buena dosis de humorismo, como nos enseñó el Papa Francisco.

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo muchas gracias. Estamos en el mes de mayo. Invoquemos juntos a la Virgen María para que bendiga a la Curia romana y a la Ciudad del Vaticano, y también a sus familias, especialmente a los niños, los ancianos y las personas enfermas y que sufren.

¡Gracias!

51. HOMENAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL ALCALDE DE LA CIUDAD DE ROMA
Plaza del Ara Coeli (al pie de la escalinata del Campidoglio)
Domingo, 25 de mayo de 2025

Señor Alcalde,

Le estoy muy agradecido por la acogida y las palabras de saludo que me ha dirigido. Junto con usted, doy las gracias a la Administración municipal, así como a las autoridades civiles y militares, en el día de mi toma de posesión como Obispo de Roma.

Al iniciar oficialmente mi ministerio de Pastor de esta Diócesis, siento la grave pero apasionante responsabilidad de servir a todos sus miembros, teniendo ante todo en mi corazón la fe del pueblo de Dios y, por tanto, el bien común de la sociedad. Para este último fin somos colaboradores, cada uno en su ámbito institucional. Inmediatamente después de la elección, recordaba a los hermanos y hermanas reunidos en la Plaza de San Pedro que soy cristiano con ustedes y obispo para ustedes: ¡hoy puedo decir con un título especial que para ustedes y con ustedes soy romano!

Volver al índice

Desde hace dos milenios, la Iglesia vive su apostolado en Roma anunciando el Evangelio de Cristo y prodigándose en la caridad. La educación de los jóvenes y la asistencia a los que sufren, la dedicación a los últimos y el cultivo de las artes son expresiones de ese cuidado por la dignidad humana que debemos sostener en todo momento, especialmente hacia los pequeños, los débiles y los pobres. En el año santo del Jubileo, esta solicitud se extiende a los peregrinos procedentes de todas partes del mundo, y se beneficia también del compromiso profuso por la Administración Capitolina, por lo que expreso mi viva gratitud.

Señor alcalde, deseo que Roma, incomparable por la riqueza de su patrimonio histórico y artístico, se distinga siempre también por aquellos valores de humanidad y civilización que encuentran en el Evangelio su savia vital. Con estos sentimientos, imparto la bendición apostólica a esta ciudad y a todos sus habitantes.

52. CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y TOMA DE POSESIÓN DE LA CATHEDRA ROMANA DEL OBISPO DE ROMA LEÓN XIV PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV Basílica de San Juan de Letrán VI Domingo de Pascua, 25 de mayo de 2025

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, comunidad de Roma, me alegra mucho estar aquí con ustedes esta tarde, en este acto litúrgico, en el que hemos celebrado mi toma de posesión como nuevo obispo de Roma. ¡Gracias a todos ustedes!

Vivir nuestra fe, especialmente durante este Año Jubilar, buscando la esperanza; pero tratando de ser nosotros mismos un testimonio que ofrece esperanza al mundo. ¡Un mundo que sufre tanto, tanto dolor, por las guerras, la violencia, la pobreza! Pero a nosotros, cristianos, el Señor nos pide que seamos siempre este testimonio vivo. Vivir nuestra fe, sentir en nuestro corazón que Jesucristo está presente y saber que Él nos acompaña siempre en nuestro camino.

¡Gracias a ustedes por caminar juntos! ¡Caminemos todos juntos! Cuenten siempre conmigo, que con ustedes soy cristiano y para ustedes

obispo. ¡Gracias a todos!
¡Buenas tardes a todos! Vivamos con esta alegría, siempre. Gracias.

53. VISITA A LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR Y VENERACIÓN DEL ICONO DE LA BEATA VIRGEN MARÍA «SALUS POPULI ROMANI» DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV VI Domingo de Pascua, 25 de mayo de 2025

Hermanos y hermanas,
¡la paz esté con ustedes!

Buenas tardes a todos. ¡Gracias por estar aquí! Gracias por estar aquí, ante esta basílica, en esta tarde, en esta noche, en la que celebramos, todos reunidos, como miembros de la diócesis de Roma, la presencia de su nuevo obispo. Estoy muy feliz de encontrarlos a todos aquí y les doy las gracias de corazón.

Doy las gracias a todos los que trabajan en esta Basílica, a los dos cardenales que me acompañan esta noche y a las muchas personas que se dedican a ayudarnos a vivir nuestra vida de oración, de devoción, y que sobre todo nos ayudan a acercarnos a la Madre de Jesús, a la Madre de Dios, María Santísima. Es una hermosa oportunidad para renovar esta devoción a María, Salus Populi Romani, que tantas veces ha acompañado al pueblo de Roma en sus necesidades.

Pidamos a Dios, por intercesión de su Madre, que los bendiga a todos, a sus familias, a sus seres queridos y que nos ayude a todos a caminar juntos en la Iglesia, unidos como la única familia de Dios.
Buenas noches a todos y muchas gracias.

54. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL TÉRMINO DE LA MISA PRESIDIDA POR EL CARD. ARINZE, CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN JUBILAR POR LA PAZ EN ÁFRICA - Altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro Lunes, 26 de mayo de 2025

Buenas tardes a todos, en particular a los representantes.

Pueden sentarse, yo permaneceré de pie.

Volver al índice

Solo he venido un momento para saludarlos a todos y darles la bienvenida a Roma, al Vaticano, a la Basílica de San Pedro, y para unirme brevemente a ustedes en esta peregrinación jubilar durante el Año Santo, un año que nos inspira a todos y nos invita a buscar la esperanza, pero también a ser signos de esperanza.

Qué importante es que cada persona bautizada se sienta llamada por Dios a ser signo de esperanza en el mundo de hoy.

Es nuestra fe la que nos da la fuerza. Es nuestra fe la que nos permite ver la luz de Jesucristo en nuestra vida y comprender lo importante que es vivir nuestra fe. No solo los domingos, no solo durante una peregrinación, sino todos los días, para que estemos llenos de la esperanza que solo Jesucristo puede darnos y todos juntos sigamos caminando unidos como hermanos y hermanas para alabar a nuestro Dios, para reconocer que todo lo que tenemos y todo lo que somos es un don de Dios, y para poner estos dones al servicio de los demás.

Me alegra mucho poder saludarlos a todos esta tarde, aunque sea por un momento, y poder decir a cada uno de ustedes: gracias por vivir su vida, su fe en Jesucristo.

Ya están bien acompañados por sus Eminencias, el cardenal Turkson, el cardenal Arinze, y también por el arzobispo Fortunatus, y todos nosotros juntos, llenos del gran testimonio que todos ustedes están dando y que el continente africano da al mundo entero. Digamos: «Gracias, Señor Jesús, alabado sea tu nombre». Dios los bendiga.

Concluiré, pues, con la bendición. El Señor esté con ustedes. Que Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, los bendiga. Amén. Que la paz de Dios esté siempre con ustedes.

55. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA SOCIEDAD DEPORTIVA DE FÚTBOL DEL NÁPOLES
Sala Clementina
Martes, 27 de mayo de 2025

Quizás no querían aplaudir porque en la prensa dicen que soy hincha de la Roma... ¡Pero bienvenidos! Eso lo dice la prensa. ¡No todo lo que leen en la prensa es verdad!

Queridos amigos,

¡bienvenidos!¡Y felicitaciones por la victoria en el campeonato! ¡Es una gran fiesta para la ciudad de Nápoles!

Y precisamente sobre esto me gustaría hacer una reflexión con ustedes. Ganar el campeonato es una meta que se alcanza al final de un largo camino, donde lo que más cuenta no es la hazaña de un momento, ni la actuación extraordinaria de un campeón. El campeonato lo gana el equipo, y cuando digo «equipo» me refiero tanto a los jugadores como al entrenador con todo el equipo técnico y la sociedad deportiva.

Por eso, me alegra mucho darles la bienvenida ahora, para destacar este aspecto de su éxito, que considero el más importante. Y diría que también lo es desde el punto de vista social. Sabemos lo popular que es el fútbol en Italia y prácticamente en todo el mundo. Y, por lo tanto, también desde este punto de vista, me parece que el valor social de un acontecimiento como este, que va más allá del mero aspecto técnico-deportivo, es el ejemplo de un equipo —en sentido amplio— que trabaja unido, en el que el talento de cada uno se pone al servicio del conjunto.

Y hay una última cosa que me gustaría decir aprovechando esta ocasión. Se trata del aspecto educativo. Lamentablemente, cuando el deporte se convierte en negocio, corre el riesgo de perder los valores que lo hacen educativo, y puede llegar a ser incluso “deseducativo”. Sobre este aspecto hay que vigilar, especialmente cuando tenemos que ver con los adolescentes. Hago un llamamiento a los padres y a los dirigentes deportivos: hay que prestar mucha atención a la calidad moral de la experiencia deportiva a nivel agonístico, porque está en juego el crecimiento humano de los jóvenes. Creo que nos entendemos, no hacen falta muchas palabras.

Les agradezco su visita. ¡Y felicitaciones de nuevo! Felicitaciones también de parte de una señora que estos días me está preparando la comida, que es de Nápoles y les dice: ¡muchas felicitaciones! ¡Le encantaría estar aquí también, a la señora Rosa, una gran hincha!

Que el Señor los bendiga a todos ustedes y a sus familias. ¡Muchas felicidades!

Volver al índice

56. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES Y ASOCIACIONES QUE HAN DADO VIDA A LA «ARENA DE LA PAZ» (Verona)
Sala Clementina
Viernes, 30 de mayo de 2025

¡Gracias, gracias! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas,

Me alegra acoger a ustedes, miembros de los movimientos y asociaciones que hace un año dieron vida al gran encuentro «Arena de la Paz», en Verona, con la participación del Papa Francisco. Agradezco en particular al obispo de Verona, monseñor Domenico Pompili, y también a los Padres Combonianos. En aquella ocasión, el Papa reiteró que la construcción de la paz comienza poniéndose del lado de las víctimas, compartiendo su punto de vista. Esta perspectiva es esencial para desarmar los corazones, las miradas, las mentes y denunciar las injusticias de un sistema que mata y se basa en la cultura del descarte.

No podemos olvidar el valiente abrazo entre el israelí Maoz Inon, cuyos padres fueron asesinados por Hamás, y el palestino Aziz Sarah, cuyo hermano fue asesinado por el ejército israelí, y que ahora son amigos y colaboradores: ese gesto permanece como testimonio y signo de esperanza. Y les damos las gracias por haber querido estar presentes también hoy.

El camino hacia la paz requiere corazones y mentes entrenados y formados en la atención al otro y capaces de reconocer el bien común en el contexto actual. El camino que conduce a la paz es comunitario, pasa por el cuidado de las relaciones de justicia entre todos los seres vivos. La paz, afirmó San Juan Pablo II, es un bien indivisible, o es de todos o no es de nadie (cf. Carta. enc. Sollicitudo rei socialis, 26). Solo se activa en las conciencias «una determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común» (ibíd., 38), puede realmente conquistarse y disfrutarse como calidad de vida y como desarrollo integral.

En una época como la nuestra, marcada por la rapidez y la inmediatez,

debemos recuperar los largos tiempos necesarios para que estos procesos puedan tener lugar. La historia, la experiencia y las muchas buenas prácticas que conocemos nos han hecho comprender que la paz auténtica es la que toma forma a partir de la realidad (territorios, comunidades, instituciones locales, etc.) y escuchándola.

Precisamente por eso nos damos cuenta de que esta paz es posible cuando las diferencias y los conflictos que conlleva no se eliminan, sino que se reconocen, se asumen y se superan. Por eso es particularmente valioso su compromiso como movimientos y asociaciones populares, que de manera concreta y «desde abajo», en diálogo con todos y con la creatividad y la genialidad que nacen de la cultura de la paz, están llevando a cabo proyectos y acciones al servicio concreto de las personas y del bien común. De este modo ustedes generan esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, hay demasiada violencia en el mundo, hay demasiada violencia en nuestras sociedades. Ante las guerras, el terrorismo, la trata de seres humanos, la agresividad generalizada, los niños y los jóvenes necesitan experiencias que eduquen en la cultura de la vida, del diálogo, del respeto recíproco. Y ante todo necesitan testimonios de un estilo de vida diferente, no violento. Por lo tanto, desde el nivel local y cotidiano hasta el orden mundial, cuando quienes han sufrido injusticias y las víctimas de la violencia saben resistir la tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles de los procesos no violentos de construcción de la paz.La no violencia como método y como estilo debe caracterizar nuestras decisiones, nuestras relaciones, nuestras acciones.

El evangelio y la doctrina social son para los cristianos el alimento constante de este compromiso, pero al mismo tiempo pueden ser una brújula válida para todos. Porque se trata, en efecto, de una tarea encomendada a todos, creyentes y no creyentes, que deben elaborar y realizar mediante la reflexión y la práctica inspiradas en la dignidad de la persona y el bien común.

Si quieres la paz, prepara instituciones de paz.

Somos cada vez más conscientes de que no se trata solo de instituciones políticas, nacionales o internacionales, sino que es el conjunto de las instituciones —educativas, económicas, sociales— el que está en juego. En la encíclica Fratelli tutti se repite muchas veces la necesidad de construir un «nosotros», que debe traducirse también a nivel institucional.

Volver al índice

Por eso los animo a comprometerse y a estar presentes: presentes en la masa de la historia como levadura de unidad, de comunión, de fraternidad. La fraternidad necesita ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada, con la esperanza confiada de que es posible gracias al amor de Dios, «derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo» (Rm 5,5). Queridos amigos, les doy las gracias por haber venido. Rezo por ustedes: para que puedan trabajar con tenacidad y paciencia. Y los acompaño con mi bendición. ¡Gracias!

[Bendición]

¡Muchas gracias y felicitaciones a todos ustedes!

57. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
AL TERMINAR EL ROSARIO EN LOS JARDINES VATICANOS
Gruta de Lourdes de los jardines vaticanos
Sábado, 31 mayo 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Con alegría me uno a vosotros en esta Vigilia de oración que clausura el mes de mayo. Es un gesto de fe con el que, de manera sencilla y devota, nos reunimos bajo el manto materno de María. Este año, además, esta celebración nos recuerda algunos aspectos importantes del Jubileo que estamos viviendo: la alabanza, el camino, la esperanza y, sobre todo, una fe meditada y vivida en comunión.

Habéis rezado juntos el santo Rosario, una oración que —como subrayó san Juan Pablo II— tiene una fisonomía mariana y un corazón cristológico, y que «concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico» (Carta apostólica Rosarium Virginis Mariae, 16 de octubre de 2002, 1).

Al meditar los misterios gozosos durante el camino recorrido, habéis entrado y os habéis detenido —como en una peregrinación— en diversos momentos de la vida de Jesús: en la casa de Nazaret contemplando la Anunciación, en la de Zacarías contemplando la Visitación —que hoy hemos celebrado—, en la gruta de Belén contemplando la Navidad, en el Templo de Jerusalén contemplando la presentación y luego el hallazgo de Jesús. Os han acompañado, en el rezo repetido del Avemaría, las palabras del ángel a la Madre de Dios: «Alégrate, llena de gracia: el Señor está contigo» (Lc 1,28), y también las palabras de Isabel, que la

recibe con gozo: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1,42).

Vuestros pasos han sido así marcados por la Palabra de Dios, que ha guiado, con su ritmo, el andar, las pausas y los nuevos comienzos, tal como sucedía con el pueblo de Israel en el desierto, camino de la Tierra Prometida.

Miremos, pues, nuestra vida como un camino de seguimiento de Jesús, recorrido —como hemos hecho esta tarde— junto a María. Y pidamos al Señor saber alabarle cada día «con la vida y con la lengua, con el corazón y con los labios, con la voz y con la conducta» (San Agustín, Sermón 256,1), evitando los desacordes: que la lengua esté en sintonía con la vida, y los labios con la conciencia (cf. ibid.).

Saludo a los señores cardenales presentes, a los obispos, sacerdotes, personas consagradas y a todos los fieles. Deseo expresar, de modo especial, mi afecto y gratitud a las Hermanas Benedictinas del Monasterio Mater Ecclesiae, que con su oración oculta y constante sostienen nuestra comunidad y nuestro trabajo.

Que la alegría de este momento permanezca y crezca en nosotros: «en nuestra vida personal y familiar, en cada ambiente, y especialmente en la vida de esta familia que, aquí en el Vaticano, está al servicio de la Iglesia universal» (Benedicto XVI, Clausura del mes de mayo, 31 de mayo de 2012). Que el Señor nos bendiga y nos acompañe siempre, y que María interceda por nosotros. ¡Gracias!

58. SALUDO DE SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS CICLISTAS DEL GIRO D'ITALIA AL PASAR POR LA CIUDAD ESTADO DEL VATICANO Plaza de los protomartores Romanos Domingo, 1° Junio 2025

¡Buenos días a todos! ¡Bienvenidos al Vaticano!

Es un placer poder saludaros en esta última etapa del Giro de Italia. Espero que para todos sea realmente un día precioso. Sabed que sois modelos para los jóvenes de todo el mundo. El Giro de Italia es muy querido, y no solo en Italia. El ciclismo es muy importante, como lo es el deporte en general.

Volver al índice

Gracias por todo lo que hacéis: ¡sed verdaderos modelos! Y espero que, así como habéis aprendido a cuidar el cuerpo, también el espíritu esté siempre bendecido, y que prestéis atención a la persona en su totalidad: cuerpo, mente, corazón y espíritu. ¡Que Dios os bendiga!

Que Dios os bendiga a todos en esta última parte del Giro de Italia. Felicidades a cada uno y sabed que siempre sois bienvenidos aquí, en el Vaticano. Siempre sois acogidos por la Iglesia, que representa el amor de Dios para todos los pueblos.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

¡Felicidades! ¡Tanti auguri a tutti!

59 DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DEL CARDINALE IULIU HOSSU (1885-1970)
Capilla Sistina
Lunes, 2 junio 2025

¡Queridos hermanos y hermanas!

Nos hemos reunido hoy en la Capilla Sixtina para conmemorar, en este Año Jubilar dedicado a la esperanza, a un apóstol de la esperanza: el beato cardenal Iuliu Hossu, obispo greco-católico de Cluj-Gherla, pastor y mártir de la fe durante la persecución comunista en Rumanía. Hoy, de algún modo, él entra en esta Capilla, después de que san Pablo VI, el 28 de abril de 1969, lo creara cardenal in pectore, mientras se encontraba en prisión por haber permanecido fiel a la Iglesia de Roma.

Saludo con alegría a todos los presentes: a los representantes de la Iglesia Greco-Católica de Rumanía, a las autoridades y, de modo especial, al Honorable Silviu Vexler, presidente de la Federación de Comunidades Judías en Rumanía.

Este es un año especial dedicado al cardenal Iuliu Hossu, símbolo de fraternidad más allá de cualquier frontera étnica o religiosa. Su proceso de reconocimiento como “Justo entre las Naciones”, iniciado en 2022, se basa en su valiente compromiso en favor de los judíos de Transilvania del Norte, cuando entre 1940 y 1944 los nazis pusieron en marcha el trágico plan de deportarlos a campos de exterminio.

Corriendo enormes riesgos para sí mismo y para la Iglesia Greco-Católica, el beato Hossu emprendió numerosas acciones para proteger a los judíos y evitar su deportación. En la primavera de 1944, mientras en Cluj-Napoca (en húngaro Kolozsvár) y otras ciudades de Transilvania se preparaba su confinamiento en guetos, movilizó al clero y a los fieles greco-católicos, publicando el 2 de abril de 1944 una carta pastoral. De ella tenemos testimonio gracias a Moshe Carmilly-Weinberger, ex gran rabino de la comunidad judía de Cluj-Napoca, en la que lanzaba un llamado vibrante y profundamente humano:

«Nuestro llamamiento –escribía– va dirigido a todos vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, para que ayudéis a los judíos no solo con vuestras intenciones, sino también con vuestro sacrificio, sabiendo que hoy no podemos realizar una obra más noble que esta ayuda cristiana y rumana, nacida de una ardiente caridad humana. La primera preocupación en este momento debe ser esta obra de socorro».

Según el testimonio del propio ex gran rabino, el cardenal Hossu, entre 1940 y 1944, contribuyó a salvar de la muerte a miles de judíos de la Transilvania septentrional.

La esperanza de este gran pastor fue la de un hombre fiel, que sabe que las puertas del mal no prevalecerán contra la obra de Dios.

Su vida fue un testimonio de fe vivida hasta el final, en la oración y en la entrega al prójimo. Fue un hombre de diálogo y un profeta de esperanza, y el Papa Francisco lo beatificó el 2 de junio de 2019 en Blaj. En aquella ocasión, durante la homilía, citó una frase suya como síntesis de su vida:

«Dios nos ha enviado a estas tinieblas del sufrimiento para ofrecer el perdón y orar por la conversión de todos».

Estas palabras expresan la esencia del espíritu de los mártires: una fe inquebrantable en Dios, sin odio, pero con la misericordia que transforma el sufrimiento en amor hacia los perseguidores. Son aún hoy una invitación profética a vencer el odio mediante el perdón y a vivir la fe con dignidad y valentía.

Cercana a los sufrimientos del pueblo judío, que culminaron en el drama del Holocausto, la Iglesia conoce bien lo que significan el dolor, la marginación y la persecución. Por eso mismo se siente llamada a construir

Volver al índice

una sociedad centrada en el respeto de la dignidad humana como exigencia de la conciencia.

El mensaje del cardenal Hossu es hoy más actual que nunca. Lo que hizo por los judíos de Rumanía, las acciones que llevó a cabo para proteger al prójimo, pese a todo riesgo y peligro, lo muestran como un modelo de hombre libre, valiente y generoso hasta el sacrificio supremo. Por eso, su lema —«Nuestra fe es nuestra vida»— debería convertirse en el lema de cada uno de nosotros.

Deseo que su ejemplo —que anticipó los contenidos expresados después en la declaración Nostra aetate del Concilio Vaticano II, cuyo sexagésimo aniversario se acerca—, así como vuestra amistad, sean una luz para el mundo de hoy. Digamos "no" a la violencia, a toda forma de violencia, y más aún cuando se ejerce contra personas indefensas, como los niños y las familias.

¡Que Dios bendiga a cada uno de vosotros y a vuestros seres queridos!

60. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS SUPERIORES Y A LOS OFICIALES DE LA SECRETARÍA DE ESTADO
Sala Clementina
Jueves, 5 de junio de 2025

Eminencia, señor Cardenal Parolin,

Excelencias, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,

queridas hermanas y queridos hermanos.

Agradezco ante todo al Secretario de Estado por estas palabras de introducción que ha pronunciado, y por la continua colaboración que me está ofreciendo mientras realizo los primeros pasos de este Pontificado.

Estoy muy contento de encontrarme con ustedes, que ofrecen un precioso servicio a la vida de la Iglesia ayudándome a sacar adelante la misión que me ha sido confiada. En efecto, como afirma la Praedicate Evangelium, la Secretaría de Estado, en cuanto secretaría papal regida por el Secretario de Estado, ayuda de cerca al Romano Pontífice en el ejercicio de su suprema misión (cf. art. 44-45).

Me consuela saber que no estoy solo y que comparto la responsabilidad de mi ministerio universal junto con ustedes.

No está en el texto, pero digo muy sinceramente que en estas pocas semanas —aún no se ha cumplido un mes de mi servicio en este ministerio petrino—, está claro que el Papa solo no puede ir adelante y que es necesario, es muy necesario, poder contar con la colaboración de muchos en la Santa Sede, pero de manera especial con todos ustedes, de la Secretaría de Estado. Se lo agradezco de corazón.

La historia de esta Institución se remonta, como sabemos, a finales del siglo XV. Con el tiempo, ha ido asumiendo un rostro cada vez más universal y se ha ampliado considerablemente, con una progresión que la ha llevado a asumir nuevas tareas, a causa de las nuevas exigencias tanto en el ámbito eclesial como en las relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales. Actualmente, casi la mitad de ustedes son laicos. Y las mujeres, laicas y religiosas, son más de cincuenta.

Este desarrollo ha hecho que hoy la Secretaría de Estado refleje en sí misma el rostro de la Iglesia. Se trata de una gran comunidad que trabaja junto con el Papa: juntos compartimos las interrogantes, las dificultades, los desafíos y las esperanzas del Pueblo de Dios, presentes en el mundo entero. Lo hacemos expresando siempre dos dimensiones esenciales: la encarnación y la catolicidad.

Estamos encarnados en el tiempo y en la historia, porque si Dios ha elegido el camino humano y el lenguaje de los hombres, también la Iglesia está llamada a seguir esta senda, de manera que la alegría del Evangelio pueda alcanzar a todos y sea transmitida a las culturas y a los lenguajes actuales. Y, al mismo tiempo, tratamos de mantener siempre una mirada católica, universal, que nos permita valorar las diversas culturas y sensibilidades. De este modo podremos ser un centro promotor, comprometido en la construcción de la comunión entre la Iglesia de Roma y las Iglesias locales, así como con las relaciones de amistad dentro de la comunidad internacional.

En las últimas décadas, estas dos dimensiones —estar encarnados en el tiempo y tener una mirada universal— se han vuelto más constitutivas del trabajo de la Curia. Hacia este camino nos ha llevado la reforma de la Curia Romana llevada a cabo por san Pablo VI, el cual, inspirándose en la visión del Concilio Vaticano II, percibió con fuerza la urgencia de que

Volver al índice

la Iglesia estuviera atenta a los desafíos de la historia, considerando «el ritmo sumamente acelerado de la vida actual» y cómo han «cambiado las circunstancias de nuestros tiempos» (Regimini Ecclesiae universae, 15 agosto 1967). Al mismo tiempo, él subrayó la necesidad de un servicio que exprese la catolicidad de la Iglesia y, con ese propósito, dispuso que «todos los que ayuden a la Sede Apostólica en su gobierno, sean llamados de todas partes» (ibíd.).

Mientras que la encarnación nos lleva a lo concreto de la realidad y a temas específicos y particulares, tratados por los distintos organismos de la Curia, la universalidad, recordando el misterio de la unidad multiforme de la Iglesia, nos pide un trabajo de síntesis que pueda ayudar a la acción del Papa. Y el vínculo de conjunción y de síntesis, es precisamente la Secretaría de Estado. Por eso, san Pablo VI —experto en la Curia Romana— quiso dar a esta Oficina una nueva estructura, constituyéndola de hecho como un punto de conexión y, consecuentemente, estableciéndola en su rol fundamental de coordinación de los Dicasterios y de las Instituciones de la Sede Apostólica.

Este rol de coordinación de la Secretaría de Estado se retoma en la reciente Constitución Apostólica Praedicate Evangelium, entre las múltiples tareas confiadas a la Sección para los Asuntos Generales, bajo la dirección del Sustituto con la ayuda del Asesor (cf. art. 45-46). Junto a la Sección para los Asuntos Generales, la misma Constitución identifica a la Sección para las Relaciones con los Estados y Organismos Internacionales, guiada por el Secretario con la ayuda de dos Subsecretarios, a la que corresponde el cuidado de las relaciones diplomáticas y políticas de la Sede Apostólica con los Estados y demás sujetos de derecho internacional en este delicado momento de la historia. La Sección para el Personal Diplomático de la Santa Sede, con su Secretario y el Subsecretario, trabaja en cambio en el cuidado de las Representaciones Pontificias y de los Miembros del Cuerpo Diplomático aquí en Roma y el mundo.

Sé que estas tareas son muy exigentes y, algunas veces, pueden ser incomprendidas. Por ello, quisiera expresarles mi cercanía y, sobre todo, mi profunda gratitud. Gracias por las competencias que ponen a disposición de la Iglesia, por su trabajo casi siempre escondido y por el espíritu evangélico que lo inspira. Y permítanme, precisamente por este reconocimiento que hago, dirigirles una exhortación refiriéndome una vez más a san Pablo VI: que este lugar no sea contaminado por las ambiciones y antagonismos, al contrario, sean una verdadera comunidad

de fe y de caridad, «de hermanos y de hijos del Papa», que se desviven generosamente por el bien de la Iglesia (cf. Discurso a la Curia Romana, 21 septiembre 1963).

Los encomiendo a todos a la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia. Y, mientras les agradezco —porque sé que rezan por mí todos los días, y lo espero tanto—, los bendigo de todo corazón; a ustedes, a sus seres queridos y a su trabajo. Muchas gracias.

61. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LOS SIGUIENTES CAPITULOS GENERALES: SOCIEDAD DE MISIONES AFRICANAS; TERCERA ORDEN REGULAR DE SAN FRANCISCO; FORMADORES DE LOS SIERVOS DEL PARÁCLITO

Sala del Consistorio
Viernes, 6 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos!

Saludo a los Superiores Generales presentes, especialmente a los recién elegidos, a los miembros de los órganos de gobierno y a todos ustedes, pertenecientes a la Tercera Orden Regular de San Francisco – ¿quién es el nuevo General? ¿Ya ha sido reelegido? Ah, todavía no, bien; también a la Sociedad de las Misiones Africanas y al Instituto de los Siervos del Paráclito.

Muchos de ustedes vienen a este encuentro en el contexto del Capítulo General, en un momento importante para su vida y para la de toda la Iglesia. Recemos, pues, ante todo al Señor por sus Institutos y por todas las personas consagradas, para que «teniendo como único fin y por encima de todo a Dios, unan la contemplación, con la que se adhieren a Dios con la mente y con el corazón, y el ardor apostólico, con el que se esfuerzan por colaborar en la obra de la redención» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Perfectae caritatis, 5).

Ustedes aquí representan tres realidades carismáticas nacidas en momentos diferentes de la historia de la Iglesia, en respuesta a necesidades

Volver al índice

contingentes de diversa índole, pero unidas y complementarias en la armoniosa belleza del Cuerpo místico de Cristo (cf. Id., Const. dogm. Lumen gentium, 7).

La fundación más antigua, entre las aquí presentes, es la de la Tercera Orden Regular de San Francisco, cuyos inicios se remontan al mismo Santo de Asís, salvo la elevación a Orden que tuvo lugar posteriormente por obra del Papa Nicolás V (cf. Bula Pastoralis officii, 20 de julio de 1447). Los temas que abordan en el 113° Capítulo General —la vida común, la formación y las vocaciones— conciernen en cierta medida a toda la gran Familia de Dios. Sin embargo, es importante que, como dice el título que han dado a sus trabajos, los aborden a la luz de su carisma «penitencial». Esto nos recuerda, en efecto, que, según las propias palabras de San Francisco, solo a través de un camino constante de conversión podemos ofrecer a los hermanos «las fragantes palabras de nuestro Señor Jesucristo» (Primera carta a los fieles, 19).

De fecha más reciente es la Sociedad de Misiones Africanas, fundada el 8 de diciembre de 1856 por el venerable obispo Melchior de Marion Brésillac, signo de esa misión que está en el corazón mismo de la vida de la Iglesia (cf. Francisco, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 273). La historia de su Instituto, queridos hermanos, da buen testimonio de esta verdad: la fidelidad a la misión, en efecto, les ha permitido superar a lo largo del tiempo mil dificultades internas y externas a sus comunidades y les ha hecho crecer, sacando de las adversidades la ocasión y la inspiración para partir hacia nuevos horizontes apostólicos en África y luego en otras partes del mundo. A este respecto, es muy hermosa la exhortación que les dejó el fundador de mantenerse fieles, en el anuncio, a la sencillez de la predicación apostólica y, al mismo tiempo, siempre dispuestos a abrazar la «locura de la Cruz» (cf. 1 Cor 1, 17-25): sencillos y tranquilos, incluso ante las incomprensiones y las burlas del mundo. Libres de cualquier condicionamiento porque «llenos» de Cristo, y capaces de llevar a los hermanos al encuentro con Él porque animados por una única aspiración: anunciar a todo el mundo su Evangelio (cf. Flp 1,12-14.21). ¡Qué gran signo para toda la Iglesia y para todo el mundo!

Y llegamos al instituto de fundación más reciente: los Siervos del Paráclito. Siervos de ese Espíritu que habita en nosotros (cf. Rom 8,9) por el don del Bautismo y que sana «quod est saucium», es decir, lo que está herido, como cantaremos dentro de unos días en la secuencia de Pentecostés. Siervos del Espíritu que sana: así los quiso el padre Gerald Fitzgerald, que en 1942 inició su obra de atención a los sacerdotes en di-

ficultad, «Pro Christo sacerdote», como dice su lema (cf. Constituciones, 4,4). Desde entonces, en diversas partes del mundo, llevan a cabo su ministerio de cercanía humilde, paciente, delicada y discreta hacia personas profundamente heridas, proponiéndoles itinerarios terapéuticos que, junto a una vida espiritual sencilla e intensa, personal y comunitaria, acompañan de una asistencia profesional altamente cualificada y diferenciada según las necesidades. Su presencia también nos recuerda algo importante: que todos nosotros, aunque llamados a ser ministros de Cristo, médicos de almas (cf. Lc 5, 31-32) para nuestros hermanos y hermanas, somos ante todo enfermos que necesitan curación. Como dice san Agustín, utilizando la imagen de una barca, todos nosotros «en esta vida tenemos como hendiduras propias de nuestra mortalidad y fragilidad, por las que entra el pecado desde las olas de este siglo» (Discurso 278, 13,13). Y el santo obispo de Hipona propone un remedio para el mal: «Para vaciarnos y no hundirnos —dice—, pongamos mano... a esta exhortación... ¡Perdonemos!» (ibíd.). Perdonemos, porque en todas partes, «en nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y en los movimientos, en definitiva, en todas partes donde haya cristianos, todos [...] [puedan] encontrar un oasis de misericordia» (Francisco, Bula Misericordiae Vultus, 11 de abril de 2015, 12).

Queridos, gracias por su visita, que hoy en esta sala nos muestra a la Iglesia en tres dimensiones luminosas de su belleza: el compromiso de la conversión, el entusiasmo de la misión y el calor de la misericordia. Gracias por el gran trabajo que realizan en todo el mundo. Los bendigo y rezo por ustedes, en esta novena de Pentecostés, para que sean cada vez más instrumentos dóciles del Espíritu Santo según los designios de Dios. Gracias.

62. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MODERADORES DE LAS ASOCIACIONES DE FIELES, DE MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES

Sala Clementina
Viernes, 6 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Señor cardenal,
!queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas!

Volver al índice

Me complace acogerles con motivo del encuentro anual organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida con ustedes, moderadores, responsables internacionales y delegados de las asociaciones eclesiales reconocidas o erigidas por la Santa Sede.

Ustedes representan a miles de personas que viven su experiencia de fe y su apostolado en asociaciones, movimientos y comunidades. Por eso, deseo ante todo darles las gracias por el servicio de guía y animación que prestan. Apoyar y animar a los hermanos en el camino cristiano conlleva responsabilidad, compromiso, a menudo también dificultades e incomprensiones, pero es una tarea indispensable y de gran valor. La Iglesia les está agradecida por todo el bien que hacen.

El don de la vida asociativa y de los carismas

Las realidades asociativas a las que pertenecen son muy diferentes entre sí, por su naturaleza y su historia, y todas son importantes para la Iglesia. Algunas nacieron para compartir un objetivo apostólico, caritativo, de culto, o para apoyar el testimonio cristiano en entornos sociales específicos. Otras, en cambio, surgieron de una inspiración carismática, un carisma inicial que dio vida a un movimiento, a una nueva forma de espiritualidad y de evangelización.

En la voluntad de asociarse, que dio origen al primer tipo de agregaciones, encontramos una característica esencial: ¡nadie es cristiano por sí solo! Somos parte de un pueblo, de un cuerpo que el Señor ha constituido. San Agustín, hablando de los primeros discípulos de Jesús, dice: «Se habían convertido ciertamente en templo de Dios, y no solo lo habían hecho individualmente, sino que todos juntos se habían convertido en templo de Dios» (En. in Ps. 131, 5). La vida cristiana no se vive en aislamiento, como si fuera una aventura intelectual o sentimental, confinada en nuestra mente y en nuestro corazón. Se vive con los demás, en un grupo, en una comunidad, porque Cristo resucitado se hace presente entre los discípulos reunidos en su nombre.

El apostolado asociado de los fieles ha sido vivamente alentado por el Concilio Vaticano II, en particular con el Decreto sobre el apostolado de los laicos, donde, entre otras cosas, se afirma que «es también muy importante porque muchas veces exhibe que se lleve a cabo en una acción común o en las comunidades de la Iglesia o en los diversos ambientes. Las asociaciones, erigidas para los actos comunes del apostola-

do, apoyan a sus miembros y los forman para el apostolado, y organizan y regulan convenientemente su obra apostólica, de forma que son de esperar frutos mucho más abundantes que si cada uno trabaja separadamente. (n. 18).

Luego están las realidades nacidas de un carisma: el carisma de un fundador o de un grupo de iniciadores, o el carisma inspirado en el de un instituto religioso. También esta es una dimensión esencial en la Iglesia. Quisiera invitarles a considerar los carismas en referencia a la gracia, al don del Espíritu. En la carta Iuvenescit Ecclesia, que ustedes conocen bien, se dice que la jerarquía eclesiástica y el sacramento del Orden existen para que permanezca siempre viva entre los fieles «la oferta objetiva de la gracia» que se da a través de «los sacramentos, el anuncio normativo de la Palabra y el cuidado pastoral» (n. 14). Los carismas, en cambio, «se distribuyen libremente por el Espíritu Santo, para que la gracia sacramental lleve sus frutos a la vida cristiana de diferentes maneras y en todos sus niveles.» (n. 15).

Por lo tanto, todo en la Iglesia se comprende en referencia a la gracia: la institución existe para que siempre se ofrezca la gracia, los carismas son suscitados para que esta gracia sea acogida y dé fruto. Sin los carismas, se corre el riesgo de que la gracia de Cristo, ofrecida en abundancia, no encuentre terreno fértil para ser recibida. Por eso Dios suscita los carismas, para que despierten en los corazones el deseo de encontrar a Cristo, la sed de la vida divina que Él nos ofrece, en una palabra, ¡la gracia!

Con esto quiero reiterar, siguiendo la estela de mis predecesores y con el Magisterio de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, que los dones jerárquicos y los dones carismáticos «son coesenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús» (San Juan Pablo II, Mensaje al Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales, 27 de mayo de 1998). Gracias a los carismas que han dado origen a sus movimientos y comunidades, muchas personas se han acercado a Cristo, han recuperado la esperanza en la vida, han descubierto la maternidad de la Iglesia y desean ser ayudadas a crecer en la fe, en la vida comunitaria, en las obras de caridad y a llevar a los demás, con la evangelización, el don que han recibido.

Unidad y misión, en unión con el Papa

La unidad y la misión son dos pilares de la vida de la Iglesia y dos prioridades del ministerio petrino. Por eso, invito a todas las asociaciones y

movimientos eclesiales a colaborar fiel y generosamente con el Papa, sobre todo en estos dos ámbitos.

En primer lugar, siendo levadura de unidad. Todos ustedes experimentan continuamente la comunión espiritual que los une. Es la comunión que el Espíritu Santo crea en la Iglesia. Es una unidad que tiene su fundamento en Cristo: Él nos atrae, nos atrae hacia sí y así nos une también entre nosotros. Así lo expresaba San Paulino de Nola al escribir a San Agustín: «puesto que somos miembros de un mismo Cuerpo, tenemos la misma Cabeza, circula en nosotros la misma gracia, vivimos del mismo pan, andamos por la misma senda, habitamos la misma casa...tanto en el espíritu como en el Cuerpo del Señor, somos uno. Y nada seríamos si nos desprendiésemos del Uno» (Carta 30, 2).

Esta unidad, que ustedes viven en los grupos y en las comunidades, hagan que se extienda por todas partes: en la comunión con los pastores de la Iglesia, en la cercanía con las otras realidades eclesiales, haciéndose cercanos a las personas que encuentran de manera que sus carismas permanezcan siempre al servicio de la unidad de la Iglesia y sean ellos mismos «levadura de unidad, de comunión y de fraternidad» (cf. Homilía, 18 de mayo de 2025) en un mundo tan lacerado por la discordia y la violencia.

En segundo lugar, la misión. La misión ha marcado mi experiencia pastoral y ha moldeado mi vida espiritual. También ustedes han experimentado este camino. Del encuentro con el Señor, de la nueva vida que ha invadido sus corazones, ha nacido el deseo de darlo a conocer a los demás. Y han involucrado a muchas personas, han dedicado mucho tiempo, entusiasmo y energías para dar a conocer el Evangelio en los lugares más lejanos, en los ambientes más difíciles, soportando dificultades y fracasos. Que mantengan siempre vivo entre ustedes este impulso misionero: los movimientos también hoy tienen un papel fundamental en la evangelización. Entre ustedes hay personas generosas, bien formadas, con experiencia «sobre el terreno». Se trata de un patrimonio que hay que hacer fructificar, permaneciendo a la escucha de la realidad actual con sus nuevos desafíos. Pongan sus talentos al servicio de la misión, tanto en los lugares de primera evangelización como en las parroquias y en las estructuras eclesiales locales, para llegar a tantos que están lejos y, a veces sin saberlo, esperan la Palabra de vida.

Conclusión

Queridísimos amigos, me alegra encontrarme hoy con ustedes por esta primera vez. Si Dios quiere, tendremos otras ocasiones para conocernos mejor, pero mientras tanto, los animo a continuar el camino. ¡Tengan siempre en el centro al Señor Jesús! Esto es lo esencial, y los carismas sirven precisamente para esto. El carisma es funcional al encuentro con Cristo, al crecimiento y a la maduración humana y espiritual de las personas, a la edificación de la Iglesia. En este sentido, todos estamos llamados a imitar a Cristo, que se despojó de sí mismo para enriquecernos (cf. Fil 2,7). Así, quien persigue con otros un fin apostólico o quien es portador de un carisma está llamado a enriquecer a los demás, despojándose de sí mismo. Y esto es fuente de libertad y de gran alegría.

¡Gracias por lo que son y también por lo que hacen! Los encomiendo a la protección de María, Madre de la Iglesia, y los bendigo de corazón a ustedes y a todos los que representan.
¡Gracias!

63. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL SIMYMPOSIO "NICEA Y LA IGLESIA DEL TERCER MILENIO: HACIA LA UNIDAD CATÓLICO-ORTODOXA" [Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, 4-7 de junio de 2025]

Sala Clementina
Sábado, 7 de junio de 2025

¡La paz esté con ustedes!

Eminencias,
Excelencias,
distinguidos Profesores,
queridos hermanos y hermanas en Cristo.

Les doy la más cordial bienvenida a todos ustedes que participan en el Simposio "Nicea y la Iglesia del Tercer Milenio: Hacia la Unidad Católico-Ortodoxa", organizado conjuntamente por el Œcumenicum —Instituto para Estudios Ecuménicos del Angelicum— y la Asociación Internacional Teológica Ortodoxa. Saludo especialmente a los representantes de las Iglesias ortodoxas y orientales, muchos de los cuales me honraron con su presencia en la Misa de inauguración de mi pontificado.

Volver al índice

Antes de continuar con los comentarios normales, quisiera disculparme por llegar un poco tarde, y también pedirles que tengan paciencia conmigo. Aún no llevo ni un mes en el nuevo trabajo, así que me queda mucho por aprender. Pero estoy muy contento de estar con ustedes esta mañana.

Me alegra ver que el Simposio esté firmemente orientado hacia el futuro. El Concilio de Nicea no es sólo un evento del pasado sino también una brújula que debe seguir sirviéndonos de guía hacia la plena unidad visible de los cristianos. El primer Concilio ecuménico es fundamental para el itinerario común que católicos y ortodoxos han emprendido juntos desde el Concilio Vaticano II. Para las Iglesias orientales, que conmemoran esa celebración en sus calendarios litúrgicos, el Concilio de Nicea no es simplemente un concilio entre otros o el primero de una serie, sino el Concilio por excelencia, que promulgó la norma de la fe cristiana, la confesión de fe de los "318 Padres" (cf. Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador, n. 43).

Los tres temas de este Simposio son particularmente relevantes para nuestro camino ecuménico. En primer lugar, la fe de Nicea. Como la Comisión Teológica Internacional ha puesto de relieve en su reciente Documento con motivo del 1700° aniversario de Nicea, el año 2025 representa «una oportunidad inestimable para subrayar que lo que tenemos en común es mucho más fuerte, cuantitativa y cualitativamente, que lo que nos divide: todos creemos en el Dios Trinidad, en Cristo verdadero hombre y verdadero Dios, en la salvación en Jesucristo, según las Escrituras interpretadas en la Iglesia y bajo la moción del Espíritu Santo. Todos creemos en la Iglesia, el bautismo, la resurrección de los muertos y la vida eterna» (Ídem). Estoy convencido de que volviendo al Concilio de Nicea y aprovechando juntos esta fuente común, seremos capaces de ver bajo una óptica diferente los puntos que todavía nos separan. A través del diálogo teológico y con la ayuda de Dios, obtendremos una mejor comprensión del misterio que nos une. Celebrando juntos esta fe de Nicea y proclamándola juntos, avanzaremos hacia el restablecimiento de la completa comunión entre nosotros.

El segundo tema del Simposio es la sinodalidad. El Concilio de Nicea inauguró un camino sinodal que la Iglesia debe seguir para tratar las cuestiones teológicas y canónicas, a nivel universal. La contribución de los delegados fraternos de las Iglesias y comunidades eclesiales de oriente y de occidente en el reciente Sínodo sobre la Sinodalidad que se tuvo aquí en el Vaticano, fue un valioso estímulo para una más amplia

reflexión sobre la naturaleza y la práctica de la sinodalidad. El documento final del Sínodo notaba que «el diálogo ecuménico es fundamental para desarrollar una comprensión de la sinodalidad y de la unidad de la Iglesia. Nos empuja a imaginar prácticas sinodales auténticamente ecuménicas, incluso hasta formas de consulta y discernimiento sobre cuestiones urgentes de interés común» (Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión, n. 138). Tengo la esperanza de que la preparación y la conmemoración conjunta del 1700° aniversario del Concilio de Nicea será una ocasión providencial «para profundizar y confesar juntos la fe cristológica y poner en práctica formas de sinodalidad entre los cristianos de todas las tradiciones» (cf. Íbid., n. 139).

El Simposio tiene un tercer tema relacionado con la fecha de la Pascua. Como sabemos, uno de los objetivos del Concilio de Nicea fue establecer una fecha común para la Pascua, con el fin de expresar la unidad de la Iglesia en toda la oikoumene. Lamentablemente, la diferencia en sus calendarios ya no permite a los cristianos celebrar juntos la fiesta más importante del año litúrgico, lo que provoca problemas pastorales en las comunidades, divide a las familias y debilita nuestra credibilidad como testigos del Evangelio. Se han propuesto varias soluciones concretas que, respetando el principio de Nicea, permitirían a los cristianos celebrar juntos la “Fiesta de las fiestas”. En este año, en el que todos los cristianos han celebrado la Pascua el mismo día, quisiera reafirmar la apertura de la Iglesia católica para buscar una solución ecuménica que favorezca una celebración común de la resurrección del Señor, dando así mayor fuerza misionera a nuestra proclamación del “el nombre de Jesús y la salvación que nace de la fe en la verdad salvífica del Evangelio” (Discurso a las Obras Misionales Pontificias, 22 mayo 2025).

Hermanos y hermanas, en esta víspera de Pentecostés, recordemos que la unidad que anhelan los cristianos no será fruto, ante todo, de nuestros propios esfuerzos, ni se realizará mediante un modelo o esquema preconcebido. Más bien, la unidad será un don recibido “como Cristo quiere y por los medios que Él quiere” (cf. Oración por la Unidad del Padre Paul Couturier), mediante la acción del Espíritu Santo. Por eso, los invito ahora a ponerse de pie y recemos juntos para suplicar el don de la unidad del Espíritu. La oración que voy a recitar a continuación, en la que se implora la unidad del Espíritu, está tomada de la tradición oriental:

“Rey celestial, Consolador, Espíritu de la Verdad,
que estás en todas partes y todo lo llenas,
Tesoro de bienes y Dador de la vida,

ven y mora en nosotros, y purifícanos de toda mancha
Tú, que eres bueno, salva nuestras almas". Amén

Que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca siempre. Amén

Muchas gracias.

64. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO Y EN LA REUNIÓN DE LOS REPRESENTANTES PONTIFICIOS

Sala Clementina
Martes, 10 de junio de 2025

Eminencias, Excelencias, Monseñores,

un saludo especial a todos ustedes, queridos representantes pontificios. Antes de compartir las palabras que he preparado, solo quisiera decir a Su Eminencia y a todos ustedes que lo que el Cardenal ha relatado no lo he dicho por sugerencia de nadie, sino porque lo creo profundamente: su papel, su ministerio es insustituible. Muchas cosas no podrían darse en la Iglesia si no fuera por el sacrificio, el trabajo y todo lo que hacen, para permitir que una dimensión tan importante de la gran misión de la Iglesia siga adelante, y precisamente en el caso del que hablaba, es decir, la selección de candidatos al episcopado. ¡Gracias de corazón por lo que hacen! Ahora tengan un poco de paciencia.

Después de la celebración de ayer por la mañana, con motivo del Jubileo de la Santa Sede, me alegra poder estar un rato con ustedes, que son los representantes del Papa ante los Estados y las Organizaciones internacionales de todo el mundo.

Les agradezco ante todo que hayan venido, afrontando un viaje que para muchos de ustedes ha sido muy largo. ¡Gracias! Ustedes son, ya con su sola presencia, una imagen de la Iglesia católica, porque no existe en ningún país del mundo un cuerpo diplomático tan universal como el nuestro. Pero, al mismo tiempo, creo que se puede decir también que ningún país del mundo tiene un cuerpo diplomático tan unido como lo están ustedes: porque su comunión, nuestra comunión, no es solo funcional, ni solo ideal, sino que estamos unidos en Cristo y estamos unidos en la Iglesia. Es interesante reflexionar sobre este hecho:

que la diplomacia de la Santa Sede constituye en su propio personal un modelo —ciertamente imperfecto, pero muy significativo— del mensaje que propone, es decir, el de la fraternidad humana y la paz entre todos los pueblos.

Queridísimos amigos, estoy dando los primeros pasos en este ministerio que el Señor me ha confiado. Y siento también hacia ustedes lo que confié hace unos días al hablar con la Secretaría de Estado, es decir, el agradecimiento hacia quienes me ayudan a desempeñar día a día mi servicio. Este agradecimiento es aún mayor cuando pienso —y lo compruebo al abordar las diversas cuestiones— que su trabajo muchas veces me precede. Sí, y esto vale especialmente para ustedes. Porque, cuando se me presenta una situación que afecta, por ejemplo, a la Iglesia en un determinado país, puedo contar con la documentación, las reflexiones y las síntesis preparadas por ustedes y sus colaboradores. La red de Representaciones Pontificias está siempre activa y operativa. Esto es para mí motivo de gran aprecio y gratitud. Lo digo pensando sin duda en la dedicación y la organización, pero aún más en las motivaciones que los guían, en el estilo pastoral que debe caracterizarnos, en el espíritu de fe que nos anima. Gracias a estas cualidades, yo también podré experimentar lo que escribía san Pablo VI, es decir que, a través de sus representantes, que residen en las distintas naciones, el Papa se hace partícipe de la vida misma de sus hijos y, casi insertándose en ella, llega a conocer, de manera más rápida y segura, sus necesidades y, al mismo tiempo, sus aspiraciones (cf. Carta ap. M.P. Sollicitudo omnium Ecclesiarum, Introducción).

Y ahora quisiera compartir con ustedes una imagen bíblica que me ha venido a la mente pensando en su misión en relación con la mía. Al comienzo de los Hechos de los Apóstoles (3,1-10), el relato de la curación del cojo describe bien el ministerio de Pedro. Estamos en los albores de la experiencia cristiana y la primera comunidad, reunida en torno a los Apóstoles, sabe que puede contar con una única realidad: Jesús, resucitado y vivo. Un lisiado está sentado pidiendo limosna a la puerta del Templo. Parece la imagen de una humanidad que ha perdido la esperanza y se ha resignado. Aún hoy, la Iglesia se encuentra a menudo con hombres y mujeres que ya no tienen alegría, que la sociedad ha marginado o que la vida ha obligado, en cierto modo, a mendigar su existencia. Así lo relata esta página de los Hechos: «Entonces Pedro, fijando la mirada en él junto con Juan, dijo: «Míranos». Y él se volvió hacia ellos, esperando recibir algo. Pero Pedro le dijo: «No tengo ni plata ni oro, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ¡camina!». Y, tomándolo de

Volver al índice

la mano derecha, lo levantó. De inmediato se le fortalecieron los pies y los tobillos, y saltando en pie, caminaba; y entró con ellos en el templo, caminando, saltando y glorificando a Dios» (3, 4-8).

La petición que Pedro le hace a este hombre da en que pensar: «¡Míranos!». Mirarse a los ojos significa construir una relación. El ministerio de Pedro es crear relaciones, puentes; y un representante del Papa está ante todo al servicio de esta invitación, de esta mirada a los ojos. ¡Sean siempre la mirada de Pedro! Sean hombres capaces de construir relaciones allí donde cuesta más. Pero al hacerlo, mantengan la misma humildad y el mismo realismo de Pedro, que sabe muy bien que no tiene la solución para todo: «No tengo oro ni plata», dice; pero también sabe que tiene lo que importa, es decir, a Cristo, el sentido más profundo de toda existencia: «En el nombre de Jesucristo, el Nazareno, camina».

Dar a Cristo significa dar amor, dar testimonio de esa caridad que está dispuesta a todo. Cuento con ustedes para que en los países donde viven todos sepan que la Iglesia está siempre dispuesta a todo por amor, que está siempre del lado de los últimos, de los pobres, y que siempre defenderá el sacrosanto derecho a creer en Dios, a creer que esta vida no está en manos de los poderes de este mundo, sino que está atravesada por un sentido misterioso. Solo el amor es digno de fe ante el dolor de los inocentes, de los crucificados de hoy, a quienes muchos de ustedes conocen personalmente porque sirven a pueblos víctimas de guerras, de violencias, de injusticias, o incluso de ese falso bienestar que engaña y decepciona.

Queridos hermanos, que siempre los consuele el hecho de que su servicio está sub umbra Petri, como encontrarán inscrito en el anillo que recibirán como presente por mi parte. Que se sientan siempre unidos a Pedro, custodiados por Pedro, enviados por Pedro. Solo en la obediencia y en la comunión efectiva con el Papa, su ministerio podrá ser eficaz para la edificación de la Iglesia, en comunión con los obispos locales.

Que tengan siempre una mirada que bendice, porque el ministerio de Pedro es bendecir, es decir, saber ver siempre el bien, incluso el que está escondido, el que está en minoría. Que sientan que son misioneros, enviados por el Papa para ser instrumentos de comunión, de unidad, al servicio de la dignidad de la persona humana, promoviendo en todas partes relaciones sinceras y constructivas con las autoridades con las que serán llamados a cooperar. Que su competencia esté siempre iluminada por la firme decisión por la santidad. Tienen como ejemplo a

los santos que han estado al servicio diplomático de la Santa Sede, como san Juan XXIII y san Pablo VI.

Queridísimos, su presencia hoy aquí fortalece la conciencia de que el papel de Pedro es confirmar en la fe. Ustedes necesitan primero esta confirmación para convertirse en sus mensajeros, en signos visibles en todas las partes del mundo.

Que la Puerta Santa que atravesamos todos juntos ayer por la mañana nos impulse a ser testigos valientes de Cristo, que es siempre nuestra esperanza. Gracias.

65. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL CLERO DE LA DIÓCESIS DE ROMA
Aula Pablo VI
Jueves, 12 de junio de 2025

Quiero pedir un fuerte aplauso para todos los que están aquí y para todos los sacerdotes y diáconos de Roma.

Queridos presbíteros y diáconos que prestan su servicio en la diócesis de Roma, queridos seminaristas, ¡les saludo a todos con afecto y amistad!

Agradezco a Su Eminencia, el cardenal vicario, sus palabras de saludo y la presentación que ha hecho, contando un poco de su presencia en esta ciudad.

He deseado encontrarme con ustedes para conocerlos de cerca y comenzar a caminar juntos. Les doy las gracias por su vida entregada al servicio del Reino, por sus esfuerzos cotidianos, por tanta generosidad en el ejercicio del ministerio, por todo lo que viven en silencio y que, a veces, va acompañado de sufrimiento o incomprensión. Realizan servicios diferentes, pero todos ustedes son preciosos a los ojos de Dios y en la realización de su proyecto.

La diócesis de Roma preside en la caridad y en la comunión, y puede cumplir esta misión gracias a cada uno de ustedes, en el vínculo de gracia con el obispo y en la fecunda corresponsabilidad con todo el pueblo de Dios. La nuestra es una diócesis muy particular, porque muchos sacerdotes llegan de diferentes partes del mundo, especialmente por motivos de estudio; y esto implica que también la vida pastoral —pienso

Volver al índice

sobre todo en las parroquias— está marcada por esta universalidad y por la acogida recíproca que ello conlleva.

A partir precisamente de esta mirada universal que ofrece Roma, quisiera compartir cordialmente con ustedes algunas reflexiones.

La primera nota, que me está particularmente cerca, es la de la unidad y la comunión. En la oración llamada «sacerdotal», como sabemos, Jesús pidió al Padre que los suyos sean uno (cf. Jn 17, 20-23). El Señor sabe bien que solo unidos a Él y entre nosotros podemos dar fruto y dar al mundo un testimonio creíble. La comunión presbiteral aquí en Roma se ve favorecida por el hecho de que, según una antigua tradición, se suele vivir juntos, en rectorías, colegios u otras residencias. El presbítero está llamado a ser hombre de comunión, porque él es el primero en vivirla y alimentarla continuamente. Sabemos que esta comunión se ve hoy obstaculizada por un clima cultural que favorece el aislamiento o la autorreferencialidad. Ninguno de ustedes está exento de estas insidias que amenazan la solidez de nuestra vida espiritual y la fuerza de nuestro ministerio.

Pero debemos vigilar porque, además del contexto cultural, la comunión y la fraternidad entre nosotros también encuentran algunos obstáculos, por así decirlo «internos», que afectan a la vida eclesial de la diócesis, a las relaciones interpersonales y también a lo que habita en el corazón, especialmente ese sentimiento de cansancio que sobreviene porque hemos vivido fatigas particulares, porque no nos hemos sentido comprendidos y escuchados, o por otras razones. Quisiera ayudarles, caminar con ustedes, para que cada uno recupere la serenidad en su ministerio; pero precisamente por eso les pido un impulso en la fraternidad presbiteral, que hunde sus raíces en una vida espiritual sólida, en el encuentro con el Señor y en la escucha de su Palabra. Alimentados por esta savia, logramos vivir relaciones de amistad, compitiendo en estimarnos unos a otros (cf. Rom 12,10); sentimos la necesidad del otro para crecer y alimentar la misma tensión eclesial.

La comunión también debe traducirse en compromiso en esta diócesis; con carismas diferentes, con itinerarios formativos diferentes y también con servicios diferentes, pero único debe ser el esfuerzo por sostenerla. Pido a todos que presten atención al camino pastoral de esta Iglesia, que es local, pero, por quien la guía, es también universal. Caminar juntos es siempre garantía de fidelidad al Evangelio; juntos y en armonía, tratando de enriquecer a la Iglesia con el propio carisma, pero teniendo

en el corazón el ser el único cuerpo del que Cristo es la Cabeza.

La segunda nota que deseo entregarle es la de la ejemplaridad. Con motivo de las ordenaciones sacerdotales del pasado 31 de mayo, en la homilía recordé la importancia de la transparencia de la vida, basándome en las palabras de San Pablo a los ancianos de Éfeso: «Ustedes saben cómo me he comportado» (Hch 20,18). Se lo pido con corazón de padre y de pastor: ¡comprometámonos todos a ser sacerdotes creíbles y ejemplares! Somos conscientes de los límites de nuestra naturaleza y el Señor nos conoce en profundidad; pero hemos recibido una gracia extraordinaria, se nos ha confiado un tesoro precioso del que somos ministros, servidores. Y al servidor se le pide fidelidad. Ninguno de nosotros está exento de las sugestiones del mundo y la ciudad, con sus mil propuestas podría incluso alejarnos del deseo de una vida santa, induciendo una nivelación a la baja en el que se pierden los valores profundos del ser presbíteros. Déjense atraer una vez más por la llamada del Maestro, para sentir y vivir el amor de la primera hora, el que les impulsó a tomar decisiones difíciles y a hacer renuncias valientes. Si juntos intentamos ser ejemplares en una vida humilde, entonces podremos expresar la fuerza renovadora del Evangelio para cada hombre y cada mujer.

Una última nota que deseo entregarles es la de mirar los desafíos de nuestro tiempo con clave profética. Estamos preocupados y afligidos por todo lo que sucede cada día en el mundo: nos hieren las violencias que generan muerte, nos interpelan las desigualdades, las pobrezas, tantas formas de marginación social, el sufrimiento difundido que toma los rasgos de un malestar que ya no perdona a nadie. Y estas realidades no solo ocurren en otros lugares, lejos de nosotros, sino que también afectan a nuestra ciudad de Roma, marcada por múltiples formas de pobreza y por graves emergencias como la de la vivienda. Una ciudad en la que, como señalaba el papa Francisco, a la «gran belleza» y al encanto del arte debe corresponder también «el simple decoro y la normal funcionalidad de los lugares y de las situaciones de la vida ordinaria, cotidiana. Porque una ciudad más habitable para sus ciudadanos es también más acogedora para todos» (Homilía en las vísperas con Te Deum, 31 de diciembre de 2023).

El Señor nos ha querido precisamente en este tiempo lleno de desafíos que, a veces, nos parecen más grandes que nuestras fuerzas. Estamos llamados a abrazar estos desafíos, a interpretarlos evangélicamente, a vivirlos como ocasiones de testimonio. ¡No huyamos ante ellos! Que el compromiso pastoral, como el del estudio, se convierta para todos en

una escuela para aprender a construir el Reino de Dios en el hoy de una historia compleja y estimulante. En tiempos recientes hemos tenido el ejemplo de santos sacerdotes que supieron conjugar la pasión por la historia con el anuncio del Evangelio, como don Primo Mazzolari y don Lorenzo Milani, profetas de paz y justicia. Y aquí en Roma hemos tenido a don Luigi Di Liegro que, ante tanta pobreza, dio su vida para buscar caminos de justicia y promoción humana. Bebamos de la fuerza de estos ejemplos para seguir sembrando semillas de santidad en nuestra ciudad.

Muy queridos, les aseguro mi cercanía, mi afecto y mi disponibilidad para caminar con ustedes. Encomendemos al Señor nuestra vida sacerdotal y pidámosle que crezcamos en la unidad, en la ejemplaridad y en el compromiso profético para servir a nuestro tiempo. Nos acompañe la sentida exhortación de san Agustín, que dijo: «Amar esta Iglesia, permanecer en esta Iglesia, ser esta Iglesia. Amar al buen Pastor, al Esposo hermoso, que no engaña a nadie y no quiere que nadie perezca. Oren también por las ovejas descarriadas: que también ellas vengan, también ellas reconozcan, también ellas amen, para que haya un solo rebaño y un solo pastor» (Discurso 138, 10). ¡Gracias!

66. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTIES EN LA ESCUELA DE VERANO DE ASTROFÍSICA PROMOVIDA POR LA SPECULA VATICANA

Sala del Consistorio
Lunes, 16 de junio de 2025

Buenos días y bienvenidos.

Me complace tener la oportunidad de saludar a todos ustedes, estudiantes y académicos de diversas partes del mundo que participan en la Escuela de Verano de la Specola Vaticana. Les deseo lo mejor para que esta experiencia de convivencia y estudio no sea solo un enriquecimiento académico y personal, sino que también contribuya a desarrollar amistades y formas de colaboración que no pueden sino contribuir al progreso de la ciencia al servicio de nuestra única familia humana.

La Escuela de Verano de este año está dedicada, según me han dicho, al tema «Explorar el universo con el telescopio espacial James Webb». ¡Sin duda, este debe ser un momento emocionante para ser astróno-

mos! Gracias a ese instrumento verdaderamente notable, por primera vez somos capaces de escudriñar en las profundidades de la atmósfera de los exoplanetas, donde podría desarrollarse la vida, y estudiar las nebulosas, donde se forman los propios sistemas planetarios. Con el Webb podemos incluso rastrear la luz antigua de galaxias lejanas, que nos habla del comienzo mismo de nuestro universo.

Los autores de las Sagradas Escrituras, al escribir hace ya tantos siglos, no pudieron disfrutar de este privilegio. Sin embargo, su imaginación poética y religiosa reflexionó sobre cómo podría haber sido el momento de la creación, cuando «las estrellas brillan alegres en sus puestos de guardia; Él las llama y ellas responden: «Aquí estamos», y resplandecen de alegría por el que las creó» (Baruc 3, 34). Hoy, ¿no nos llenan de asombro y, de hecho, de una alegría misteriosa las imágenes del James Webb mientras contemplamos su sublime belleza?

El equipo científico del Telescopio Espacial ha trabajado duro para que estas imágenes estén disponibles al público, algo por lo que todos podemos estar agradecidos. Pero, de manera especial, todos ustedes que participan en la Escuela de Verano han recibido los conocimientos y la formación que les permitirán utilizar este extraordinario instrumento para ampliar nuestro conocimiento del cosmos, del que somos una parte minúscula pero significativa.

Por supuesto, ninguno de ustedes ha llegado hasta aquí solo. Cada uno de ustedes forma parte de una comunidad mucho más grande. Piensen en todas las personas que han trabajado durante los últimos treinta años para construir el Telescopio Espacial y sus instrumentos, y en aquellos que han trabajado para desarrollar las ideas científicas para cuya verificación fue diseñado. Además de la contribución de sus colegas científicos, ingenieros y matemáticos, es también gracias al apoyo de sus familias y de muchos de sus amigos que han podido apreciar y participar en esta extraordinaria empresa, que nos ha permitido ver de una manera nueva el mundo que nos rodea.

Por lo tanto, nunca olviden que lo que hacen es para el beneficio de todos nosotros.

Sean generosos a la hora de compartir lo que aprenden y lo que experimentan, en la medida de sus posibilidades y de cualquier forma que puedan. No duden en compartir la alegría y el asombro que les produce contemplar las «semillas» que, en palabras de San Agustín, Dios ha es-

Volver al índice

parcido en la armonía del universo (cf. De Genesis ad litteram, V, 23, 44-45). Cuanta más alegría compartan, más alegría crearán y, así, a través de su búsqueda del conocimiento, cada uno de ustedes podrá contribuir a la construcción de un mundo más pacífico y justo.

Con estas reflexiones, amigos míos, les agradezco nuevamente su visita y les aseguro mis oraciones por ustedes, sus familias y su trabajo, e invoco de buen grado sobre todos ustedes las bendiciones de Dios, de sabiduría y comprensión, de alegría y paz.

Que Dios los bendiga.

67. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV A LOS OBISPOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Aula della Benedizione
Martes, 17 junio 2025
Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho poder encontrarme con vosotros. Este Aula, situada entre la Basílica y la Plaza, está impregnada de las emociones que han marcado los acontecimientos más recientes. Por aquí debe pasar el Papa para asomarse a la Logia central. El querido Papa Francisco lo hizo para su último mensaje pascual Urbi et Orbi, un último y conmovedor llamamiento a la paz para todos los pueblos. También yo, la noche de mi elección, quise hacer resonar el anuncio del Señor resucitado: «¡La paz esté con vosotros!» (cf. Lc 24,36; Jn 20,19).

Gracias por vuestras oraciones y por las de vuestras comunidades: ¡las necesito mucho! Agradezco especialmente al cardenal Zuppi, también por las palabras que me ha dirigido. Saludo a los tres vicepresidentes, al secretario general y a cada uno de vosotros. La historia de la Iglesia en Italia muestra el vínculo especial que os une al Papa y que –como establece el Estatuto de la CEI– «caracteriza de forma singular la comunión de la Conferencia con el Romano Pontífice» (art. 4 § 2). Siguiendo el ejemplo de mis predecesores, reconozco la importancia de este vínculo «común y particular», como lo definió san Pablo VI al dirigirse a la primera Asamblea General de la CEI (cf. Discurso, 23 de junio de 1966).

En el ejercicio de mi ministerio junto a vosotros, queridos hermanos, deseo inspirarme en los principios de la colegialidad, tal como fueron desarrollados por el Concilio Vaticano II. La constitución Lumen gen-

tium recuerda que el Señor Jesús constituyó a los apóstoles «a modo de colegio estable, del que puso a Pedro como cabeza, escogido de entre ellos» (n. 19). Así estáis llamados a vivir vuestro ministerio: en colegialidad entre vosotros y en comunión con el sucesor de Pedro.

Este principio de comunión también se refleja en una colaboración leal y constructiva con las autoridades civiles. La CEI es un lugar de diálogo y de síntesis del discernimiento de los obispos sobre las cuestiones más relevantes para el bien común. Cuando es necesario, orienta y coordina las relaciones de los obispos y de las conferencias episcopales regionales con las autoridades locales.

El Papa Benedicto XVI, en 2006, describía a la Iglesia en Italia como «una realidad muy viva, con una presencia extendida entre personas de todas las edades y condiciones», donde «las tradiciones cristianas siguen aún hoy bien arraigadas y continúan dando fruto» (Discurso al IV Congreso Eclesial Nacional, 19 de octubre de 2006). Sin embargo, la comunidad cristiana en este país lleva tiempo enfrentando desafíos cada vez más complejos: el avance del secularismo, una creciente desafección hacia la fe y una grave crisis demográfica. En este contexto –señalaba el Papa Francisco– «se nos pide audacia, para no resignarnos a situaciones tan asentadas que parecen normales o imposibles de cambiar. La profecía –afirmaba– no exige rupturas violentas, sino decisiones valientes, propias de una auténtica comunidad eclesial: decisiones que nos permiten dejarnos interpelar por los acontecimientos y por las personas, y entrar en las situaciones humanas animados por el espíritu sanador de las Bienaventuranzas» (Discurso de apertura de la 70ª Asamblea General de la CEI, 22 de mayo de 2017).

En virtud del vínculo privilegiado entre el Papa y los obispos italianos, deseo proponeros algunas prioridades pastorales que el Señor pone hoy en nuestro camino, y que requieren reflexión, acción concreta y testimonio evangélico.
Se trata de volver a poner a Jesucristo en el centro y, siguiendo el camino trazado por Evangelii gaudium, ayudar a las personas a vivir una relación personal con Él, para redescubrir la alegría del Evangelio. En este tiempo de gran fragmentación, es urgente volver a los fundamentos de nuestra fe: al kerygma. Este es el primer gran compromiso que da sentido a todos los demás: llevar a Cristo «a las venas» de la humanidad (cf. Const. ap. Humanae salutis, 3), renovando y compartiendo la misión apostólica: «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros» (1Jn 1,3). Es necesario, por tanto, discernir los modos concretos de hacer

llegar la Buena Noticia a todos, con acciones pastorales capaces de alcanzar a los más alejados, y con herramientas que permitan renovar la catequesis y el lenguaje del anuncio.

La relación con Cristo nos impulsa a asumir una responsabilidad pastoral concreta por la paz. Él mismo nos envía con su don: «¡La paz esté con vosotros!», y nos invita a ser constructores de paz allí donde transcurre la vida cotidiana: en las parroquias, los barrios, las zonas rurales, las periferias urbanas y existenciales. Donde las relaciones humanas se resquebrajan y el conflicto emerge –a veces de forma sutil–, debe hacerse visible una Iglesia capaz de reconciliación. El apóstol Pablo nos exhorta: «En lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, vivid en paz con todos» (Rm 12,18). Cada uno recibe así una porción concreta de responsabilidad.

Deseo, por tanto, que cada diócesis promueva itinerarios de educación para la no violencia, iniciativas de mediación en los conflictos locales y proyectos de acogida que transformen el miedo al otro en oportunidad de encuentro. Que cada comunidad sea una "casa de paz", donde se aprenda a desactivar la hostilidad mediante el diálogo, donde se practique la justicia y se custodie el perdón. La paz no es una utopía espiritual: es un camino humilde, hecho de gestos cotidianos que entrelazan paciencia y valentía, escucha y acción. Y este camino exige hoy, más que nunca, nuestra presencia vigilante y generativa.
ambién están los desafíos que interpelan nuestro respeto por la dignidad de la persona humana. La inteligencia artificial, las biotecnologías, la economía de los datos y las redes sociales están transformando profundamente nuestra percepción y experiencia de la vida. En este escenario, la dignidad de lo humano corre el riesgo de ser aplanada o incluso olvidada, sustituida por funciones, automatismos, simulaciones. Pero la persona no es un sistema de algoritmos: es criatura, relación, misterio. Por eso me permito expresar un deseo: que el camino de las Iglesias en Italia incluya, en coherente sintonía con la centralidad de Jesús, una visión antropológica como herramienta esencial del discernimiento pastoral. Sin una reflexión viva sobre lo humano —en su corporalidad, en su vulnerabilidad, en su sed de infinito y capacidad de vínculo— la ética se reduce a un código y la fe corre el riesgo de volverse desencarnada.

Recomiendo, en particular, cultivar la cultura del diálogo. Es hermoso que todas las realidades eclesiales —parroquias, asociaciones y movimientos— sean espacios de escucha entre generaciones, de encuentro con mundos diversos, de cuidado de las palabras y de las relaciones. Porque solo donde hay escucha puede nacer la comunión, y solo donde

hay comunión la verdad se vuelve creíble. Os animo a continuar por este camino.

Anuncio del Evangelio, paz, dignidad humana, diálogo: estas son las coordenadas que os permitirán ser una Iglesia que encarna el Evangelio y es signo del Reino de Dios.

Para concluir, quisiera dejaros algunas exhortaciones para el tiempo que viene. En primer lugar: avanzad en la unidad, especialmente en el camino sinodal. El Señor —escribe san Agustín— «para mantener bien unido y en paz su cuerpo, así interpela a la Iglesia por boca del Apóstol: No puede el ojo decir a la mano: no te necesito; ni tampoco la cabeza a los pies: no os necesito. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde quedaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde el olfato?» (Exposición sobre el Salmo 130, 6). Permaneced unidos y no os defendáis de las provocaciones del Espíritu. Que la sinodalidad se convierta en mentalidad, en el corazón, en los procesos de decisión y en los modos de actuar.

En segundo lugar, mirad al futuro con serenidad y no tengáis miedo de tomar decisiones valientes. Nadie podrá impediros estar cerca de la gente, compartir la vida, caminar con los últimos, servir a los pobres. Nadie podrá impediros anunciar el Evangelio, y es el Evangelio lo que estamos enviados a llevar, porque eso es precisamente lo que todos, nosotros los primeros, necesitamos para vivir bien y ser felices.

Cuidad que los fieles laicos, nutridos con la Palabra de Dios y formados en la doctrina social de la Iglesia, sean protagonistas de la evangelización en los lugares de trabajo, en las escuelas, en los hospitales, en los ambientes sociales y culturales, en la economía, en la política.

Queridísimos, caminemos juntos, con alegría en el corazón y con el canto en los labios. Dios es más grande que nuestras mediocridades: dejémonos atraer por Él. Confiemos en su providencia. Os encomiendo a todos a la protección de la Santísima Virgen María: la Virgen de Loreto, de Pompeya y de los innumerables santuarios que salpican toda Italia. Y os acompaño con mi bendición. ¡Gracias!

Volver al índice

68. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LOS PARTICIPANTES EN EL EVENTO PROMOVIDO
POR LA FUNDACIÓN CARDENAL DOMENICO BARTOLUCCI
CON MOTIVO DEL 500.° ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE G.P. DA PALESTRINA
Sala Regia
Miércoles, 18 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!

Después de escuchar estas voces angelicales, casi sería mejor no hablar y dejarnos con esta hermosa experiencia...

Quisiera saludar a Su Eminencia el cardenal Dominique Mamberti, a la hermana Raffaella Petrini, a los estimados ponentes y a los ilustres invitados. Participo con alegría en este encuentro en el que, con palabras y música, celebramos la nueva emisión filatélica promovida por la Fundación Bartolucci y realizada por Correos Vaticanos con motivo del quinto centenario de Palestrina.

Giovanni Pierluigi da Palestrina fue, en la historia de la Iglesia, uno de los compositores que más contribuyó a la promoción de la música sacra, «para la gloria de Dios y la santificación y edificación de los fieles» (San Pío X, Motu proprio Inter plurimas pastoralis officii sollicitudines, 22 de noviembre de 1903, 1), en el delicado y a la vez apasionante contexto de la Contrarreforma. Sus composiciones, solemnes y austeras, inspiradas en el canto gregoriano, unen estrechamente la música y la liturgia, «tanto dando a la oración una expresión más suave y favoreciendo la unanimidad, como enriqueciendo con mayor solemnidad los ritos sagrados» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, 112).

La polifonía misma, por otra parte, es una forma musical cargada de significado, para la oración y para la vida cristiana. En primer lugar, se inspira en el Texto sagrado, al que se propone «revestir de melodías adecuadas» (Inter sollicitudines, 1) para que llegue mejor «a la inteligencia de los fieles» (ibíd.). Además, realiza este objetivo confiando las palabras a varias voces, que las repiten cada una a su manera y de forma original, con movimientos melódicos y armónicos variados y complementarios. Por último, armoniza el conjunto gracias a la maestría con la que el compositor desarrolla y entrelaza las melodías, respetando las reglas del contrapunto, haciendo que unas sean eco de otras, creando a veces incluso disonancias, que luego encuentran su resolución en nuevos

acordes. El efecto de esta unidad dinámica en la diversidad —metáfora de nuestro camino común de fe bajo la guía del Espíritu Santo— es ayudar al oyente a entrar con mayor profundidad en el misterio expresado por las palabras, respondiendo, cuando es oportuno, con responsorios o in alternatim.

Precisamente gracias a esta riqueza de forma y contenido, la tradición polifónica romana, además de habernos dejado un inmenso patrimonio artístico y espiritual, sigue siendo hoy en día, en el ámbito musical, un punto de referencia al que mirar, con las debidas adaptaciones, en la composición sacra y litúrgica, para que a través del canto «los fieles participen plena, consciente y activamente en la Liturgia» (Sacrosanctum Concilium, 14), con una profunda implicación de la voz, la mente y el corazón. De todo esto, la Missa Papae Marcelli, en su género, es un ejemplo por excelencia, al igual que el precioso repertorio de composiciones que nos dejó el inolvidable cardenal Domenico Bartolucci, ilustre compositor y durante casi cincuenta años director de la Capilla Musical Pontificia «Sixtina».

Por lo tanto, doy las gracias a todos los que han hecho posible este encuentro: a la Fundación Bartolucci, a los ponentes, al coro y a todos ustedes. Los recuerdo en mi oración. San Agustín, hablando del canto del Aleluya pascual, decía: «Cantémoslo, pues, ahora, hermanos míos [...]. Como suelen cantar los caminantes, canta, pero camina [...]. Avanza, avanza en el bien [...]. ¡Canta y camina! ¡No te desvíes del camino, no mires atrás, no te detengas!» (Sermo 256, 3). Hagamos nuestra su invitación, especialmente en este tiempo santo de júbilo. A todos, mi bendición.

69. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS SACERDOTES DE LA PONTIFICIA ACADEMIA ECLESIÁSTICA QUE REGRESAN TRAS UN AÑO MISIONERO

Palacio Apostólico
Viernes, 20 de junio de 2025

Me alegra encontrarlos hoy y dirigirles a cada uno de ustedes mi cordial saludo. Doy la bienvenida a su presidente, S. E. Mons. Salvatore Pennacchio, a su prefecto de estudios, Mons. Gabriel Viola, y a ustedes, queridos sacerdotes, que regresan de la experiencia del Año Misionero, coronamiento de su formación en la Pontificia Academia Eclesiástica.

La semana pasada, al encontrarme con sus compañeros de la Alma Ma-

ter de los diplomáticos pontificios, tuve ocasión de reiterar el valor de esta intuición formativa introducida por mi venerado predecesor. Les exhorté a ser y permanecer «pastores con los pies en la tierra», para encarnar esa figura del sacerdote al servicio del Papa en las Representaciones Pontificias, bien delineada en el Quirógrafo El ministerio petrino, con el que se quiso dar un nuevo impulso a su institución plurisecular, que pronto celebrará el 325º aniversario de su fundación.

Como afirmé en algunos encuentros en el contexto del reciente Jubileo de la Santa Sede, la custodia de esa solicitud por todas las Iglesias —propia del ministerio que me ha sido confiado— necesita el servicio fiel e insustituible de la Secretaría de Estado y de los Representantes Pontificios, con los que pronto comenzarán a colaborar.

Por eso los exhorto también a ustedes a ejercer el don de su sacerdocio con humildad y mansedumbre, con capacidad de escucha y cercanía, como fieles e incansables discípulos de Cristo, el Buen Pastor. Sean cuales sean las tareas que se les encomienden, en cualquier parte del mundo en que se encuentren, el Papa debe poder contar con sacerdotes que, en la oración como en el trabajo, no escatimen en llevar su cercanía a los pueblos y a las Iglesias con su testimonio.

Les agradezco nuevamente la docilidad y la abnegación con que en este último año se han entregado en los contextos más diversos, y bendigo de corazón el inicio de su ministerio en el servicio diplomático de la Santa Sede.

70. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LOS CAPÍTULOS GENERALES DE LA ORDEN DE LOS FRAILES MENORES CONVENTUALES Y DE LA ORDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y DE LOS CAUTIVOS

Sala Clementina
Viernes, 20 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
La paz esté con ustedes

Bienvenidos a todos queridos hermanos y hermanas: Saludo especialmente a los Superiores Generales —ambos han sido confirmados— , a los consejeros y a los capitulares de la Orden de los Frailes Menores Conventuales y la Orden de la Santísima Trinidad y de los Cautivos, así como a los delegados de las Terceras Ordenes y de grupos laicales.

El poder acoger juntos a franciscanos y trinitarios me ha recordado una pintura situada en el ábside de la basílica de San Juan de Letrán, que representa una audiencia de la que esta podría ser una hermosa conmemoración. En efecto, la imagen muestra al Papa Inocencio III, recibiendo a san Francisco y a san Juan de Mata juntos, para recordar su gran contribución a la reforma de la vida religiosa.

Es interesante señalar cómo san Francisco se representa de rodillas, con un enorme libro abierto, casi como si estuviese por decir al Pontífice: "Santidad yo sólo os pido vivir la regla del Santo Evangelio sine glossa" (cf. Test 14-15). San Juan de Mata, en cambio, está de pie y tiene en sus manos la regla que ha elaborado junto al Pontífice. Si san Francisco manifiesta la docilidad a la Iglesia, presentado su proyecto no como algo propio sino como un don divino, san Juan de Mata muestra el texto aprobado, después de estudio y discernimiento, como culminación de un trabajo absolutamente necesario para hacer realidad el propósito que Dios les ha inspirado. Ambas actitudes lejos de ser contradictorias se iluminarán mutuamente y serán pauta para el servicio que desde entonces la Santa Sede realiza en favor de todos los carismas.

Dios no sólo inspiró a ambos santos un camino espiritual y de servicio, sino también el deseo de confrontar con el Sucesor de Pedro el don recibido por el Espíritu para ponerlo a disposición de la Iglesia. San Francisco le plantea al Papa la necesidad de seguir a Jesús sin reservas, sin otros fines, sin ambigüedades ni artificios. San Juan de Mata plasma esa verdad en palabras que resultarán claves después y que san Francisco hará suyas. Un ejemplo hermoso de esto será el vivir "sin nada propio", sin nada "escondido en la recámara del bolsillo o el corazón" como recalcaba el Papa Francisco (cf. Discurso a las Canonesas de la Orden del Espíritu Santo, 5 diciembre 2024). Otro de estos términos expresará la necesidad de que esa entrega se revierta en el servicio, de que el superior se perciba como Ministro, el que se hace menor, para ser servidor de todos. Es interesante cómo el versículo de san Mateo (cf. 20,27) ha incidido en el vocabulario de toda la vida religiosa, pues llamar prior, maestro, magister, o ministro conforman todo el ideario de la autoridad como servicio.

Para actualizar este don, ustedes los trinitarios han querido centrarse en el propósito de su Instituto: llevar consolación a aquellos que no pueden vivir su fe en libertad. Durante estos meses han hecho oración este deseo, siguiendo las palabras de san Pablo: «perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados» (2 Co 4,9), que inspiran el lema

Volver al índice

de este capítulo. Me uno a esta oración y pido también a Dios Trinidad que sea este uno de los frutos de su asamblea, que no dejen de recordar en su oración y en su esfuerzo cotidiano a los perseguidos por causa de su fe. Esa parte, la tercera —referente a los perseguidos—, según el magisterio de San Agustín, es la parte de Dios y la que marca la vocación del libertador de su Pueblo (Cuestiones sobre el Heptateuco, lib. II, 15). Además, esa tensión hacia los miembros de la Iglesia que más sufren, atraerá la mirada de las vocaciones, de los fieles y de los hombres de buena voluntad por esta realidad y los mantendrán disponibles a los servicios de frontera que desarrollan en la Península Arábica, Oriente Medio, África y el subcontinente indio.

Otro elemento esencial del propio propósito es el que han trabajado en este capítulo, ustedes, los frailes menores conventuales, que han discernido sobre los directorios de los capítulos general y provincial, pues en ellos "se habla de las cosas de Dios". No es nuestro interés el que nos debe mover, sino el de Cristo, es su Espíritu el primero que debemos escuchar, para "escribir el futuro en el presente" —como dice el lema de su capítulo—. Escucharlo la voz del hermano, en el discernimiento de la comunidad, en la atención a los signos de los tiempos, a los reclamos del Magisterio. Queridos hijos de san Francisco de Asís, en el octavo centenario de la composición del Cántico de las criaturas o de Hermano sol, los exhorto a ser, cada uno personalmente y en cada una de sus fraternidades, un reclamo vivo al primado de la alabanza a Dios en la vida cristiana. Y no quiero olvidar que ustedes conventuales celebran el aniversario de su renovada presencia en extremo oriente.

Queridos hermanos, quisiera concluir este encuentro con las Alabanzas al Dios Altísimo, ese trisagio escrito por san Francisco: «Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas (Sal 76,15). Tú eres fuerte, tú eres grande (cf. Sal 85,10), tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente, tú, Padre santo (Jn 17,11), rey del cielo y de la tierra (cf. Mt 11,25)».

Gracias a todos ustedes y que Dios les bendiga.

71. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS GOBERNANTES Aula de las Bendiciones Sábado, 21 de junio de 2025

Señora Presidenta del Consejo de Ministros y Señor Presidente de la

Cámara de Diputados de la República Italiana,
Señora Presidenta y Señor Secretario General de la Unión Interparlamentaria,
Distinguidos representantes de instituciones académicas y líderes religiosos,

Me complace podernos reunir en el marco de la Conferencia de la Unión Interparlamentaria, durante el actual Jubileo de los Gobernantes y Administradores. Dirijo un cordial saludo a los miembros de las delegaciones procedentes de sesenta y ocho países diferentes y, de manera particular, a los presidentes de las respectivas instituciones parlamentarias.

La política ha sido definida acertadamente como «la forma más elevada de la caridad», citando al Papa Pío XI (Discurso a la Federación Italiana de Universidades Católicas, 18 de diciembre de 1927). En efecto, si consideramos el servicio que la vida política presta a la sociedad y al bien común, puede considerarse verdaderamente un acto de amor cristiano, que nunca es simplemente una teoría, sino siempre un signo concreto y un testimonio de la constante preocupación de Dios por el bien de nuestra familia humana (cf. Francisco, Carta encíclica Fratelli Tutti, 176-192).

A este respecto, me gustaría compartir con ustedes esta mañana tres reflexiones que considero importantes en el contexto cultural actual.

La primera se refiere a su responsabilidad de promover y proteger, independientemente de cualquier interés particular, el bien de la comunidad, el bien común, defendiendo especialmente a los vulnerables y marginados. Esto significaría, por ejemplo, trabajar para superar la inaceptable desproporción entre la inmensa acumulación de las riquezas concentrada en manos de unos pocos y los pobres del mundo (cf. León XIII, Carta encíclica Rerum Novarum, 15 de mayo de 1891, 1). Los que viven en condiciones extremas claman para que se escuche su voz y, a menudo, no encuentran oídos dispuestos a escuchar su súplica. Este desequilibrio genera situaciones de injusticia persistente, que fácilmente conducen a la violencia y, tarde o temprano, a la tragedia de la guerra. Una política sana, en cambio, al promover la distribución equitativa de los recursos, puede ofrecer un servicio eficaz a la armonía y la paz, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

La segunda reflexión se refiere a la libertad religiosa y al diálogo interreligioso. Este ámbito ha adquirido mayor importancia en el tiempo actual,

Volver al índice

y la vida política puede lograr mucho favoreciendo las condiciones para que exista una auténtica libertad religiosa y se desarrolle un encuentro respetuoso y constructivo entre las diferentes comunidades religiosas. La fe en Dios, con los valores positivos que de ella se derivan, es una fuente inmensa de bondad y de verdad para la vida de las personas y de las comunidades. San Agustín hablaba de la necesidad de pasar del amor sui —el amor egoísta, miope y destructivo— al amor Dei —el amor libre y generoso, fundado en Dios y que conduce a la entrega de sí mismo—. Ese paso, enseñaba, es esencial para la construcción de la civitas Dei, una sociedad cuya ley fundamental es la caridad (cf. De Civitate Dei, XIV, 28).

Para tener un punto de referencia común en la actividad política y no excluir a priori cualquier consideración de lo trascendente en los procesos decisorios, sería útil buscar un elemento que una a todos. A tal fin, un punto de referencia esencial es la ley natural, escrita no por manos humanas, sino reconocida como válida en todos los tiempos y lugares, y que encuentra su argumento más plausible y convincente en la propia naturaleza. En las palabras de Cicerón, ya autoritario exponente de esta ley en la antigüedad, cito de De Re Publica: «La ley natural es la razón recta, conforme a la naturaleza, universal, constante y eterna, que con sus mandamientos invita al deber y con sus prohibiciones aleja del mal [...]. No es lícito modificar esta ley ni sustraerle ninguna parte, ni es posible abolirla por completo; ni por medio del Senado ni del pueblo podemos liberarnos de ella, ni es necesario buscar a quien la comente o la interprete. Y no habrá una ley en Roma, otra en Atenas, una ahora y otra después, sino una sola ley eterna e inmutable que gobernará a todos los pueblos en todos los tiempos» (Cicerón, De re publica, III, 22).

La ley natural, universalmente válida más allá y por encima de otras convicciones de carácter más discutible, constituye la brújula que nos orienta en la legislación y en la acción, especialmente en las delicadas y apremiantes cuestiones éticas que, hoy más que en el pasado, afectan al ámbito de la vida personal y privada.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada y proclamada por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, forma parte hoy del patrimonio cultural de la humanidad. Ese texto, siempre actual, puede contribuir en gran medida a situar a la persona humana, en su integridad inviolable, en el centro de la búsqueda de la verdad, devolviendo así la dignidad a quienes no se sienten respetados en lo más íntimo de su ser y en los principios dictados por su conciencia.

Y llegamos a la tercera consideración. El grado de civilización alcanzado en nuestro mundo y los objetivos a los que están llamados a responder encuentran hoy un gran desafío en la inteligencia artificial. Se trata de un desarrollo que sin duda será de gran ayuda para la sociedad, siempre y cuando su uso no afecte a la identidad y la dignidad de la persona humana y sus libertades fundamentales. En particular, no hay que olvidar que la inteligencia artificial tiene su función en ser un instrumento para el bien del ser humano, no para degradarlo, ni para definir su derrota y sustituirlo. Se perfila, por tanto, un reto considerable, que requiere mucha atención y una mirada previsora hacia el futuro, para proyectar, incluso en el contexto de nuevos escenarios, estilos de vida sanos, justos y seguros, sobre todo en beneficio de las generaciones más jóvenes.

Nuestra vida personal tiene más valor que cualquier algoritmo, y las relaciones sociales requieren espacios humanos muy superiores a los esquemas limitados que cualquier máquina sin alma puede preconfigurar. No olvidemos que, a pesar de ser capaz de almacenar millones de datos y ofrecer en pocos segundos respuestas a muchas preguntas, la inteligencia artificial sigue teniendo una «memoria» estática, que no es en absoluto comparable a la de los hombres y las mujeres, que es creativa, dinámica, generativa, capaz de unir el pasado, el presente y el futuro en una búsqueda viva y fecunda de sentido, con todas las implicaciones éticas y existenciales que esto conlleva (cf. Francisco, Discurso en la Sesión del G7 sobre Inteligencia Artificial, 14 de junio de 2024).

La política no puede ignorar una provocación de esta magnitud. Al contrario, se ve llamada a responder a tantos ciudadanos que, con razón, miran con confianza y preocupación a los retos que plantea esta nueva cultura digital.

San Juan Pablo II, con motivo del Jubileo del 2000, señaló a los políticos a San Tomás Moro como testimonio a quien mirar e intercesor bajo cuya protección poner su compromiso. En efecto, Sir Thomas Moro fue un hombre fiel a sus responsabilidades civiles, un perfecto servidor del Estado precisamente en virtud de su fe, que le llevó a interpretar la política no como una profesión, sino como una misión para el crecimiento de la verdad y del bien. Él «puso su actividad pública al servicio de la persona, especialmente de los débiles y pobres; gestionó las controversias sociales con exquisito sentido de la equidad; protegió la familia y la defendió con enérgico compromiso; promovió la educación integral de la juventud»(Carta Ap. M.P. E Sancti Thomae Mori, 31 de octubre de 2000, 4). El

valor con el que no dudó en sacrificar su propia vida para no traicionar la verdad lo convierte aún hoy, para nosotros, en un mártir de la libertad y del primado de la conciencia. ¡Que su ejemplo sea fuente de inspiración y guía para cada uno de ustedes!

Ilustres señoras y señores, les doy las gracias por esta visita. Les deseo en la oración lo mejor por su compromiso e invoco sobre ustedes y sus seres queridos abundantes bendiciones de Dios.

Gracias a todos ustedes. Que Dios los bendiga y bendiga su trabajo. Gracias.

72. MEDITACIÓN DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS SEMINARISTAS Basílica de San Pedro, Altar de la Cátedra, Martes, 24 de junio de 2025

¡Gracias, gracias a todos!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

Eminencias, Excelencias, formadores y, especialmente, a todos ustedes, seminaristas, ¡buenos días a todos!

Me alegra mucho encontrarme con ustedes y les doy las gracias a todos, seminaristas y formadores, por su cálida presencia. Gracias, ante todo, por su alegría y su entusiasmo. ¡Gracias porque con su energía alimentan la llama de la esperanza en la vida de la Iglesia!

Hoy no son solo peregrinos, sino también testigos de esperanza: la testimonian a mí y a todos, porque se han dejado involucrar por la fascinante aventura de la vocación sacerdotal en un tiempo no fácil. Han acogido la llamada a convertirse en anunciadores mansos y fuertes de la Palabra que salva, servidores de una Iglesia abierta y de una Iglesia en salida misionera.

Y digo una palabra también en español, gracias por haber aceptado con valentía la invitación del Señor a seguir, a ser discípulo, a entrar en el seminario. Hay que ser valientes y no tengan miedo.

A Cristo que llama, ustedes le están diciendo «sí», con humildad y valentía; y este «aquí estoy» que le dirigen a Él, germina en la vida de la Iglesia y se deja acompañar por el necesario camino de discernimiento y formación.

Jesús, como ustedes saben, los llama ante todo a vivir una experiencia de amistad con Él y con los compañeros de cordada (cf. Mc 3,13); una experiencia destinada a crecer de manera permanente también después de la Ordenación y que involucra todos los aspectos de la vida. De hecho, no hay nada en ustedes que deba ser descartado, sino que todo debe ser asumido y transfigurado en la lógica del grano de trigo, con el fin de convertirse en personas y sacerdotes felices, «puentes» y no obstáculos para el encuentro con Cristo para todos aquellos que se acercan a ustedes. Sí, Él debe crecer y nosotros disminuir, para que podamos ser pastores según su Corazón (Cf. San Juan Pablo II, Exhort. Ap. Pastores dabo vobis (25 de marzo de 1992), 43.).

Hablando del Corazón de Jesucristo, ¿cómo no recordar la encíclica Dilexit nos que nos ha donado el querido Papa Francisco? (Lett. Enc. Dilexit nos, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo (24 de octubre de 2024).) Precisamente en este tiempo que están viviendo, es decir, el tiempo de la formación y del discernimiento, es importante centrar la atención en el centro, en el «motor» de todo su camino: ¡el corazón! El seminario, sea cual sea su modalidad, debe ser una escuela de los afectos. Hoy, de manera particular, en un contexto social y cultural marcado por el conflicto y el narcisismo, necesitamos aprender a amar y a hacerlo como Jesús (Cf. íbid., 17.).

Como Cristo amó con corazón de hombre (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 22), ¡ustedes están llamados a amar con el Corazón de Cristo! Amar con el corazón de Jesús. Pero para aprender este arte hay que trabajar en la propia interioridad, donde Dios hace oír su voz y desde donde parten las decisiones más profundas; pero que es también lugar de tensiones y luchas (cf. Mc 7,14-23), que hay que convertir para que toda su humanidad huela a Evangelio. El primer trabajo, por tanto, hay que hacerlo en la interioridad. Recuerden bien la invitación de san Agustín a volver al corazón, porque allí encontramos las huellas de Dios. Bajar al corazón a veces puede darnos miedo, porque en él también hay heridas. No tengan miedo de cuidarlas, déjense ayudar, porque precisamente de esas heridas nacerá la capacidad de estar junto a los que sufren. Sin vida interior tampoco es posible la vida espiritual, porque Dios nos habla precisamente allí, en el corazón. Dios nos habla en el corazón,

Volver al índice

tenemos que saber escucharlo. Parte de este trabajo interior es también el entrenamiento para aprender a reconocer los movimientos del corazón: no solo las emociones rápidas e inmediatas que caracterizan el alma de los jóvenes, sino sobre todo sus sentimientos, que les ayudan a descubrir la dirección de su vida. Si aprenden a conocer su corazón, serán cada vez más auténticos y no necesitarán ponerse máscaras. Y el camino privilegiado que nos lleva a la interioridad es la oración: en una época en la que estamos hiperconectados, cada vez es más difícil experimentar el silencio y la soledad. Sin el encuentro con Él, ni siquiera podemos conocernos verdaderamente a nosotros mismos.

Les invito a invocar con frecuencia al Espíritu Santo, para que forme en ustedes un corazón dócil, capaz de captar la presencia de Dios, también escuchando las voces de la naturaleza y del arte, de la poesía, de la literatura (Cf. Francisco, Carta sobre el papel de la literatura en la formación, 17 de julio de 2024) y de la música, así como de las ciencias humanas (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 62.). En el riguroso compromiso del estudio teológico, sepan también escuchar con mente y corazón abiertos las voces de la cultura, como los recientes desafíos de la inteligencia artificial y los de las redes sociales (Congregación para el Clero, Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis, El don de la vocación presbiteral (8 de diciembre de 2016), 97.). Sobre todo, como hacía Jesús, sepan escuchar el grito, a menudo silencioso, de los pequeños, de los pobres y de los oprimidos y de tantos, sobre todo jóvenes, que buscan un sentido a su vida.

Si cuidarán su corazón, con momentos diarios de silencio, meditación y oración, podrán aprender el arte del discernimiento. También esto es un trabajo importante: aprender a discernir. Cuando somos jóvenes, llevamos dentro muchos deseos, muchos sueños y ambiciones. El corazón a menudo está abarrotado y sucede que nos sentimos confundidos. En cambio, siguiendo el modelo de la Virgen María, nuestra interioridad debe ser capaz de custodiar y meditar. Capaz de synballein, como escribe el evangelista Lucas (2,19.51): juntar los fragmentos (Cf. Francisco, Carta encíclica Dilexit nos, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo (24 de octubre de 2024), 19.). Guárdense de la superficialidad y junten los fragmentos de la vida en la oración y la meditación, preguntándose: ¿qué me enseña lo que estoy viviendo? ¿Qué me dice a mi camino? ¿Hacia dónde me está guiando el Señor?

Queridísimos, tengan un corazón manso y humilde como el de Jesús (cf. Mt 11,29). Siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo (cf. Fil 2,5ss), pue-

dan asumir los sentimientos de Cristo, para progresar en la madurez humana, sobre todo afectiva y relacional. Es importante, más aún necesario, desde el tiempo del seminario, apostar mucho por la madurez humana, rechazando todo disfraz e hipocresía. Con la mirada puesta en Jesús, hay que aprender a dar nombre y voz también a la tristeza, al miedo, a la angustia, a la indignación, llevando todo a la relación con Dios. Las crisis, los límites, las fragilidades no deben ocultarse, sino que son ocasiones de gracia y de experiencia pascual.

En un mundo en el que a menudo hay ingratitud y sed de poder, en el que a veces parece prevalecer la lógica del descarte, ustedes están llamados a dar testimonio de la gratitud y la gratuidad de Cristo, del júbilo y la alegría, de la ternura y la misericordia de su Corazón. Practicar el estilo de acogida y cercanía, de servicio generoso y desinteresado, dejando que el Espíritu Santo «unja» su humanidad incluso antes de la ordenación.

El Corazón de Cristo está animado por una inmensa compasión: es el buen samaritano de la humanidad y nos dice: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Esta compasión lo impulsa a partir el pan de la Palabra y del compartir para las multitudes (cf. Mc 6,30-44), dejando entrever el gesto del Cenáculo y de la Cruz, cuando se entregaría a sí mismo para ser comido, y nos dice: “Ustedes denles de comer” (Mc 6,37), es decir, hagan de su vida un don de amor.

Queridos seminaristas, la sabiduría de la Madre Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, busca siempre, a lo largo del tiempo, los medios más adecuados para la formación de los ministros ordenados, según las necesidades de los lugares. En este compromiso, ¿cuál es su tarea? Es la de no rebajar nunca sus exigencias, no conformarse, no ser meros receptores pasivos, sino apasionarse por la vida sacerdotal, viviendo el presente y mirando al futuro con corazón profético. Espero que este nuestro encuentro ayude a cada uno de ustedes a profundizar en el diálogo personal con el Señor, en el que le pidan asimilar cada vez más los sentimientos de Cristo, los sentimientos de su Corazón. Ese Corazón que palpita de amor por ustedes y por toda la humanidad. ¡Buen camino! Los acompaño con mi bendición.

Volver al índice

73. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEONE XIV
A LOS SEMINARISTAS DE LA DIÓCESIS DE TRIVENETO
Largo Giovanni Paolo II
Miércoles, 25 junio 2025

Buenos días, ¡buenos días!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con vosotros!

Queridos hermanos en el episcopado,
queridos formadores y seminaristas de las diócesis del Triveneto:

Me alegra poder encontrarme con vosotros con motivo de este peregrinaje jubilar. Creo que casi todos estuvisteis también ayer, así que esta es una segunda oportunidad. Vuestra tierra tiene profundas raíces cristianas, que nos remiten a la antigua Iglesia de Aquilea. En esa memoria espiritual de fe, brilla el testimonio de muchos mártires y santos pastores. Recordamos al obispo Cromacio; recordamos a Jerónimo y a Rufino, modelos en el estudio y en la vida ascética; y también a los beatos Tullio Maruzzo y Giovanni Schiavo, misioneros que irradiaron el Evangelio entre pueblos, lenguas y culturas diversas.

Hoy nos toca a nosotros continuar esta apasionante obra. En particular, vosotros, seminaristas, estáis llamados a insertaros en esta rica historia de gracia, para custodiarla y renovarla en el seguimiento del Señor. No os desaniméis si el camino que tenéis por delante se vuelve a veces exigente. Como dijo el beato Juan Pablo I al clero de Roma, hay que entrenarse en la disciplina de un «esfuerzo continuado, largo, no fácil. Incluso los ángeles que Jacob vio en sueños no volaban, sino que subían un peldaño tras otro; ¡imaginaos nosotros, pobres hombres sin alas!» (Discurso al clero romano, 7 de septiembre de 1978). Así hablaba un pastor en el que brillaron las mejores virtudes de vuestra gente: en él tenéis un verdadero modelo de vida sacerdotal.

Quisiera también recordar un momento clave de la conversión de san Agustín, tal como él mismo lo cuenta en sus Confesiones. Por un lado, deseaba entregarse a Cristo; por otro, se sentía retenido por escrúpulos y tentaciones. Muy turbado, un día se retiró a reflexionar en el jardín de su casa; y allí se le apareció la virtud de la Continencia, personificada, que le dijo: «¿Por qué te sostienes —y no te sostienes— a ti mismo? Lánzate a Dios sin temor. Él no se apartará para dejarte caer. Lánzate

con confianza: Él te acogerá y te curará» (Conf. VIII, 27).

Como un padre, repito estas mismas palabras para vosotros, que tanto bien hicieron al corazón inquieto de Agustín. No se aplican solo al celibato —que es un carisma que hay que reconocer, custodiar y educar—, sino que pueden orientar todo vuestro camino de discernimiento y formación hacia el ministerio ordenado. Sobre todo, os invitan a tener una confianza sin límites en el Señor, que es quien os ha llamado, renunciando a la ilusión de bastaros a vosotros mismos o de poder recorrer este camino solos. Y esto no solo vale para los años de seminario, sino para toda la vida: en cada momento —y con más razón en los de desolación o incluso de pecado—, repetíos a vosotros mismos las palabras del salmista: «Me abandono a la fidelidad de Dios ahora y siempre» (Sal 51,10). La Palabra de Dios y los sacramentos son fuentes perennes de las que podréis beber siempre nueva savia para la vida espiritual y para el compromiso pastoral.

No os sintáis solos, ni os penséis como solos. Es cierto —como dice la Ratio Fundamentalis— que cada uno de vosotros «es protagonista de su propia formación y está llamado a un camino de crecimiento constante en el plano humano, espiritual, intelectual y pastoral» (El don de la vocación presbiteral, 130); pero ser protagonista no significa ser solista. Por eso os invito a cultivar siempre la comunión, en primer lugar con vuestros compañeros de seminario. Tened plena confianza en vuestros formadores, sin reservas ni dobles juegos. Y vosotros, formadores, sed buenos compañeros de camino de los seminaristas que os han sido confiados: ofrecedles el testimonio humilde de vuestra vida y de vuestra fe; acompañadlos con un afecto sincero. Sentiros todos sostenidos por la Iglesia, y en primer lugar por vuestro obispo.

Y, por último —y esto es lo más importante—: mantened fija la mirada en Jesús (cf. Hb 12,2), cultivando con Él una verdadera relación de amistad. A este respecto, escribió el sacerdote inglés Robert Hugh Benson (1871-1914), tras su conversión al catolicismo: «Si hay algo que no deja lugar a dudas en el Evangelio es esto: Jesucristo quiere ser nuestro amigo. [...] El secreto que ha hecho santos a los santos está precisamente aquí: en la conciencia de la amistad de Jesucristo» (La amistad de Cristo, Milán, 2024, p. 17). Él te pide —como escribió el Papa Francisco en la encíclica Dilexit nos— «que no te avergüences de reconocer tu amistad con el Señor. Te pide que tengas el valor de contar a los demás lo bueno que ha sido para ti haberlo encontrado» (n. 211). Encontrarse con Jesús salva nuestra vida y nos da la fuerza y la alegría para anunciar el Evangelio a

Volver al índice

todos.

Queridísimos, gracias por esta visita. ¡Buen camino! Que la Virgen os acompañe siempre, y también mi bendición. ¡Gracias!

¡Feliz día! Muchas gracias, y buen camino en la fe.

74. DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS OBISPOS, CON OCASIÓN DE SU JUBILEO
Basílica de San Pedro, Altar de la Cátedra
Miércoles, 25 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La paz este con ustedes.

Queridos hermanos:

Buenos días y bienvenidos.

Aprecio y admiro su compromiso de venir en peregrinación a Roma, sabiendo bien cuánto sean apremiantes las exigencias del ministerio. Pero cada uno de ustedes, como también yo, antes de ser pastores, ¡somos ovejas del rebaño del Señor! Y por eso también nosotros, es más, nosotros primero, estamos invitados a atravesar la Puerta Santa, símbolo de Cristo Salvador. Para guiar a la Iglesia confiada a nuestros cuidados, debemos dejarnos renovar profundamente por Él, el Buen Pastor, para conformarnos plenamente a su corazón y a su misterio de amor.

«Spes non confundit», «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5). ¡Cuántas veces el Papa Francisco repitió estas palabras de san Pablo! Se habían convertido en su lema, hasta el punto de que las escogió como íncipit de la Bula de convocación de este Año jubilar.

Nosotros, los obispos, somos los primeros herederos de esta consigna, y debemos custodiarla y trasmitirla al Pueblo de Dios, con la palabra y el testimonio. A veces, anunciar que la esperanza no defrauda significa ir a contracorriente, incluso contra la evidencia de situaciones dolorosas que parecen no tener salida. Pero es precisamente en esos momentos cuando mejor se manifiesta que nuestra fe y nuestra esperanza no provienen de nosotros mismos, sino de Dios. Y entonces, si somos verdaderamente cercanos, solidarios con quienes sufren, el Espíritu Santo

puede reavivar en los corazones la llama que ya casi se había apagado (cf. Bula Spes non confundit, 3).

Queridos hermanos, el pastor es testigo de esperanza con el ejemplo de una vida firmemente anclada en Dios y totalmente dedicada al servicio de la Iglesia. Y esto ocurre en la medida en que se identifica con Cristo en su vida personal y en su ministerio apostólico, entonces el Espíritu del Señor da forma a su manera de pensar, a sus sentimientos, a sus comportamientos. Detengámonos juntos a considerar algunos rasgos que caracterizan este testimonio.

El obispo es, ante todo, el principio visible de unidad en la Iglesia particular que le ha sido confiada. Su tarea es velar para que ella se edifique en la comunión entre todos sus miembros y con la Iglesia universal, valorizando la contribución de los diversos dones y ministerios para el crecimiento común y la difusión del Evangelio. En este servicio, como en toda su misión, el obispo cuenta con una gracia divina especial que le fue conferida en la ordenación episcopal: ella lo sostiene como maestro de la fe, como santificador y guía espiritual; anima su dedicación al Reino de Dios, para la salvación eterna de las personas, para transformar la historia con la fuerza del Evangelio.

El segundo aspecto que me gustaría considerar, siempre partiendo de Cristo como modelo de vida del Pastor, lo definiría de esta manera: el obispo como hombre de vida teologal. Lo que equivale a decir: hombre plenamente dócil a la acción del Espíritu Santo, que suscita en él la fe, la esperanza y la caridad y las alimenta, como la llama del fuego, en las diferentes situaciones existenciales.

El obispo es hombre de fe. Y aquí me viene a la mente esa maravillosa página de la Carta a los Hebreos (cf. cap. 11), donde el autor, comenzando por Abel, hace una larga lista de “testigos” de la fe; y en particular pienso en Moisés, quien, llamado por Dios para guiar al pueblo hacia la tierra prometida, «se mantuvo firme —dice el texto— como si estuviera viendo al Invisible» (Hb 11,27). Qué hermoso es este retrato del hombre de fe: alguien que, por la gracia de Dios, ve más allá, ve la meta y permanece firme en la prueba. Pensemos en las veces en que Moisés intercede por el pueblo ante Dios. Como él, el obispo en su Iglesia es el intercesor, porque el Espíritu mantiene viva en su corazón la llama de la fe.

En esta misma perspectiva, el obispo es hombre de esperanza, porque «la fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las

realidades que no se ven» (Hb 11,1). Especialmente cuando el camino del pueblo se hace más difícil, el pastor, por virtud teologal, ayuda a no desesperar; no con las palabras, sino con la cercanía. Cuando las familias llevan cargas excesivas y las instituciones públicas no las sostienen adecuadamente; cuando los jóvenes están decepcionados y hartos de mensajes falsos; cuando los ancianos y las personas con discapacidades graves se sienten abandonados, el obispo está cerca y no ofrece recetas, sino la experiencia de comunidades que tratan de vivir el Evangelio con sencillez y compartiendo con generosidad.

Y de esta manera, su fe y su esperanza se funden en él como hombre de caridad pastoral. Toda la vida del obispo, todo su ministerio, tan diverso y multiforme, encuentra su unidad en lo que san Agustín llama amoris officium. Aquí se expresa y se manifiesta al máximo grado su existencia teologal. En la predicación, en las visitas a las comunidades, en la escucha a los presbíteros y a los diáconos, en las decisiones administrativas, todo está animado y motivado por la caridad de Jesucristo Pastor. Con su gracia, obtenida diariamente en la Eucaristía y en la oración, el obispo da ejemplo de amor fraternal hacia su coadjutor o auxiliar, hacia el obispo emérito y los obispos de las diócesis vecinas, hacia sus colaboradores más cercanos, como también hacia los sacerdotes en dificultades o enfermos. Su corazón es abierto y accesible, y así es también su casa.

Queridos hermanos, este es el núcleo teológico de la vida del pastor. Alrededor de este, y siempre animadas por el mismo Espíritu, quisiera situar otras virtudes indispensables: la prudencia pastoral, la pobreza, la perfecta continencia en el celibato y las virtudes humanas.

La prudencia pastoral es la sabiduría práctica que guía al Obispo en sus decisiones, en el gobierno, en las relaciones con los fieles y con sus asociaciones. Una clara señal de prudencia es el ejercicio del diálogo como estilo y método en las relaciones, y también en la presidencia de los organismos de participación, es decir, en la gestión de la sinodalidad en la Iglesia particular. En este aspecto, el Papa Francisco nos ha hecho dar un gran paso adelante, insistiendo, con sabiduría pedagógica, en la sinodalidad como dimensión de la vida de la Iglesia. La prudencia pastoral permite al obispo guiar a la comunidad diocesana valorizando sus tradiciones y promoviendo nuevos caminos y nuevas iniciativas.

Para dar testimonio del Señor Jesús, el pastor vive la pobreza evangélica. Tiene un estilo sencillo, sobrio y generoso, digno y al mismo tiempo adecuado a las condiciones de la mayoría de su pueblo. Las personas

pobres deben encontrar en él un padre y un hermano, sin sentirse incómodas al encontrarse con él o al entrar en su casa. Está personalmente desapegado de las riquezas y no cede a favoritismos basados en estas o en otras formas de poder. El obispo no debe olvidar que, como Jesús, ha sido ungido con el Espíritu Santo y enviado a llevar la Buena Noticia a los pobres (cf. Lc 4,18).

Junto con la pobreza efectiva, el Obispo también vive esa otra forma de pobreza que es el celibato y la virginidad por el Reino de los Cielos (cf. Mt 19,12). No se trata sólo de ser célibe, sino de practicar la castidad del corazón y de la conducta y, de este modo, vivir el seguimiento de Cristo, para poder manifestar a todos la verdadera imagen de la Iglesia, que es santa y casta en sus miembros como en su Cabeza. Además, deberá ser firme y decidido al afrontar las situaciones que puedan provocar escándalo, así como cualquier caso de abuso, especialmente contra menores, ateniéndose a las disposiciones vigentes.

El pastor está llamado además a cultivar aquellas virtudes humanas que también los Padres conciliares quisieron mencionar en el Decreto Presbyterorum Ordinis (n. 3) y que, con mayor razón, son de gran ayuda para el obispo en su ministerio y en sus relaciones. Podemos mencionar la lealtad, la sinceridad, la magnanimidad, la apertura de mente y de corazón, la capacidad de alegrarse con los que se alegran y sufrir con los que sufren; y también el dominio de sí mismo, la delicadeza, la paciencia, la discreción, una gran propensión a escuchar y al diálogo, la disponibilidad al servicio. También estas virtudes, de las que cada uno de nosotros está más o menos dotado por naturaleza, podemos y debemos cultivarlas a semejanza de Jesucristo, con la gracia del Espíritu Santo.

Queridos hermanos, que la intercesión de la Virgen María y de los santos Pedro y Pablo les obtenga a ustedes y a sus comunidades las gracias que más necesitan. En particular, que los ayuden a ser hombres de comunión, a promover siempre la unidad en el presbiterio diocesano, y que cada sacerdote, sin excepción, pueda experimentar la paternidad, la fraternidad y la amistad del obispo. Este espíritu de comunión anima a los presbíteros en su compromiso pastoral y hace crecer en la unidad a la Iglesia particular.

Les agradezco su recuerdo en la oración. Yo también rezo por ustedes y los bendigo de corazón.

Volver al índice

75. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LOS OBISPOS REDENTORISTAS SCALABRINIANOS
Sala del Consistorio
Jueves, 26 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
¡La paz sea con ustedes!

Eminencias, Excelencias,
Reverendos Superiores,
queridos hermanos, ¡bienvenidos!

Me alegra este encuentro y me parece hermosa la ocasión que lo motiva: la decisión de dos congregaciones religiosas de encontrarse y confrontarse con aquellos hermanos que han donado a la Iglesia en el ministerio episcopal. Se trata de un intercambio que sin duda enriquece a los obispos aquí presentes, a sus comunidades y a todo el pueblo de Dios, como enseña el Concilio Vaticano II (cf. Const. dogm. Lumen gentium, 7; Congr. para las Rel. y las Inst. Sec. – Congr. para los Obispos, Criterios rectores sobre las relaciones entre los obispos y los religiosos en la Iglesia, 2).

La Iglesia está agradecida a sus Instituciones, a las que ha pedido, con el nombramiento de obispos entre sus miembros, un sacrificio nada indiferente en tiempos de escasez de religiosos, por lo que privarse de hermanos comprometidos en el servicio de las diversas obras conlleva no pocos problemas. ¡Quizás el general me diga algo!... Al mismo tiempo, sin embargo, ha hecho a sus congregaciones un don muy grande, porque el servicio a la Iglesia universal es para cualquier familia religiosa la gracia y la alegría más bella, como sin duda confirmarían sus fundadores.

En particular, ustedes, religiosos scalabrinianos y redentoristas, elegidos y consagrados para el servicio del Episcopado y también del Cardenalato, llevan en su ministerio la herencia de dos carismas importantes, especialmente en nuestros días: el servicio a los migrantes y la evangelización de los pobres y de los lejanos.

San Alfonso María de Ligorio, al entrar en contacto con la miseria de los barrios más abandonados de la Nápoles del siglo XVIII, renunció a una vida acomodada y a una carrera lucrativa, abrazando la misión de llevar el Evangelio a los últimos.

San Juan Bautista Scalabrini, más tarde, supo sentir y hacer suyas las esperanzas y los sufrimientos de tantas personas que partían, dejando todo atrás, para buscar en países lejanos un futuro mejor para ellos mismos y sus familias.

Ambos fueron fundadores, se convirtieron en obispos y supieron responder a los retos de unos sistemas sociales y económicos que, si bien por un lado abrían nuevas fronteras a varios niveles, por otro dejaban tras de sí tanta miseria ignorada y tantos problemas, creando focos de degradación de los que nadie parecía querer ocuparse.

Nosotros, en un momento histórico que, aunque presenta grandes oportunidades, no carece de dificultades y contradicciones, celebrando el Jubileo de la Esperanza, queremos recordar que, hoy como ayer, la voz que hay que escuchar para comprender qué hacer es la del «amor de Dios [...] derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

También en nuestro mundo, la obra del Señor siempre nos precede: estamos llamados a conformar nuestras mentes y nuestros corazones a ella mediante un sabio discernimiento; y estoy convencido de que el debate que han promovido será muy útil para este fin. Los animo, por tanto, a mantener y cultivar también en el futuro estas relaciones de ayuda fraterna, con generosidad y desinterés, por el bien de todo el rebaño de Cristo. Les doy las gracias por el gran trabajo que realizan y los bendigo de corazón, junto con todas sus comunidades. ¡Gracias!

76. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA "REUNIÓN DE LAS OBRAS PARA LA AYUDA A LAS IGLESIAS ORIENTALES (R.O.A.C.O.)

Sala Clementina

Jueves, 26 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Eminencia y Reverendísimas Excelencias, queridos sacerdotes, hermanos y hermanas,

Volver al índice

¡la paz esté con ustedes!

Les doy la bienvenida, feliz de encontrarlos al término de su Asamblea Plenaria. Saludo a Su Eminencia el cardenal Gugerotti, a los demás Superiores del Dicasterio, a los oficiales y a todos ustedes, miembros de las Agencias de la ROACO.

«Dios ama al que da con alegría» (2 Cor 9,7). Sé que para ustedes apoyar a las Iglesias orientales no es ante todo un trabajo, sino una misión ejercida en nombre del Evangelio que, como indica la palabra misma, es anuncio de alegría, que alegra ante todo el corazón de Dios, que nunca se deja vencer en generosidad. Gracias porque, junto con sus benefactores, siembran esperanza en las tierras del Oriente cristiano, nunca como ahora devastadas por las guerras, desecadas por los intereses, envuelta por un manto de odio que hace irrespirable y tóxico el aire. Ustedes son el tanque de oxígeno de las Iglesias orientales, agotadas por los conflictos. Para tantos pueblos, pobres de medios, pero ricos en fe, ustedes son una luz que brilla en las tinieblas del odio. Les ruego, con el corazón en la mano, que hagan siempre todo lo posible por ayudar a estas Iglesias, tan preciosas y probadas.

La historia de las Iglesias católicas orientales ha estado a menudo marcada por la violencia sufrida; lamentablemente, tampoco han faltado las opresiones y los malentendidos dentro de la propia estructura católica, incapaz de reconocer y apreciar el valor de tradiciones diferentes a la occidental. Pero hoy la violencia de la guerra parece abatirse sobre los territorios del Oriente cristiano con una vehemencia diabólica nunca antes vista. Su sesión anual también se ha visto afectada por la ausencia física de quienes deberían haber venido de Tierra Santa, pero no han podido emprender el viaje. El corazón sangra al pensar en Ucrania, en la trágica e inhumana situación de Gaza y en Oriente Medio, devastado por la propagación de la guerra. Todos nosotros, la humanidad, estamos llamados a evaluar las causas de estos conflictos, a verificar aquellas verdaderas y a tratar de superarlas, y a rechazar las falsas, fruto de simulaciones emocionales y de retórica, desenmascarándolas con decisión. La gente no puede morir a causa de las noticias falsas.

Es verdaderamente triste asistir hoy en día en tantos contextos a la imposición de la ley del más fuerte, en virtud de la cual se legitiman los propios intereses. Es desolador ver que la fuerza del derecho internacional y del derecho humanitario ya no parece obligar, sustituida por el supuesto derecho a obligar a los demás con la fuerza. Esto es indigno

del ser humano, es vergonzoso para la humanidad y para los responsables de las naciones. ¿Cómo se puede creer, después de siglos de historia, que las acciones bélicas traen la paz y no se vuelven contra quienes las han llevado a cabo? ¿Cómo se puede pensar en sentar las bases del mañana sin cohesión, sin una visión de conjunto animada por el bien común? ¿Cómo se puede seguir traicionando los deseos de paz de los pueblos con la falsa propaganda del rearme, en la vana ilusión de que la supremacía resuelve los problemas en lugar de alimentar el odio y la venganza? La gente es cada vez más consciente de la cantidad de dinero que va a parar a los bolsillos de los mercaderes de la muerte y con el que se podrían construir hospitales y escuelas; ¡y en cambio se destruyen los que ya están construidos!

Y me pregunto: como cristianos, además de indignarnos, alzar la voz y arremangarnos para ser constructores de paz y favorecer el diálogo, ¿qué podemos hacer? Creo que, ante todo, es necesario rezar de verdad. Depende de ustedes convertir cada noticia trágica y cada imagen que les impacta en un grito de intercesión a Dios. Y luego ayudar, como ustedes hacen y como muchos hacen y pueden hacer a través de ustedes. Pero hay más, y lo digo pensando especialmente en el Oriente cristiano: está el testimonio. Es la llamada a permanecer fieles a Jesús, sin enredarse en los tentáculos del poder. Es imitar a Cristo, que venció al mal amando desde la cruz, mostrando una forma de reinar diferente a la de Herodes y Pilato: uno, por miedo a ser destronado, mató a los niños, que hoy no dejan de ser destrozados por las bombas; el otro se lavó las manos, como corremos el riesgo de hacer cada día hasta llegar al umbral de lo irreparable. Miremos a Jesús, que nos llama a sanar las heridas de la historia con la sola mansedumbre de su cruz gloriosa, de la que brotan la fuerza del perdón, la esperanza de volver a empezar, el deber de permanecer honestos y transparentes en el mar de la corrupción. Sigamos a Cristo, que liberó los corazones del odio, y demos ejemplo para salir de la lógica de la división y la represalia. Quisiera dar las gracias y abrazar idealmente a todos los cristianos orientales que responden al mal con el bien: gracias, hermanos y hermanas, por el testimonio que dan sobre todo cuando permanecen en sus tierras como discípulos y testigos de Cristo.

Queridos amigos de la ROACO, en su trabajo ustedes ven, además de muchas miserias causadas por la guerra y el terrorismo —pienso en el reciente y terrible atentado en la iglesia de San Elías en Damasco—, también germinar brotes de Evangelio en el desierto.

Volver al índice

Descubran al pueblo de Dios que persevera mirando al cielo, rezando a Dios y amando al prójimo. Toquen con mano la gracia y la belleza de las tradiciones orientales, de liturgias que dejan a Dios habitar el tiempo y el espacio, de cantos seculares impregnados de alabanza, gloria y misterio, que elevan una incesante petición de perdón para la humanidad. Encuentran figuras que, a menudo en secreto, se suman a las grandes filas de mártires y santos del Oriente cristiano En la noche de los conflictos, son testigos de la luz de Oriente.

Deseo que esta luz de sabiduría y salvación sea más conocida en la Iglesia católica, en la que aún existe mucha ignorancia al respecto y donde, en algunos lugares, la fe corre el riesgo de asfixiarse, también porque no se ha cumplido el feliz augurio expresado en varias ocasiones por san Juan Pablo II, quien hace cuarenta años dijo: «La Iglesia debe aprender de nuevo a respirar con sus dos pulmones, el oriental y el occidental» (Discurso al Sacro Colegio de los Cardenales, 28 de junio de 1985). Sin embargo, el Oriente cristiano solo puede conservarse si se ama; y solo se ama si se conoce. En este sentido, es necesario poner en práctica las claras invitaciones del Magisterio a conocer sus tesoros, por ejemplo, comenzando a organizar cursos básicos sobre las Iglesias orientales en los seminarios, las facultades de teología y los centros universitarios católicos (cf. San Juan Pablo II, Carta ap. Orientale lumen, 24; Congregación para la Educación Católica, Carta circular Eu égard au développement, 9-14). Y es necesario también el encuentro y el intercambio de la acción pastoral, porque los católicos orientales ya no son hoy primos lejanos que celebran ritos desconocidos, sino hermanos y hermanas que, a causa de las migraciones forzadas, viven al lado de nosotros. Su sentido de lo sagrado, su fe cristalina, que se ha vuelto granítica por las pruebas, y su espiritualidad que huele al misterio divino pueden resultar útiles para la sed de Dios latente pero presente en Occidente.

Encomendamos este crecimiento común en la fe a la intercesión de la Santísima Madre de Dios y de los apóstoles Pedro y Pablo, que unieron Oriente y Occidente. Los bendigo y los animo a perseverar en la caridad, animados por la esperanza de Cristo.

¡Gracias!

77. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL DÍA INTERNACIONAL DE LUCHA CONTRA LAS DROGAS

Patio de San Dámaso
Jueves, 26 de junio de 2025

Comencemos con la señal de la cruz: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

Bienvenidos todos y espero que el sol no sea demasiado fuerte... Pero Dios es grande y nos acompañará. ¡Gracias por su presencia!

[Saludo del subsecretario de Estado de la Presidencia del Consejo de Ministros, Alfredo Mantovano, y testimonio de Paola Clericuzio, de la Comunidad de San Patrignano]

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos.

Agradezco a quienes han hecho posible este encuentro, que de muchos modos nos lleva al corazón del Jubileo, un año de gracia en el que a todos se reconoce la dignidad tantas veces disminuida o negada. Esperanza es una palabra rica de historia para ustedes: no es un eslogan, sino la luz reencontrada a través de un gran trabajo. Deseo repetirles, pues, ese saludo que cambia el corazón: ¡la paz esté con ustedes! La noche de Pascua, Jesús saludó así a los discípulos encerrados en el cenáculo. Lo habían abandonado, creían haberlo perdido para siempre, estaban asustados y decepcionados, algunos ya se habían marchado. Pero es Jesús quien los encuentra, quien vuelve a buscarlos. Entra con las puertas cerradas en el lugar donde están como enterrados vivos. Trae la paz, los recrea con el perdón, sopla sobre ellos: es decir, infunde el Espíritu Santo, que es el aliento de Dios en nosotros. Cuando falta el aire, cuando falta el horizonte, nuestra dignidad se marchita. No olvidemos que Jesús resucitado sigue viniendo y trayendo su aliento. Lo hace a menudo a través de personas que traspasan nuestras puertas cerradas y que, a pesar de todo lo que pueda haber sucedido, ven la dignidad que hemos olvidado o que nos ha sido negada.

Queridísimos, vuestra presencia aquí es un testimonio de libertad. Recuerdo que cuando el papa Francisco entraba en una cárcel, incluso en su último Jueves Santo, siempre se hacía esta pregunta: «¿Por qué ellos y no yo?». La droga y las adicciones son una prisión invisible que ustedes, de diferentes maneras, han conocido y combatido, pero todos estamos

Volver al índice

llamados a la libertad. Al encontrarme con ustedes, pienso en el abismo de mi corazón y de todo corazón humano. Es un salmo, es decir, la Biblia, el que llama «abismo» al misterio que nos habita (cf. Sal 63,7). San Agustín confesó que solo en Cristo encontró paz la inquietud de su corazón. Buscamos la paz y la alegría, estamos sedientos de ellas. Y muchos engaños pueden decepcionarnos e incluso aprisionarnos en esta búsqueda.

Pero miremos a nuestro alrededor. Y leamos en los rostros de los demás una palabra que nunca traiciona: juntos. El mal se vence juntos. La alegría se encuentra juntos. La injusticia se combate juntos. El Dios que ha creado y conoce a cada uno –y es en mi ser más íntimo que yo mismo– nos ha hecho para estar juntos. Ciertamente, también existen vínculos que hacen daño y grupos humanos en los que falta la libertad. Pero también estos se vencen solo juntos, confiando en quienes no ganan a costa nuestra, en quienes podemos encontrar y nos encuentran con atención desinteresada.

El día de hoy, hermanos y hermanas, nos compromete en una lucha que no puede abandonarse mientras, a nuestro alrededor, alguien siga preso en las diversas formas de la dependencia. Nuestra lucha es contra quienes hacen de las drogas y de cualquier otra adicción —pensemos en el alcohol o el juego— su inmenso negocio. Existen enormes concentraciones de intereses y ramificadas organizaciones criminales que los estados tienen el deber de desmantelar. Es más fácil combatir a sus víctimas. Con demasiada frecuencia, en nombre de la seguridad, se ha hecho y se hace la guerra a los pobres, llenando las cárceles de quienes no son más que el último eslabón de una cadena de muerte. Quienes sostienen la cadena en sus manos, en cambio, consiguen influencia e impunidad. Nuestras ciudades no deben ser liberadas de los marginados, sino de la marginación; no deben ser limpiadas de los desesperados, sino de la desesperación. «¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!»(Francisco, Exhort., ap. Evangelii gaudium, 210).

El Jubileo nos indica la cultura del encuentro como camino hacia la seguridad, nos pide la restitución y la redistribución de las riquezas injustamente acumuladas, como camino hacia la reconciliación personal y civil. «Como en el cielo, así en la tierra»: la ciudad de Dios compromete

a la profecía en la ciudad de los hombres. Y esto —lo sabemos— puede llevar también hoy al martirio. La lucha contra el narcotráfico, el compromiso educativo entre los pobres, la defensa de las comunidades indígenas y de los migrantes, la fidelidad a la doctrina social de la Iglesia, son considerados en muchos lugares como subversivos.

Queridos jóvenes, ustedes no son espectadores de la renovación que tanto necesita nuestra tierra: son protagonistas. Dios hace grandes cosas con aquellos a quienes libera del mal. Otro salmo, muy querido por los primeros cristianos, dice: «La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular» (Sal 118,22). Jesús fue rechazado y crucificado fuera de las puertas de su ciudad. Sobre él, piedra angular sobre la que Dios reconstruye el mundo, también ustedes son piedras de gran valor en la edificación de una nueva humanidad. Jesús, que fue rechazado, los invita a todos ustedes, y si se han sentido descartados y acabados, ahora ya no lo son. Los errores, los sufrimientos, pero sobre todo el deseo de vida que llevan en ustedes mismos, los hacen testigos de que cambiar es posible.

La Iglesia los necesita. La humanidad los necesita. La educación y la política los necesitan. Juntos, sobre cada dependencia que degrada, haremos prevalecer la dignidad infinita impresa en cada uno. Esa dignidad, por desgracia, a veces solo brilla cuando está casi totalmente perdida. Entonces se produce una sacudida y queda claro que levantarse es una cuestión de vida o de muerte. Hoy, toda la sociedad necesita esa sacudida, necesita vuestro testimonio y el gran trabajo que realizan. Todos tenemos, de hecho, la vocación de ser más libres y más humanos, la vocación a la paz. Esta es la vocación más divina. Sigamos adelante juntos, pues, multiplicando los lugares de curación, de encuentro y de educación: itinerarios pastorales y políticas sociales que partan de las calles y que nunca consideren a nadie perdido. Y recen también ustedes, para que mi ministerio esté al servicio de la esperanza de las personas y de los pueblos, al servicio de todos.

Les encomiendo a la guía maternal de María Santísima. Y de corazón, los bendigo.

¡Muchas gracias a todos ustedes! ¡Ánimo siempre y adelante!

Volver al índice

78. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO INTERNACIONAL SACERDOTES FELICES - « YO LOS LLAMO AMIGOS» (Jn 15,15) PROMOVIDO POR EL DICASTERIO PARA EL CLERO

Auditorio Conciliazione, Roma
Jueves, 26 de junio de 2025
Comencemos con la señal de la cruz, ya que todos estamos aquí porque Cristo, que murió y resucitó, nos ha dado la vida y nos ha llamado a servir. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

[Saludo del cardenal Lazzaro You Heung-sik, Prefecto del Dicasterio para el Clero]

Queridos hermanos en el sacerdocio,

queridos formadores, seminaristas, animadores vocacionales, amigos en el Señor:

Es para mí una gran alegría estar hoy aquí con ustedes. En el corazón del Año Santo, juntos queremos dar testimonio de que es posible ser sacerdotes felices, porque Cristo nos ha llamado, Cristo nos ha hecho sus amigos (cf. Jn 15,15); es una gracia que queremos acoger con gratitud y responsabilidad.

Deseo agradecer al cardenal Lazzaro y a todos los colaboradores del Dicasterio para el Clero por su servicio generoso y competente; un trabajo vasto y valioso, que a menudo se lleva a cabo en silencio y con discreción y que produce frutos de comunión, formación y renovación.

Con este momento de intercambio fraterno, un intercambio internacional, podemos valorizar el patrimonio de experiencias ya maduradas, fomentando la creatividad, la corresponsabilidad y la comunión en la Iglesia, para que lo que se siembra con dedicación y generosidad en tantas comunidades pueda convertirse en luz y estímulo para todos.

Las palabras de Jesús: «Yo los llamo amigos» (Jn 15,15) no sólo son una declaración afectuosa hacia los discípulos, sino una auténtica clave para comprender el ministerio sacerdotal. El sacerdote, de hecho, es un amigo del Señor, llamado a vivir con Él una relación personal y confidencial, alimentada por la Palabra, la celebración de los sacramentos

y la oración diaria. Esta amistad con Cristo es el fundamento espiritual del ministerio ordenado, el sentido de nuestro celibato y la energía del servicio eclesial al que dedicamos nuestra vida; nos sostiene en los momentos de prueba y nos permite renovar cada día el "sí" pronunciado al inicio de la vocación.

En particular, queridos hermanos, me gustaría extraer tres implicaciones de esta palabra clave para la formación al ministerio sacerdotal.

En primer lugar, la formación es un camino de relación. Convertirse en amigos de Cristo significa formarse en la relación, no sólo en las competencias. La formación sacerdotal, por lo tanto, no puede reducirse a la adquisición de nociones, sino que es un camino de familiaridad con el Señor que involucra a toda la persona: el corazón, la inteligencia, la libertad, y la moldea a imagen del Buen Pastor. Sólo quien vive en amistad con Cristo y está impregnado de su Espíritu puede anunciar con autenticidad, consolar con compasión y guiar con sabiduría. Esto requiere una escucha profunda, meditación y una vida interior rica y ordenada.

En segundo lugar, la fraternidad es un estilo esencial de la vida presbiteral. Convertirse en amigos de Cristo implica vivir como hermanos entre sacerdotes y entre obispos, no como competidores o de forma individualista. La formación debe ayudar a construir vínculos sólidos en el presbiterio como expresión de una Iglesia sinodal, en la que se crece juntos compartiendo las fatigas y las alegrías del ministerio. De hecho, ¿cómo podríamos nosotros, ministros, ser constructores de comunidades vivas, si no reinara ante todo entre nosotros una fraternidad efectiva y sincera?

Además, formar sacerdotes amigos de Cristo significa formar hombres capaces de amar, escuchar, orar y servir juntos. Por eso es necesario especialmente cuidar la preparación de los formadores, porque la eficacia de su trabajo depende ante todo del ejemplo de vida y de la comunión entre ellos. La misma institución de los seminarios nos recuerda que la formación de los futuros ministros ordenados no puede llevarse a cabo de manera aislada, sino que requiere la participación de todos los amigos y las amigas del Señor que viven como discípulos misioneros al servicio del Pueblo de Dios.

A este respecto, quisiera decir también unas palabras sobre las vocaciones. A pesar de los signos de crisis que atraviesan la vida y la misión de los presbíteros, Dios sigue llamando y permanece fiel a sus promesas.

Volver al índice

Es necesario que haya espacios adecuados para escuchar su voz. Por eso son importantes los ambientes y las formas de pastoral juvenil impregnadas del Evangelio, donde puedan manifestarse y madurar las vocaciones a la entrega total de sí. ¡Tengan el valor de hacer propuestas fuertes y liberadoras! Al mirar a los jóvenes que en nuestro tiempo dicen su generoso "aquí estoy" al Señor, todos sentimos la necesidad de renovar nuestro "sí", de redescubrir la belleza de ser discípulos misioneros en el seguimiento de Cristo, el Buen Pastor.

Queridos hermanos, celebramos este encuentro en la víspera de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús: es de esta "zarza ardiente" de donde proviene nuestra vocación; es de esta fuente de gracia de donde queremos dejarnos transformar.

La Encíclica del Papa Francisco Dilexit nos, si bien es un don precioso para toda la Iglesia, lo es de manera especial para nosotros, los sacerdotes. Esta nos interpela con fuerza, nos pide que custodiemos juntos la mística y el compromiso social, la contemplación y la acción, el silencio y el anuncio. Nuestro tiempo nos desafía, muchos parecen haberse alejado de la fe, pero en lo profundo de muchas personas, especialmente de los jóvenes, hay sed de infinito y de salvación. Muchos experimentan como una ausencia de Dios, pero cada ser humano está hecho para Él, y el designio del Padre es hacer de Cristo el corazón del mundo.

Por eso queremos recuperar juntos el impulso misionero. Una misión que propone con valentía y amor el Evangelio de Jesús. A través de nuestra acción pastoral, es el Señor mismo quien cuida de su rebaño, reúne a los dispersos, se inclina sobre los heridos, sostiene a los desanimados. Imitando el ejemplo del Maestro, crecemos en la fe y nos convertimos así en testigos creíbles de la vocación que hemos recibido. Cuando uno cree, se nota, la felicidad del ministro refleja un verdadero encuentro con Cristo, que lo sostiene en la misión y en el servicio.

Queridos hermanos en el sacerdocio, ¡gracias a ustedes que han venido desde lejos! Gracias a cada uno por su entrega cotidiana, especialmente en los lugares de formación, en las periferias existenciales y en los lugares difíciles, a veces peligrosos. Al recordar a los sacerdotes que han dado su vida, incluso hasta derramar su sangre, renovamos hoy nuestra disponibilidad a vivir sin reservas un apostolado de compasión y alegría.

¡Gracias por lo que son!, porque recuerdan a todos que es hermoso ser

sacerdotes, y que cada llamada del Señor es ante todo una llamada a su alegría. No somos perfectos, pero somos amigos de Cristo, hermanos entre nosotros e hijos de su tierna Madre María, y esto nos basta.

Dirijámonos al Señor Jesús, a su Corazón misericordioso que arde de amor por cada persona. Pidámosle la gracia de ser discípulos misioneros y pastores según su voluntad: buscando a los que están perdidos, sirviendo a los pobres, guiando con humildad a los que nos han sido confiados. Que su Corazón inspire nuestros planes, transforme nuestros corazones y nos renueve en la misión. Los bendigo con afecto y rezo por todos ustedes.

[Un sacerdote le pregunta al Santo Padre si puede abrazarlo]

¡Que sea uno que represente a todos!, porque después los demás también querrán un abrazo. ¿Están de acuerdo? [Los sacerdotes responden: ¡Sí!] ¡Uno en nombre de todos! Entonces, ¡uno en nombre de todos!

[en español] ¡Que levante la mano quien viene de América Latina!

[en inglés] ¿Cuántos vienen de África?... ¿Cuántos de Asia?... ¿De Europa?... ¿De Estados Unidos?...

[Llega el sacerdote, se presenta y abraza al Santo Padre]

En representación de todos los presentes en este momento.

[en español] Para concluir, proponemos un momento de oración. [en italiano] Un momento muy breve, pero lo que he dicho antes en mis palabras es muy importante. Quiero subrayar la importancia de la vida espiritual del sacerdote. Tantas veces, cuando necesitamos ayuda: busquen un buen «acompañante», un director espiritual, un buen confesor. Nadie aquí está solo. Y aunque estés trabajando en la misión más lejana, ¡nunca estás solo! Traten de vivir lo que el Papa Francisco llamaba tantas veces la «cercanía»: cercanía con el Señor, cercanía con el obispo o el superior religioso, y cercanía también entre ustedes, porque realmente deben ser amigos, hermanos; vivir esta hermosa experiencia de caminar juntos sabiendo que estamos llamados a ser discípulos del Señor. Tenemos una gran misión y juntos podemos llevarla a cabo. Contemos siempre con la gracia de Dios, también con mi cercanía, y juntos podremos ser verdaderamente esta voz en el mundo. ¡Gracias!

Volver al índice

Entonces, recemos juntos: Padre nuestro...

Y a María, nuestra Madre, digamos: Ave María...
¡Felicidades a todos! ¡Que Dios los bendiga siempre!

79. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LOS MIEMBROS DE LA DELEGACIÓN DEL PATRIARCADO ECUMÉNICO
CON MOTIVO DE LA FIESTA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
Sábado, 28 de junio de 2025

Eminencia,
queridos hermanos en Cristo,

Me complace especialmente dar la bienvenida, por primera vez desde mi elección como obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro, a su delegación, que representa a la Iglesia hermana de Constantinopla, mientras celebramos la fiesta de los santos Pedro y Pablo, patronos de la Iglesia de Roma. Este tradicional intercambio de delegaciones entre las dos Iglesias con motivo de las respectivas fiestas de los santos patronos es signo de la profunda comunión que ya existe entre nosotros y reflejo del vínculo de fraternidad que une a los apóstoles Pedro y Andrés.

Tras siglos de desacuerdos e incomprensiones, la reanudación de un diálogo auténtico entre las Iglesias hermanas de Roma y Constantinopla ha sido posible gracias a los pasos valientes y de amplias miras dados por el Papa Pablo VI y el Patriarca Ecuménico Atenágoras. Sus venerados sucesores en las Sedes de Roma y Constantinopla han continuado con convicción en el mismo camino de reconciliación, fortaleciendo aún más nuestras relaciones. A este respecto, deseo mencionar el testimonio de sincera cercanía hacia la Iglesia católica ofrecido por el Patriarca Ecuménico Su Santidad Bartolomé, con su participación personal en las exequias del Papa Francisco y luego en la Misa inaugural de mi pontificado.

Al recordar con viva gratitud el camino recorrido hasta ahora, les aseguro mi intención de perseverar en el esfuerzo por restablecer la plena comunión visible entre nuestras Iglesias. Este objetivo solo puede alcanzarse con la ayuda de Dios, mediante un compromiso continuo de escucha respetuosa y diálogo fraterno. Por lo tanto, estoy abierto a toda sugerencia al respecto, siempre consultando a mis hermanos obispos de la Iglesia católica, que comparten conmigo, cada uno a su manera,

la responsabilidad de la plena y visible unidad de la Iglesia (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. Lumen gentium, 23).

Eminencia, queridos hermanos en Cristo, les estoy muy agradecido por su presencia en Roma en esta solemne ocasión. Les pido que transmitan mi cordial saludo al Patriarca Bartolomé y a los miembros del Santo Sínodo, junto con mi agradecimiento por haber enviado la delegación también este año. Que la intercesión de los santos Pedro y Pablo, de san Andrés y de la Santa Madre de Dios, que viven eternamente en la perfecta comunión de los santos, nos acompañe y sostenga en nuestro compromiso al servicio del Evangelio. ¡Gracias!

80. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS REPRESENTANTES DE ALGUNOS INSTITUTOS RELIGIOSOS FEMENINOS
Sala Clementina
Lunes, 30 de junio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridas hermanas, ¡buenos días y bienvenidas!

Me alegra encontrarme con ustedes, algunas vienen con ocasión del Capítulo General, otras para la peregrinación jubilar. En todos los casos vienen ante la tumba de Pedro a renovar su amor al Señor y su fidelidad a la Iglesia.

Pertenecen a congregaciones nacidas en momentos y circunstancias diferentes: Hermanas de la Orden de San Basilio Magno, Hijas de la Divina Caridad, Hermanas Agustinas del Amparo, Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones. Sin embargo, sus historias muestran una dinámica común, por la cual la luz de grandes modelos de vida espiritual del pasado —como Agustín, Basilio y Francisco— por medio de la ascesis, la valentía y la santidad de vida de fundadores y fundadoras, ha suscitado y hecho crecer nuevos caminos de servicio, sobre todo en relación a los más débiles: niños, chicas y chicos pobres, huérfanos, migrantes, a los que se han agregado con el tiempo ancianos y enfermos, además de tantos otros ministerios de caridad.

Volver al índice

Las varias vicisitudes de su pasado y la vivacidad del presente hacen experimentar cómo la fidelidad a la sabiduría antigua del Evangelio es el mejor motor para quien, impulsado por el Espíritu Santo, recorre nuevos caminos de donación, dedicados al amor de Dios y del prójimo en la escucha atenta de los signos de los tiempos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 4; 11).

Pensando precisamente en esto, el Concilio Vaticano II, hablando de los Institutos religiosos dedicados a servicios de caridad, ha subrayado la importancia de que en ellos «toda la vida [...] de sus miembros ha de estar imbuida de espíritu apostólico, y toda su actividad apostólica ha de estar, a su vez, informada de espíritu religioso» (Decr. Perfectae caritatis, 8), para que los religiosos «primordialmente respondan a su llamamiento a seguir a Cristo y servirle en sus miembros [...], [en] unión íntima con Él» (ibíd.).

San Agustín, a este respecto, hablando de la primacía de Dios en la vida cristiana, afirma: «Para ti Dios es todo: si tienes hambre, Dios es tu pan; si tienes sed, Dios es tu agua; si estás en tinieblas, Dios es tu luz, porque permanece incorruptible; si estás desnudo, Dios es tu vestido de inmortalidad» (Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 13, 5). Nos hace bien dejarnos interrogar por estas palabras: ¿en qué medida esto es verdadero para mí? ¿Cuánto sacia el Señor mi sed de vida, de amor, de luz? Son preguntas importantes. En efecto, este enraizamiento en Cristo es lo que ha llevado a quienes nos han precedido —hombres y mujeres como nosotros, con cualidades y límites como los nuestros— a hacer cosas que quizá nunca hubieran pensado que podían realizar, permitiéndoles esparcir semillas de bien que, a través de siglos y continentes, hoy han alcanzado prácticamente todo el mundo, como demuestra la presencia de ustedes.

Algunas de ustedes, como ya he mencionado, están realizando el Capítulo General, otras están aquí para el Jubileo. En cualquier caso, se trata de tomar decisiones importantes de las que depende el propio futuro, de las hermanas y de la Iglesia. Por eso me parece muy oportuno concluir repitiéndonos a todos nosotros el hermoso deseo que san Pablo dirigía a los cristianos de Éfeso: «Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios» (Ef 3,17-19). Gracias por su trabajo y su fidelidad. Que las acompa-

ñe la Virgen María, junto con mi bendición.

81. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULOS GENERALES DE OCHO INSTITUTOS RELIGIOSOS

Villas Pontificias de Castel Gandolfo, patio del Palacio Apostólico
Sábado, 12 de julio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

¡Bienvenidos todos! Sentémonos y reflexionemos juntos un poco.

Queridos hermanos y hermanas

Les doy la bienvenida con alegría con motivo de sus capítulos y asambleas. Saludo a los superiores generales, a los miembros de los Consejos, a todos ustedes.

Ustedes se han reunido para orar, confrontarse y reflexionar juntos sobre lo que el Señor les pide para el futuro. Sus fundadores y fundadoras, dóciles a la acción del Espíritu Santo, les han dejado en herencia carismas diversos para la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,11-12); y precisamente para que este crezca según los designios de Dios, la Iglesia les pide el servicio que ustedes están realizando (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Perfectae caritatis, 4).

Sus respectivos Institutos encarnan aspectos complementarios de la vida y la acción de todo el Pueblo de Dios: la ofrenda de sí mismo en unión con el Sacrificio de Cristo, la misión ad gentes, el amor a la Iglesia custodiado y transmitido, la educación y la formación de los jóvenes. Se trata de caminos diferentes con los que se expresa de forma carismática la única y eterna realidad que los anima a todos: el amor de Dios por la humanidad.

Como es habitual, cada una de sus congregaciones ha identificado perspectivas particulares, a la luz de las cuales releer la herencia recibida, para renovar y actualizar sus contenidos. También estas líneas de trabajo, que han elegido durante el tiempo de preparación, en la oración y en la escucha recíproca, son un don precioso, ya que son fruto

Volver al índice

del Espíritu. Es Él quien, a través de la contribución de muchos, bajo la guía de los pastores, «ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. Jn 16,13)» (Benedicto XVI, Homilía en la Misa de apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007). Han formulado, así, unas líneas orientativas que contienen referencias fundamentales: renovar un auténtico espíritu misionero, hacer propios los sentimientos «que fueron los de Cristo Jesús» (cf. Flp 2,5), enraizar la esperanza en Dios (cf. Is 40,31), mantener viva en el corazón la llama del Espíritu (cf. 1 Ts 5,16-19), promover la paz, cultivar la corresponsabilidad pastoral en las Iglesias locales y otras cosas más. Acompañarlos y recordarlos juntos, en este momento, nos ayuda a captar la riqueza de nuestro ser comunitario, en particular como religiosos y religiosas, comprometidos en la misma maravillosa aventura de «seguir a Cristo más de cerca» (Catecismo de la Iglesia Católica, 916).

Que esto renueve y confirme en todos nosotros la conciencia y la alegría de ser Iglesia, y en particular los anime, en el discernimiento capitular, a pensar en grande, como piezas únicas de un diseño que los supera y los involucra más allá de sus propias expectativas: el proyecto de salvación con el que Dios quiere conducir a toda la humanidad hacia sí, como una sola gran familia (cf. Francisco, Audiencia general, 29 de mayo de 2013). Este es el espíritu con el que nacieron sus Institutos y este es el horizonte en el que hay que situar todo esfuerzo, para que contribuya, a través de pequeñas luces, a difundir por toda la tierra la luz de Cristo, que nunca se agota (cf. Misal Romano, Preconio pascual).

Queridísimos, pidamos juntos al Señor que seamos dóciles a la voz de su Espíritu, que «nos enseña todas las cosas» (cf. Jn 14, 26) y sin cuya ayuda, en nuestra debilidad, ni siquiera sabemos qué pedir (cf. Rm 8, 26).

Gracias por su trabajo y por su fiel presencia en tantos lugares del mundo. Los bendigo de corazón y rezo por ustedes.

¡Gracias a todos ustedes!

82. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS HERMANAS AGUSTINAS SIERVAS DE JESÚS Y MARÍA Sábado, 5 de julio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridas hermanas,

me alegra encontrarme con ustedes al término de su Capítulo provincial: en esta semana de oración, discernimiento y proyecto común han podido renovar su adhesión al carisma de su fundadora, la venerable hermana María Teresa Spinelli.

Mientras continúa su proceso de canonización, ¡también prosigue su camino de santidad! Como Hermanas Agustinas, Siervas de Jesús y María, las animo a siempre dejarse guiar de manera renovada por el nombre que llevan. En efecto, el servicio que realizan cada día se realiza ante todo en la consagración de la vida al Señor, y se fortalece en la sincera devoción a su Madre y a la nuestra.

Imitando a sor María Teresa, serán pacientes en las tribulaciones, porque es precisamente en nuestras pruebas donde el Señor confirma su fidelidad; serán valientes en la misión, porque la labor educativa a la que se dedican forma mentes sabias y corazones capaces de escuchar y de sentir pasión por la humanidad; serán perseverantes en el seguimiento de Cristo, que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6) y, por lo tanto, criterio de toda nuestra iniciativa cultural. Sabemos que una cultura sin verdad se convierte en instrumento de los poderosos: en lugar de liberar las conciencias, las confunde y las distrae según los intereses del mercado, de la moda o del éxito mundano.

A este respecto, les aconsejo que retomen una obra del santo doctor, nuestro padre Agustín, el De Magistro, para meditarla en un futuro próximo, recogiendo los frutos de su Capítulo. En este escrito, Agustín afirma que la enseñanza exterior debe conducir siempre al encuentro con el Maestro interior, que es Jesús (cf.I, 11). En su nombre, deseo todo bien a sus comunidades y les imparto de corazón la bendición apostólica. ¡Gracias!

Volver al índice

83. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LOS PARTICIPANTES EN LOS CAPÍTULOS GENERALES DE OCHO INSTITUTOS RELIGIOSOS
Villas Pontificias de Castel Gandolfo, patio del Palacio Apostólico
Sábado, 12 de julio de 2025

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

¡Bienvenidos todos! Sentémonos y reflexionemos juntos un poco.

Queridos hermanos y hermanas

Les doy la bienvenida con alegría con motivo de sus capítulos y asambleas. Saludo a los superiores generales, a los miembros de los Consejos, a todos ustedes.

Ustedes se han reunido para orar, confrontarse y reflexionar juntos sobre lo que el Señor les pide para el futuro. Sus fundadores y fundadoras, dóciles a la acción del Espíritu Santo, les han dejado en herencia carismas diversos para la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,11-12); y precisamente para que este crezca según los designios de Dios, la Iglesia les pide el servicio que ustedes están realizando (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Perfectae caritatis, 4).

Sus respectivos Institutos encarnan aspectos complementarios de la vida y la acción de todo el Pueblo de Dios: la ofrenda de sí mismo en unión con el Sacrificio de Cristo, la misión ad gentes, el amor a la Iglesia custodiado y transmitido, la educación y la formación de los jóvenes. Se trata de caminos diferentes con los que se expresa de forma carismática la única y eterna realidad que los anima a todos: el amor de Dios por la humanidad.

Como es habitual, cada una de sus congregaciones ha identificado perspectivas particulares, a la luz de las cuales releer la herencia recibida, para renovar y actualizar sus contenidos. También estas líneas de trabajo, que han elegido durante el tiempo de preparación, en la oración y en la escucha recíproca, son un don precioso, ya que son fruto del Espíritu. Es Él quien, a través de la contribución de muchos, bajo la guía de los pastores, «ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. Jn 16,13)» (Benedicto XVI, Homilía

en la Misa de apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007). Han formulado, así, unas líneas orientativas que contienen referencias fundamentales: renovar un auténtico espíritu misionero, hacer propios los sentimientos «que fueron los de Cristo Jesús» (cf. Flp 2,5), enraizar la esperanza en Dios (cf. Is 40,31), mantener viva en el corazón la llama del Espíritu (cf. 1 Ts 5,16-19), promover la paz, cultivar la corresponsabilidad pastoral en las Iglesias locales y otras cosas más. Acompañarlos y recordarlos juntos, en este momento, nos ayuda a captar la riqueza de nuestro ser comunitario, en particular como religiosos y religiosas, comprometidos en la misma maravillosa aventura de «seguir a Cristo más de cerca» (Catecismo de la Iglesia Católica, 916).

Que esto renueve y confirme en todos nosotros la conciencia y la alegría de ser Iglesia, y en particular los anime, en el discernimiento capitular, a pensar en grande, como piezas únicas de un diseño que los supera y los involucra más allá de sus propias expectativas: el proyecto de salvación con el que Dios quiere conducir a toda la humanidad hacia sí, como una sola gran familia (cf. Francisco, Audiencia general, 29 de mayo de 2013). Este es el espíritu con el que nacieron sus Institutos y este es el horizonte en el que hay que situar todo esfuerzo, para que contribuya, a través de pequeñas luces, a difundir por toda la tierra la luz de Cristo, que nunca se agota (cf. Misal Romano, Preconio pascual).

Queridísimos, pidamos juntos al Señor que seamos dóciles a la voz de su Espíritu, que «nos enseña todas las cosas» (cf. Jn 14, 26) y sin cuya ayuda, en nuestra debilidad, ni siquiera sabemos qué pedir (cf. Rm 8, 26).

Gracias por su trabajo y por su fiel presencia en tantos lugares del mundo. Los bendigo de corazón y rezo por ustedes.

¡Gracias!

84. DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LA DELEGACIÓN DE JÓVENES PERUANOS PARTICIPANTES EN EL JUBILEO DE LOS JÓVENES

Sala Clementina
Lunes, 28 de julio de 2025

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Volver al índice

Muchas gracias. ¡Felices fiestas patrias a todos los peruanos!

Queridos jóvenes:

Les doy la bienvenida en esta casa de Pedro, donde vienen como peregrinos de esperanza, ustedes todos son peregrinos de esperanza, y vienen para encontrarse con otros miles de jóvenes, para celebrar juntos el Jubileo. Al verlos a ustedes pienso también en sus familias y en tantas personas de sus comunidades parroquiales que seguramente los han ayudado, con grandes sacrificios y trabajos, para hacer posible este viaje tan esperado. A todos les saludo con gratitud y alegría.

A las puertas de este acontecimiento tan importante para la juventud de todo el mundo, el Evangelio de la Misa de hoy nos ilumina de modo especial, son dos parábolas que nos ayudan en nuestro caminar cristiano: la primera habla de un pequeño grano de mostaza y la siguiente de un poco de levadura (cf. Mt 13,31-35). Como vemos, son dos elementos diríamos casi insignificantes; sin embargo, con la fuerza de la vida que llevan en sí pueden transformarse, crecer y servir al fin para el que han sido creados.

También nosotros somos pequeños, pero no estamos solos; el Señor ha querido que formáramos parte de una gran familia, la familia de la Iglesia. Incorporados a ella en Cristo, como los racimos a la vid, podemos crecer y dar fruto, ayudados con la gracia del Señor. San Agustín habla de estas dos parábolas comentando uno de los salmos, el salmo 68, y también expresa esa fuerza de lo pequeño, que cuando crece se arraiga en un pueblo, el pueblo de Dios que se extiende por toda la tierra (cf. Comentario al Salmo 68, I, 1).

En estos días de júbilo del Jubileo de los Jóvenes, todos ustedes tendrán la hermosa experiencia de sentirse parte del pueblo de Dios, parte de la Iglesia universal, que abarca y abraza a toda la tierra, sin distinción de raza, lengua o nación; extendiéndose como el arbusto de mostaza y fermentando como la levadura.

Queridos jóvenes, quisiera que todo lo que vivan durante estas jornadas lo conserven siempre en sus corazones, pero que no lo guarden sólo para ustedes. Eso es muy importante: lo que van a experimentar aquí, que no sea sólo para uno mismo. Tenemos nosotros que aprender a compartir. Por favor, que todo esto no quede sólo como un recuerdo, sólo como unas bonitas fotos, sólo como algo del pasado. Quisiera que

cuando regresen a Perú inunden aquellas tierras con la alegría y la fuerza del Evangelio, con la Buena Nueva de Jesucristo. Que todas las personas con las que se encuentren puedan ver en ustedes el rostro de Cristo que ama y se entrega, que sigue presente en cada bautizado. Por eso, amen y sirvan gratuitamente, en lo cotidiano, en lo pequeño, en lo escondido, porque han experimentado el gozo de ser amados primero, y porque todo lo han recibido gratuitamente de nuestro Padre Dios.

Las mochilas que los van a acompañar durante estos días, llevando sólo lo esencial, son el signo de la misión que hoy el Papa les encomienda: sean misioneros allí donde vayan, sean transparencia de la presencia del Señor, como lo fueron nuestros queridos santos peruanos. Ustedes saben que el Papa Francisco siempre hablaba del Perú como "tierra ensantada", tantos santos pero no sólo del pasado, santos también de hoy y mañana.

Que Dios los bendiga y que Nuestra Señora de la Evangelización los proteja siempre. Gracias.

85. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A INFLUENCERS Y MISIONEROS DIGITALES
Basílica de San Pedro
Martes, 29 de julio de 2025

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos y hermanas, hemos comenzado con este saludo: La paz esté con ustedes.

Y cuánto necesitamos la paz en nuestro tiempo, desgarrado por la enemistad y las guerras. Y cuánto nos llama hoy al testimonio el saludo del Resucitado: «La paz esté con ustedes» (Jn 20,19). La paz esté con todos nosotros. En nuestros corazones y en nuestras acciones.

Esta es la misión de la Iglesia: anunciar la paz al mundo. La paz que viene del Señor, que venció a la muerte, que nos trae el perdón de Dios, que nos da la vida del Padre, que nos indica el camino del Amor.

1. Es la misión que la Iglesia les confía hoy también a ustedes, que están aquí en Roma para su Jubileo, que han venido a renovar el compromiso de alimentar con esperanza cristiana las redes sociales y los entornos di-

gitales. La paz necesita ser buscada, anunciada, compartida en todos los lugares; tanto en los dramáticos escenarios de guerra, como en los corazones vacíos de quienes han perdido el sentido de la existencia y el gusto por la interioridad, el gusto por la vida espiritual. Y hoy, quizás más que nunca, necesitamos discípulos misioneros que lleven al mundo el don del Resucitado; que den voz a la esperanza que nos da Jesús vivo, hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,3-8); que lleguen a dondequiera que haya un corazón que espera, un corazón que busca, un corazón que necesita. Sí, hasta los confines de la tierra, hasta los confines existenciales donde no hay esperanza.

2. Hay un segundo reto en esta misión: buscar siempre la "carne sufriente de Cristo" en cada hermano y hermana con los que nos encontramos en internet. Hoy nos encontramos en una nueva cultura, profundamente caracterizada y formada por la tecnología. Depende de nosotros, depende de cada uno de ustedes, garantizar que esta cultura siga siendo humana.

La ciencia y la tecnología influyen en la forma en que nosotros vivimos en el mundo, afectando incluso al modo de entendernos a nosotros mismos, de relacionarnos con Dios y los unos con los otros. Pero nada de lo que proviene del hombre y su creatividad debe utilizarse para socavar la dignidad de los demás. Nuestra misión, la misión de ustedes, es nutrir una cultura de humanismo cristiano, y hacerlo juntos. Esta es la belleza de la "red" para todos nosotros.

Frente a los cambios culturales a lo largo de la historia, la Iglesia nunca se ha mantenido pasiva; siempre ha tratado de iluminar cada época con la luz y la esperanza de Cristo, discerniendo el bien del mal y lo que era bueno de lo que debía cambiarse, transformarse y purificarse.

Hoy nos encontramos en una cultura en la que la dimensión tecnológica está presente en casi todo, especialmente ahora que la adopción generalizada de la inteligencia artificial marcará una nueva era en la vida de las personas y de la sociedad en su conjunto. Este es un desafío que debemos afrontar: reflexionar sobre la autenticidad de nuestro testimonio, sobre nuestra capacidad de escuchar y hablar, y sobre nuestra capacidad de comprender y ser comprendidos. Tenemos el deber de trabajar juntos para desarrollar una forma de pensar y un lenguaje de nuestro tiempo que dé voz al Amor.
No se trata simplemente de generar contenido, sino de crear un encuentro entre corazones. Esto implicará buscar a los que sufren, a los

que necesitan conocer al Señor, para que puedan sanar sus heridas, volver a levantarse y encontrar sentido a sus vidas. Este proceso comienza, antes que nada, con la aceptación de nuestra propia pobreza, dejando de lado toda pretensión y reconociendo nuestra innata necesidad del Evangelio. Y este proceso es un reto de la comunidad.

3. Y esto nos lleva a un tercer llamado y por eso les hago un llamado a todos ustedes: "que vayan a reparar las redes". Jesús llamó a sus primeros apóstoles mientras reparaban sus redes de pescadores (cf. Mt 4,21-22). También lo pide a nosotros, es más, nos pide hoy construir otras redes: redes de relaciones, redes de amor, redes de intercambio gratuito, en las que la amistad sea auténtica y sea profunda. Redes donde se pueda reparar lo que ha sido roto, donde se pueda poner remedio a la soledad, sin importar el número de los seguidores —los follower—, sino experimentando en cada encuentro la grandeza infinita del Amor. Redes que abran espacio al otro, más que a sí mismos, donde ninguna "burbuja de filtros" pueda apagar la voz de los más débiles. Redes que liberen, redes que salven. Redes que nos hagan redescubrir la belleza de mirarnos a los ojos. Redes de verdad. De este modo, cada historia de bien compartido será el nudo de una única e inmensa red: la red de redes, la red de Dios.

Sean entonces ustedes agentes de comunión, capaces de romper la lógica de la división y de la polarización; del individualismo y del egocentrismo. Céntrense en Cristo, para vencer la lógica del mundo, de las fake news y de la frivolidad, con la belleza y la luz de la verdad (cf. Jn 8,31-32).

Y ahora, antes de despedirme con la bendición, encomendando al Señor el testimonio de todos ustedes, quiero darles las gracias por todo el bien que han hecho y hacen en sus vidas, por los sueños que persiguen, por su amor al Señor Jesús, por su amor a la Iglesia, por la ayuda que prestan a los que sufren y por su camino en las vías digitales.

86. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS JÓVENES REUNIDOS EN LA PLAZA DE SAN PEDRO PARA LA SANTA MISA DE BIENVENIDA AL JUBILEO DE LOS JÓVENES

Plaza de San Pedro
Martes, 29 de julio de 2025

Jesús nos dice: "ustedes son la sal de la tierra", "ustedes son las luces del mundo".

Volver al índice

«Ustedes son la sal de la tierra [...] la luz del mundo» (Mt 5,13-14). Y hoy sus voces, su entusiasmo, sus gritos —que son todos por Jesucristo— los van a escuchar hasta el fin del mundo.

Hoy están empezando unos días, un camino, el jubileo de la esperanza, y el mundo necesita mensajes de esperanza; ustedes son este mensaje, y tienen que seguir dando esperanza a todos.

Nuestro deseo es que todos ustedes sean siempre signos de esperanza en el mundo. Hoy estamos empezando. En los próximos días tendrán la oportunidad de ser una fuerza que puede llevar la gracia de Dios, un mensaje de esperanza, una luz para la ciudad de Roma, para Italia y para el mundo entero. Caminemos juntos con nuestra fe en Jesucristo.

Y nuestro grito debe ser también por la paz en el mundo. Repitamos todos: ¡Queremos la paz en el mundo! [La plaza responde: ¡Queremos la paz en el mundo!] Recemos por la paz.

Oremos por la paz y seamos testimonios de la paz de Jesucristo, de la reconciliación, esta luz del mundo que todos estamos buscando.

Bendición.

Nos vemos, nos encontramos en Tor Vergata. ¡Feliz semana!

87. SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS ARTISTAS QUE ANIMARON EL ENCUENTRO DE JÓVENES EN TOR VERGATA

Sala Clementina
Sábado, 2 agosto 2025

Mons. Fisichella

¡Santo Padre, gracias de corazón! Sobre todo por este encuentro que usted ha querido hacer tan informal. Están aquí presentadores, actrices y actores que esta tarde animarán el evento en Tor Vergata. Comenzarán hacia las 15:00 y, hasta que llegue usted para dar inicio a la Vigilia, estarán acompañando a nuestros jóvenes, que ya están en camino; algunos incluso ya han llegado. Gracias de todo corazón por este momento que tanto deseábamos. ¡Gracias!

Papa León XIV

¡Gracias! Buenos días a todos y gracias por tantas cosas. He querido tener este pequeño encuentro, digamos familiar, con vosotros esta mañana, sabiendo de la belleza, el arte, la música, de todos los talentos que ofrecéis al gran público que tenemos estos días en Roma. Dicen que hay más de medio millón, quizá un millón de jóvenes venidos de muchos países del mundo. Para mí es un privilegio, una bendición poder participar en esta misión, en este servicio, como obispo de Roma, como Santo Padre, conociendo sobre todo la fe, el entusiasmo y la alegría que compartimos, y que da voz a lo que llevamos en el corazón: el deseo profundo de encontrar la felicidad, la alegría, el amor; de vivir la fe también a través de los dones que el Señor nos ha dado: la música, la danza y tantas formas artísticas que hoy compartiréis con los jóvenes.

Es verdaderamente un don para todos nosotros y para toda la Iglesia, y os lo agradezco sinceramente. Gracias por este momento, y pido a Dios que os bendiga y os ayude a acompañar a estos jóvenes, que tanto necesitan encontrar la verdadera alegría, la auténtica felicidad que todos hallamos en Jesucristo. Mis mejores deseos para vosotros y muchísimas gracias.

88. PALABRAS DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS JÓVENES PEREGRINOS EGIPCIOS, COMPAÑEROS DE LA JOVEN PASCALE

Salita de la Aula Pablo VI
Sábado, 2 de agosto de 2025

Queridos hermanos y hermanas, la paz esté con ustedes.

Esta mañana temprano he recibido la triste noticia de que una compañera que viajaba con ustedes en peregrinación, vuestra compañera de peregrinación, vuestra hermana, falleció inesperadamente anoche, según tengo entendido. Y, por supuesto, la tristeza que la muerte nos produce a todos es algo muy humano y comprensible, sobre todo estando tan lejos de casa y en una ocasión como esta, en la que realmente nos reunimos para celebrar nuestra fe con alegría. Y entonces, de repente, se nos recuerda de una manera muy poderosa que nuestra vida no es algo superficial, que no tenemos control sobre nuestras propias vidas y que, como dice el mismo Jesús, no sabemos ni el día ni la hora en que, por alguna razón, nuestra vida terrenal terminará. Pero, como tam-

Volver al índice

bién aprendemos en el Evangelio, lo que descubrieron Marta y María cuando murió su hermano Lázaro, y cuando Jesús no estaba con ellas al principio, pero luego llegó varios días después de su muerte, y ellas comprendieron que Jesús es la vida y la resurrección.

Así, de cierta manera, al celebrar este año jubilar de la esperanza, se nos recuerda de forma muy poderosa cuánto nuestra fe en Jesucristo debe ser parte de quienes somos, de cómo vivimos, de cómo nos apreciamos y respetamos unos a otros, y especialmente de cómo seguimos adelante a pesar de experiencias tan dolorosas.

San Agustín nos dice que cuando alguien muere, es muy humano y muy natural llorar, sentir ese dolor, sentir la pérdida de alguien querido, pero también dice que no hay que llorar como los paganos, porque nosotros también hemos visto a Jesucristo morir en la cruz y resucitar de entre los muertos.

Y es nuestra esperanza en la resurrección, que es la fuente última de nuestra esperanza, y hablamos de un Año Jubilar de la Esperanza, nuestra esperanza está en Jesucristo que ha resucitado.
Y nos llama a todos a renovar nuestra fe, nos llama a todos a ser amigos, hermanos y hermanas unos de otros, a apoyarnos mutuamente, y dice que también ustedes deben ser testigos de ese mensaje evangélico. Y para todos ustedes, esto ha tocado sus vidas de una manera muy personal y directa hoy. Así que pensamos que, al menos, en medio de este dolor que todos ustedes sienten por la pérdida de su amiga, al menos tendrían la oportunidad de reunirse para rezar, renovar nuestra fe y pedirle a Dios tanto el descanso eterno de nuestra hermana como también fortaleza y consuelo, fortaleza en nuestra fe y renovarnos en la esperanza y como Iglesia, como hermanos y hermanas, por eso nos hemos reunido aquí.
Por eso pedimos al Señor que esté con nosotros, que esté con todos ustedes, mientras viven estos días de peregrinación del Año Jubilar de la Esperanza, y que todos ustedes sean protegidos con el amor y la gracia de Dios.

El Señor esté con ustedes. Que la bendición de Dios todopoderoso descienda sobre todos ustedes. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Que Dios esté con ustedes y les dé paz a sus corazones.

89. DIÁLOGO DEL SANTO PADRE CON LOS JÓVENES EN LA VIGILIA DEL JUBILEO
Tor Vergata
Sábado, 2 de agosto de 2025

Pregunta 1 – Amistad

Santo Padre, soy Dulce María, tengo veintitrés años y vengo de México. Me dirijo a usted haciéndome portavoz de una realidad que vivimos los jóvenes en tantas partes del mundo. Somos hijos de nuestro tiempo. Vivimos en una cultura que nos pertenece y que, sin darnos cuenta, nos va moldeando; está marcada por la tecnología, especialmente en el ámbito de las redes sociales. Frecuentemente nos ilusionamos de tener muchos amigos y de crear relaciones cercanas, mientras que cada vez más seguido experimentamos diversas formas de soledad. Estamos cerca y conectados con tantas personas y, sin embargo, no son relaciones verdaderas y duraderas, sino efímeras y comúnmente ilusorias.

Santo Padre, mi pregunta es: ¿cómo podemos encontrar una amistad sincera y un amor genuino que nos lleven a la verdadera esperanza? ¿Cómo la fe puede ayudarnos a construir nuestro futuro?

Queridos jóvenes, las relaciones humanas, nuestras relaciones con otras personas son indispensables para cada uno de nosotros, empezando por el hecho de que todos los hombres y mujeres del mundo nacen como hijos de alguien. Nuestra vida comienza con un vínculo y es a través de los vínculos que crecemos. En este proceso, la cultura juega un papel fundamental: es el código con el que nos entendemos a nosotros mismos e interpretamos el mundo. Como un diccionario, cada cultura contiene tanto palabras nobles como palabras vulgares, valores y errores que hay que aprender a reconocer. Buscando con pasión la verdad, no sólo recibimos una cultura, sino que la transformamos a través de elecciones de vida. La verdad, en efecto, es un vínculo que une las palabras a las cosas, los nombres a los rostros. La mentira, en cambio, separa estos aspectos, generando confusión y malentendidos.

Ahora, entre las muchas conexiones culturales que caracterizan nuestra vida, internet y las redes sociales se han convertido en «una extraordinaria oportunidad de diálogo, encuentro e intercambio entre personas, así como de acceso a la información y al conocimiento» (Papa Francisco, Christus vivit, 87). Sin embargo, estos instrumentos resultan ambiguos cuando están dominados por lógicas comerciales e intereses que rom-

Volver al índice

pen nuestras relaciones en mil intermitencias. A este respecto, el Papa Francisco recordaba que a veces los «mecanismos de la comunicación, de la publicidad y de las redes sociales pueden ser utilizados para volvernos seres adormecidos, dependientes del consumo» (Christus vivit, 105). Entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, ansiosas o inestables. Además, como saben hoy en día hay algoritmos que nos dicen lo que tenemos que ver, lo que tenemos que pensar, y quieres deberían ser nuestros amigos. Y entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, a veces ansiosas. Es que cuando el instrumento domina al hombre, el hombre se convierte en un instrumento: sí, un instrumento de mercado y a su vez en mercancía. Sólo relaciones sinceras y lazos estables hacen crecer historias de vida buena.

Queridos jóvenes, toda persona desea naturalmente esta vida buena, como los pulmones tienden al aire, ¡pero cuán difícil es encontrarla! Cuán difícil es encontrar una amistad auténtica. Hace siglos, san Agustín captó el profundo deseo de nuestro corazón, es el deseo de todo corazón humano, aun sin conocer el desarrollo tecnológico de hoy. También él pasó por una juventud tempestuosa; pero no se conformó, no silenció el clamor de su corazón. Agustín buscaba la verdad, la verdad que no defrauda, la belleza que no pasa. Y ¿cómo la encontró? ¿Cómo encontró una amistad sincera, un amor capaz de dar esperanza? Encontrando a quien ya lo estaba buscando, encontrando a Jesucristo. ¿Cómo construyó su futuro? Siguiéndolo a Él, su amigo desde siempre. En palabras suyas: “Ninguna amistad es fiel sino en Cristo”. San Agustín nos dice: “No hay amistad que sea fiel si no es en Cristo”. Y la verdadera amistad es siempre en Jesucristo con verdad, amor y respeto. “Y sólo en Él puede ser feliz y eterna” (cf. Réplica a las dos cartas de los pelagianos, I, I, 1); «Ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo» (Sermón 336, 2), nos dice san Agustín. La amistad con Cristo, que está en la base de la fe, no es sólo una ayuda entre muchas otras para construir el futuro, es nuestra estrella polar. Como escribía el beato Pier Giorgio Frassati, «vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha por la Verdad no es vivir, sino ir tirando» (Cartas, 27 de febrero de 1925). Cuando nuestras amistades reflejan este intenso vínculo con Jesús, ciertamente se vuelven sinceras, generosas y verdaderas.

Queridos jóvenes, ámense los unos a los otros. Ámense en Cristo. Sepan ver a Jesús en los demás. La amistad puede cambiar verdaderamente el mundo. La amistad es el camino por la paz. La amistad es el camino por la paz.

Pregunta 2 – El valor de decidir

Santo Padre, me llamo Gaia, tengo diecinueve años y soy italiana. Esta noche todos los jóvenes aquí presentes quisiéramos hablar de nuestros sueños, esperanzas y dudas. Nuestros años están marcados por las decisiones importantes que estamos llamados a tomar para orientar nuestra vida futura. Sin embargo, por el clima de incertidumbre que nos circunda, la tentación de ir posponiendo tales decisiones y el miedo a un futuro desconocido nos paraliza. Sabemos que optar equivale a renunciar a algo y esto nos bloquea, a pesar de ello percibimos que la esperanza nos muestra objetivos alcanzables por más que estén marcados por la precariedad del tiempo actual.

Santo Padre, le preguntamos: ¿dónde podemos encontrar el valor para decidir? ¿Cómo podemos ser valientes y vivir la aventura de la libertad viva, tomando decisiones radicales y cargadas de significado?

Gracias por esta pregunta. La pregunta es ¿cómo encontrar la valentía de escoger? ¿Dónde podemos encontrar el valor para elegir y tomar decisiones acertadas? La decisión es un acto humano fundamental. Observándolo con atención, entendemos que no se trata sólo de elegir algo, sino de optar por alguien. Cuando elegimos, en sentido profundo, decidimos qué queremos llegar a ser. La opción por excelencia, en efecto, es la decisión sobre nuestra vida: ¿qué tipo de hombre quieres ser?, ¿qué clase de mujer quieres ser? Queridos jóvenes, se aprende a elegir a través de las pruebas de la vida, y en primer lugar recordando que nosotros hemos sido elegidos. Este recuerdo debe explorarse y educarse. Hemos recibido la vida gratis, sin elegirla. No somos fruto de nuestra decisión, sino de un amor que nos ha querido. En el curso de la existencia, se demuestra verdaderamente amigo quien nos ayuda a reconocer y renovar esta gracia en las decisiones que estamos llamados a tomar.

Queridos jóvenes, es cierto lo que han dicho: “optar equivale también a renunciar a algo y esto a veces nos bloquea”. Para ser libres, es necesario partir de un fundamento estable, de la roca que sostiene nuestros pasos. Esta roca es un amor que nos precede, nos sorprende y nos supera infinitamente: el amor de Dios. Por eso, ante Él la decisión es un juicio que no nos quita ningún bien, sino que siempre nos lleva a lo mejor.

La valentía de elegir surge del amor que Dios nos manifiesta en Cristo. Él es quien nos ha amado con todo su ser salvando el mundo y mostrándonos así que el camino para realizarnos como personas es dar la

Volver al índice

vida. Por eso, el encuentro con Jesús corresponde a las esperanzas más profundas de nuestro corazón, porque Jesús es el Amor de Dios hecho hombre.

A este respecto, hace veinticinco años, precisamente en el lugar donde nos encontramos, san Juan Pablo II dijo: «es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar» (Vigilia de oración en la XV Jornada Mundial de la Juventud, 19 agosto 2000). El miedo deja entonces espacio a la esperanza, porque estamos seguros de que Dios lleva a término lo que comienza.

Reconozcamos su fidelidad en las palabras de quien ama de verdad, porque ha sido realmente amado. “Tú eres mi vida, Señor”, es lo que un sacerdote o una consagrada pronuncian llenos de alegría y de libertad. “Tú eres mi vida, Señor”. “Te recibo como mi esposa y como mi esposo” es la frase que transforma el amor del hombre y de la mujer en un signo eficaz del amor de Dios en el matrimonio. Estas opciones radicales, opciones llenas de significado: el matrimonio, el orden sagrado, la consagración religiosa, expresan el don de uno mismo, libre y liberador, que nos hace auténticamente felices. Y ahí encontramos la felicidad, cuando aprendemos a darnos a nosotros mismos. A dar la vida por los demás.

Estas decisiones dan sentido a nuestra vida, transformándola según la imagen del Amor perfecto, que la ha creado y redimido de todo mal, incluso de la muerte. Digo esto esta noche pensando en las dos chicas, María, de veinte años, española, y Pascale, de dieciocho, egipcia. Ambas habían decidido venir a Roma para el Jubileo de los Jóvenes, y en estos días les ha llegado la muerte. Recemos juntos por ellas; recemos también por sus familiares, sus amigos y sus comunidades. Jesús Resucitado las acoja en la paz y en la alegría de su reino. Y quisiera pedirles sus oraciones por otro amigo; un muchacho español, Ignacio Gonzálvez, que ha sido ingresado en el hospital “Bambino Gesù”. Recemos por él, por su salud.

Encontrar el valor de tomar decisiones difíciles y de decir al Jesús: “Tú eres mi vida, Señor”. “Señor, tú eres mi vida”. Gracias.

Pregunta 3 – Llamada al bien

Santo Padre, me llamo Will. Tengo veinte años y soy de los Estados Unidos. Me gustaría hacerle una pregunta en nombre de tantos jóvenes que anhelan, en sus corazones, algo más profundo. Nos sentimos atraídos por la vida interior, aunque a primera vista se nos juzgue como una generación superficial e irreflexiva. En lo más profundo de nuestro ser, nos sentimos atraídos por lo bello y lo bueno como fuentes de verdad. El valor del silencio, como en esta Vigilia, nos fascina, aunque a veces nos infunda temor por la sensación de vacío. Santo Padre, me gustaría preguntarle: ¿cómo podemos encontrar verdaderamente al Señor Resucitado en nuestras vidas y estar seguros de su presencia incluso en medio de las pruebas y las incertidumbres?

Para dar inicio a este Año Jubilar, el Papa Francisco publicó el documento titulado Spes non confundit, que significa «la esperanza no defrauda». En ese documento, escribió: «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien» (Spes non confundit, 1). En la Biblia, la palabra "corazón" suele referirse al ser más íntimo de una persona, que incluye nuestra conciencia. Nuestra comprensión de lo que es bueno, entonces, refleja cómo nuestra conciencia ha sido moldeada por las personas que forman parte de nuestra vida; aquellas que fueron amables con nosotros, aquellas que nos escucharon con amor, aquellas que nos ayudaron. Esas personas contribuyeron a modelarte en la bondad y, por lo tanto, a formar tu conciencia para buscar el bien en tus decisiones de cada día.

Queridos jóvenes, Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado.

En cada paso, mientras buscamos lo que es bueno, pidámosle: quédate con nosotros, Señor (cf. Lc 24,29). Quédate con nosotros, porque sin ti no podemos hacer el bien que deseamos. Tú quieres nuestro bien; de hecho Señor, tú eres nuestro bien. Quienes te encuentran también quieren que otros te encuentren, porque tu palabra es una luz más brillante que

Volver al índice

cualquier estrella, que ilumina incluso la noche más oscura. Al Papa Benedicto XVI le gustaba decir que quienes creen nunca están solos. En otras palabras, encontramos a Cristo en la Iglesia, es decir, en la comunión de quienes lo buscan sinceramente. El Señor mismo nos reúne para formar comunidad, no cualquier comunidad, sino una comunidad de creyentes que se apoyan mutuamente. ¡Cuánto necesita el mundo misioneros del Evangelio que sean testigos de justicia y paz! ¡Cuánto necesita el futuro hombres y mujeres que sean testigos de esperanza! Queridos jóvenes, ¡esta es la tarea que el Señor resucitado nos confía a cada uno de nosotros!

San Agustín escribió: «Tú mismo lo mueves a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. [...] Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti» (Confesiones, I, 1). Siguiendo esas palabras de Agustín, y en respuesta a sus preguntas, me gustaría invitar a cada uno de ustedes a decirle al Señor: "Gracias, Jesús, por llamarme. Mi deseo es seguir siendo uno de tus amigos, para que, abrazándote, yo también pueda ser un compañero de todos los que encuentre en el camino. Concédeme, Señor, que aquellos que me encuentren puedan encontrarte a ti, incluso a través de mis limitaciones y debilidades". Al rezar con estas palabras, nuestro diálogo continuará cada vez que miremos al Señor crucificado, porque nuestros corazones estarán unidos en Él. Cada vez que adoremos a Cristo en la Eucaristía, nuestros corazones se unirán en Él. Por último, mi oración por ustedes es que perseveren en la fe, con gozo y valentía.Y podemos decir: "Gracias Jesús por amarnos". "Gracias Jesús por habernos llamado". "Quédate con nosotros Señor".

Saludo al final de la celebración:

Quisiera agradecer al coro, la música. Gracias por acompañarnos. Gracias a todos ustedes. Gracias. Por favor, descansen un poco. Nos rencontraremos aquí mañana por la mañana para la celebración de la Santa Misa. Felicidades a todos. Buenas noches.

90. Carta del Santo Padre al Enviado Especial a las celebraciones conclusivas del 350° aniversario de las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque [Santuario de Paray-le-Monial, 27 de junio de 2025] (19 de junio de 2025)

Al venerable hermano nuestro

FRANCISCO JAVIER, Cardenal BUSTILLO, O.F.M. Conv.,
Obispo de Ajaccio

«A ese Corazón que tanto amó a los hombres, que no se ahorró nada hasta consumarse del todo, para manifestarles su amor» (Santa Margarita María de Alacoque, Autobiografía, 92). Estas palabras resumen el mensaje esencial que nos transmiten las apariciones de Paray-le-Monial a santa Margarita María de Alacoque, acontecidas entre finales de diciembre de 1673 y junio de 1675. Un mensaje que sigue atrayendo a los fieles de todo el mundo, llamados a crecer en el encuentro con Cristo, con la ayuda de una confianza absoluta, hasta alcanzar una unión plena y total con el Señor (cf. Francisco, Dilexit nos 119-122).

Por ello, en el santuario de Paray-le-Monial, en la diócesis de Autun, custodio y difusor insigne de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, se ha convocado un Jubileo, desde el 27 de diciembre de 2023 hasta el 29 de junio del presente año, con motivo del 350° aniversario de aquellos acontecimientos de gracia, para hacer memoria agradecida de ellos. Que esta celebración no solo alcance a esa querida comunidad eclesial, sino también a toda la Iglesia, en el contexto del Año Santo y mientras se conmemoran los 1.700 años del Concilio de Nicea, que proclamó la consustancialidad del Hijo con el Padre. Que todos puedan experimentar la salvación y la comunión con Dios.

Hemos sabido, por tanto, al dar los primeros pasos de nuestro pontificado confiados en el Señor, que se celebrarán actos principales dentro de ese Jubileo. Por esta razón, los venerables hermanos Benoît Rivière, obispo de Autun, y Éric de Moulins-Beaufort, arzobispo metropolitano de Reims y presidente de la Conferencia Episcopal Francesa, solicitaron cordialmente a nuestro querido predecesor, el papa Francisco, que enviara a un prelado de relieve para representar al Romano Pontífice en Paray-le-Monial y presidir allí la celebración eucarística con la que se concluirá el Año Jubilar.

Nosotros, queriendo cumplir con gusto la voluntad de nuestro predecesor, te nombramos a ti, venerable hermano nuestro, mediante la presente carta, Enviado Extraordinario nuestro para las solemnes celebraciones del 350° Jubileo que tendrán lugar el próximo 27 de junio, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, en Paray-le-Monial. Conoces bien aquella región: primero como Custodio Provincial de tu Orden en Francia, y después como delegado episcopal en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, donde has ganado gran aprecio, y donde se recono-

Volver al índice

ce ampliamente tu experiencia en el cultivo humano y divino, así como en la acción pastoral desarrollada desde allí.

Te encargamos, pues, que en esta importante misión presidas en nuestro nombre y que comuniques a los sacerdotes, a los consagrados, a los fieles laicos y a las autoridades civiles nuestros sentimientos pastorales y nuestra cercanía, cumpliendo plenamente las expectativas de todos. Como corresponde a la ocasión, presidirás la celebración eucarística, en la que anunciarás las insondables riquezas del Corazón de Cristo, del que brotan ríos de agua viva para curar las heridas que sufrimos, y para que juntos avancemos hacia un mundo más justo, solidario y fraterno.

Mientras confiamos tu misión, venerable hermano nuestro, a la protección de la Bienaventurada Virgen María, Madre del Buen Consejo, te concedemos de buen grado nuestra Bendición Apostólica, portadora de gracias celestiales, que deseamos se extienda a todos los que participen en esta celebración.

Desde el Vaticano, el 19 de junio, solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Año Santo 2025, primero de nuestro pontificado.

LEÓN PP. XIV

91. Carta del Santo Padre al Enviado Especial a las celebraciones del 400° aniversario de las apariciones de Santa Ana en Auray [25-26 de julio de 2025] (25 de junio de 2025)

Al venerable hermano nuestro

ROBERT SARAH, Cardenal de la Santa Iglesia Romana,
Prefecto emérito de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

El Altísimo se digna revelar los misterios inefables del Reino de los cielos, especialmente a los pequeños (cf. Mt 11,25-26). Por eso, por gracia de Dios, santa Ana, dulcísima madre de la bienaventurada Virgen María, se apareció milagrosamente al campesino Yves Nicolazic, para que se avivara la fe del pueblo de la Bretaña con renovado ardor espiritual. Se construyó una pequeña capilla que, por la frecuente afluencia de devotos, se convirtió en un importante santuario, dedicado a santa Ana de Auray, y con el tiempo en un lugar muy deseado por innumerables peregrinos. Finalmente, en un radiante día de septiembre del año 1996,

llegó también allí —para alentar la fe, la esperanza y la caridad de las familias— nuestro predecesor san Juan Pablo II.

Aprovechando, pues, la feliz ocasión del 400° aniversario de las apariciones de santa Ana en la localidad de Sainte-Anne-d'Auray, que se celebrará el próximo mes de julio, el venerable hermano Raymond Centène, obispo de Vannes, pidió cordialmente al papa Francisco —hoy de feliz memoria— que designara a un cardenal destacado para presidir, en nombre del Sumo Pontífice, las celebraciones conmemorativas de santa Ana y pronunciar palabras de aliento espiritual. Deseando acceder a tan piadosa petición, y confirmando la designación expresamente hecha por nuestro predecesor de grata memoria, nos dirigimos a ti, venerable hermano nuestro, que sobresales por tu piedad y sabiduría, y eres un trabajador incansable y diligente en la viña del Señor.

Por tanto, mediante esta carta, te nombramos nuestro Enviado Extraordinario para las celebraciones arriba mencionadas, que tendrán lugar los días 25 y 26 del próximo mes de julio, en memoria de santa Ana, en la localidad de Sainte-Anne-d'Auray, y que se desarrollarán con el rito correspondiente.

Exhortarás a todos los participantes en este evento para que, con renovadas fuerzas y nuevo entusiasmo, conserven viva la esperanza en las promesas de Dios, sabiendo que este Jubileo les ha concedido abundantes beneficios espirituales y gracias de la bondad celestial, que sin duda serán de gran ayuda en el esfuerzo cotidiano.

Saludarás en nuestro nombre al obispo de la diócesis de Vannes, a todos los fieles allí reunidos, a los venerables prelados, sacerdotes, religiosos y religiosas, a las autoridades civiles y a los laicos cristianos, y les transmitirás nuestra benevolencia.

Nosotros mismos, venerable hermano nuestro, te acompañaremos con nuestra oración en el cumplimiento de tu misión, invocando la intercesión de santa Ana y de su incomparable Hija, la bienaventurada Virgen María. Y desde ahora te impartimos de buen grado nuestra Bendición Apostólica, signo de nuestra benevolencia hacia ti y prenda de los dones celestiales, la cual deseamos que hagas extensiva a todos los participantes en estas celebraciones.

Desde el Vaticano, a 25 de junio, Año Santo 2025, primero de nuestro pontificado.

Volver al índice

LEÓN PP. XIV

92. Carta del Santo Padre al Enviado Especial a la celebración del centenario de la arquidiócesis de Rijeka (Croacia) [14 de junio de 2025] (29 de mayo de 2025)

Al venerable hermano nuestro

MATTEO MARÍA ZUPPI, Cardenal de la Santa Iglesia Romana,
Arzobispo Metropolitano de Bolonia,
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana

Aquel que prepara con piedras vivas y escogidas una morada eterna para su gloria, se ha dignado también llamar a la Iglesia su Esposa (cf. 1Pe 2,5), para que, como pueblo consagrado al nombre de Jesús y en constante edificación hacia la Jerusalén celestial, crezca sin cesar hasta alcanzar las promesas eternas por medio de la imitación de Cristo. En esta casa visible que Dios nos permite construir cada día, se representa y realiza admirablemente el misterio de su comunión con nosotros: en ella, la Iglesia extendida por toda la tierra se edifica como Cuerpo del Señor hasta alcanzar la plenitud de la visión de paz. Ella es, en efecto, el ancla de esperanza en nuestro tiempo, edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y con Cristo Jesús mismo como piedra angular.

Al considerar todo esto, nos alegramos de las celebraciones con las que el clero y los fieles de la archidiócesis metropolitana de Rijeka (Croacia) darán gracias a Dios en la fiesta del centenario de la fundación de su comunidad, erigida por las Letras de nuestro predecesor Pío XI, de feliz memoria, tituladas Supremum pastorale munus, fechadas el 25 de abril de 1925.

En los primeros días de nuestro servicio como Pastor de la Iglesia Universal, deseamos dirigir nuestro pensamiento a la querida Iglesia de Rijeka, especialmente porque su Arzobispo Metropolitano, el venerable hermano Mate Uzinić, pidió amablemente a nuestro amado predecesor, el papa Francisco, de feliz memoria, que enviara a un cardenal para representarlo en Rijeka y presidir allí la celebración eucarística.

Por tanto, nosotros, queriendo cumplir con gusto la voluntad de nuestro predecesor, te confirmamos mediante esta carta como nuestro Enviado Extraordinario para la celebración principal, que tendrá lugar en la víspera de la solemnidad de san Vito, mártir y glorioso patrono de la

Iglesia de Rijeka, es decir, el 14 de junio próximo, con ocasión del centenario de la fundación de dicha comunidad eclesial.

En este Año Santo que toda la Iglesia celebra, exhortarás a todos los participantes a que, así como toda la creación se ordena naturalmente hacia su Creador, también ellos se dirijan libremente hacia Él, que es la verdad suprema y el bien más alto. Saludarás en nuestro nombre al arzobispo metropolitano de Rijeka, a los demás obispos presentes, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los fieles laicos. Queremos que las palabras de nuestra benevolencia lleguen también a las autoridades civiles y a todos los participantes.

Elevamos finalmente una ferviente oración al Dios todopoderoso, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María de Trsat y de san Vito, mártir, para que cumplas con diligencia la misión que se te ha confiado, y para que todos los que participen en este aniversario sean colmados con abundantes gracias del Señor. Sea esta nuestra Bendición Apostólica portadora de los verdaderos dones celestiales y expresión de nuestra benevolencia hacia ti, venerable hermano nuestro, la cual deseamos que se extienda también a todos los reunidos.

Desde el Vaticano, a 29 de mayo, solemnidad de la Ascensión del Señor, Año Santo 2025, primero de nuestro pontificado.

LEÓN PP. XIV

93. Carta del Santo Padre al Enviado Especial a las celebraciones del 950° aniversario de la Diócesis de Płock [7 de junio de 2025] (16 de mayo de 2025)

Al venerable hermano nuestro

LADISLAO NÉMET, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, S.V.D.
Arzobispo Metropolitano de Belgrado

La comunidad diocesana de Płock, fundada en el año 1075 por voluntad de nuestro predecesor san Gregorio VII, atento a las necesidades pastorales de su tiempo, celebra con gratitud tanto el Año Santo junto a toda la Iglesia universal como el 950° aniversario de su fundación. Aquel insigne Pontífice envió entonces a sus legados ante el príncipe polaco Boleslao II, encomendándoles la misión de organizar la estructura eclesiástica en el territorio del joven Estado polaco, que había recibido el sa-

Volver al índice

grado Bautismo más de un siglo antes. La diócesis, entonces denominada de Mazovia, abarcaba una extensa región en la que, con el paso de los siglos, se fueron creando muchas otras Iglesias particulares.

La Iglesia de Płock, una de las más antiguas sedes episcopales de Polonia, ha brillado por la firmeza de su fe, la santidad de vida de muchos de sus pastores y fieles, y por su amor a la Iglesia universal. Esa querida tierra de Mazovia conoció la vida y misión de san Estanislao Kostka, patrono de niños y jóvenes; de santa Faustina Kowalska, gran apóstol de la Divina Misericordia; y de los beatos obispos Antonio Julián Nowowiejski y León Wetmański, mártires de la Segunda Guerra Mundial.

Otro ilustre predecesor nuestro, san Juan Pablo II, visitó Płock en junio de 1991; celebró solemnemente la Santa Misa en la plaza junto al estadio, dirigió palabras de consuelo a quienes se encontraban privados de libertad, y presidió el rito de devoción al Sagrado Corazón de Jesús en la antigua catedral, hermosamente situada junto al Vístula.

Hemos sabido que, al comenzar nuestro pontificado con plena confianza en el Señor, la Iglesia de Płock se dispone a celebrar los principales actos de dicho jubileo. Por este motivo, el venerable hermano Szymon Stułkowski, obispo de Płock, pidió cordialmente al papa Francisco —de feliz memoria— que enviara a un pastor eminente que pudiera representarlo en Płock y manifestar el afecto del Romano Pontífice por esa comunidad.

Deseando cumplir con gusto la voluntad de nuestro predecesor, te confirmamos mediante esta carta como nuestro Enviado Extraordinario para la celebración del 950° aniversario de la fundación de la diócesis de Płock, que tendrá lugar allí el próximo 7 de junio.

Presidirás la solemne celebración eucarística y saludarás en nuestro nombre al obispo de Płock, a los demás prelados presentes, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a las autoridades civiles y a todos los fieles congregados. Exhortarás con tu palabra a todos los presentes a una imitación más profunda de la vida de Cristo en lo cotidiano, al amor por el Evangelio y por la Iglesia, y a la oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Cada uno, consciente de su propia vocación, recordando las palabras de san Estanislao Kostka: «He nacido para cosas más grandes», debe dar testimonio —incluso en estos tiempos difíciles— de la belleza de la vida cristiana.

Nosotros, por nuestra parte, te acompañamos con nuestras oraciones en el cumplimiento de tu misión, y te impartimos de buen grado nuestra Bendición Apostólica, como signo de nuestra benevolencia hacia ti y prenda de los dones celestiales, que deseamos hagas extensiva a todos los participantes en la celebración.

Desde el Vaticano, a 16 de mayo, en la fiesta de san Andrés Bobola, patrono de Polonia, Año Santo 2025, primero de nuestro pontificado.

LEÓN PP. XIV

94. A los profesores de escuelas católicas de Irlanda, Inglaterra, Gales y Escocia; y a los jóvenes de la diócesis de Copenhague (5 de julio de 2025)

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con vosotros!

Buenos días y bienvenidos al Vaticano.

Excelencias,
Queridos sacerdotes
y jóvenes amigos:

Me alegra saludaros a todos con ocasión de vuestra peregrinación a Roma en este Año Jubilar, que, como sabéis, está centrado en la virtud teologal de la esperanza. En particular, doy la bienvenida a los jóvenes de la diócesis de Copenhague —que conforman este grupo—, así como a los docentes venidos de Irlanda, Inglaterra, Gales y Escocia.

Estáis siguiendo las huellas de innumerables peregrinos de vuestros países que, durante siglos, han realizado esta misma peregrinación a Roma, la "Ciudad Eterna". De hecho, para los cristianos, Roma siempre ha sido un hogar especial, porque es el lugar donde los apóstoles Pedro y Pablo dieron el testimonio supremo de su amor a Jesús entregando la vida como mártires. Como Sucesor de Pedro, deseo expresaros mi gratitud por vuestra presencia aquí, y rezo para que, al visitar los distintos lugares santos, podáis encontrar inspiración y esperanza en el ejemplo profundo de cómo los santos y mártires imitaron a Cristo.

La peregrinación tiene un papel fundamental en nuestra vida de fe, porque nos saca de nuestras casas y rutinas cotidianas, y nos ofrece tiempo

Volver al índice

y espacio para encontrarnos con Dios de una manera más profunda. Estos momentos siempre nos ayudan a crecer, ya que es a través de ellos como el Espíritu Santo nos va moldeando con suavidad, para que lleguemos a ser cada vez más conformes a la mente y al corazón de Jesucristo.

De modo particular, queridos hermanos y hermanas, jóvenes que os habéis reunido con nosotros esta mañana, recordad que Dios ha creado a cada uno de vosotros con un propósito y una misión en esta vida. Aprovechad, por tanto, esta oportunidad para escuchar, para rezar, de modo que podáis oír con mayor claridad la voz de Dios que os llama desde lo más profundo del corazón. Quiero añadir que hoy, con frecuencia, perdemos la capacidad de escuchar, de escuchar de verdad. Oímos música, nuestros oídos están constantemente expuestos a todo tipo de estímulos digitales, pero a veces olvidamos escuchar nuestro propio corazón. Y es en el corazón donde Dios nos habla, donde nos llama y nos invita a conocerle mejor y a vivir en su amor. Y, a través de esa escucha, podréis abrir vuestro interior para permitir que la gracia de Dios fortalezca vuestra fe en Jesús (cf. Col 2,7), para que os resulte más fácil compartir ese don con los demás.

Y a vosotros, queridos docentes: lo que acabo de decir a los jóvenes vale también para vosotros, especialmente teniendo en cuenta vuestro importante papel en la formación de las nuevas generaciones: niños, adolescentes y jóvenes adultos. De hecho, ellos os mirarán como modelos: modelos de vida, modelos de fe. Os observarán, sobre todo, en cómo enseñáis y cómo vivís. Espero que alimentéis cada día vuestra relación con Cristo, quien nos ofrece el modelo de enseñanza auténtica (cf. Mt 7,28), para que también vosotros podáis guiar y animar a quienes se os han confiado a seguir a Cristo en su propia vida.

Y, por último, cuando regreséis a casa, recordad que una peregrinación nunca termina del todo, sino que desplaza su centro hacia el "peregrinaje del discipulado" cotidiano. Todos somos peregrinos, y siempre lo seremos, caminando mientras tratamos de seguir al Señor y de encontrar el camino que nos es propio en la vida. Sin duda, esto no es fácil, pero con la ayuda del Señor, la intercesión de los santos y el aliento mutuo, podéis estar seguros de que, mientras permanezcáis fieles y confiéis siempre en la misericordia de Dios, la experiencia de esta peregrinación seguirá dando fruto a lo largo de toda vuestra vida (cf. Jn 15,16).

Queridos amigos, con estas breves palabras, y confiándoos a la interce-

sión de María, Madre de la Iglesia, os imparto de buen grado mi cordial bendición.

Que Dios os bendiga y muchas gracias.

95. A los catecúmenos y neófitos de Francia (29 de julio de 2025)

Queridos hermanos y hermanas,
la paz esté con vosotros.

Esta mañana temprano recibí la triste noticia de que una de sus compañeras, que viajaba con ustedes en peregrinación, su compañera de camino, su hermana, falleció inesperadamente anoche, si no me equivoco.

Y, por supuesto, la tristeza que trae la muerte es algo profundamente humano y muy comprensible, sobre todo estando tan lejos de casa y en una ocasión como esta, en la que nos reunimos para celebrar nuestra fe con alegría. Y entonces, de repente, se nos recuerda de forma muy fuerte que nuestra vida no es superficial, que no tenemos control sobre ella, y que —como dice el mismo Jesús— no conocemos ni el día ni la hora en que nuestra vida terrenal termina.

Pero también aprendemos en el Evangelio lo que descubrieron Marta y María cuando murió su hermano Lázaro, y Jesús no estaba con ellas al principio, sino que llegó varios días después de su muerte. Y ellas comprendieron que Jesús es la vida y la resurrección.

Así que, de algún modo, mientras celebramos este Año Jubilar de la Esperanza, se nos recuerda con fuerza cuánto necesitamos que nuestra fe en Jesucristo forme parte de lo que somos, de cómo vivimos, de cómo valoramos y respetamos a los demás, y especialmente de cómo seguimos adelante incluso en medio de experiencias tan dolorosas.

San Agustín nos dice que cuando alguien muere, es muy humano y natural llorar, sentir ese dolor, sentir la pérdida de alguien querido. Y, sin embargo, también dice: no lloréis como los paganos, porque nosotros también hemos visto morir a Jesucristo en la cruz y resucitar de entre los muertos.

Y es nuestra esperanza en la resurrección la fuente última de nuestra esperanza. Y al hablar de un Año Jubilar de la Esperanza, nuestra esperanza está en Jesucristo resucitado. Él nos llama a todos a renovar nuestra fe, a

Volver al índice

ser amigos, hermanos y hermanas los unos de los otros, a sostenernos mutuamente. Y nos dice que también nosotros debemos ser testigos de ese mensaje del Evangelio.

Y para todos ustedes, esto ha tocado hoy su vida de una manera muy personal y directa. Por eso pensamos que, al menos en medio de este dolor que sienten por la pérdida de su amiga, podían tener esta oportunidad de reunirse para rezar, para renovar la fe, y para pedir a Dios tanto el descanso eterno para su hermana como fortaleza y consuelo: fortaleza para la fe y renovación en la esperanza. Y como Iglesia, como hermanos y hermanas, por eso nos hemos reunido.

Pidamos al Señor que esté con nosotros, que esté con cada uno de ustedes durante estos días de peregrinación del Año Jubilar de la Esperanza, y que todos estén protegidos por el amor y la gracia de Dios.

El Señor esté con vosotros.
Que la bendición de Dios todopoderoso descienda sobre ustedes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
Que Dios esté con ustedes y conceda paz a vuestros corazones.
96. Reunión con los miembros del Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo (26 de junio de 2025)

Queridísimos,

me alegra saludaros con motivo de la reunión del Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos.

Aunque no me sea posible permanecer con vosotros durante toda la tarde, aprovecho con gusto esta oportunidad para compartir una idea que considero central y luego escucharos en el tiempo que tengo disponible.

El Papa Francisco ha dado un nuevo impulso al Sínodo de los Obispos, inspirándose, como ha afirmado en diversas ocasiones, en san Pablo VI. Y el legado que nos ha dejado me parece que es sobre todo este: que la sinodalidad es un estilo, una actitud que nos ayuda a ser Iglesia, promoviendo auténticas experiencias de participación y comunión.

Durante su pontificado, el Papa Francisco ha desarrollado esta visión en las distintas Asambleas sinodales, especialmente en las dedicadas a la familia, y luego la ha llevado a su plena expresión en el camino más

reciente, dedicado precisamente a la sinodalidad.

El Sínodo de los Obispos conserva naturalmente su fisonomía institucional, y al mismo tiempo se enriquece con los frutos madurados en esta etapa. Vosotros sois el organismo encargado de recoger esos frutos y de hacer una reflexión con mirada de futuro. Os animo en esta tarea, rezo para que sea fecunda y, desde ahora, os doy las gracias.

97. MENSAJE DE SU SANTIDAD PAPA LEÓN XIV PARA LA X JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN 2025 [1 de septiembre de 2025]

Semillas de paz y esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de esta Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, elegido por nuestro querido Papa Francisco, es “Semillas de paz y esperanza”. En el décimo aniversario de la institución de la Jornada, que coincidió con la publicación de la encíclica Laudato si’, nos encontramos en pleno Jubileo, como “peregrinos de esperanza”. Y es precisamente en este contexto donde el tema adquiere todo su significado.

Muchas veces, Jesús, en su predicación, utiliza la imagen de la semilla para hablar del Reino de Dios, y en la víspera de la Pasión la aplica a sí mismo, comparándose con el grano de trigo, que debe morir para dar fruto (cf. Jn 12,24). La semilla se entrega por completo a la tierra y allí, con la fuerza impetuosa de su don, brota la vida, incluso en los lugares más insospechados, con una sorprendente capacidad de generar futuro. Pensemos, por ejemplo, en las flores que crecen al borde de las carreteras: nadie las ha plantado, y sin embargo crecen gracias a semillas que han llegado allí casi por casualidad y logran adornar el gris del asfalto e incluso romper su dura superficie.

Por lo tanto, en Cristo somos semillas. No sólo eso, sino “semillas de paz y esperanza”. Como dice el profeta Isaías, el Espíritu de Dios es capaz de transformar el desierto, árido y reseco, en un jardín, lugar de descanso y serenidad: «hasta que sea infundido en nosotros un espíritu desde lo alto. Entonces el desierto será un vergel y el vergel parecerá un bosque.

Volver al índice

En el desierto habitará el derecho y la justicia morará en el vergel. La obra de la justicia será la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre. Mi pueblo habitará en un lugar de paz, en moradas seguras, en descansos tranquilos» (Is 32,15-18).

Estas palabras proféticas, que del 1 de septiembre al 4 de octubre acompañarán la iniciativa ecuménica del "Tiempo de la Creación", afirman con fuerza que, junto con la oración, son necesarias la voluntad y las acciones concretas que hacen perceptible esta "caricia de Dios" sobre el mundo (cf. Laudato si', 84). La justicia y el derecho, en efecto, parecen arreglar la inhóspita naturaleza del desierto. Se trata de un anuncio de extraordinaria actualidad. En diversas partes del mundo es ya evidente que nuestra tierra se está deteriorando. En todas partes, la injusticia, la violación del derecho internacional y de los derechos de los pueblos, las desigualdades y la codicia que de ellas se derivan producen deforestación, contaminación y pérdida de biodiversidad. Aumentan en intensidad y frecuencia los fenómenos naturales extremos causados por el cambio climático inducido por las actividades antrópicas (cf. Exhort. ap. Laudate Deum, 5), sin tener en cuenta los efectos a medio y largo plazo de la devastación humana y ecológica provocada por los conflictos armados.

Parece que aún no se tiene conciencia de que destruir la naturaleza no perjudica a todos del mismo modo: pisotear la justicia y la paz significa afectar sobre todo a los más pobres, a los marginados, a los excluidos. En este contexto, es emblemático el sufrimiento de las comunidades indígenas.

Y eso no es todo: la propia naturaleza se convierte a veces en un instrumento de intercambio, en un bien que se negocia para obtener ventajas económicas o políticas. En estas dinámicas, la creación se transforma en un campo de batalla por el control de los recursos vitales, como lo demuestran las zonas agrícolas y los bosques que se han vuelto peligrosos debido a las minas, la política de la "tierra arrasada" (Cf. Pontificio Consejo "Justicia y Paz", Tierra y alimento, LEV 2016, 51-53.), los conflictos que se desatan en torno a las fuentes de agua, la distribución desigual de las materias primas, que penaliza a las poblaciones más débiles y socava su propia estabilidad social.

Estas diversas heridas son consecuencia del pecado. Sin duda, esto no es lo que Dios tenía en mente cuando confió la Tierra al hombre creado a su imagen (cf. Gn 1,24-29). La Biblia no promueve «el dominio despó-

tico del ser humano sobre lo creado» (Laudato si', 200). Al contrario, es «importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a "labrar y cuidar" el jardín del mundo (cf. Gn 2,15). Mientras "labrar" significa cultivar, arar o trabajar, "cuidar" significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza» (ibíd., 67).

La justicia ambiental —anunciada implícitamente por los profetas— ya no puede considerarse un concepto abstracto o un objetivo lejano. Representa una necesidad urgente que va más allá de la simple protección del medio ambiente. En realidad, se trata de una cuestión de justicia social, económica y antropológica. Para los creyentes, además, es una exigencia teológica que, para los cristianos, tiene el rostro de Jesucristo, en quien todo ha sido creado y redimido. En un mundo en el que los más frágiles son los primeros en sufrir los efectos devastadores del cambio climático, la deforestación y la contaminación, el cuidado de la creación se convierte en una cuestión de fe y de humanidad.

Es hora de pasar de las palabras a los hechos. «Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana» (ibíd., 217). Trabajando con dedicación y ternura se pueden hacer germinar muchas semillas de justicia, contribuyendo así a la paz y a la esperanza. A veces se necesitan años para que el árbol dé sus primeros frutos, años que involucran a todo un ecosistema en la continuidad, la fidelidad, la colaboración y el amor, sobre todo si este amor se convierte en espejo del Amor oblativo de Dios.

Entre las iniciativas de la Iglesia que son como semillas esparcidas en este campo, deseo recordar el proyecto "Borgo Laudato si'", que el Papa Francisco nos ha dejado como herencia en Castel Gandolfo, como semilla que puede dar frutos de justicia y paz. Se trata de un proyecto de educación en ecología integral que quiere ser un ejemplo de cómo se puede vivir, trabajar y formar comunidad aplicando los principios de la encíclica Laudato si'.

Ruego al Todopoderoso que nos envíe en abundancia su «espíritu desde lo alto» (Is 32,15), para que estas semillas y otras parecidas den frutos abundantes de paz y esperanza.

La encíclica Laudato si' ha acompañado a la Iglesia católica y a muchas

personas de buena voluntad durante diez años. Que siga inspirándonos y que la ecología integral sea cada vez más elegida y compartida como camino a seguir. Así se multiplicarán las semillas de esperanza, que debemos "cuidar y cultivar" con la gracia de nuestra gran e inquebrantable Esperanza, Cristo Resucitado. En su nombre, les envío mi bendición a todos.

Vaticano, 30 de junio de 2025, Memoria de los Santos Protomártires de la santa Iglesia Romana.

LEÓN PP. XIV

98. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES [27 de julio de 2025]

Queridos hermanos y hermanas:

El Jubileo que estamos viviendo nos ayuda a descubrir que la esperanza siempre es fuente de alegría, a cualquier edad. Asimismo, cuando esta ha sido templada por el fuego de una larga existencia, se vuelve fuente de una bienaventuranza plena.

La Sagrada Escritura presenta varios casos de hombres y mujeres ya avanzados en años, a los que el Señor invita a participar en sus designios de salvación. Pensemos en Abraham y Sara; siendo ya ancianos, permanecen incrédulos ante la palabra de Dios, que les promete un hijo. La imposibilidad de generar parecía haberles quitado su mirada de esperanza respecto al futuro.

La reacción de Zacarías ante el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista no es diferente: «¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada» (Lc 1,18). La ancianidad, la esterilidad y el deterioro parecen apagar las esperanzas de vida y de fecundidad de todos estos hombres y mujeres. También la pregunta que Nicodemo hace a Jesús, cuando el Maestro le habla de un "nuevo nacimiento", parece puramente retórica: «¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?» (Jn 3,4). Sin embargo, en cada ocasión, frente a una respuesta aparentemente obvia, el Señor sorprende a sus interlocutores con un acto de salvación.

Los ancianos, signos de esperanza

En la Biblia, Dios muestra muchas veces su providencia dirigiéndose a personas avanzadas en años. Así ocurre no sólo con Abrahám, Sara, Zacarías e Isabel, sino también con Moisés, llamado a liberar a su pueblo siendo octogenario (cf. Ex 7,7). Con estas elecciones, Dios nos enseña que, a sus ojos, la ancianidad es un tiempo de bendición y de gracia, y que para Él los ancianos son los primeros testigos de esperanza. «¿Qué significa en mi vejez? —se pregunta al respecto san Agustín— Cuando me falten las fuerzas, no me abandones. Y aquí Dios te responde: Al contrario, que desfallezca tu vigor, para que esté presente el mío en ti, y así puedas decir con el Apóstol: "Cuando me debilito, entonces soy fuerte"» (Comentarios a los Salmos 70, 11). El hecho de que el número de personas en edad avanzada esté en aumento se convierte entonces para nosotros en un signo de los tiempos que estamos llamados a discernir, para leer correctamente la historia que vivimos.

La vida de la Iglesia y del mundo, en efecto, sólo se comprende en la sucesión de las generaciones, y abrazar a un anciano nos ayuda a comprender que la historia no se agota en el presente, ni se consuma entre encuentros fugaces y relaciones fragmentarias, sino que se abre paso hacia el futuro. En el libro del Génesis encontramos el conmovedor episodio de la bendición dada por Jacob, ya anciano, a sus nietos, los hijos de José. Sus palabras los animan a mirar al futuro con esperanza, como en el tiempo de las promesas de Dios (cf. Gn 48,8-20). Si, por tanto, es verdad que la fragilidad de los ancianos necesita del vigor de los jóvenes, también es verdad que la inexperiencia de los jóvenes necesita del testimonio de los ancianos para trazar con sabiduría el porvenir. ¡Cuán a menudo nuestros abuelos han sido para nosotros ejemplo de fe y devoción, de virtudes cívicas y compromiso social, de memoria y perseverancia en las pruebas! Este hermoso legado, que nos han transmitido con esperanza y amor, siempre será para nosotros motivo de gratitud y de coherencia.

Signos de esperanza para los ancianos

El Jubileo, desde sus orígenes bíblicos, ha representado un tiempo de liberación: los esclavos eran liberados, las deudas condonadas, las tierras restituidas a sus propietarios originarios. Era un momento de restauración del orden social querido por Dios, en el cual se reparaban las desigualdades y las opresiones acumuladas con los años. Jesús renueva estos acontecimientos de liberación cuando, en la sinagoga de Nazaret,

Volver al índice

proclama la buena noticia a los pobres, la vista a los ciegos, la liberación a los cautivos y la libertad a los oprimidos (cf. Lc 4,16-21).

Considerando a las personas ancianas desde esta perspectiva jubilar, también nosotros estamos llamados a vivir con ellas una liberación, sobre todo de la soledad y del abandono. Este año es el momento propicio para realizarla; la fidelidad de Dios a sus promesas nos enseña que hay una bienaventuranza en la ancianidad, una alegría auténticamente evangélica, que nos pide derribar los muros de la indiferencia, que con frecuencia aprisionan a los ancianos. Nuestras sociedades, en todas sus latitudes, se están acostumbrando con demasiada frecuencia a dejar que una parte tan importante y rica de su tejido sea marginada y olvidada.

Frente a esta situación, es necesario un cambio de ritmo, que atestigue una asunción de responsabilidad por parte de toda la Iglesia. Cada parroquia, asociación, grupo eclesial está llamado a ser protagonista de la "revolución" de la gratitud y del cuidado, y esto ha de realizarse visitando frecuentemente a los ancianos, creando para ellos y con ellos redes de apoyo y de oración, entretejiendo relaciones que puedan dar esperanza y dignidad al que se siente olvidado. La esperanza cristiana nos impulsa siempre a arriesgar más, a pensar en grande, a no contentarnos con el statu quo. En concreto, a trabajar por un cambio que restituya a los ancianos estima y afecto.

Por eso, el Papa Francisco quiso que la Jornada Mundial de los Abuelos y los Mayores se celebrase sobre todo yendo al encuentro de quien está solo. Y por esa misma razón, se ha decidido que quienes no puedan venir a Roma este año, en peregrinación, «podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigirán a visitar por un tiempo adecuado a los [...] ancianos en soledad, [...] como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cf. Mt 25, 34-36)» (Penitenciaría Apostólica, Normas sobre la Concesión de la Indulgencia Jubilar, III). Visitar a un anciano es un modo de encontrarnos con Jesús, que nos libera de la indiferencia y la soledad.

En la vejez se puede esperar

El libro del Eclesiástico afirma que la bienaventuranza es de aquellos que no ven desvanecerse su esperanza (cf. 14,2), dejando entender que en nuestra vida —especialmente si es larga— pueden existir muchos motivos para volver la vista atrás, más que hacia el futuro. Sin embargo, como escribió el Papa Francisco durante su último ingreso en el hospi-

tal, «nuestro físico está débil, pero, incluso así, nada puede impedirnos amar, rezar, entregarnos, estar los unos para los otros, en la fe, señales luminosas de esperanza» (Ángelus, 16 marzo 2025). Tenemos una libertad que ninguna dificultad puede quitarnos: la de amar y rezar. Todos, siempre, podemos amar y rezar.

El amor por nuestros seres queridos —por el cónyuge con quien hemos pasado gran parte de la vida, por los hijos, por los nietos que alegran nuestras jornadas— no se apaga cuando las fuerzas se desvanecen. Al contrario, a menudo ese afecto es precisamente el que reaviva nuestras energías, dándonos esperanza y consuelo.

Estos signos de vitalidad del amor, que tienen su raíz en Dios mismo, nos dan valentía y nos recuerdan que «aunque nuestro hombre exterior se vaya destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día» (2 Co 4,16). Por eso, especialmente en la vejez, perseveremos confiados en el Señor. Dejémonos renovar cada día por el encuentro con Él, en la oración y en la Santa Misa. Transmitamos con amor la fe que hemos vivido durante tantos años, en la familia y en los encuentros cotidianos; alabemos siempre a Dios por su benevolencia, cultivemos la unidad con nuestros seres queridos, que nuestro corazón abarque al que está más lejos y, en particular, a quien vive en una situación de necesidad. Seremos signos de esperanza, a cualquier edad.

Vaticano, 26 de junio de 2025
LEÓN PP. XIV

99. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA 111.ª JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2025 [4-5 de octubre de 2025]

Migrantes, misioneros de esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

La 111.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, que mi predecesor quiso que coincidiera con el Jubileo de los migrantes y del mundo misionero, nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre el vínculo entre esperanza, migración y misión.

Volver al índice

El contexto mundial actual está tristemente marcado por guerras, violencia, injusticias y fenómenos meteorológicos extremos, que obligan a millones de personas a abandonar su tierra natal en busca de refugio en otros lugares. La tendencia generalizada de velar exclusivamente por los intereses de comunidades circunscritas constituye una grave amenaza para la asignación de responsabilidades, la cooperación multilateral, la consecución del bien común y la solidaridad global en beneficio de toda la familia humana. La perspectiva de una nueva carrera armamentística y el desarrollo de nuevas armas —incluidas las nucleares—, la escasa consideración de los efectos nefastos de la crisis climática actual y las profundas desigualdades económicas hacen que los retos del presente y del futuro sean cada vez más difíciles.

Ante las teorías de devastación global y escenarios aterradores, es importante que crezca en el corazón de la mayoría el deseo de esperar un futuro de dignidad y paz para todos los seres humanos. Ese futuro es parte esencial del proyecto de Dios para la humanidad y el resto de la creación. Se trata del futuro mesiánico anticipado por los profetas: «Los ancianos y las ancianas se sentarán de nuevo en las plazas de Jerusalén, cada uno con su bastón en la mano, a causa de sus muchos años. Las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, que jugarán en ellas. [...] Porque hay semillas de paz: la viña dará su fruto, la tierra sus productos y el cielo su rocío» (Zc 8,4-5.12). Y este futuro ya ha comenzado, porque fue inaugurado por Jesucristo (cf. Mc 1,15 y Lc 17,21) y nosotros creemos y esperamos en su plena realización, ya que el Señor siempre cumple sus promesas.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que «la virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres» (n° 1818). Y sin duda, la búsqueda de la felicidad —y la perspectiva de encontrarla en otro lugar— es una de las principales motivaciones de la movilidad humana contemporánea.

Esta conexión entre migración y esperanza se manifiesta claramente en muchas de las experiencias migratorias de nuestros días. Numerosos migrantes, refugiados y desplazados son testigos privilegiados de la esperanza vivida en la cotidianidad, a través de su confianza en Dios y su resistencia a las adversidades con vistas a un futuro en el que vislumbran la llegada de la felicidad y el desarrollo humano integral. En ellos se renueva la experiencia itinerante del pueblo de Israel: «Oh Dios, cuando saliste al frente de tu pueblo, cuando avanzabas por el desierto,

tembló la tierra y el cielo dejó caer su lluvia, delante de Dios –el del Sinaí–, delante de Dios, el Dios de Israel. Tú derramaste una lluvia generosa, Señor: tu herencia estaba exhausta y tú la reconfortaste; allí se estableció tu familia, y tú, Señor, la afianzarás por tu bondad para con el pobre» (Sal 68, 8-11).

En un mundo oscurecido por guerras e injusticias, incluso allí donde todo parece perdido, los migrantes y refugiados se erigen como mensajeros de esperanza. Su valentía y tenacidad son un testimonio heroico de una fe que ve más allá de lo que nuestros ojos pueden ver y que les da la fuerza para desafiar la muerte en las diferentes rutas migratorias contemporáneas. También aquí es posible encontrar una clara analogía con la experiencia del pueblo de Israel errante por el desierto, que afronta todos los peligros confiando en la protección del Señor: «Él te librará de la red del cazador, y de la peste perniciosa; te cubrirá con sus plumas, y hallarás un refugio bajo sus alas. Su brazo es escudo y coraza. No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol» (Sal 91,3-6).

Los migrantes y los refugiados recuerdan a la Iglesia su dimensión peregrina, perpetuamente orientada a alcanzar la patria definitiva, sostenida por una esperanza que es virtud teologal. Cada vez que la Iglesia cede a la tentación de la "sedentarización" y deja de ser civitas peregrina —el pueblo de Dios peregrino hacia la patria celestial (cf. San Agustín, La ciudad de Dios, Libro XIV-XVI)—, deja de estar "en el mundo" y pasa a ser "del mundo" (cf. Jn 15,19). Se trata de una tentación ya presente en las primeras comunidades cristianas, hasta tal punto que el apóstol Pablo tiene que recordar a la Iglesia de Filipos que «nosotros somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio» (Flp 3,20-21).

De manera particular, los migrantes y refugiados católicos pueden convertirse hoy en misioneros de esperanza en los países que los acogen, llevando adelante nuevos caminos de fe allí donde el mensaje de Jesucristo aún no ha llegado o iniciando diálogos interreligiosos basados en la vida cotidiana y la búsqueda de valores comunes. En efecto, con su entusiasmo espiritual y su dinamismo, pueden contribuir a revitalizar comunidades eclesiales rígidas y cansadas, en las que avanza amenazadoramente el desierto espiritual. Su presencia debe ser reconocida y apreciada como una verdadera bendición divina, una oportunidad para

Volver al índice

abrirse a la gracia de Dios, que da nueva energía y esperanza a su Iglesia: «No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles» (Hb 13,2).

El primer elemento de la evangelización, como subrayaba san Pablo VI, es generalmente el testimonio: «Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores. Se nos ocurre pensar especialmente en la responsabilidad que recae sobre los emigrantes en los países que los reciben» (Evangelii nuntiandi, 21). Se trata de una verdadera missio migrantium —misión realizada por los migrantes— para la cual se debe garantizar una preparación adecuada y un apoyo continuo, fruto de una cooperación intereclesial eficaz.

Por otro lado, las comunidades que los acogen también pueden ser un testimonio vivo de esperanza. Esperanza entendida como promesa de un presente y un futuro en el que se reconozca la dignidad de todos como hijos de Dios. De este modo, los migrantes y refugiados son reconocidos como hermanos y hermanas, parte de una familia en la que pueden expresar sus talentos y participar plenamente en la vida comunitaria.

Con motivo de esta jornada jubilar en la que la Iglesia reza por todos los migrantes y refugiados, deseo encomendar a todos los que están en camino, así como a los que se esfuerzan por acompañarlos, a la protección maternal de la Virgen María, consuelo de los migrantes, para que mantenga viva en sus corazones la esperanza y los sostenga en su compromiso de construir un mundo que se parezca cada vez más al Reino de Dios, la verdadera Patria que nos espera al final de nuestro viaje.

Vaticano, 25 de julio de 2025, Fiesta de Santiago Apóstol

100. MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA IX JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES 16 de noviembre de 2025, XXXIII Domingo del T.O. Tú, Señor, eres mi esperanza (cfr Sal 71,5)

1. «Tú, Señor, eres mi esperanza» (Sal 71,5). Estas palabras brotan de un

corazón oprimido por graves dificultades: «Me hiciste pasar por muchas angustias» (v. 20), dice el salmista. A pesar de ello, su alma está abierta y confiada, porque permanece firme en la fe, que reconoce el apoyo de Dios y lo proclama: «Tú eres mi Roca y mi fortaleza» (v. 3). De ahí nace la confianza indefectible de que la esperanza en Él no defrauda: «Yo me refugio en ti, Señor, ¡que nunca tenga que avergonzarme!» (v. 1).

En medio de las pruebas de la vida, la esperanza se anima con la certeza firme y alentadora del amor de Dios, derramado en los corazones por el Espíritu Santo. Por eso no defrauda (cf. Rm 5,5), y san Pablo puede escribir a Timoteo: «Nosotros nos fatigamos y luchamos porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios viviente» (1Tm 4,10). El Dios viviente es, de hecho, el «Dios de la esperanza» (Rm 15,13), que, en Cristo, mediante su muerte y resurrección, se ha convertido en «nuestra esperanza» (1Tm 1,1). No podemos olvidar que hemos sido salvados en esta esperanza, en la que necesitamos permanecer enraizados.

2. El pobre puede convertirse en testigo de una esperanza fuerte y fiable, precisamente porque la profesa en una condición de vida precaria, marcada por privaciones, fragilidad y marginación. No confía en las seguridades del poder o del tener; al contrario, las sufre y con frecuencia es víctima de ellas. Su esperanza sólo puede reposar en otro lugar. Reconociendo que Dios es nuestra primera y única esperanza, nosotros también realizamos el paso de las esperanzas efímeras a la esperanza duradera. Frente al deseo de tener a Dios como compañero de camino, las riquezas se relativizan, porque se descubre el verdadero tesoro del que realmente tenemos necesidad. Resuenan claras y fuertes las palabras con las que el Señor Jesús exhortaba a sus discípulos: «No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen, y los ladrones perforan las paredes y los roban. Acumulen, en cambio, tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que los consuma, ni ladrones que perforen y roben» (Mt 6,19-20).

3. La pobreza más grave es no conocer a Dios. Así nos lo recordaba el Papa Francisco cuando en Evangelii gaudium escribía: «La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe» (n. 200). Aquí se manifiesta una conciencia fundamental y totalmente original sobre cómo encontrar en Dios el propio tesoro. Insiste, en efecto, el apóstol Juan: «El que

Volver al índice

dice: “Amo a Dios”, y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (1 Jn 4,20).

Es una regla de la fe y un secreto de la esperanza que todos los bienes de esta tierra, las realidades materiales, los placeres del mundo, el bienestar económico, aunque importantes, no bastan para hacer feliz al corazón. Las riquezas muchas veces engañan y conducen a situaciones dramáticas de pobreza, la más grave de todas es pensar que no necesitamos a Dios y que podemos llevar adelante la propia vida independientemente de Él. Vuelven a la mente las palabras de san Agustín: «Sea Dios toda tu presunción: siéntete indigente de Él, y así serás de Él colmado. Todo lo que poseas sin Él, te causará un mayor vacío.» (Enarr. in Ps. 85,3).

4. La esperanza cristiana, a la que remite la Palabra de Dios, es certeza en el camino de la vida, porque no depende de la fuerza humana sino de la promesa de Dios, que es siempre fiel. Por eso, los cristianos desde los orígenes quisieron identificar la esperanza con el símbolo del ancla, que da estabilidad y seguridad. La esperanza cristiana es como un ancla que fija nuestro corazón en la promesa del Señor Jesús, quien nos ha salvado con su muerte y resurrección y que volverá de nuevo en medio de nosotros. Esta esperanza sigue señalando como verdadero horizonte de vida el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» (2 P 3,13) donde la existencia de todas las criaturas encontrará su sentido auténtico, pues nuestra verdadera patria está en el cielo (cf. Flp 3,20).

La ciudad de Dios, en consecuencia, nos compromete con las ciudades de los hombres. Estas deben, desde ahora, comenzar a parecerse a ella. La esperanza, sostenida por el amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (cf. Rm 5,5 transforma el corazón humano en tierra fértil, donde puede brotar la caridad para la vida del mundo. La Tradición de la Iglesia reafirma constantemente esta circularidad entre las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. La esperanza nace de la fe, que la alimenta y sostiene, sobre el fundamento de la caridad, que es madre de todas las virtudes. Y de la caridad tenemos necesidad hoy, ahora. No es una promesa, sino una realidad a la que miramos con alegría y responsabilidad: nos compromete, orientando nuestras decisiones al bien común. Quien carece de caridad no solo carece de fe y esperanza, sino que quita esperanza a su prójimo.

5. La invitación bíblica a la esperanza conlleva, por tanto, el deber de

asumir responsabilidades coherentes en la historia, sin dilaciones. La caridad, en efecto, «representa el mayor mandamiento social» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1889). La pobreza tiene causas estructurales que deben ser afrontadas y eliminadas. Mientras esto sucede, todos estamos llamados a crear nuevos signos de esperanza que testimonien la caridad cristiana, como lo hicieron muchos santos y santas de todas las épocas. Los hospitales y las escuelas, por ejemplo, son instituciones creadas para expresar la acogida hacia los más débiles y marginados. Hoy deberían formar parte ya de las políticas públicas de todo país, pero las guerras y desigualdades con frecuencia lo impiden. Cada vez más, los signos de esperanza son hoy las casas-familia, las comunidades para menores, los centros de escucha y acogida, los comedores para los pobres, los albergues, las escuelas populares: cuántos signos, a menudo escondidos, a los que quizás no prestamos atención y, sin embargo, tan importantes para sacudirnos de la indiferencia y motivar el compromiso en las distintas formas de voluntariado.

Los pobres no son una distracción para la Iglesia, sino los hermanos y hermanas más amados, porque cada uno de ellos, con su existencia, e incluso con sus palabras y la sabiduría que poseen, nos provoca a tocar con las manos la verdad del Evangelio. Por eso, la Jornada Mundial de los Pobres quiere recordar a nuestras comunidades que los pobres están en el centro de toda la acción pastoral. No solo de su dimensión caritativa, sino también de lo que la Iglesia celebra y anuncia. Dios ha asumido su pobreza para enriquecernos a través de sus voces, sus historias, sus rostros. Toda forma de pobreza, sin excluir ninguna, es un llamado a vivir concretamente el Evangelio y a ofrecer signos eficaces de esperanza.

6. Esta es la invitación que nos llega de la celebración del Jubileo. No es casualidad que la Jornada Mundial de los Pobres se celebre hacia el final de este año de gracia. Cuando se cierre la Puerta Santa, tendremos que custodiar y transmitir los dones divinos que han sido derramados en nuestras manos a lo largo de todo un año de oración, conversión y testimonio. Los pobres no son objetos de nuestra pastoral, sino sujetos creativos que nos estimulan a encontrar siempre formas nuevas de vivir el Evangelio hoy. Ante la sucesión de nuevas oleadas de empobrecimiento, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Todos los días nos encontramos con personas pobres o empobrecidas y, a veces, puede suceder que seamos nosotros mismos los que tengamos menos, los que perdamos lo que antes nos parecía seguro: una vivienda, comida adecuada para el día, acceso a la atención médica, un buen nivel de educación e información, libertad religiosa y de expresión.

Volver al índice

Al promover el bien común, nuestra responsabilidad social se basa en el gesto creador de Dios, que a todos da los bienes de la tierra; y al igual que estos, también los frutos del trabajo del hombre deben ser accesibles de manera equitativa. Ayudar al pobre es, en efecto, una cuestión de justicia, antes que de caridad. Como observa San Agustín: «Das pan al hambriento, pero sería mejor que nadie sintiese hambre y no tuvieses a nadie a quien dar. Vistes al desnudo, pero ¡ojalá todos estuviesen vestidos y no hubiese necesidad de vestir a nadie!» (Homilías sobre la primera carta de san Juan a los partos, VIII, 5).

Espero, por tanto, que este Año Jubilar pueda impulsar el desarrollo de políticas para combatir antiguas y nuevas formas de pobreza, además de nuevas iniciativas de apoyo y ayuda a los más pobres entre los pobres. El trabajo, la educación, la vivienda y la salud son las condiciones para una seguridad que nunca se logrará con las armas. Estoy contento por las iniciativas ya existentes y por el compromiso que cada día asumen a nivel internacional un gran número de hombres y mujeres de buena voluntad.

Confiemos en María Santísima, Consuelo de los afligidos, y con ella entonemos un canto de esperanza haciendo nuestras las palabras del Te Deum: «In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum —En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre».

Vaticano, 13 de junio de 2025, memoria de San Antonio de Padua, Patrono de los Pobres
LEÓN PP. XIV

agustinos recoletos

Volver al índice